Oneiron

Laura Lindstedt

Traducción de Luisa Gutiérrez Ruiz

armænia

\narrativa

Table of Contents

Fantasía sobre los segundos posteriores a la muerte
Danse macabre
Shlomith se prepara para compartir su información (por sexta vez)
Fuego de campamento
Ejercicio de Muerte número 1 (Síndrome de Cotard sazonado con budismo tibetano)
Pequeñas historias en forma de bollo de canela
Comienza cierto viaje
Ulrike juega a la muerte
UNA BREVE LECCIÓN SOBRE RESPIRAR
¡Corazón, oh, corazón!
La historia del corazón
Estêvão Santoro viene a casa
Oneiron: la primera víctima
Diez razones por las que Nina habría sido una madre excelente
Entonces se hizo un hogar
La ventana de licor de Polina
Ejercicio de muerte número 2 (según Swedenborg)
La vida experimental de Shlomith
Amarillo: el anzuelo del rayo de luz de la compasión
    Maimuna, Yalla nako Yalla jox yirmandeem!
Turquesa: cuando nada es lo que una vez parecía
    Au revoir, Nina!
Azul eléctrico: si se pudiera morir de odio
    Vaarwel, Wlbgis!
Ejercicio de muerte número 3(Cómo cerrar un exitus en un ataúd)
Bermellón, púrpura, magenta: el corazón que rechazó los eucaliptos
    Adeus, Rosa Imaculada!
Azul como el azul: una lección de amor
    Auf Wiedersehen, Ulrike
Blanco: una nueva visión del amor divino
    До свидания, Полина!
Negro: la salida
    Shlomith, farewell!
Agradecimientos
Referencias
Otras fuentes importantes

LAURA LINDSTEDT

Oneiron

Fantasía sobre los segundos posteriores a la muerte

Traducción de Luisa Gutiérrez Ruiz

www.armaeniaeditorial.com

Título original: *Oneiron*, Teos Publishers, Helsinki, 2015

Primera edición: Junio 2022

Primera edición ebook: Agosto 2022

This work has been published with the financial assistance of Finnish Literature Exchange

Original text copyright © Laura Lindstedt, 2015 Original edition published by Teos Publishers, 2015
Spanish edition published by agreement with Laura Lindstedt and Elina Ahlback Literary Agency, Helsinki, Finland
Copyright de la traducción © Luisa Gutiérrez Ruiz, 2022
Imagen de cubierta: She fell asleep amid the white © Slevin Aaron.
Copyright de la presente edición en español © Armaenia Editorial, S.L., 2022.
Armaenia Editorial, S.L.
www.armaeniaeditorial.com
Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas por las leyes,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.
ISBN: 978-84-18994-35-7

I

Cuando yo ya no exista, ¿qué habrá? No habrá nada.
Entonces, ¿dónde estaré cuando ya no exista?
León Tolstoi, La muerte de Ivan Ilich

Danse macabre

Imagina que estás medio ciega. Menos once dioptrías. Imagínate en el oscuro cuarto de revisión visual de la óptica. Te sientas en una cómoda silla de cuero y tienes miedo de perder la vista por completo. Has posado con cuidado tus viejas gafas sobre la mesa. La montura de plástico, una azul eléctrico de hace diez años, está rayada. Has pegado una de las patillas con celo, has pintado de azul el celo con un rotulador. Año tras año has preferido ver mal a enterarte del estado real de tu vista. Has rechazado la idea de ir a la óptica del mismo modo que otros posponen la visita al dentista. Conoces a ese tipo de gente. Les huele el aliento, ellos mismos lo saben y por eso siempre hablan con ligeros murmullos y la boca apuntando hacia abajo y de refilón. Retroceden un paso cuando alguien se acerca demasiado. Tú,

sin embargo, has aplazado la revisión de la vista. Cada año te comportas de manera más errática, más ausente; esa es tu explicación. En cuanto algo semejante a una persona asoma por el horizonte, bajas la mirada a la calzada, por si acaso. Los amigos participan en el juego y comentan: ¿Otra vez en las nubes? Yuju, ¿hay alguien en casa? Agitan la mano justo delante de tus ojos, como si quitaran la nieve del parabrisas. Tú ríes y les cuentas lo que esta vez te agobia. Mientes, claro. Un poco al menos. Revelas más detalles inventados de lo necesario. No quieres recordar que la realidad no es una bruma, una penumbra compartida y andar a tientas, sino de una claridad espantosa. No quieres reconocer que te ven, pero que tú no ves, ni ahora ni tal vez nunca más. Sientes terror. Temes que el mundo se quede sin dioptrías, sin culos de botella, y sin *menoses*. Que la próxima vez te ofrezcan un bastón blanco, te animen a que consigas un perro guía, una balanza parlante para el baño, pegatinas para las teclas del ordenador… De todos modos, ahora no pienses esas cosas. Concéntrate en imaginar el oscuro cuarto de revisión de la vista, el fondo de ese espacio oscuro, la tabla optométrica blanca sobre una pared blanca, iluminada. Es una de esas tablas antiguas de las que ya no quedan. En la tabla hay letras E que apuntan en cuatro direcciones. Letras que ahora no eres capaz de distinguir.

Tu optometrista empieza a cargar lentes en un aparato que descansa sobre el puente de tu nariz. Menos once dioptrías y ves igual que con tus gafas. Nebuloso, de cualquier manera, lo suficiente para arreglártelas a duras penas. De las letras E solo percibes con claridad la fila superior, la última letra de la siguiente hilera te causa problemas. El corazón te late despavorido con fuerza, pero déjalo que lata. Concentra tus pensamientos en este breve instante que dura un abrir y cerrar de ojos, pues justo este instante has de saber imaginarlo. La persona de la óptica añadiendo precisión a tu mirada, un cristal cada vez.

Vuelve la vista sobre las letras diminutas, del tamaño de hormigas, en la esquina inferior de la tabla. Cuando se deja de tener miedo y se permite que el tiempo se ralentice, empiezan a ocurrir cosas. Ya no se necesitan lentes, pues se ha logrado la lucidez deseada: unos pequeños seres han empezado a moverse. Serpentean, temblequean y se estremecen como una hebra negra sobre un suelo demasiado limpio. Igual que entonces, en la infancia. ¿Recuerdas? Observabas fijamente el extremo del hilo mientras colgabas boca abajo del respaldo de la silla, con la cabeza llena de sangre, los ojos pesados de la presión.

Aquella culebra negra comenzaba a danzar. Tenía su propio ritmo, repetía su patrón sin equivocarse. Era la magia de tus ojos, la magia de la retina.

Ahora te sientas en un banco cómodo, tan blando que te hundes, donde la sensación de peso desaparece por completo. La película va a comenzar, la pantalla rebosa de luz ya antes de que la cinta eche a andar. Pero en esta ocasión la pantalla no se llena únicamente de luz, pues en la ventanilla para la película ha quedado atrapada suciedad. Crujientes pelusillas que fluctúan en la ráfaga de aire del ventilador. Las cuentas para pasar el tiempo. Hay seis. ¿El pelo de los nudillos del proyeccionista? ¿Son pelos de su mano? De todos modos, no pienses ahora en hombres. Concéntrate en la brillante pantalla blanca y en las seis pelusas. Oscilan lo suficientemente cerca y ahora hay que creérselo: *una mujer, cada una de ellas*. Ya no son finas pelusas, excepto una, la que está en el centro, de una delgadez atroz. Camina a la cabeza de las demás, tira del grupo cual líder de una bandada de grullas en formación de V. Una enorme nube de rizos castaños rebota cuando da pasos ágiles en el aire, pasos oscilantes sobre nada. Tras ella caminan cinco mujeres, dos a la izquierda, tres a la derecha. Aplastan el aire como si pisotearan agua, con una leve sensación de dificultad, excepto una de ellas; una de ellas da la impresión de danzar.

Es sencillo distinguir a las mujeres una de otra. A la izquierda se bambolean unos enormes pechos que no caben dentro de su camisa de piqué rojo magenta, aunque cuatro de los cinco botones están desabrochados. Los pechos pertenecen a una mulata robusta de rostro ahora vacío, carente de expresión. A su lado camina con delicadeza el túmulo de una gran barriga; la mujer rubia vestida con una camisa negra y pantalones turquesa está embarazada. Emana bienestar y abundancia: sin arrugas, con impecabilidad y de la Mejor de las Calidades.

A la derecha de la flaca rizada da zancadas una matrona con sobrepeso, maquillaje descuidado y un abrigo de marta cibelina hasta las rodillas. En un pie lleva un calcetín rojo de lana, en el otro una impresionante bota que le llega hasta la rodilla. A su lado brinca una belleza alta cobriza, con vestido amarillo e inmenso peinado afro. En el extremo derecho, un tanto apartada de las demás, se escabulle una cabeza calva encogida dentro de su ropa de hospital verde veneno, la criatura más trágica que se pueda imaginar.

Seis mujeres caminan hacia ti en el vacío blanco. Te sobresaltas

como si despertaras de un sueño, te giras, miras a los lados, arriba y abajo. No ves nada en lo que anclar tu mirada, no existe nada, excepto ese peculiar séquito que flota cada vez más próximo.

Te mareas. Sientes que se te taponan los oídos, que te zumba la cabeza. Te fallan las piernas. Caes en algún sitio. No es blando, no es duro. Ni frío, ni caliente. Te desplomas de espaldas como sobre una capa de nieve. Cierras los ojos y esperas despertar en otro sitio. ¿En el cine? ¿Justo antes del final de *Solaris*? Cuando la cámara se eleva a las alturas y revela que el regreso al hogar de Chris Kelvin es un sueño, una isla de tierra rodeada de un mar infinito. Cuando la música *noise* que acompaña la última imagen comienza a intensificarse, a penetrar en el cuerpo helado de frío por la somnolencia. De repente la música se interrumpe y en un silencio insoportable miras fijamente la pantalla blanca, las letras negras que aparecen allí, КОНЕЦ ФИЛЬМА. No oyes nada aparte de tu propio corazón, que aún bombea al ritmo de la música. ¿Así crees que te despertarás también esta vez?

Oyes sonidos de movimiento y no puedes evitar entreabrir los ojos. Delante de ti no susurran los que salen de la sala del cine, allí están las mujeres, esas seis criaturas que han aparecido de la nada. Se arrodillan a tu alrededor, te circundan por todas partes.

De repente, la líder, la delgada como un esqueleto, empieza a quitarte los zapatos. Te arranca los pantalones de pana, las bragas y te flexiona las rodillas y te abre las piernas. Dos mujeres te sujetan con fuerza por los tobillos, dos te agarran de los brazos. La calva triste te ha levantado el cuello sobre su regazo y te acaricia con ternura el pelo.

La mujer delgada mete la cabeza entre tus piernas y tú haces exactamente lo que es mejor en esa situación. Vuelves a cerrar los ojos. Te abandonas. Dejas que las cosas ocurran porque más no puedes. Sientes la punta de la lengua fría, suave, que se abre paso dentro de ti. Busca y encuentra tu punto más sensible. No te van a hacer daño. La esquelética parece saber cómo satisfacer a una mujer. Toma el clítoris entre los labios, chupa la pequeña protuberancia escondida bajo el pliegue. El *glans clitoridis*. O, si lo prefieres: lengua de Kleite, la reina guerrera; campanilla alegre rosa, botón del amor, gozosa lengüeta cantarina, pezón rojo del diablo… Eso comienza ella a lamer afanosa, con vigor y ligereza al mismo tiempo, variando el ritmo, unas veces presiona un poco más, otras el roce es leve.

Te abandonas. Otra cosa no quieres.

¿Cómo es posible pensar en el placer? En eso no se puede pensar. En

su lugar piensa en luz. En luz brillante, que atraviesa los párpados. Te conviertes en parte de la llama naranja, del viento solar, de los estallidos de plasma, de los agujeros pulsantes en la corona. En tu interior está el núcleo del universo, un misterioso generador, ese nódulo divino con su perfecto campo de minas de ocho mil terminaciones nerviosas del que parten hilos hasta la médula espinal y el sistema nervioso central, hasta el sol, hasta el fondo del universo.

Tu cuerpo se tensa, se tiesa. Se prepara para la ola que comienza a formarse en lo más profundo. El torrente se compone de pequeños anillos de bordes frágiles que se ponen en marcha por impulsos e irradian ondas a todas partes. En la punta de los dedos de los pies y de las manos dan la vuelta, cambian de dirección, se arrojan con mayor estruendo de regreso al centro, se contraen formando una hondura de plomo en un punto y se hunden allí: un anillo, otro anillo, un tercer anillo. Cuatro. Cada uno es más pesado que el anterior, cada uno se zambulle más profundo que el precedente. Cinco. Ya casi duele, esa acumulación, pronto no va a caber más, tu cuerpo no va a poder mantenerlos dentro. Seis. Entonces viene el séptimo anillo. Se sumerge tan hondo que ya no te afecta. Atraviesa algo desde donde no hay regreso. Tu cuerpo lo sabe. La tensión muscular empieza a descargarse. Conoces esta sensación de irrevocabilidad, esa sensación concreta por la que el placer causa adicción. Un segundo antes del orgasmo. El séptimo anillo, que arrastra consigo los demás anillos en una avalancha, y salen disparados uno a uno de su escondite: se abren, se expanden y estallan contra el vientre.

Las mujeres te han soltado. Observan fijamente tu rostro crispado, la cabeza que reposa en el regazo de la mujer calva, la boca que suelta un grito, un gemido ascendente. Te bañas en un sudor frío y caliente, tu espalda está arqueada. Tus ojos están aún cerrados, eso es bueno, pues cuando los abras, nada será igual. Créeme.

A tu alrededor hablan agitadas, el final de las frases asciende. Preguntas. En cuatro idiomas. Si pudieras pescar al menos uno de ellos, si lograras entender. *Kto vy? Otkuda vy?* Cuánto esperan ellas que por tu rostro se extienda la expresión alegre del reconocimiento, la experiencia feliz de la familiaridad cuando oyes tu lengua materna tras la conmoción, tras un placer impactante. *De onde você vem? Quem é você?* Eso querrían, que encontraras en el grupo una ciudadana de tu país, una hermana, una amiga, un alma gemela… *Qui êtes-vous? D'où venez-vous?* Ojalá estallaras en palabras y les dijeras todo lo que sabes. Quién eres, de dónde vienes. Pues eso es lo que quieren oír: de dónde

vienes y, sobre todo, cómo viniste. Por qué ahora también tú estás allí.

Abres los ojos. La delgada se acuclilla entre tus piernas, con sus dedos huesudos se quita vello de la boca. Caracolillos negros que sacude de tu rodilla cual mantel de un restaurante elegante. ¿Rizos negros? Te miras las manos. Son las manos de una muchacha. Las uñas son redondeadas, cortas, una de cada dos está lacada de negro, una de cada dos de blanco. Te miras las piernas con las rodillas aún flexionadas. Son más tersas y mucho, mucho más esbeltas, y claras. Las venas azules traslucen bajo la piel, así de blanca estás. Elevas la pierna izquierda. Sube con ligereza. Es una pierna tan ligera y flexible que podrías balancearla por encima de la cabeza. Sí, tienes las piernas elásticas de una jovencita. Bajas la pierna, al lado de la otra, abres la boca, pero no sale ni un susurro.

Good morning, Sleeping Beauty, espeta la mujer delgada, con voz algo ronca, *where do you come from?* Su voz es poderosa, extrañamente profunda para ese cuerpo frágil. Posa ambas manos sobre tus rodillas, te abre un poco las piernas, estira el cuello hacia ti. La voz asciende, se vuelve más suave, una pizca más amable, casi curiosa. *Who are you?*

Dices una sola palabra. El nombre. Lo dices con voz de niña, aguda por el llanto. La voz de una niña perdida cuando un amable adulto desconocido se arrodilla a su lado, trata de ayudar, se ofrece a acompañarte a buscar a tu madre, desaparecida en la multitud.

Dices: Ul-ri-ke.

Pronuncias cada sílaba por separado, lacrimosa e insistente, como exigiendo y al mismo tiempo pidiendo, casi suplicante. Entre sollozos dices quién eres.

Eres Ulrike, tienes 17 años.

No sabes de dónde vienes, pero tu hogar está en Austria, en Salzburgo.

Ulrike fue la última en llegar. Como es de adivinar, estaba alterada por lo que acababan de hacerle, aunque había sido enormemente placentero, o quizás por eso. Era lo más sensual que nadie le había hecho jamás, Hanno no era capaz de algo así. Hanno era Hanno. Y ahora esa mujer espantosa lo había hecho. Por sorpresa, a la fuerza, con la ayuda de un grupo numeroso, y aun así la experiencia no había sido en absoluto desagradable. Algo así puede ocurrir dormida, en sueños, en los sueños puedes acabar en orgías, en promiscuo apareamiento con absolutos extraños. Pero ahora no es de noche y Ulrike no duerme. Eso lo comprende, apenas. Aturdida, examina a cada una de las mujeres sentadas a su alrededor, aguarda, abre la boca, la cierra. Y cuando nadie cree conveniente hacer nada, ni un gesto, cuando nadie considera necesario soltar ni una palabra, aparecen los sentimientos. La rabia el primero.

Ulrike se pone en pie y se aparta el pelo apelmazado en la frente. En su rostro se endurece una altiva expresión de Cleopatra: la barbilla levantada y la boca cerrada con gesto austero, las narinas ligeramente abiertas, en los ojos un guiño demoníaco.

Y como el temperamento de Ulrike es de los que se acaloran, pues bufa un *Scheiße!,* y se refiere a todas, *Scheiße!* y se refiere especialmente a ese adefesio flaco sentado con las piernas cruzadas frente a ella. La mujer la mira con dulzura y Ulrike le devuelve la mirada. La han violado, eso lo entiende. Se siente estúpida, una completa idiota. Que le den a la orgía —cualquier cosa puede ocurrir si eres una cabeza loca, y ella lo es, en buena compañía y borracha es una temeraria, dispuesta casi a cualquier cosa. Que le den al lugar y a las mujeres; esto es una especie de rollo *eyes wide shut*, tal vez gotas narcóticas, quizá *Candid Camera* para mayores de dieciocho. Pero la han hecho llorar y eso no se lo va a perdonar. La han obligado a decir su nombre, su edad, casi la dirección de su casa, aunque a casa no quiere regresar jamás. *Scheiße!* susurra apenas audible, y continúa mirando con descaro. No va a ser la primera en bajar la mirada. Esta partida no la va a perder.

La mujer delgada ya ha visto varias veces esta conmoción. Cinco veces. Primero ella misma, sola, completamente sola. Luego vino Polina la cotorra, con su abrigo de marta cibelina y una sola bota; luego, la imprevisible Rosa Imaculada, Rosa la loca, sin la cual se

podría estar. Luego apareció la pequeña Nina, de Marsella, con la barriga puntiaguda; después Wlbgis, de Holanda, de Zwolle, desfigurada por el cáncer; luego la orgullosa Maimuna de Dakar, y por último, la hermosa Ulrike, de la ciudad natal de Mozart. La hermosa y enfadada Ulrike. La más joven de todas. Tan inocente como suelen ser las recién llegadas. La mujer delgada observa fijamente el rostro de la joven. Trata de grabarse la imagen en la memoria: la barbilla levantada, la forzada expresión de dureza, la mirada que ahora se aparta. Los ojos claros, azul violeta de la chica empiezan a lanzar miradas furtivas, se topan con el blanco que está en todas partes y en ningún sitio. Sus ojos contienen angustia.

La mujer delgada ha visto esto. Varias veces ha tenido que hablar, pero qué importa, ella habla, casi le gusta. Al mismo tiempo se habla a sí misma, repite cómo son las cosas, lo cuenta lo mejor que puede. Entonces todas guardan silencio, escuchan con atención. Entonces todas oyen, una vez más, dónde están, ahora, quizá. Oírlo es importante. Igual que asistir a misa puede ser importante para alguien, o encender un cigarro después de la comida, o la manicura pedicura una vez por semana, o quitarse a diario la piel muerta de las cutículas secas, igual de compulsivo, tal vez menos doloroso, pero sí placentero, pues sí, lo va a contar. ¡Lo va a contar con mucho gusto!

La mujer delgada recuerda cómo se sintió al despertarse aquí. Al abrir los ojos, sentarse, palpar incrédula la superficie blanca. ¿Es tierra, nieve helada? No está fría, no está caliente. ¿Plástico? ¿Látex? ¿Hormigón pintado? No es blanda ni dura. Se puso en pie, se sintió espléndida, vacía e insensible, en el buen sentido: el dolor que endurecía su barriga y el vértigo aturdidor habían desaparecido por completo. Aunque se había llevado estupendamente con sus dolores y mareos, al fin y al cabo era una profesional del dolor, una artista del hambre. «No, no y otra vez no»: esa había sido la opinión de los médicos sobre su último proyecto. En secreto, claro, habían deseado que continuara hasta el final. Querían ver, aunque no lo habían admitido, cómo se comportaban el organismo y la mente en una situación extrema casi controlada. Oficialmente no les había quedado más remedio que advertirla, casi amenazarla, profesionalmente no habían podido hacer más que exigirle que interrumpiera «la prueba», que pusiera «punto final» al controvertido experimento. No era la primera vez que la regañaban y la miraban con una mezcla de veneración y terror.

Empezó en el cubículo de Carroll Street. Con la mirada de su madre.

Ahí empezó. Pero el hecho de que su arte hubiera comenzado a despertar el interés científico… eso era nuevo, la motivaba a seguir. Sus procedimientos de adelgazamiento eran metódicos como los de un yogui asceta. De vez en cuando la habían conducido al trance y ella se había atrevido a continuar apretando la tuerca. El último día del experimento, unas horas antes de subir al escenario, había bebido varias tazas del pálido té *ayurveda* «Paz interior». Su mente había girado como un derviche, vueltas, vueltas, vueltas, ella se había tambaleado en la cocina reservada al personal del Jewish Museum, con los párpados cerrados, en su mano el papel en el que había impreso la conferencia que en breves momentos leería en el auditorio del museo. Había sido algo extático y al mismo tiempo de una fragilidad espantosa. Pasajero. Ninguna persona, ni siquiera ella, podía vivir infinitamente solo a base de adrenalina, dolor y vértigos.

Había aprendido a sentir los giros derviches hacía tiempo. Había estado deambulando con su amiga por Coney Island, por Astroland, que acababa de abrir, doblada hacia delante a causa de los espasmos del hambre, y había montado muchas veces en el Cyclone, y por la noche la cama le daba vueltas y temblaba en cuanto cerraba los ojos. Era su quinta semana dedicada a adelgazar y la primera noche que lo comprendió definitivamente: esta relación y solo esta relación está destinada a durar toda la vida. El hambre, mi amor. Bajo las sábanas ambos firmaron un pacto secreto: yo confío en ti, tú confías en mí, no te consumiré y tú no dejarás de luchar a mi lado.

Se produjeron algunos pequeños deslices, claro. En la fiesta *bar mitsva* de un primo, ella devoró en secreto veinte galletas de mazapán. El hambre se pilló un enfado tremendo y amenazó con abandonarla para siempre, pero ella pidió perdón y vomitó. Esa vez el hambre se calmó.

Tenía diecisiete años cuando obtuvo las llaves de su primer hogar propio. Aunque aquel armario estaba pegado al apartamento de sus padres, allí tenía la oportunidad de hacer lo que le viniera en gana y eso a sus progenitores les aterrorizaba. Llevó a cabo algunos experimentos, claro. Se inyectó en el muslo Smirnoff con la jeringa de insulina de su amiga. De vez en cuando fumaba hierba con un par de colegas. Alguna que otra vez follaba con moderación. Pero el hambre era lo más importante, lo más querido, luchaba a su lado como un amigo fiel, contra los enemigos, hasta que ella cometió el error de su vida y la traicionó. Por un hombre.

La mujer delgada sabía que había expiado su traición juvenil ya

muchas veces. El hambre había regresado tras una serie de ciclos de reconciliación, pero aun así estaba, de alguna manera, ofendida, de alguna manera…, ¿ponía condiciones? Parecía exigir más y más, el día de cinco zanahorias ecológicas fue para ella un logro sin importancia, nada de gracias, nada de euforia. Por no hablar de los giros derviches; el hambre no decía ni pío. Al final ella perdió la paciencia. ¡Está bien! Selló un nuevo pacto, prometió ir más lejos que nunca, más lejos que nadie, mientras luego pudiera volver. Se mantendría hasta el fin de sus días suficientemente delgada, haciendo equilibrios en el fascinante límite entre la salud y la enfermedad. ¿Le valía? Y firmaron un nuevo acuerdo.

Entonces ocurrió algo. *Algo* tomó las riendas y sin pedirle permiso decidió continuar el experimento que ella ya había completado. Y la arrojaron hasta este lugar, al blanco deslumbrante, y no llegaban instrucciones de ningún sitio. De golpe todo era distinto. Incluso el hambre había desaparecido sin dejar rastro, desaparecido de una vez por todas, y ella no se había percatado siquiera de echarla de menos.

Si tras la conmoción inicial hubiera caído en la cuenta de analizar su situación, tal vez se le habría ocurrido una idea que después, *a posteriori*, supo referirle a Polina, que apareció en aquel espacio, perpleja y llorosa. Le había contado a Polina algo así: «En un principio sentí como si hubiera dormido el mejor sueño de toda mi vida, uno profundo, un sueño sin sueños». Y luego: «Poco a poco me sentí más y más ligera, se evaporó el dolor de estómago que me había acompañado desde hacía tanto tiempo, y no me dolía nada; me parecía estar en el séptimo cielo». Pero cuando estás más sola que la una en semejante sitio y por allí no hay una sola alma viva presente, no piensas de esa manera. No se nota que el dolor y el malestar han desaparecido hasta más tarde, cuando la mente en pánico ha dado vueltas a dos o tres alternativas, callejones sin salida, una y otra y otra y otra vez.

Teoría número 1: ¿Está ciega? El primer pensamiento tras abrir los ojos es comprensible. La blancura a su alrededor es lo mismo que una enfermedad, es lo mismo que una ceguera, es lo mismo que la conclusión: «Así que de esta manera me han castigado». Y no se trata de una teoría descabellada, pues existen enfermedades cuyo primer y dramático síntoma puede ser perder la vista de repente (así es, por ejemplo, la inflamación de los vasos sanguíneos de las sienes, *la arteritis temporal*, que ataca típicamente a mujeres de edad avanzada).

La teoría de la ceguera, sin embargo, se invalidó bastante rápido,

pues ella cayó en la cuenta de mirarse, primero las manos, y allí estaban. Su muñeca flaca sobresalía por la boca de la manga del caftán negro, las venas del dorso de la mano brillaban más azules que nunca. Los alargados y delgados dedos, las largas uñas rojas, las articulaciones como joyas, los nudillos cual puños de acero. Pujó por ponerse de pie sobre sus piernas arqueadas y finas como palillos. Una simple oscilación, un movimiento sin la resistencia del aire, y de pronto estuvo de pie.

Teoría número 2: Se encontraba en una especie de casa. Tenía que existir una superficie que revelara si la estructura era una cúpula, o un cubo, o una esfera. Llegados a ese punto, empezó a sentir rabia. ¡*Ellos* de verdad le habían hecho eso! No *les* había bastado con que ella hubiera puesto en orden sus asuntos, calculado con exactitud todas las calorías que entraban y salían de su cuerpo. Con que hubiera dispuesto, claro que sí, un tratamiento posterior y realizado numerosos planes de seguridad. Nada dependía del azar. No estaba metiendo la pata. Y aun así, *ellos* la habían atrapado y encerrado en… sí, ¿dónde?

Trató de dar un paso, pero no llegó a ningún sitio, sus piernas se movían, pero era imposible decir si avanzaba, se lanzó de bruces y notó un leve bamboleo en el vientre, no sintió trompazo, ni dolor, aún no distinguía nada en ningún sitio, si un solo punto de referencia. Frunció los ojos, buscó cámaras ocultas, sensores de movimiento, algo oscuro que se perfilara en el fondo. Alguien tenía que estar observándola desde un monitor. Algo semejante puede ocurrir, era de esperar, había oído rumores: abducciones científicas.

Y ahí estaba, la teoría número tres, un salto natural y lógico desde la teoría dos. Estos días, la necesidad de obtener información referente al comportamiento humano era más acuciante. Información real, cruel, y su recogida no seguía escrupulosamente las normas. Y ella había sido un objeto de enorme interés, de interés explícito. *Ellos* querían saber más. ¿Cómo iba a sobrevivir? ¿Cómo había sobrevivido hasta ahora? Y, ante todo, ¿cómo se las iba a arreglar ahora, en circunstancias controladas? ¿Cuál era su secreto?

Jubilosa por la victoria se metió el dedo en la mata de pelo. Estaba convencida de su pronto hallazgo. Sensores. Escarbó más, tiró de la raíz de los rizos, las uñas rascaron el cuero cabelludo. Antenas, antenas. Al menos una. Una pequeña. ¿Es esto? Una costra. Un microchip. Implantado profundamente. ¿Un lunar? Una pequeña herida. Soriasis. ¡No! Un aparato. Tecnología, seguro. Lo último de lo

último, una tecnología casi invisible. Que ahora se ensaya por primera vez.

Se tiró del pelo. Se quitó la ropa. Dio la vuelta a las prendas y las examinó de arriba abajo, las puso del revés y las volvió a examinar con idéntica precisión. Hizo cosas que habrían parecido raras y puede que también obscenas, si alguien hubiera estado observando; la metáfora de una serpiente mordiéndose la cola no resultaba inverosímil cuando acabó poniéndose de cuclillas para buscar artilugios extraños en su interior.

—Shlomith.

La mujer delgada extiende su mano a Ulrike y se presenta. Añade el dato más importante, la situación cuyo objetivo sería explicarlo todo: *I was the first one here*. Las otras cinco mujeres se han acercado y sentado a su lado. Dan la impresión de venerar temerosas la fría frase de Shlomith, y también a la misma Shlomith, a esa mujer de obscena delgadez y aspecto anciano. Ahora que el pelo ya no se interpone, su rostro se distingue en todo su horror: la piel surcada de arrugas y quebradiza, sencillamente de papel, como si un soplido lograra moverla de su sitio. Los pómulos estaban levantados, ocultarían debajo enormes sombras si la luz no fuera tan uniforme. Así podría describirla Ulrike si quisiera: una vieja bruja, pelo castaño, un sacacorchos; los ojos grandes, iris desbordados de un marrón relampagueante, enormes ojos de belladona hipnóticos. Una mirada demasiado intensa, casi molesta y desvergonzada, que seguro que no se aparta la primera de quien se atreve a devolvérsela. Una líder. No hay la menor duda. Shlomith es la Líder.

Resumamos.

La primera, ella misma, la primera con todas las de la ley: Shlomith.

Segunda: Polina

Tercera: Rosa Imaculada

Cuarta: Nina (en su vientre, pequeño Antoine & pequeña Antoinette).

Quinta: una W dibujada en el aire con el dedo (la W de Wlbgis).

Sexta. Maimuna.

Se presentan una a una, cada cual a su manera, y estrechan amables la mano de Ulrike. El orden de llegada da la impresión de ser para ellas un asunto muy relevante, pues levantan como de mutuo acuerdo la cantidad adecuada de dedos, su número de llegada, suyo y de nadie más. Si esto ocurriera en cualquier otro sitio, en un polideportivo donde la gente se ha refugiado de un huracán, en una ciudad de

tiendas de campaña donde se agrupa a los refugiados de una guerra civil, Ulrike, que desde niña se ha entretenido con fantasías de catástrofes, estallaría en carcajadas. Las mujeres son tan cómicas, tan desmedidamente serias, los dedos aún levantados en el orden de llegada. En la comisura de los labios de Ulrike comienza a crisparse una sonrisa.

De pronto, Rosa Imaculada retrae los tres dedos salientes dentro de la palma de la mano. Da un paso hacia Ulrike, amenaza con el puño y comienza a explicar algo en un revoltijo de portugués e inglés. A partir de ahí, la función les resulta familiar a todas salvo a la espantada Ulrike. Las mujeres siempre se incomodan cuando arranca el espectáculo de pánico de Rosa. En sus rostros aparecen líneas, surcos de impaciencia y exasperación característicos de cada fisonomía, cuya esencia depende, además del temperamento, también de la edad, de la calidad de la piel, del porcentaje de grasa. El rostro de Shlomith es naturalmente el más ajado. Pero Rosa simula no verlo. Habla a borbotones, su voz se torna estridente, las manos no paran un instante. De vez en cuando se agacha para propinar un puñetazo al blanco que está debajo. Los golpes causan un sonido hueco, que se inicia agudo, pero enseguida pierde su filo, como si alguien repiqueteara una obra de drenaje con una vara de metal, cubierta con un calcetín de lana.

Ulrike comienza a entender. Rosa Inmaculada quiere que les cuente algo que las demás no han sido capaces de contar. Rosa Inmaculada se golpetea el cráneo con el dedo, aguarda una respuesta, aunque tiene que comprender que la pobre joven llorosa no la tiene.

Ulrike reúne valor, despierta la rabia ya apagada. Abre la boca y le grita a Shlomith con su inglés de secundaria, con su pronunciación de secundaria, con su vocabulario de secundaria, con la imprudencia de secundaria de una joven de secundaria de diecisiete años y de pequeño tamaño (con esa seguridad desafiante propia de las chicas jóvenes que saca de quicio a algunos hombres más creciditos), le grita y le exige que lo cuente todo, absolutamente todo, porque sabe que Shlomith lo sabe, tiene que saberlo. Al fin y al cabo, ella fue la primera en llegar.

Y a Shlomith no le queda otra opción. Tiene que contarlo, como siempre. Ha de contarlo de nuevo, y ahora también ha de sacar a la luz asuntos de carácter más delicado. Por qué desnudó a Ulrike de cintura para abajo (hasta ahora Ulrike no cae en la cuenta de subirse los pantalones), por qué Polina y Nina sujetaban a la chica por los

brazos (la vergüenza estalla en Ulrike de nuevo: ¡cómo se ha quedado allí sentada con el coño al aire!), por qué Maimuna y Rosa Imaculada se ocupaban de las piernas y las mantenían abiertas a la fuerza (*Scheiße! Scheiße! Scheiße!),* por qué Wlbgis le levantó la cabeza y la posó sobre sus rodillas y por qué esa, Shlomith, la peor de todas, metió su lengua en el lugar más privado de la joven.

Ven, le dijo Shlomith a Ulrike, vamos a acercarnos a la hoguera. Y antes de que Ulrike alcanzara a comprender de qué se trataba, se dio cuenta de que se había soltado e incorporado con ligereza, de que estaba de pie y sentía mareo (ese vértigo mezclado con expectativas que causa el primer balanceo de verdad en un aparato que oscila de un lado a otro, como el barco vikingo en el parque de atracciones o un balancín tradicional escandinavo).

Ulrike estaba de pie y extendía instintivamente las manos, buscaba equilibrio y cerró un momento los ojos, los volvió a abrir y miró hacia abajo, a sus pies, trató de saltar, pero no lo logró. Ninguna de las mujeres a su alrededor había cambiado de lugar. Ella no se alzaba ni un milímetro.

Maimuna ya no pudo resistir la tentación. Se agachó y tomó impulso y se elevó zumbando en el aire, las rodillas flexionadas le llegaban a Ulrike por el cuello y, lo más desconcertante, la otra permanecía allí (como prisionera para la fotografía perfecta, la modelo vestida con prendas deportivas brinca en el trampolín en un estudio de iluminación penetrante, *just do it*, el telón de fondo es fuerte, monocolor, pero sin duda chillón, *just do it*, la modelo salta, salta, salta y no suda ni una gota, *do it, do it, do it,* salta y se queda eternamente en el aire y no envejece ni una pizca).

Shlomith le lanzó una mirada airada a Maimuna que, obediente, inició el descenso sin más trucos. Sí, Maimuna descendía, en otras palabras, hincó las rodillas y comenzó a rotar hacia abajo cual tornillo, pegando los brazos a las costillas y empujando el torso de izquierda a derecha con movimientos rápidos y secos. Su descenso era espasmódico. Se dejaba caer poco a poco, giro a giro, a la altura de las demás, y acabó de rodillas delante de Ulrike, con fingida humildad, y entonces Shlomith volvió la espalda, agitó la mano impaciente y empezó a caminar, Shlomith comenzó, como se dice, a avanzar.

LA MUERTE ES LA VENGANZA DE DIOS. En el preciso momento en que Shlomith se dio la vuelta, esa idea, justo esa y no otra, destelló en la cabeza de Ulrike. El miedo se apoderó de ella, pues no tenía por costumbre pensar en Dios. Dios, dicho de alguna manera, no le hablaba. Dios no era un chiste, una negación, un asunto de disputa, nada de nada, excepto un evento en el calendario, ese Dios sí existía, del todo invisible, pero si hacía falta detenía todos los negocios como una mole mágica. Así era Dios. Dios irradiaba su resplandor litúrgico

los días de fiesta, las noches en las que incluso la parte del pueblo de Austria no temerosa de Él pero suficientemente consciente de la tradición marchaba a las misas, porque era costumbre, allí había una especie de Dios, o por lo menos una imagen del hijo de Dios y la Virgen María, y si hay una madre y un hijo, entonces tiene que haber también un padre, aunque ausente. En misa te podías arrodillar (¡era para el bien del alma!), siempre y cuando no sufrieras severos achaques en las rodillas (entonces te podías sentar con la conciencia tranquila), podías cantar y dar la mano a las personas sentadas al lado y finalmente ir a buscar la comunión. Sin embargo, nadie requería fe.

Dios *in persona* no existía para Ulrike o su familia. En una línea de parientes lejanos había cierta tía que rezaba completamente en serio, asistía a misa y se arrepentía de todos los pecados cometidos y también de los no cometidos pero pensados, pues su Dios lo veía todo, incluso cada pensamiento, y el pensamiento detrás de cada pensamiento y la asociación de ideas que acechaba en la raíz del pensamiento, y esa tía acabó en la casa de locos.

Pero ahora, de pronto, de la nada, en la mente de Ulrike destelló la afirmación: LA MUERTE ES LA VENGANZA DE DIOS. De repente todo era opresivo y sofocante, la espera de una tormenta, una opresión, una opresión terrible. O mejor: cansancio cerebral. Con este término, Ulrike se refería al estado mental tras un examen, a esos minutos que comienzan una vez entregado el examen de matemáticas delante de la clase, en la mano del profesor, cuando sales por la puerta al pasillo, tal vez incluso al patio de la escuela: la sensación no es de alivio, aunque no existe la mínima duda de que la nota va a ser buena, probablemente la mejor de la clase, los números y los vectores pasan zumbando, maliciosos, por la mente, y todo eso dura al menos hasta el tercer cigarrillo. Su cabeza no era en absoluto una cabeza normal, era proclive a pensamientos de los que causan malestar.

Ulrike se esforzó por recomponer su mente: no existe un Dios que pudiera vengarse con la muerte. Dios no existe. Ulrike apretó los párpados y se esforzó aún más: clic dice el mechero Colt. Emerge una llama (este es el mejor momento), que se absorbe en el cigarrillo Lucky Strike, y se llenan los pulmones, hormiguea el cuerpo entero, la cabeza estalla y Dios desaparece. ¡Así!

Ulrike abrió los ojos y decidió concentrarse en el movimiento, en alcanzar a Shlomith, que ya se había distanciado. Shlomith se había vuelto más pequeña que las demás (no más delgada, gracias al creador, sino más pequeña, es lo que se llama perspectiva, un

fenómeno que siente incluso una persona ciega de nacimiento, no se trata de una convención, Picasso estaba equivocado, la perspectiva es más real que un dios o una diosa).

Y así, Ulrike dio su primer paso.

Si alguien describiera ese paso, comparándolo por ejemplo con aquel de Neil Armstrong, un salto grande (para la humanidad) y pequeño (para él mismo) en la superficie de la luna, mentiría. Ulrike no saltó. Y su paso tampoco recordó a los primeros empujones de piernas hacia los lados de un bebé de diez meses (a los que con frecuencia siguen un culetazo, luego el llanto, luego un nuevo intento), porque Ulrike caminó detrás de Shlomith, sin vacilar. Pero tampoco se trató de un paso corriente. Aunque el pie derecho se movió 60 centímetros más lejos que el pie izquierdo (era una zancada tipo «ahora hay prisa» completamente normal para sus piernas de 159 centímetros) y aunque Ulrike trasladó el pie izquierdo detrás del derecho (o mejor dicho, delante del derecho, lo usual cuando se camina), no avanzó o se alejó de las demás. Estupefacta, giró la mirada hacia Maimuna, que se había incorporado, pero esta se limitó a sonreír burlona y echó a andar a grandes zancadas detrás de su lideresa, sin hacer el menor gesto para orientar a la desamparada recién llegada.

En su ayuda acudieron Nina y Polina. La agarraron con determinación del brazo, una por un lado, otra por otro. Da primero un paso en el sitio. *Think about a swamp*. Esto lo sugirió Polina, pero comprendió que Ulrike carecía de experiencia en los pantanos, al contrario que ella, que acababa de leer un extenso artículo con excelentes ilustraciones sobre el paisaje de turberas de Siberia Occidental. Y no alcanzó a preguntar a Ulrike sobre sus posibles excursiones a la orilla del Danubio, cuando esta ya avanzaba impecable con paso pesado en su sitio. La joven imitaba con gran habilidad los movimientos de los pies de Nina y Polina. Era como amasar con la fuerza de las piernas, hay que *imaginarse* más peso en los pies, hay que imaginar una resistencia. Cada una de las mujeres tenía, esto Ulrike lo escucharía al cabo de un momento, su propia resistencia: Polina, el pantano; Wlbgis, la nieve; Rosa Imaculada, un almohadón de plumas ligeramente empapado; Nina, unos flotadores en los pies en el extremo más profundo de una piscina (esos manguitos infantiles de color naranja que venden en cada almacén barato *la bouée pour les enfants à partir de 12 mois*); Maimuna, mil y un pensamientos. En esa materia blanca, Maimuna sabía hacer toda clase

de trucos raros, Ulrike ya se había dado cuenta, porque (y eso no lo sabía ni Ulrike ni tampoco el resto) al moverse no imaginaba ninguna resistencia. Shlomith, por su parte, pensaba en diversos manjares. Al final, quizá lo más difícil era soportar el no poder siquiera rechazar una gota de comida. Estaba muy acostumbrada a abstenerse, lo que alumbraba una profunda sensación de bienestar en su interior, un mecanismo casi pavloviano. Por eso pisoteaba mentalmente una alfombra de un kilómetro cuadrado hecha de malvaviscos tostados, o aplastaba un empalagoso pudin de patata o luego (si por un motivo u otro quería avivar el paso) vadeaba por su comida favorita, una piscina de sopa de miso repleta de abundantes cuadraditos de tofu.

Movimiento y pensamiento. Muy simple. Ulrike pensó en la cama de agua de los padres de Hanno en la que follar resultaba demasiado complicado, a ritmos completamente distintos, demasiado humillante.

Así pudieron al fin ponerse en marcha. Ulrike, Nina y Polina caminaban en fila, Rosa Imaculada y Wlbgis aporreaban detrás de ellas el suelo. Cada una con su estilo propio. El estilo de Ulrike probablemente se formó como resultado de esta primera imagen, en cierto modo traumática, convertido en un *flamenco furioso,* un ritmo de repiqueteo ejecutado con la espalda exageradamente recta: así rasgan los tacones y las puntas de los zapatos poco a poco, pisoteo a pisoteo, el colchón de agua, la doble superficie laminada, hasta romperlo… Que venga el diluvio… Que se ahoguen todas…

Delante, más allá de la fina pierna de Shlomith, se enciende de pronto algo rojo. Desaparece un instante detrás de Shlomith y reaparece de nuevo, una minúscula mota roja que crece, desaparece, vuelve a aparecer en el campo de visión una pizca más grande que antes. Comienza a perfilarse algún tipo de forma, no es una mancha ni un orificio sino una entidad separada, como Ulrike misma y las otras mujeres, algo que se puede tocar, que claramente se puede tocar, pero ¿qué es? Rojo, ondeante. Parece estar a más altura; cuanto más se acercan con sus pisotones, más claro se distingue sobre ellas. Y entonces: están debajo. Ulrike flexiona la cabeza y se asoma al interior. Un cesto hueco semejante a un calabazo, cabellos rojos que se extienden en forma de abanico a su alrededor, como si flotara en el agua y aun así completamente inmóvil.

Ahora a Ulrike no le queda otra que aprender una nueva habilidad, la habilidad de ascender. Maimuna ya se ha zambullido en la superficie: el cabello rojo se ha convertido en el plano que determina todo lo demás, hacia allí se dirigen todas, al nivel del pelo, allí tendría

que subir también ella, pero otra vez: ¿cómo?

Maimuna había levantado los brazos cual buceadora, había apretado la cabeza entre sus largos brazos (¡tápate los oídos!) y el dedo gordo de la mano derecha dentro del puño de la mano izquierda (¡agárrate fuerte!), luego había tomado impulso y ahora estaba allí. Polina de los pantanos agarró algo con la mano (¿un esfagno de turbera, la raíz de una tormentila, el tallo de una hepática blanca, una brizna de cárice de pantanal?) y se izó poco a poco, resbalones incluidos. Wlbgis de las nieves sencillamente se abrió camino hacia arriba, excavó a paladas una cavidad por la que entró. Rosa Almohadón de Plumas se lamió las palmas, estrujó y rotó el vacío en sus manos y finalmente colocó unas pequeñas bolas aparentemente duras como piedras en forma de escalones por las que escalar. Nina Manguitos se debatió y se cayó y fue movida de un tirón, y Shlomith Sopa de Miso se entregó a una serie de movimientos semejantes a la acción de vomitar; salió disparada entre espasmos, la espalda hacia delante y, con la fuerza del vómito, se colocó justo al lado del pelo.

Ulrike pensó en un diluvio. Pensó en Hanno desnudo tumbado boca abajo en la cama de agua vaciada, ahogado. Pensó en sus zapatos, en los jirones de tela de PVC reventada que se le habían enganchado en los tacones, pensó en el dormitorio de los padres de Hanno, en el feo papel pintado antiguo y marrón y en las manchas de filtraciones. Empezó a caer. Poco a poco comenzó a derramarse lejos de las mujeres y del cabello rojo. Levantó instintivamente el brazo hacia ellas como una niña que busca a tientas un regazo; pataleaba y pataleaba y cada vez se alejaba más del grupo. Gritó como quien se ahoga (aunque quienes se ahogan en realidad no gritan), chilló y sintió que el sonido desaparecía, como si jamás hubiese escapado de su garganta. Oía su grito de ayuda, el alarido flácido sin eco, y aun así parecía proceder de algún otro sitio. Agitaba los brazos y se hundía hasta que sintió el fuerte agarre de Maimuna bajo sus axilas. *Do not think bad things*, le susurró Maimuna, *only good things*, y una Ulrike angustiada pensó en ciclámenes. *Eyes: shut!* pidió Maimuna, y Ulrike cerró obediente los ojos, se hizo un ovillo en medio de un campo de ciclámenes. El sol brillaba, los pájaros cantaban, una mariposa se posó en su brazo, y ambas empezaron a elevarse.

Ahí estaba su fuego de campamento. Su lugar de reunión. Hasta aquella peluca de Wlbgis acudían, contó Shlomith, siempre que querían charlar juntas de algún asunto. Wlbgis había sido muy amable, *it was veeeery kind of her,* se desperezó Shlomith, por haber

donado su bonito cabello artificial para este fin. En su interior, sin embargo, Shlomith opinaba que la peluca de Wlbgis era bastante mediocre. Y que las pelucas de verdad bonitas, las de aspecto auténtico, solo se conseguían en los judíos jasidíes de Borough Park, que querían ocultar la cabeza de sus mujeres casadas, no con velos, sino con creaciones a cuál más espléndida. Estas mujeres que cubrían su cabello con un *sheitel* siempre iban acicaladas, envidiablemente arregladas, casi como maniquíes; la expresión *bad hair day* no formaba parte de su vocabulario. La madre de una familia que conocía había enfermado de cáncer y, nada más comenzar el tratamiento de quimioterapia, había exigido ir de compras a Borough Park. Su peluca jasidí había sido más hermosa y natural de lo que jamás había sido su cabello propio. El cáncer se llevó a la mujer, pero la familia no quiso renunciar a la peluca. La colocaron en una cabeza de maniquí de terciopelo color beige y la cabeza de maniquí en la cómoda del salón, y le contaban a cada una de sus visitas que a veces, si la cosa sale bien, una vanidad alegre puede agarrar al miedo a la muerte por las pelotas.

Ulrike echó una ojeada a Wlbgis, a su cráneo deforme, grumoso y su coronilla chata; en realidad, la cabeza entera se asemejaba a un pepinillo. El sacrificio, indiscutiblemente, había sido grande. O no. Tal vez no había supuesto ningún sacrificio. Llegadas a este punto, ¿acaso importaban ya cosas como cabello, ropa, higiene? Llevada por un impulso, Ulrike levantó el brazo y se olfateó la axila, y no olió nada, ni bien ni mal, ni sudor ni *Angel* de Thierry Mugler, que sin ninguna duda se había aplicado por última vez por la mañana al ir al trabajo. Un regalo patético de Hanno; había deseado perfume, pero había recibido desodorante.

We don't stink anymore, espetó Shlomith al percatarse del gesto, *because we might not be alive anymore.* Así. Directa al grano. Ese era el estilo de Shlomith. Ella podía ser poco estadounidense y soltar las cosas sin rodeos atenuantes, y por eso habían ido junto a la peluca, para explicarle a Ulrike la situación. La hoguera-peluca había sido en un principio idea de Nina. A la bonita y pequeña cabeza de Nina se le había ocurrido que iban a necesitar un punto de referencia, un refugio común, así que por qué no crear uno. Nina había explicado el asunto agitando las manos, arrastrando la erre, y Polina había sido la primera en entender a qué se refería: Nina hablaba de la peluca que llevaba Wlbgis en la cabeza. De este pelo artificial rojo poco natural, pero al parecer muy adecuado para esta mujer carcomida por el cáncer. Eso es

lo que Nina apuntaba sin cesar, pero no se atrevía a decirlo en alto, que ahora Wlbgis debía renunciar a su pelo. Que con él quería construirles un pequeño hogar acogedor, un lugar alrededor del cual charlar. ¿Pues no es así como todas las historias del mundo se han contado alguna vez, alrededor de una hoguera? Cómo nació el mundo de un huevo; el caballo, de la arena; el potro, de la espuma del mar. Un lobo, de una mujer fecundada por el viento; el hierro, del pecho de los espíritus de la naturaleza; la escarcha, de un gusano que mamaba en los pezones. La angustia, de la piedra del dolor que se frota contra la colina de la agonía. El tumor, del ovillo dorado que un zorro arrastra a la playa. La muerte, de las flechas talladas con las astillas del árbol del mundo. ¡Y el niño de verano trajo la sangre! Más tarde, con todo el mundo ya bien asentado, sonadas las narices y secadas las lágrimas, cuando todos se han acomodado alrededor del chisporroteo reconfortante de la hoguera, comienzan las confesiones. Ahora o nunca: Mamá, estoy embarazada. Hijo, ya no me queda mucho. Padre, voy a mudarme a Sicilia. Querida hija, nunca me han gustado las mujeres de esa manera, ni siquiera tu madre. Querida amiga, he hecho algo espantoso, algo irreparable. He vivido todos estos años en una mentira. Ya no te quiero. Quiero a otra persona. He vaciado nuestra cuenta común para la jubilación e invertido el dinero en acciones que hoy se han desplomado…

Hacía tiempo que Polina había dejado de escuchar los torpes argumentos persuasivos de Nina. Miraba fijamente el pelo de Wlbgis. Las fibras entrelazadas eran hipnóticas, escondían en su interior infinitos nuevos filamentos relucientes como las llamas, nuevos secretos ardientes. Confesiones que podría ser agradable escuchar cual mosca en el techo. Ella misma no sabía imaginarse confesándose, contándoles a las demás sus asuntos personales, en realidad ni siquiera los tenía, pero veía que el resto sí. Polina vio a Shlomith abriéndose sobre los motivos de su anorexia, sobre esa imagen femenina despiadada que había mantenido aprisionada a la pobre mujer durante décadas. Vio a Nina desahogando sus problemas de pareja y a Rosa Imaculada llorando por la violencia que había vivido. ¿Y probablemente alguien había tratado mal a Maimuna también? ¿No las habían hecho daño a todas de alguna manera? En la visión de Polina, incluso Wlbgis, que había perdido el habla, rompía a hablar. Si alguien parecía una víctima esa era Wlbgis, y no se debía a la enfermedad, sino que brotaba de la mirada de la mujer. Polina había visto miradas de moribundos y contenían nobleza, determinación y

dignidad, pero la mirada de Wlbgis era igual que la de su madre moribunda en las últimas semanas: servil, falsa, temerosa del tiempo. ¡Mientras me visites día tras día, la muerte se mantendrá alejada! Eso es lo que la mirada de su madre le comunicaba, y era mentira.

Polina no pudo contenerse más. Agarró el pelo de Wlbgis y le arrancó la peluca de la cabeza. ¡Ya! ¡Aquí tenemos la hoguera alrededor de la cual hablar! Polina lanzó el postizo con todas sus fuerzas hacia abajo y como por arte de magia el cabello se abrió y empezó a descender despacio, a la deriva, hacia un lado, colocándose a medio metro debajo de la planta del pie de Polina, hermoso como la melena de un león.

De esta manera, un tanto violenta, se había encendido su hoguera. A Wlbgis, claro, no le había gustado este giro. Las demás también se asombraron. ¡Cómo se había atrevido Polina, y de esa manera! ¡Y así, de pronto! La peluca separada de la cabeza resultaba sin embargo fascinante. Cuando se observaba fijamente, la paz invadía la mente y era más sencillo concentrarse. A la enfurruñada Wlbgis trataron de apaciguarla entre todas. Pero si allí no iba a tener que mirar su cabeza calva, la consoló Nina. Ahora vería siempre que quisiera su magnífico pelo en todo su esplendor, exclamó Shlomith. Maimuna dijo *oooooh!* y cayó de rodillas y apoyó la mejilla en el pelo, y Rosa Imaculada la imitó, suspiró *beleza!*, pero, a pesar de la visible flexión de las rodillas, por algún motivo no acertó a descender junto al postizo.

Wlbgis no tenía elección. O agarraba las manos de Nina, que ya estaban puestas en el pelo, estirándolo y ahuecándolo, las retorcía y se mostraba difícil, y daba una patada a Maimuna aplastándola con violencia y alejándola de su pelo, o dejaba las cosas estar. Y decidió dejar las cosas estar.

Ulrike se sacó la nariz de la axila y miró a Shlomith, que no esquivó la mirada embobada de la muchacha. Al contrario, observaba codiciosa a Ulrike, aguardando ávida una reacción. ¿Susto? ¿Incredulidad? ¿Carcajada? Ya lo había vivido todo. Todo excepto la aceptación impasible, esa que podía expresarse por ejemplo con un asentimiento: está bien, quizá ya no estamos vivas.

Ulrike miró a las mujeres congregadas alrededor de Shlomith, una a una. ¿Comprendían lo que sugería esa mujer deforme? Que aquí estamos y sin embargo no estamos, *verdammt!* ¿Así lo explicaba todo ese saco de huesos?

Era una explicación, sí. Una posible teoría. No inventada por Shlomith, sino por la llegada en segundo lugar, Polina. Cuando la

número cinco, Wlbgis, había aparecido y formado con sus labios las palabras extasiadas ¡estoy viva! ¡no más dolor!, en ese momento estuvo totalmente claro para Polina. Desaparecieron sus últimas dudas. Todas estaban muertas y bien muertas. Podían aguantar sin comida, sin bebida. No tenían necesidad de dormir (de privacidad sí, y entonces cerraban los ojos). No tenían necesidad de realizar ninguna de las funciones corporales diarias normales, como orinar o defecar, por ejemplo. Nadie echaba de menos la serie de movimientos y gestos relacionados con mear y cagar, no se imitaban por la diversión de hacerlo, al contrario que la coreografía de comer (aunque también de esto se habían aburrido pronto). Solo el vientre de Maimuna había funcionado una vez. Ocurrió al llegar; ella se había acurrucado tumbada y materializado en el blanco. Se puso de cuclillas, estrujó por el ano un zurullo pequeño seco, las demás se reunieron a mirarlo con sorpresa y admiración (no olía, eso lo notaron), y eso fue todo. La única mierda del lugar, según se sabe. Esa clase de cosas simplemente dejaban de existir, la sensación de pesadez en la vejiga, los gruñidos del intestino, los dolores persistentes, la presión en el ano, las contracciones del esfínter, la rítmica de la retención y liberación.

El excremento de Maimuna existía. Existía con tanta fuerza, tan perturbador, que decidieron de mutuo acuerdo alejarse de su presencia. En realidad, la mierda no repugnaba a nadie, era solo que su mera presencia desconcertaba demasiado, era algo demasiado conocido y al mismo tiempo demasiado raro, la Última Vez materializada en forma de mierda. Y por eso comenzó a significar cosas que aún no se deseaban recordar. Una persona condenada a muerte no comerá con alegría su última cena, ¿no? (Una hamburguesa con queso y patatas fritas era la última cena preferida según un antiguo cocinero de prisión, que llegó a preparar ٢٢٠ últimas cenas en Texas entre los años ٢٠٠٣-١٩٩١, mientras cumplía una condena de catorce años por secuestrar a su cuñado y violar a su exmujer. Resulta un tanto triste que un asesino promedio que va a ser ejecutado con inyección letal desee comer precisamente esa adaptación de la hamburguesa desarrollada en Estados Unidos en el año ١٩٣٥, y no por ejemplo una hamburguesa con doble de queso o una hamburguesa con queso y bacon, sin hablar ya de otros platos. ¿Por qué nadie ha pedido jamás un *vorschmack*, por ejemplo? Algunos, por suerte, saben despedirse. Se hinchaban tanto a comer, que la muerte tenía que parecerles un alivio en lugar de un castigo).

O cuando una persona hace el amor por última vez con su amante

(o con cualquiera), ¿no es esto también triste? Por lo menos es *algo*. Es raro y significativo. El último coito antes de un accidente en el que fallece la pareja. O, el caso más habitual, la última relación sexual después de la cual cesan todas las relaciones sexuales. Se es demasiado mayor. Ni se puede ni se tienen fuerzas. No apetece. Nos acostamos hace cinco años el seis de abril, en la familiar cama de casa, ya con un poco de dificultad, flojo, como se suele decir, seco, torpe, pero con buena voluntad y después, eso fue todo. Todo el sexo de mi vida.

And there is always the last time, rompió Shlomith el largo silencio, eliminó los posibles pensamientos incompletos que quizás ya daban vueltas por la cabeza de la recién llegada. La última Última vez. Y como en estas circunstancias excepcionales era posible experimentar esa específica última vez (por suerte Ulrike era muy capaz), no había motivo para omitir la intervención. Simple y llanamente: le lamieron a Ulrike sus partes íntimas, porque pronto ya no sería capaz de experimentar nada similar. Ni placer físico, ni dolor. Le lamieron a Ulrike sus partes íntimas porque cada una de las mujeres allí presentes —Shlomith, Polina, Rosa, Nina, Wlbgis y Maimuna— echaban de menos (cada una a su manera) el placer, o al menos el contacto. La lamieron, no la golpearon, por ejemplo, porque estas mujeres no eran unas sádicas y de serlo, allí no podían permitirse repentinos estallidos de violencia desmesurada. Sabían sin expresarlo que no merecía la pena agitar el barco. La simple idea de la violencia resultaba aquí más inoportuna que en ese otro mundo donde había policías, códigos de leyes, juicios, sentencias, multas, prisión y, en algunos estados, incluso pena de muerte. Aquí no había nada. Probablemente el objeto del ataque ni siguiera se dañaría, al menos no para siempre. Esta era una de sus hipótesis y hasta la habían ensayado con precaución un poco antes de que apareciera Ulrike: se habían pellizcado unas a otras. Cada una de ellas acabó dándose cuenta de que un pellizco se asemejaba a un apretón o arañazo en la piel de un brazo que se ha quedado dormido debajo de la almohada, no se sentía nada, los ojos veían, pero la piel no reaccionaba, y les había empezado a entrar la risa. Allí estaban sentadas unas al lado de las otras y se arañaban, pellizcaban y mordían. Nada de lo que antes era válido valía ahora, eso es lo que querían demostrarles a las demás y a sí mismas con los pellizcos, aunque ni una sola de ellas sabía qué hacer con ese hecho, si consolaba, si infundía fe, si brindaba un motivo para seguir, y qué era eso de seguir, qué demonios harían después de dejar de pellizcarse una a otra. Ni una sola de ellas lo sabía y por eso todas reían.

Y rieron hasta que Shlomith reparó en la presencia distante de un fardo que recordaba a una persona tumbada, una figura que luego resultaría ser Ulrike. Cuando echaron a andar hacia allí, decidieron satisfacer a esa criatura, se tratara de una mujer o de un hombre (en el caso de un niño, hubieran desistido de su plan). La idea se le ocurrió a Shlomith, animada por los pellizcos, y a cada mujer, acicate de la risa, le pareció estupenda. Decidieron que Shlomith lamiera y chupara las zonas erógenas de la criatura tumbada en el suelo hasta que aquel ser se corriera, si es que aún conservaba la capacidad de disfrutar. Sería un regalo de bienvenida por partida doble, un regalo para esa nueva miembro de la comunidad y un regalo para todas ellas: ser testigos de la excitación, de correrse, del sudor en las corvas y recordarlo, al menos de lejos.

Thank you, Ulrike, dijo Nina, y acarició su barriga redonda. *Thank you*, dijo Shlomith. *Thank you so very much, liebe Ulrike*, dijo Polina con cariño. *Obrigada!* dijo Rosa Imacu- lada. *Merrrrrci!* dijo Maimuna, arrastrando alegre la erre. Wlbgis sonrió con tristeza, su cabeza calva asintió y la mano acarició el cabello-hoguera, su pobrecito pelo eterno que al menos era de naturaleza permanente, al contrario que el orgasmo de una adolescente; y una sensación estancada que recordaba a la envidia le hirvió en el cerebro. Nadie le había proporcionado placer jamás. Si alguna vez había jadeado, y lo había hecho, pues había dado a luz a un niño hacía una eternidad, había jadeado de dolor y de miedo, había chillado de tormento, de desgarro y golpes, también después de los golpes había jadeado. Vendrían más, y una y otra vez gemía de pura incredulidad. ¿Cuántas veces hay que pegar a una persona antes de que crea que de verdad la están golpeando? Que no se trata de una pesadilla. El mismo hijo que la había desgarrado al abrirse paso fuera de su vientre, la había golpeado más tarde de tantas formas y en tantos lugares sensibles, que Wlbgis había perdido la cuenta. Poco a poco se había rendido y se había dejado convertir en una mujer a la que le habían hecho mucho mal, a la que compensarían solo en el juicio final. ¿Hacia allí se dirigía?

Los dedos de Wlbgis desaparecieron en el interior de la peluca. ¿Qué creía saber de la vida esa niñata? ¡Ja! Pues aquí estaba ella también, toda ayuda fuera de su alcance. Una descarnada alegría maliciosa inundó la mente de Wlbgis.

Existían otras evidencias indiscutibles a favor de la teoría de la muerte. Shlomith seguía estupendamente, aunque, al igual que Wlbgis, tenía que estar muerta y bien muerta. *So it's just beyond*

dispute! Polina estaba completamente segura del asunto y lo había expresado con claridad cuando eran seis, cuando Ulrike ni estaba ni se la esperaba, cuando aún no habían estallado en risas durante la prueba de los pellizcos y a Nina no se le había ocurrido la idea de la peluca-hoguera.

No es posible que estés viva, Shlomith, había dicho Polina. No es que tengas una delgadez mórbida sino algo mucho peor.

Y eso causó pelea, claro. Para Shlomith la delgadez no era «algo mucho peor», formaba parte de un experimento, llevado al extremo, pero una prueba controlada de la cual había salido vencedora. Había sobrevivido, eso lo recordaba, el recuerdo era nítido como una postal, una postal repleta de palabras escrita durante un arrebato emocional. Los aplausos en el auditorio del Jewish Museum se habían iniciado cautelosos, comedidos, los asistentes se habían mirado de reojo unos a otros, consternados: ¿era adecuado aplaudir ahora o habría que recoger las cosas y marcharse en silencio, como en misa, con la mirada púdicamente gacha? Pero entonces alguien inició unos aplausos rabiosos y a continuación alguien más, un hombre, gritó un *bravo! bravissimo!* hueco y ronco, y de pronto la sala repleta hasta la bandera comenzó a crujir por todas partes, cuando decenas y más decenas de manos aplaudían y succionaban el oxígeno circundante. El aire comenzó a cargarse, a volverse demasiado abrumador. Shlomith retrocedió para sentarse en el taburete de madera. Habían colocado una banqueta sobre el escenario detrás de ella por si acaso, por si no tenía fuerzas. Pero justo ahora, recibiendo las muestras de admiración, necesitaba un asiento. Se plegó allí en un estado semiinconsciente. Sobre el taburete habían colocado un cojín rojo para que su trasero hueco aplastado no se abollara contra la madera dura (moretones ya tenía suficientes). Sentada sobre el cojín rojo, en bragas, había absorbido en su interior las ovaciones, ese aire denso sofocante que pocas personas corrientes pueden alguna vez disfrutar, y después, su cuerpo momificado y seco como un pergamino había comenzado a reaccionar. Un calambre la dobló por la mitad, un grito que se esforzaba por salir de su interior la plegó sobre las rodillas, la forzó a aplanarse, miembro sobre miembro, el rostro sobre las rodillas, la afilada punta de la nariz entre las afiladas rótulas. Aquello no era el aria final alzándose desde el fondo del taburete. Era contraerse, acurrucarse, y tenía que ocurrir. Tenía que desplomarse a la vista de todos y al fin se permitió a sí misma desplomarse. Su firmeza, la arista (ese famoso *edge* que algunos tienen, otros no) adquirida a lo largo de

décadas comenzaba a desmoronarse. Y cuanto más se desmoronaba Shlomith, más vitoreaba el público, pues cada persona presente en el auditorio sabía que la misión vital de Shlomith, ahora se había cumplido. Hacía un momento se había dicho a sí misma en voz alta: «Esta es mi última performance. Cuando me recupere, voy a ordenar mi archivo y lo donaré a cierto museo, ya se han iniciado conversaciones al respecto. Después voy a empezar a disfrutar de la vida. De una manera sana». La ambulancia estaba dispuesta delante del museo. Shlomith había reservado una plaza en un hospital privado donde podría reponerse y recuperar el peso perdido. Nada de llamadas, correos electrónicos o visitas. Dejaría de ser una atracción, aprendería a ser primero una persona, luego una mujer y, finalmente, quizás también una madre.

En ese bonito auditorio, en el edificio que la rica viuda judía Frieda Shiff Warburg había donado al museo el fatídico año 1944, chilló Shlomith con la nariz dura como un hueso entre las rodillas duras como un hueso. Por primera vez en treinta años derramó grandes lágrimas cálidas que sabían igual que aquellas lágrimas en la cocina común del Kibutz Metushelah: saladas, demoledoras, pero prometían cautelosas un nuevo comienzo. Shlomith se encogía sobre el cojín rojo en medio de una tormenta de aplausos que destrozaba los oídos, mientras olas de treinta años de dolor y soledad igual de enormes la apaleaban, y no solo a ella sino también a cada una de las personas sentadas en la sala, ahora prácticamente todas en pie. Pues no existía una sola criatura viviente que no albergara la tristeza secreta de llorar a lágrima viva, nadie que en lo más íntimo no esperara el permiso para deshacerse de su pena.

El clímax final espontáneo de la obra, fuera de guion, el llanto grupal catárquico que se había contagiado al público y que alguna que otra negación de cabeza cínica y un par de salidas de la sala irritadas no lograron apaciguar, comenzó a transformarse tras un momento de agitación. Uno tras otro, los asistentes se fueron recomponiendo, cuando repararon en que Shlomith había levantado la cabeza entre las rodillas y alzado la mirada. Alguien cesó de aplaudir y comenzó a toquetearse la ropa en señal de que era hora de cambiar de sitio, y los vecinos de asiento hicieron lo propio, y en otro punto del auditorio otra persona comenzó también a moverse, y quienes estaban a su alrededor la imitaron y luego los que estaban a su lado y así pronto toda la sala estuvo en movimiento. Pero la gente no se agolpaba hacia la puerta. Formaron una fila delante de la artista de manera tan

espontánea como cuando hacía un rato rompieron a llorar. Querían abrazarla, decirle a su manera THANK YOU y desearle una satisfactoria recuperación. Los que se secaban un rabillo del ojo o los dos se preguntaban admirados cómo iban a arreglárselas sin ella. ¿Quién canalizaría sus sentimientos cuando Shlomith se hubiera jubilado?

Así que cuando Polina le dijo a Shlomith delante de Nina, Wlbgis, Maimuna y Rosa que ella *no podía estar viva*, igual que tampoco podía estar viva Wlbgis, Shlomith se pilló un enfado tremendo. Aunque Polina añadió al instante que, tal y como estaban las cosas, ella misma no vivía, igual que tampoco Nina, Maimuna y Rosa, Shlomith enfureció. El comentario de Polina era sencillamente ofensivo. ¡Por supuesto que estaba viva! Estaba más viva de lo que jamás había estado. Había comenzado a recuperarse, lo notaba, porque ya no sentía dolores. Su mente funcionaba con más lucidez de lo que lo había hecho en muchísimo tiempo y, además, los muertos no tenían pensamientos. ¿Y eso cómo lo sabes?, preguntó Polina. Lo sé, respondió Shlomith, todos los saben. ¿Acaso ha regresado alguien de entre los muertos para decírtelo? preguntó Polina. Los muertos no hablan, espetó Shlomith, los muertos no tienen actividad cerebral. ¿Y si no continuamos nuestra existencia como seres físicos?, continuó Polina, ¿y si ese algo en nosotros que la ciencia no es capaz de localizar no muere nunca? Pero aquí estoy yo, y tú, y todas nosotras, vivitas y coleando, ¡y se nos puede ver con los ojos! gritó Shlomith. ¿Dónde coño 'aquí'?, rugió Polina, y extendió los brazos teatralmente. ¡Pero si no estamos en ningún sitio! ¡Válgame dios, pero si no estamos en ningún sitio, ni hay nada, excepto esta estúpida discusión y palabras vacías!

Polina hubiera podido continuar su charla un buen rato más, pues estaba dogmáticamente segura de la cuestión. Hablar no cesa, aunque todo lo demás lo haga. Reír y discutir no cesan, aunque las funciones vitales cesaran una a una, aunque las percepciones sensoriales se fueran apagando poco a poco. Esto es la muerte, habría deseado bramar Polina. Algo más grande que la persona misma sigue funcionando, sirviéndose de la cáscara de la persona, absorbiendo la fuerza de los gestos vacíos de la persona; por eso ese Algo necesita la destrucción retardada. Ese Algo coloca al ser desamparado arrancado de su vida para que luche en medio de un pequeño público compuesto por seres igual de desamparados y arrancados de sus vidas. Superarlo únicamente depende de la buena voluntad. ¿La hay o no la hay? ¿Sí o

no?

Polina cesó de porfiar. Tenían que trabajar en equipo, tenían que olvidar las diferencias de opinión. Cerró los ojos y se tragó lo que tenía la intención de lanzar al aire, que *ellas* eran la prueba de la existencia de la muerte, que *de este mundo* nadie había salido a contárselo a los vivos, porque *hasta aquí* no llegan los que regresan, los que han visto la luz al final del túnel, los que han mirado la película en tonos cálidos de su vida a cámara rápida en la sala de espera de la muerte.

Polina se inclinó hacia atrás, se apartó del índice levantado y amenazador de Shlomith. Estaba a punto de comprender algo que habría anotado de inmediato de haber dispuesto de lápiz y papel:

— LA VOZ HUMANA —--> VA MÁS ALLÁ DE LA MUERTE
— PERDEMOS POCO A POCO LA CAPACIDAD DE TOCAR, COMENZAMOS A DESTRUIR
— ¡¡¡LA COMUNIDAD SIEMPRE ESTÁ EN PELIGRO!!!
— AFÉRRATE AL MÍNIMO COMÚN DENOMINADOR CUANDO TODO COMIENCE A DESMORONARSE

¡Dios mío, pero si ahora estaban delante de asuntos clave, esas mujeres que se miraban de hito en hito en círculo! Si hubiera sabido antes de la existencia de este mundo, cuando aún estaba entre los suyos… Si lo hubiese previsto… si hubiese sabido hablar de ello con las palabras correctas…

Polina paró en seco. Quimeras vanas. Los suyos la hubieran tomado por más loca aún. Entre ellos Maruska, su colega de la Zlom, la dirección general de artes escénicas de Moscú, siempre acicalada de la cabeza a los pies, ella habría llamado a su pareja, que era médico, en alguna fiesta de inauguración, donde tras un par de copas Polina se hubiera atrevido a compartir sus percepciones: «¡Serjoža! ¡Serjoža!» habría chillado y gesticulado Maruska, y Serjoža habría acudido raudo a su lado desde el rincón más lejano del vestíbulo, sus orejas sobresalientes habrían oscilado de haber sido un centímetro más grandes, su cola se habría agitado si el tipo hubiera tenido una, una cola de rottweiler en forma de porra, esa hubiera tenido él, una cola negra que se bate rígida. «Serjoža, cariño, Serjoža, otra vez Polina anda diciendo cosas raras. Se le ha ocurrido que después de la muerte continua nuestra existencia. ¡En grupitos! ¡En el vacío! Y que poco a poco perdemos la capacidad de sentir. Pero no la de comunicarnos ¡y menos la de buscar pelea! Creo que Polina se ha vuelto a pasar leyendo los mamotretos de algún chalado…». Así trinaría Maruska, y

no se detendría hasta haber soltado: «Háblale a Polina de ese paciente que cuidaste, de ese joven que se imaginaba que estaba muerto. ¡Díselo! ¡A Polina le gustan las historias macabras!».

Ejercicio de Muerte número 1
(Síndrome de Cotard sazonado con budismo tibetano)

Serjoža habría guiado a Polina hasta un tresillo y le habría ofrecido unas caladas. Estas historias eran de las que no se podían escuchar (y menos contar) sin coñac y cigarros de cereza. Serjoža refería a sus amigos, más que encantado, historias sobre sus clientes (por eso era popular). El nombre de todos sus pacientes, independientemente del sexo, era Pjotr, y a Pjotr siempre le ocurrían cosas increíbles. Si no, no serían clientes de Serjoža.

Este Pjotr en concreto padecía una enfermedad muy poco común llamada síndrome de Cotard. El nombre procede del neurólogo francés Jean Cotard, que comenzó su carrera como discípulo del médico jefe Jean-Martin Charcot en el hospital de Pitié-Salpêtrière. En la década de 1870, Cotard se mudó a Vanves, una pequeña localidad situada a las afueras de París, pequeña, pero en ese momento una de las más densamente pobladas de Europa, donde quince años más tarde moriría de una difteria que le contagiaría su hija.

El síndrome de Cotard, que el neurólogo definió como una nueva forma de melancolía que entraña inquietud y agitación, salió a la luz en el año 1880. De sus síntomas típicos forma parte el «delirio de la negación» (*délire des négations):* depresión acompañada de fantasías referentes al propio cuerpo y a la existencia. La ansiedad y la culpabilidad aquejan a una parte de los que sufren el síndrome, al igual que la hipocondría, las alucinaciones auditivas y, ciertamente paradójico, las fantasías de inmortalidad.

El Pjotr de Serjoža era un caso único en varios aspectos. Había leído la traducción al ruso del *Libro Tibetano de los Muertos* en vísperas de caer enfermo; cierto que el tema, la muerte, ya lo cautivaba antes de que irrumpieran las alucinaciones propiamente dichas. Cuando lo trajeron a la consulta de Serjoža, el hombre estaba convencido de que su madre había fracasado estrepitosamente en su tarea más importante de todas: la madre no había sabido ayudarlo durante la expulsión de su conciencia en el preciso instante en que cesó su respiración.

Pjotr recordaba con exactitud fotográfica la situación en la que según él había muerto. Sí, con exactitud fotográfica, pues, como si su

muerte no hubiera sido suficiente, además se había separado de su cuerpo. Había observado lo ocurrido desde el techo y ahora describía a Serjoža con profusión lo que había visto. Que él estaba tumbado inerte en su cama. Antes de eso se había incorporado sobre los codos llamando a gritos a su madre, aterrorizado; había sentido que se le escapaba el aliento. Había deseado que su madre llegara a tiempo para ayudarlo, pues esta alcanzaría a leer en alto ciertas líneas importantes del libro que reposaba en la mesita de noche. Pero cuando la madre entró, era demasiado tarde: Pjotr ya había logrado desplazarse al techo, o más bien había sido lanzado allí con violencia.

No había cambiado ni un ápice la situación el que junto a su cuerpo sin vida llegaran a la carrera su padre y su hermana pequeña acelerados por el chillido de la madre. Y como la coronilla poco poblada de su progenitor estaba justo debajo de él, así se lo contó Pjotr a Serjoža, el joven pensó que podía tomar la pesa de un reloj de péndulo del abuelo que se encontraba en lo alto de un armario, allí subida a la espera del relojero, para dejarla caer sobre la cabeza del padre. Pjotr quería ver cómo se quebraba el cráneo de su progenitor. Estaba convencido de que este había introducido talio en el agua que había bebido. Pjotr afirmaba que su padre llevaba tiempo buscando el momento adecuado para acabar con la vida de su hijo. Por eso hacía varios meses que el joven comía y bebía en restaurantes baratos y no había accedido a compartir comida en familia a pesar de lo mucho que su madre lloraba y suplicaba.

Pero ahora su padre había ganado. Había descubierto la mochila oculta debajo de la cama y en su interior, la botella de agua descorchada. Mientras Pjotr dormía, el padre había abierto el corcho y había pulverizado en el agua un gramo de polvo de talio. Y el otro, ajeno a toda sospecha, había bebido agua por la mañana. Y ahora había muerto y todas sus medidas preventivas habían caído en saco roto.

Serjoža no preguntó si Pjotr había experimentado repentinos dolores de estómago, descomposición y vómitos, que son los primeros síntomas de un envenenamiento por talio. En su lugar, Pjotr consideró necesario contar que la pesa del reloj no se había movido, por mucho que él, flotando en un plano horizontal, había tratado de tirar de ella. Su padre ya había desaparecido, se había marchado suspirando preocupado —fingía, naturalmente, añadió Pjotr— a llamar a un médico. La hermana pequeña había estallado en lágrimas y su madre no había sabido hacer otra cosa que acariciar la frente cada vez más

fría del pobre Pjotr.

Serjoža había escuchado serio a su paciente. No había dejado escapar ni un esbozo de sonrisa en la comisura de sus labios. Y tampoco reiría entonces, cuando refiriese el caso. Formaba parte de su ética profesional: seriedad, por muy chifladas que fueran las cosas, por mucho que se desternillaran sus oyentes, aguantándose el estómago, secándose las lágrimas de risa.

Pero la historia de Pjotr contenía una dimensión sobre la que al parecer no existía ni una sola mención en la literatura científica que se ocupaba del síndrome de Cotard, y por la cual Serjoža lograría un estupendo artículo revisado por pares al que se referirían en el futuro no cientos, sino miles de veces. *El Libro Tibetano de los Muertos*. La cuestión de cómo un texto escrito puede influir en el estallido de alucinaciones en una mente propensa a las fantasías. ¡Pjotr sería la puerta de Serjoža al éxito internacional!

Pjotr se sentaba alicaído delante de Serjoža, roto por el dolor. No había tenido tiempo de decirle a su madre, en quien confiaba en extremo y a quien quería infinitamente, que esta tenía que haber tomado rauda en sus manos en el instante en que él sintió que su espíritu se marchaba, el libro de cabecera en la mesita de noche, abrirlo por la marca en la página 78 y leer:

Oh hijo de noble familia, Pjotr, ha llegado para ti el momento de buscar un camino. Tan pronto como tu respiración se detenga, aparecerá ante ti lo que se llama la luminosidad fundamental del primer bardo, sobre la que tu lama ya te ha instruido. Esa luz es el Absoluto, amplio y desnudo como el espacio, vacío luminoso, espíritu puro sin centro ni circunferencia. Reconócela y quédate en ese estado, y yo también te la mostraré al mismo tiempo.

Su madre tenía que haberle leído estas oraciones al oído al Pjotr moribundo mientras respiraba, mientras el hijo aún estaba en contacto con el mundo material. Y cuando Pjotr hubiera cesado de respirar, cuando sus arterias hubiesen cesado de latir, habrían tenido que acostarlo sobre el lado derecho de modo que su mano derecha se hubiese quedado bajo la cabeza, la palma contra la mejilla. En esta posición había muerto en su día el Buda Gautama, en esta posición el Buda Gautama había pasado de inmediato y por el camino más recto a la última morada espiritual, al *páranirvana*.

Ahora, Pjotr se quejó a Serjoža, se vería relegado a vadear solo, sin ningún tipo de guía, por sus recuerdos, que habían tomado forma de

alucinaciones. Se vería constantemente obligado a temer perderse, pues el bardo estaba repleto de tentaciones falsas que procedían de su propia conciencia, de sus proyecciones, miedos y pasiones. Cómo iba a poder mantener sus pensamientos ilusorios bajo control si su madre no había estado para guiarlo, si su madre no estuvo en esos momentos leyéndole al oído:

Oh hijo de noble familia, lo que se llama la muerte ha llegado ahora hasta ti, así que debes pensar de este modo: «Ha llegado el momento de morir, así que, ahora, gracias a la muerte, mi mente alcanzará un estado iluminado, lleno de amor y compasión…».

Pjotr lloraba amargamente, pues no había reconocido la luminosidad fundamental del primer bardo, la luminosidad pura, inmaterial, incolora, sin restricciones, resplandeciente y brillante, ni la luminosidad secundaria del segundo bardo. Por este motivo habría de errar, así le gritó a Serjoža, hacia las espantosas visiones kármicas, hacia los terrores de los Soberanos de la Muerte, hacia los sonidos espantosos y luces de colores traicioneras del reino de quimeras del bardo del dharma. Justo ahora, en este momento, allí vagaba y tenía miedo de que nadie pudiera socorrerlo. Que nadie le dijera: *Este es el sonido natural de tu propio Absoluto; así pues, no tengas miedo ni te sientas confundido.* Nadie le susurró al oído: *No tienes un cuerpo físico de carne y hueso, de modo que ningún sonido, color o rayo de luz puede dañarte en absoluto; no puedes morir.* Y su madre no le aseguró: *Basta con que los reconozcas simplemente como tus propias proyecciones.* Jamás recibiría instrucciones para cerrar la puerta que conduce al útero en el bardo de la existencia. Estaría eternamente huérfano, vagando por la ciénaga turbia del samsara, muerto en vida, separado de sus seres queridos, lejos de su madre y de su hermana, que ahora habrían de arreglárselas solas bajo la tiranía paterna.

En este punto de la historia, Serjoža habría sacudido la ceniza de su cigarrillo de cereza y disfrutado el primer sorbo de coñac. Habría mirado detenidamente a Polina, estudiando el efecto sobre ella de la narración de su paciente Pjotr. Luego habría mirado a su mujer, a Maruska, ronroneando como un gato, solo para asentir levemente, anunciando que ahora le tocaba a ella el turno, que ahora su misión sería acompañar a Polina de vuelta al ámbito de las palabras de la razón, lejos de las locuras que no le ocasionarían más que disgustos. «Querida Polina», empezaría a gorjear Maruska, «este tipo de historias salen de los labios de los locos de remate. Son un buen pasatiempo,

¿no es cierto? Pero una cosa te digo, no importa lo que inventes, Serjoža siempre es capaz de sacar algo mejor. Y ni siquiera necesita usar su imaginación. ¡Es suficiente con ser médico!».

0

-

0

Pero *aquí* Polina era más sensata que muchos otros, por ejemplo, Shlomith, cuyo dedo flaco sobresaliente levantado empezaba a parecer simplemente ridículo. A estas alturas, todas entenderían que cuando estás muerta ya no se puede morir ni, por ejemplo, matar a nadie. ¿De verdad Shlomith quería agarrarla por la garganta (eso es lo que parecía) y estrangularla para acabar dándose cuenta de que no podía ser estrangulada? ¿Para tener que aceptar su derrota, que la naturaleza indemne y la inmortalidad probaban la certeza definitiva de la afirmación que había pronunciado hacía un instante, que *de facto* estaban muertas? Polina hizo un gesto de rechazo en dirección al dedo de Shlomith y soltó por sus labios un siseo irritado.

Y en ese momento, justo sobre aquel siseo que fluctuó con eco alrededor de las mujeres debido, al parecer, a la rabia contenida con la que Polina lo arrojó al exterior, Nina comenzó a hablar del lugar. Del punto de referencia, del puerto seguro, de una chimenea, de la hoguera: de la peluca. ¡Ahora paz sobre la tierra, Shlomith y Polina! Nada de peleas. ¡Somos mujeres adultas!

Por suerte también los adultos tienen permiso para jugar. Especialmente alrededor de una hoguera. A Shlomith se le ocurrió mientras observaba a Nina de cuclillas ahuecando la peluca y veía su barriga, que apuntaba bajo la camisa de maternidad negra en forma de pelota rebosante de vida, un contrapunto a todo aquello de lo que Polina había hablado, un signo de exclamación en favor de la vida. *¡Vamos a jugar a la muerte!* Shlomith decidió tomárselo como un juego: «Vale. Vamos a imaginarnos que ya no estamos en el libro de los vivos. Podría ser divertido, un poco como leer una novela de intriga donde las asesinadas aparecen por orden: Polina, Nina, Maimuna, Wlbgis, Shlomith y Rosa. Un poco de emoción, si no para la vida al menos para *esto* o como quiera que se quiera llamar ahora a *esto*, da lo mismo».

Al juego se apuntaron con entusiasmo y aliviadas por la conclusión de la pelea tanto Polina como Nina, y también Maimuna, cuando la anterior prometió amablemente actuar de intérprete de francés e inglés. También Rosa Imaculada habría tenido una historia que contar,

tal vez la más terrible de todas, pero aún no había llegado su momento, no en ese lugar, no alrededor de esta hoguera. Aquí la historia salió de la boca de Rosa en una mezcla de lenguas propia de babel y de la trama no se enteró nadie. Rosa se frustró y lo intentó de nuevo y se impacientó y acabó impacientando a las demás, que comenzaron a desear, más o menos en secreto, con ligeras muecas y gestos, que Rosa se callara. Que Rosa se conformara con escuchar. Que Rosa aprendiera paulatinamente a expresarse mejor. Que escuchara y aprendiera, que no se alterara todo el rato.

Y la pobre Wlbgis. Sin voz, sin palabras.

Pero Shlomith, Polina, Nina y Maimuna comenzaron a jugar al asesino, para divertirse y entretener a las demás. Alguien (o algo) las había matado, las había liquidado, alguien (o algo) había querido acabar con ellas de una manera tan repentina que ni siquiera habían alcanzado a darse cuenta de dónde estaba el enemigo, quién (o qué) las acosaba y quién albergaría un motivo.

Shlomith contó: «Como sabéis, soy artista. Realizo *performances*, mi trabajo me lleva a límites que son desagradables e incluso peligrosos. Pero jamás daño a otros, como mucho a mí misma. El mundo está lleno de violencia, que no disminuiría aunque yo hiciera saltar por los aires los centros comerciales repletos de basura fabricada en circunstancias inmorales. Agito a las personas, pero no lastimo la integridad de nadie. Si alguien se ofende, se trata de interpretación, de que he dado, metafóricamente, en un punto doloroso. ¿Todo claro hasta ahora?

Mi último recuerdo se relaciona con una *performance* que organicé en mi ciudad natal, en Nueva York, en el auditorio Sheuer del Jewish Museum. Acabo de dar una charla sobre las conexiones entre anorexia y judaísmo —empleo mi religión y mi cultura como material de mis *performances*—. He terminado, estoy de pie en ropa interior delante del soporte del micrófono y aguardo la reacción del público. Aunque me he limitado a hablar del tema, dejando caer solo datos fríos, aunque he anunciado que asumo la responsabilidad absoluta sobre mí misma y mis actos, en algunas personas despierto una rabia primitiva. Me he preparado para el lanzamiento de frutas podridas, huevos, botellas de agua, pequeñas piedras. Nada realmente peligroso puede salir volando desde el público, pues los controles de seguridad han sido más estrictos de lo normal. Todos pasaron por el detector de metales, abrieron los bolsos, no se podía introducir grandes mochilas en la sala. Por si acaso, mi asistente, la insustituible Katie MacKeen, está preparada junto al escenario, tras el telón rojo. Hemos acordado que, si empiezan a llover cosas sobre el escenario, acudirá a sacarme de allí. Abrirá un gran paraguas negro y caminaremos juntas bajo su protección al cuarto de atrás, donde a nadie externo se le ha perdido nada.

Dos guardias armados vigilan la puerta. En el patio cubierto del museo me espera un vehículo, una ambulancia. Veo que esto os deja atónitas a algunas de vosotras. La premeditación, la crudeza incluso relacionada indudablemente con esta *performance*. Pero no hablemos ahora de ello. Lo que hice fue solo un viaje de exploración a mi cultura, que de manera indirecta es la cultura que compartimos unos gilipollas privilegiados como nosotros. Aproveché mi cuerpo por completo, como siempre hago en mi arte, para usarlo en la investigación, lo convertí en un instrumento que cuidé con gran amor.

Vitaminas, oligoelementos, ácidos grasos, todo controlado y calculado con exactitud; contaba con ayuda de terapia nutricional. Mi objetivo no era matarme de hambre, pero sí que bajé mucho mi suministro de energía con relación al consumo. Buscaba el índice de masa corporal 12 y lo alcancé, incluso algo menos. Conocía los riesgos, no soy estúpida.

¿Mis motivos? Cuando me embarco en algo, lo hago al cien por cien. Otra cosa no es posible. He pasado muchos años enferma, si se quiere denominar enfermedad al rechazo voluntario de la comida dada la situación actual del mundo. Al final quería penetrar con la mirada en el alma de mi enfermedad, y no solo por motivos egoístas, personales, sino por motivos de estudio cultural. Pues en última instancia esta es una enfermedad que compartimos. Esta enfermedad y sus variaciones tienen alma, y es el alma judía, el paisaje espiritual semítico. Esta es mi afirmación y esta alma creo que logré revelarla.

Recibí por ello enormes aplausos. Ni frutas podridas ni huevos malolientes. Los habrían podido arrojar los neonazis infiltrados entre el público, los judíos jaredíes o los cristianos ortodoxos, pues todos ellos tienen un enemigo común, y ese soy yo. Polina, es inútil que me mires de esa forma. ¡No me jacto, es simplemente un hecho! He recibido a lo largo de mi carrera amenazas de muerte, me han atacado un par de acosadores perturbados, una vez trataron de atropellarme. Pero jamás he dado marcha atrás: la llamada del arte ha sido más poderosa que el miedo. Estoy obsesionada con la honestidad y no me rindo, aunque mi honestidad trastornara y condujera a la locura a alguien de nervios más débiles.

Ahora *ellos,* sin embargo, se han salido con la suya. Digámoslo así, si es que estamos muertas. *Ellos* me quitaron la vida, vale, que así sea, vamos a jugar a que estás en lo cierto, Polina. Supongo que ocurrió de la siguiente manera. La *performance* ha terminado, ya se han dado los aplausos, la gente hace fila para hablar conmigo. Me dan las gracias, quieren intercambiar un par de palabras. ¡Lo creáis o no, mucha gente lloró! Lloraron porque con mi ejemplo les di permiso para llorar. ¡Espera, Polina, déjame continuar! Crees que sufro de megalomanía. Pero no es así. En pocas palabras: la gente desea que la guíen. Cuando eso ocurre en circunstancias seguras, en museos, galerías, cuando se les proporciona al mismo tiempo un canal, que en este caso soy yo, se entregan. Yo lo denomino metabolismo intermental. Les sienta bien y, en última instancia, sana a la sociedad entera. No haría mi arte si no lo creyera así. Pero todo esto tiene sus sombras.

Así que la representación ha terminado, la gente se ha abrazado, ha dado las gracias y ha llorado. El auditorio comienza a vaciarse. Los vigilantes indican amablemente al público la salida, yo sigo al grupo como se sigue el pulular de un hormiguero o el desagüe de una bañera llena de agua. Estoy vacía. Me vacío a medida que la gente abandona el espacio: comienzo a aproximarme al completo vacío de pensamiento. Registro movimiento, pero no a quien se mueve. La gente son líneas verticales, cabellos multicolores, espaldas y traseros, vestidos distintos, que la puerta absorbe hacia el otro lado. Dentro de poco se habrán marchado.

Estoy agotada, podría quedarme dormida en el asiento, pero de pronto me despabilo. Mi atención se centra en la última persona que deja la sala, que se ha detenido. Una perturbación en el paisaje. Se gira y revela su rostro. Un hombre de mediana edad, con gafas, un tipo muy corriente, eso se podría creer si se le viera en la calle, caminando entre la muchedumbre. Vestido con chaqueta de traje, pantalones vaqueros desenfadados, delgado, obviamente en buena forma. Tal vez sea un maratoniano, hay en él algo fibroso. Sus movimientos contienen una determinación acompañada de una pizca de obsesión, lo que se requiere para ejecutar ese plan que lleva cavilando en su mente durante décadas.

Ejecuta las zancadas vigorosas de un corredor de fondo, pero ahora no se halla en su elemento, al aire libre. La sala apesta a éxtasis colectivo cuya razón él solo puede comprender de una manera. Hace una pequeña circunferencia, inquieto, delante de la puerta atestada y por fin dirige su mirada hacia mí. Veo en sus ojos que contempla al mismo Satanás.

El hombre se ha quedado para el final, para que perciban su presencia, para que se note su mirada significativa, solo dirigida a mí. Luego se escabulle veloz por la puerta. En ese bendito momento comprendo que me encuentro en grave peligro. ¡No actúa solo! Hay más *de ellos*. Fui testigo de esa misma mirada hace un momento en la fila que se formó delante de mí. Recuerdo a un hombre joven cuyo lenguaje corporal era semejante, tenso por un fervor empecinado; a su espalda caminaba una mujer joven, también a ella la recuerdo, vinieron juntos. Ninguno lloraba. Ninguno buscó en mis ojos consuelo. Sus miradas rebosaban de algo que ellos mismos habían traído consigo al auditorio y que ellos mismos se llevaron consigo al marchar. ¡Y yo que creí que estaban consternados! Qué ciega puede estar una persona. Estaban repletos de odio. Nada más.

Sin mediar palabra, la mujer joven me deslizó un pedazo de papel en la mano que coloqué en el asiento, debajo de mi trasero, para más tarde. La gente seguía aproximándose más y más, yo trataba de transfigurar mi rostro para cada uno de ellos, de ser para cada uno de ellos algo único durante un instante.

Cuando el maratoniano su hubo marchado, tomé el pedazo de papel y lo desdoblé. BITCH YOU'RE AN INSTRUMENT OF SATAN YOU OUGHT TO DIE!!! El mensaje estaba escrito con letras mayúsculas, rotulador negro, y al final habían dibujado tres signos de exclamación: línea vertical y punto, línea vertical y punto, línea vertical y punto. No bastaba con menos. La maravillosa, sensata y recia Katie McKeen sale ahora de detrás del telón. Da un manotazo en el aire cuando le muestro la nota. 'Lo raro es que no haya más locos de esos esta vez', espeta, quiere llevarme lo más rápido posible a la ambulancia. 'En mis brazos desde luego no te vas a morir', suelta. Me encanta su humor negro.

Katie me ensarta en el caftán y me entrega mis zapatillas favoritas, estas graciosas pantuflas de plumón. Por un extremo del escenario se puede bajar a la planta sótano, a una combinación de almacén y vestuario desordenado y pequeño, desde el que podemos proseguir. Aguanto caminar hasta allí por mi propio pie, apoyada en Katie. Estoy en el punto de mayor delgadez y al límite de mis fuerzas, y así es como se supone que ha de ser.

Katie me obliga a sentarme en una silla de ruedas llevada al pasillo para este preciso momento. Ya no debo caminar ni un solo metro para no gastar energía en vano. Nos ponemos en marcha. Katie me empuja y de vez en cuando se adelanta para abrir la puerta con una llave electrónica que le ha prestado el conserje el museo. Esto es sorprendentemente laborioso: hay muchas puertas, por lo menos seis, estamos en las entrañas del museo. El pasillo es poco más ancho que la silla de ruedas, así que Katie tiene que ponerse de puntillas y meter estómago cuando se estira por encima de la silla de ruedas para abrir la puerta, ella es rellenita y tiene barriga. Las puertas carecen de un mecanismo que las mantenga abiertas, empiezan a cerrarse en cuanto se las deja de tocar. Por eso Katie mantiene la puerta desplegada con su trasero y tira de mis piernas para conseguir que la silla de ruedas entre. Cuando con cautela le sugiero que puedo caminar por mí misma, ella suspira, se seca el sudor de la frente y me ordena: 'Siéntate, Shlomith'.

Dios, cómo la echo de menos…

Entonces ocurre algo inesperado. Una de las puertas se niega a abrirse. Katie aprieta la llave recubierta de cuero contra el lector una y otra vez, la luz verde parpadea. Ella empuja la puerta y zarandea el picaporte, pero la puerta no se desplaza. ¿Un fallo técnico o sabotaje? Como si algo pesado estuviera delante al otro lado. Katie resopla y maldice. Trata de llamar al conserje, pero en el sótano no hay cobertura. 'Shlomith', dice con una voz falsamente animada que oculta su fatiga, 'me temo que no nos queda otra que volver'. '*Yeah, mama*', murmuro y cierro los ojos. Siento la suave barriga de Katie contra mi brazo cuando vuelve a apretujarse para pasar al otro lado de la silla. Katie es una mujer segura. Yo podría dormir en su regazo todas las noches, es tan elástica y redonda. Sin embargo, yo soy dura, demasiado dura hasta para mí misma. Si duermo de costado y entre mis rodillas no hay un cojín, por la mañana mis piernas están llenas de moretones. Pero Katie no puede quedarse a mi lado cada noche. 'Me haces daño, querida Shlomith, ¿lo comprendes? No puedo pegar ojo porque estás tan afilada que me magullas'. Incontables noches Katie me ha dormido antes de marcharse a su casa. Me ha acariciado suavemente bajo los gruesos edredones de plumas. Sí, yo soy el guisante y ella es la princesa. Ella es hermosa, vivaz y real. La echo de menos todo el tiempo.

No se puede girar la silla de ruedas, pero aun así Katie no se atreve a desobedecer la orden del médico y proponerme caminar. Decide tirar y conducirme de regreso a la pequeña estancia desde la que nos pusimos en marcha. 'Vamos a ir a través de la primera planta del museo', dice. 'Los de la ambulancia pueden ir a buscarnos allí. Además, que el museo va a cerrar enseguida, podemos movernos con tranquilidad, sin miradas curiosas'.

Katie ha logrado colocarse detrás de mí. Está a punto de agarrar los tiradores de la silla, cuando la puerta atascada frente a nosotras se abre de repente. En el umbral, bajo una luz brillante, está de pie un hombre de gafas, lo reconozco por su porte atlético y cuerpo magro. Está tenso, tiembla, está preparado para lanzarse a la carrera, pero primero ha de finalizar su misión. Levanta el brazo… Polina, inventa tú el final, por favor».

Polina continuó: «Bueno… el maratoniano está delante de ti. Y levanta el brazo. ¿Tal vez sostiene en su mano un objeto pesado, envuelto en una tela gris? Y comienza a golpearte. Los golpes aciertan a dar donde era su intención… en la frente… y en el cráneo. Pierdes el conocimiento. Golpes intensos, romos, de los que no dejan marcas

externas. Numerosos desgarramientos de los tejidos internos debido a los cuales tu cerebro comienza a hincharse. Tu respiración se paraliza. Ya no recuperas el conocimiento. Mueres…

El asesino huye. Deja a tu ayudante chillando junto al cadáver repantigado en la silla de ruedas, él conoce una salida secreta… ¿Tal vez ha colaborado con el conserje del museo? ¿Tal vez el conserje te consideraba la encarnación del diablo? Tal vez el conserje también tenía *esa mirada*…

Sea como fuere, mueres, Shlomith, mueres a consecuencia de las heridas cerebrales, no de desnutrición severa. ¿Estás ahora contenta?

Y mi muerte. ¿Nos ponemos con ella? He pensado mucho en eso. Siempre llego al mismo punto, a un calor, a un calor sobrecogedor, que hormiguea en el cuerpo; es mi final. Presiento una luz brillante amarilla, aunque mantengo los ojos cerrados. Y ese hormigueo. No se localiza en un lugar concreto, por ejemplo, en la piel; está por todas partes. Ya no existen cosas como 'piel', 'cabeza', 'extremidades', 'dedos índice', 'dedos meñique de los pies'. No miento mucho si digo que en el momento de mi muerte me uní al universo. ¿Comprendéis de qué estoy hablando? No acogí el resplandor como la extasiada Teresa de Ávila, ¿conocéis la estatua? La Teresa de Bernini: la boca abierta, desplomada en una postura incómoda, un querubín a su lado amenazando con una flecha. No fue así. En primer lugar, yo no estaba en una posición concreta.

¿Y sois capaces de imaginar el amor divino? Por mucho que le dé vueltas, no se me ocurre otra expresión para mi experiencia. Божественная Любовь. Hay que decirlo en ruso, porque ninguna palabra en otra lengua atraviesa esa sensación de la misma manera. Escuchad: *BOOžestvennaja LjuBOF*. Así es como me sentía, exactamente así. Una brillante luz amarilla que no requiere de ojos para sentirla: *BOOžestvennaja.* Un calor hormigueante que no requiere de un cuerpo para sentirlo: *LjuBOF.* ¡Saboread, saboreadla vosotras también!

Todos mis miedos terrenales cesaron en el momento en que ese calor celestial me colmó. El calor vino primero, sí: el calor vino primero. Cerré los ojos como si alguien me hubiera susurrado en voz baja en los oídos: 'Ahora ya no hace falta que luches más, Polina, nadie te amenaza'. Como si alguien me hubiese cerrado los ojos con un beso: 'Polina, *ellos* ya no van a poder hacerte daño. ¡Abandónate, abandónate!'. Entonces vino la luz. Me relajé. Cesé de temer y morí. Por qué, no lo sé, pero ocurrió así. Desearía volver a ese momento,

pero pasó.

¿Y tú, Nina?

¿Qué recuerdas?».

Nina contó: «Cesaron de moverse. De vez en cuando el pequeño Antoine y la pequeña Antoinette cesaban de moverse. Como de mutuo acuerdo: 'Ajá, ahora vamos a estar calladitos, vamos a asustar a *maman*…'. Entonces volvían a moverse. '¡Yuju, estamos aquí, te estábamos tomando el pelo!'. Vale. Aprendí a conocerlos. Sus movimientos y cuando no se movían. Había una cierta lógica. Dormían cuando yo me movía y se despertaban cuando yo me acostaba. Tenían ese ritmo, eran unos… cómo se llaman… *les noctambules*… como los búhos… sí, «criaturas nocturnas». Eran criaturas nocturnas. ¡Igual que su padre! Jean-Philippe solía colocar la oreja sobre mi vientre y escuchaba con atención. Cuando sentía las patadas, gritaba *ça commence alors!* Luego giraba una mano en el aire como si diera vueltas a una cuerda, *le lasso*, sí, justo, a un lazo: *la-la-la-la discooooooooo!* Esos momentos eran los mejores. Nos reíamos mucho. Jean colocaba el rollo de cartón del papel higiénico en mi barriga, ponía allí la oreja y escuchaba, levantaba la mano y decía chist, y allí estaban, dos corazones y sus latidos rápidos, los escuchaba.

Aquellos eran momentos felices.

Una noche Jean-Philippe no estaba en casa. Bueno, noches de esas hubo varias, pero esta en concreto fue mala. Fui a la cama y esperé a que comenzaran a rocanrolear. Pero no lo hacían. Esperé y esperé, pero ellos estaban en absoluto silencio. No podía dormir. Llamé a Jean varias veces, pero no respondía. Me enfadé. Me levanté de la cama y traté de despertarlos. Comí chocolate con leche; el azúcar los desmadraba. Les canté, acaricié mi vientre, bebí limonada. Volví a tumbarme, simulé dormir. Por lo general eso ayudaba. Cuando quiero sentir que están vivos, me tumbo y respiro profundamente. Como te enseñan en yoga: el plexo solar, a través de él. Entonces casi siempre se despiertan, comienzan el boxeo y los ejercicios de patadas.

Siempre me he preocupado un poco. También cuando había patadas. Si solo venían de una dirección. Están muy próximos en una especie de posición como el 69: el pequeño Antoine cabeza abajo, la pequeña Antoinette cabeza arriba. Me pregunté si estarían todavía vivos o uno patalearía por el otro. ¿O uno ha matado al otro a patadas? Ha golpeado con la pierna la cabeza del otro haciéndola pedazos. Mi doctora me dijo que eso no era posible. El agua los

protege. Además, que este es el embarazo gemelar más sencillo. No idénticos. Cada uno tiene su propia bolsa, y su propia placenta. Técnicamente están tan separados que de ninguna de las maneras pueden ahogarse con el cordón umbilical del otro. Y como cada uno tiene su propia placenta, no pueden formarse malas conexiones, nada de *asuntos vasculares*, vasos sanguíneos comunes por los que uno absorbe demasiada sangre y engorda y otro se vacía y encoge. La pequeña Antoinette es un poco más pequeña, claro, pero se debe a que es una niña, no a que el pequeño Antoine le esté absorbiendo la vida.

Pero luego vino esa noche horrible. Jean-Philippe estaba fuera. Dejaron de moverse. De verdad. Ambos. Una noche. Le envié a Jean un mensaje, por lo menos cinco, le pedí que volviera a casa, le dije que tenía miedo. Por lo general soy muy racional. Llamo a mi médica de cabecera y pregunto, si tengo dudas. No me da vergüenza en absoluto. Stéphanie responde con amabilidad, me lo explica incluso tres veces, si no lo comprendo a la primera. Pero esa noche no me atreví a despertarla. Llamé directamente al hospital. '¿Hay contracciones?', preguntaron. '¿Hay hemorragia? ¿En qué semana está? ¿Cuánto tiempo ha tenido dolores?' ¡Pero si yo no tenía dolores! Los bebés estaban en silencio, era eso. 'Vigile la situación', dijeron. 'Y si por la mañana aún está preocupada, vuelva a llamar'.

No soy capaz de describir esa noche. Me adormilaba por momentos y sentía que algo se movía en mi interior, pero en cuanto me desvelaba, todo era de nuevo silencio. También tuve un sueño, o no era un sueño, sino una visión, porque todo el rato sentía que estaba tumbada en la cama y esperaba a que se hiciera de día y ojeaba de vez en cuando el reloj. Así que estaba tumbada en la cama y de pronto entra por la puerta Stéphanie, ¡nuestra médico! Camina a mi lado con una caja de cerillas en la mano. Al parecer yo había dado a luz a los bebés o de alguna manera me los habían sacado. ¡Y ahora estaban allí tumbados en esa caja de cerillas! Stéphanie no dijo ni una palabra, simplemente me entregó la cajita. La tomé y abrí un lado. Vi el rostro del pequeño Antoine, su piel era transparente y los ojos unos puntos negros, como alfileres. *Salamandre blanche*. Una especie de pez humano, nacido prematuramente. Luego abrí el otro extremo y apareció la cabeza de la pequeña Antoinette: el rostro rojo y arrugado, pero alrededor de la cabeza tenía un pelo espléndido, como la mies. Ese pelo tapaba a ambos bebés, les proporcionaba calor. Stéphanie les había colocado algodón como cama.

Y allí estaba yo y abría la cajita una y otra vez: el pequeño Antoine

y por el otro lado la pequeña Antoinette. El pequeño Antoine. La pequeña Antoinette. El *Monsieur* Transparente y la *Mademoiselle* Roja.

Estaba segura de que me había vuelto *tout à fait folle,* pero entonces sonó el teléfono. Me desperté. La cajita se desvaneció. Jean-Philippe explica que ha perdido el último tren. Que se queda a dormir en un hotel y que regresa enseguida por la mañana, y que seguro que todo va bien, cariñito mío.

Habría podido estrangular a ese hombre. Estaba con alguna mujer. Lo sé.

Bueno, ¿entonces cómo morí?

Sobreviví hasta la mañana porque recuerdo que me preparé para ir al hospital. Sola. Recuerdo que lloraba y me puse esta ropa, recuerdo lo difícil que era agacharme para atarme los cordones. Sentía que los aplastaba allí mismo, que el agua no los protegía. La tostada chamuscada olía mal, la casa entera olía mal, no podía comer ni un pedazo, tenía ganas de vomitar. Por fin conseguí atarme los cordones y luego… un vacío. ¿Tomé un taxi? ¿Llegué al hospital? No recuerdo el vestíbulo, la recepción, el pasillo, la sala de espera. No recuerdo ni a la médico ni los ultrasonidos. 'No se oye nada', ¿dijo alguien algo así? 'No se oye el corazón', ningún recuerdo. Conseguí atarme los cordones, eso es todo. Luego: vacío. ¿Y si me volví *tout à fait folle*? ¡He deseado tantísimo a esos niños! Si de verdad dejaron de existir, entonces he sido capaz de hacer cualquier cosa. He podido haber ido al puerto y lanzarme al agua. He podido haber viajado a Cassis, donde hace cinco años nos casamos, encaramarme a los acantilados de piedra caliza y saltar. Qué sé yo.
Ahora están callados.
Probad: nada
Están muertos como una piedra y yo estoy aquí.
Bof, on laisse ça alors.
Sigamos».

Maimuna contó (y Nina lo tradujo del francés al inglés)*:* «Yo camino, camino, camino (camino) y hace calor, estoy en el desierto (estoy en el desierto), hay mucho jaleo. Alguien me empuja con el cañón de un fusil, dice *'*más rápido, más rápido*'* y yo me tropiezo con el vestido. (Estoy en el desierto, me empujan con un arma y me caigo al suelo). Me empieza a sangrar el labio. Hay dos europeos conmigo, Marcel y Mikael. *'*¿Estás bien?*',* pregunta Mikael, camina detrás de mí, trata de agacharse para ayudarme, pero no le dejan ayudar. *'A*delante, adelante*',* gritan y empujan a Mikael por la espalda. Mikael tropieza

conmigo. Su mano me roza la espalda. Mikael y Marcel son buenas personas, están interesados en los edificios, no son *make-troubles*, pero ahora se encuentran en un aprieto muy serio. Y yo también. (Hay dos europeos conmigo y estamos en un lío —¿entonces sois tres? —). Al principio éramos cinco. Nos acompañaba Samballa, el conductor silencioso que nos vino a buscar a Bamako, y Marcel y Mikael llevaban un guía, Bonaventure, de Benin, de Cotonou. (Éramos cinco, nosotros tres y el guía y el conductor). Marcel, Mikael y Bonaventure han salido de Cotonou hace trece días. Han viajado por Benin, Burkina Faso y acabado en Mali. Han salido de madrugada de Uagadugú en autobús hacia Bamako y han estado sentados doce horas, es tarde cuando llegan a su destino, y reservan una habitación en el hotel barato Mission Catholique, regentado por monjas. Allí me alojo también yo. (Paso la noche en el mismo hotel barato que los hombres europeos y su guía). Marcel, Mikael y Bonaventure están agotados y hambrientos y yo también. Llevamos todo el día viajando y la mitad del día anterior, en total 35 malditas horas desde Dakar a Bamako en Gana Transport (he viajado 35 horas de Dakar a Bamako), el asiento del autobús temblequea y no puedo dormir, y si echo una cabezada, pronto voy a tener que despertarme por las autoridades aduaneras. He tenido miedo en cada punto de control, he tenido miedo de cada asqueroso funcionario. Nos obligan a permanecer de pie dos horas en el mismo sitio y recaudan pagos extra. Quieren que se saque del autobús todo el equipaje y se ponga en la calle, así que todo el equipaje se saca del autobús y se pone en la calle. (Los funcionarios de aduanas son unos gilipollas, retrasan la marcha del autobús). A mí no me tocan, tengo grisgrís en el cuello, lo respetan, sé que no me va a suceder nada malo, pero no puedo evitarlo, tengo miedo de todos modos, la cintura bañada en sudor, siento la presión, siento que la tela del vestido se me pega al cuerpo, tengo miedo de que se vean. (Maimuna, ¿qué se vea el qué?). Tengo allí… unos pequeños paquetes. Por fin nos permiten continuar, pero pronto el autobús se queda atascado en la arena. Todos los viajeros tienen que volver a bajar. Los hombres comienzan a empujar y cuando el autobús por fin se mueve un poco, no podemos subirnos porque el terreno es demasiado blando, el autobús volvería a quedarse atascado si subiéramos y aumentáramos el peso. Por eso caminamos detrás del autobús. Caminamos despacio: viajan niños pequeños y mujeres ancianas y hombres aún más ancianos. Cuando por fin llego a Bamako, ¡fijo que estoy más cansada y hambrienta que los europeos! Ellos se lo están

pasando bien en la terraza del Mission Catholique. Se ríen y beben Castel, y cuando paso su lado de pronto uno de ellos me dice 'eres bonita', y pregunta 'cómo te llamas'. Pero lo dice de una manera muy amable. Me paro. Entonces el tal Marcel quiere hacerme una fotografía. Me pide que me quede de pie al lado de una cruz de madera clavada en la pared y mire donde quiera. Me da tres mil céfas y me invita a cenar con ellos en De la Paix, el restaurante de al lado. Se alegra al oír que vengo de Dakar, estuvo allí hace años en un viaje de trabajo. Casi me quedo dormida en la mesa encima de mis espaguetis. (Por fin llego a Bamako y estoy muy cansada. Marcel y Mikael me piden que los acompañe a cenar. Pido espagueti). Cuando se enteran de hacia dónde me dirijo, aún se alegran más, y cuando digo que me van a venir a recoger por la mañana directamente al hotel, preguntan si habría sitio para ellos también. Prometen pagar. Quizá les gustaría detenerse en unos cuantos sitios. Pero prometen pagar un poco más. Con las mismas llamo a Moussa y pregunto. (Organizáis un viaje juntos, ¿adónde, Maimuna? ¿Y quién es Moussa?). Monsieur Moussa es el primo de mi padre, ha organizado mi viaje de Dakar a Tombuctú y la vuelta. Al principio suena enfadado cuando le hablo de Marcel y Mikael, pero luego se calma y dice que me llama en un rato. Me llama al cabo de una hora, cuando ya estoy tumbada en la cama, los paquetes me rozan la piel y me hacen sudar, pero no me los puedo quitar. (¿Qué paquetes? ¿Por qué están contra tu piel?). Espera, llego a esa parte enseguida. Monsieur Moussa me promete que Samballa también puede llevar a Marcel y a Mikael a Tombuctú, acaba de acordarlo con Samballa y también cabe Bonaventure, en el automóvil no viaja nadie más. Marcel y Mikael aún están despiertos cuando voy a contárselo. Están sentados en la terraza y beben Castel y me ofrecen a mí también. Charlo un rato con ellos. Están entusiasmados con las tres antiguas mezquitas hechas de barro y madera que hay en Tombuctú. Hablan de los intentos de protegerlas, pero lo difícil que es: el desierto se acerca más y más y amenaza con tragárselas, el viento del nordeste *harmatán* sopla la arena sobre ellas y amenazan con desmoronarse. (Todos viajamos a Tombucú - Maimuna, ¿por qué te dirigías allí?). Llevo unos paquetes que tengo que entregar a un tipo. (Llevo unos paquetes que tengo que entregar - ¿Qué había en esos paquetes, Maimuna?). No sé. No es asunto mío. Monsieur Moussa me convenció para que hiciera este viaje. En una fiesta yo le había hablado de mi sueño a su mujer, Ndeye, y al parecer ella se lo había contado a su marido, porque un día Moussa vino a

charlar conmigo. ‘Eres bonita, Maimuna, podrías tener posibilidades’. Y me prometió dinero para un billete de avión si le hacía un gran favor. (El señor Moussa, el primo de mi padre, me pidió un favor y a cambio me prometió dinero para un billete de avión). ‘Yo no puedo ir en persona, el trabajo me retiene’, dijo, ‘pero este es un asunto muy importante, voy a perder mucho dinero si no se arregla’. ‘¿Y Moustafa o Issa?’ sus hijos adultos, pregunté yo. ‘¿O Mamadou?’ mi hermano. Pero el Monsieur Moussa necesitaba a sus hijos en la obra de construcción. Y en Mamadou, sin embargo, no confiaba, al contrario que en mí. ‘Maimuna, tú jamás nos has decepcionado’ dijo. Y así acepté. Me dio cinco cinturones de piel de cabra dentro de los cuales habían cosido unos paquetes planos, alargados, que yo tenía que fijarme a la cintura debajo de un vestido grande. ‘No puedes quitarte el vestido antes de ver a míster Mecanico y entregarle el cinturón’, dijo Moussa. ‘Y si sucede algo, estás callada y no le dices nada a nadie, ¿entendido?’. ‘¿Y cómo me lavo?’, pregunté. ‘Ya se te ocurrirá una manera’, dijo. No podía hablarle a nadie sobre mi viaje. ‘¿Ni siquiera a mi madre?’, pregunté. ‘Ni siquiera a ella’, dijo Moussa. (Recibiste del primo de tu padre unos paquetes que había que entregarle a un hombre y no podías contarle nada a nadie y ¡aun así fuiste! Maimuna, ¿estás loca?). ¡No lo estoy! ¡En nuestra familia hay muchos secretos! Mi padre tenía cuatro esposas, la más joven, Fatoumata, desapareció, supongo que huyó. ‘Fatoumata era una inútil’, dijeron, pero eso no era del todo cierto. Así que yo también podré tener secretos. Además, mi padre no acepta mi sueño. Él quiere que me case, pero yo no quiero. Por lo menos no con el hombre que me ha elegido. Es rico pero viejísimo. Le huele el aliento. Y ni siquiera sabe leer. Monsieur Moussa me prometió un billete de avión a París si lo ayudaba. Moussa es un buen hombre, ¿por qué me habría de engañar? Compartimos un secreto: yo no hablo de Tombuctú y él no habla de París. Prometí devolverle el dinero del billete de avión en cuanto fuera autosuficiente; ¿por qué no habría de ser autosuficiente? Todos dicen que soy más guapa que Penda Ly. Soy más delgada, más esbelta y alta que ella. Mi rostro es *noble*, dijo una amiga de la familia. Penda Ly parece más un delfín que una estrella internacional. Miss Senegal… bueno, pero a Penda Ly le falta estilo. Y a los organizadores del concurso les falta dinero. Prefiero presentarme directamente en el sitio. En Europa. Monsieur Moussa contó que puede conseguirme un contacto allí, tiene contactos, conoce al jefe de prensa de la Dakar Fashion Week. ¡Creedme, estas cosas suceden! En la revista *Femme*

Africaine justo había un largo artículo sobre el tema. Alek Wek, que era de Sudán, actuó en los vídeos musicales de Tina Turner y Janet Jackson y llegó a lo más alto. A la etíope Liya Kebede la descubrieron en el patio de su instituto. Llegó a París y a la portada de Vogue y su historia apareció en las páginas de la revista. Waris Dirie huyó de Somalia siendo una adolescente e hizo una carrera espectacular como modelo. Y como defensora de los derechos de las mujeres. Y luego está Iman. Maravillosa Iman, nacida en Somalia. ¡La admiro tanto también a ella! Un fotógrafo estadounidense la descubrió en Kenia, en la universidad de Nairobi, y después ha conseguido todo lo que una mujer negra puede conseguir en el mundo. Y ha hecho tantas cosas buenas por África. Especialmente por los niños de África. Ha luchado contra el sida. Levantó una enorme polémica por esos diamantes… Ella… (¡Espera, detente un momento Maimuna! Intento traducir esto. El señor Moussa me prometió un viaje a París si llevaba los paquetes a Tombuctú. Mi objetivo en París era buscar trabajo como modelo y ganar dinero —¿eso es lo que quieres decir, Maimuna?). Sí. (Quería marcharme de Senegal porque no quería casarme con el hombre que había elegido mi padre). ¡Di también que no sabe ni siquiera leer! (Él no sabe ni siquiera leer). ¡Y que le huele el aliento! (Maimuna, ¿es esto relevante?). ¡Lo es! Es un impotente repugnante, sin dientes, ¡lo odio! (Es repugnante e impotente —¿qué ocurrió allí en Tombuctú, Maimuna?).

Maimuna, Mikael, Marcel y Bonaventure partieron de Bamako al día siguiente rumbo a Tombuctú. Como habían acordado, Samballa condujo su sedán Mitsubishi Galant rojo delante del hotel Mission Catholique a las ocho de la mañana. Bonaventure se sentó en el asiento del copiloto, Marcel, Mikael y Maimuna se apretujaron en el asiento de atrás, ella iba en el centro, aunque Marcel era visiblemente más pequeño que ella, de piernas más cortas. Para todos estaba claro que Maimuna tenía que estar en el centro, ella era una mujer, así que tenía que ir en el medio. Ella era Jeanne Moreau y los otros dos eran Jules y Jim, quién era quién, eso Marcel no lo sabía, no tenía la intención de averiguarlo. Maimuna era una muchacha sencillamente encantadora y era correcto que ambos obtuvieran un pedacito de ella, un muslo, un brazo, un roce áspero de su pelo afro, después de lo cual, después de ese pequeño roce leve, el viaje de ambos continuaría en avión desde Tombuctú a Casablanca vía Bamako.

Maimuna estaba sentada entre los hombres y sonreía. No estaba contenta, más bien cansada, pero las estupendas cámaras le hacían sonreír. Los hombres tomaban unas fotografías extraordinariamente bonitas, en especial Mikael, que sabía sacar partido a la luz, que encontraba la sonrisa a punto de brotar y la retrataba cuando se veía más hermosa. Mikael había querido hacerle una somnolienta foto por la noche contra la pared turquesa del restaurante De la Paix. La toma era magnífica. Nunca había visto su rostro tan lánguido, tan entregado a la cámara. ¿Si pudieran hacerle más fotografías? ¿Si Mikael pudiera? Podría reunir un porfolio de modelo…

Maimuna quería deshacerse de los cinturones fijados bajo el vestido lo más pronto posible. Apretaban, pinchaban y le causaban sudor, le hacían una cintura abultada, si se sabía mirar. ¿Se habían percatado Mikael y Marcel? El vestido le quedaba flojo por la zona del talle, lo había tomado prestado de Ndeye, algo entrada en carnes. Maimuna se habría perdido en el interior del vestido si Ndeye no le hubiese cosido bajo el pecho una serie de frunces. En cuanto se encontrara con míster Mecanico en el restaurante Amanar y pudiera entregarle los cinturones, sería libre. Organizarían una sesión de fotos, permanecerían un rato más al borde del desierto de arena y buscarían una hermosa duna, un telón de fondo magnífico. Se pondría otro vestido, uno turquesa y ceñido. Mikael aceptaría seguro, por qué no iba a aceptar.

Mikael y Marcel no tenían prisa por llegar a ningún sitio. Querían pasar por Sévaré hacia Mopti, donde también había algunas mezquitas, no se cansaban de fotografiarlas, y un centro, un edificio dedicado a la arquitectura de tierra. ¡Cómo seguían emocionándose! Mikael y Marcel habían dormido muy bien en su hotel. Nada los apretaba, alrededor de su cuerpo no había nada que raspara o hiciera sudar. Podían dormir completamente desnudos bajo el traqueteo letárgico del ventilador y ahora se apretaban emocionados contra ella en el automóvil que se sacudía. Cada uno quería mostrarle las fotografías del viaje que habían tomado. ¡Mira, Maimuna!

Y ella las miraba. Escuchaba el francés suave, fluido de Marcel, el francés tentativo más profundo, más áspero de Mikael. Sentía el brazo húmedo de Mikael contra su piel, sentía el brazo de Marcel, seco a pesar del calor.

«Maimuna —dijo Mikael— ¿conoces a los batammariba de Benin y Togo?». Le mostró una fotografía de un niño con el rostro cruzado por cicatrices largas y finas alineadas en una dirección y comenzó a hablar. En cuanto Mikael se quedaba atascado con alguna palabra, Marcel acudía enseguida en su ayuda. Maimuna se sentaba atenta entre ambos. Una cámara muy buena. Profesional. Si supiera no arruinar esta historia…

¿Maimuna?

Maimuna, tienes que haber oído hablar de ellos, de los batammariba, que, como dice su nombre, son los auténticos arquitectos de la tierra, sus rostros los adornan las líneas escarificadas en la misma dirección que las paredes de sus casas de adobe —no, no ha oído hablar de ellos— ¿y seguramente conocerás también esas casas suyas tan especiales? (Ella no las conocía). Se llaman *takienta*. Las viviendas tienen tres plantas y se han construido de acuerdo con la arquitectura de la mente humana. Cada casa tiene una planta baja, el oscuro subconsciente animal; el ego de la planta intermedia y el superyó del desván, graneros cilíndricos protegidos por unos sombreros hechos de paja. (Ella no sabía, no comprendía, asentía y sonreía). Además de la psique humana, las viviendas también tienen partes del cuerpo: ojos, nariz, boca, vagina, pene, ano… Las casas las construye el arquitecto principal del pueblo, el *otammali*, el-que-sabe-cómo-construir-con-la-tierra. Aquí está: ¡qué hombre más alegre! Nos lo encontramos en la aldea que visitamos. Nos permitió alojarnos una noche bajo su techo… Bueno, ahora pasamos ya al pueblo de los kassena en Burkina Faso. Mira qué figuras geométricas en blanco y

negro más fantásticas. (Ella miró). Los triángulos pintados en la pared de la casa representan calabazas rotas, que son un símbolo de prosperidad, y también representan la riqueza las conchas de cauri, que antes se empleaban como moneda de cambio. ¡Mira, Maimuna, qué hermoso ornamento de pitón serpentea por la pared exterior de la casa del jefe! (Ella miró, le parecía infantil, torpe y ostentoso). La pitón es uno de los animales totémicos más importantes de los kassena. El hueco de entrada a sus casas es como la boca de un iglú: redondo y muy bajo. Para entrar hay que agacharse mucho o incluso ir a cuatro patas. Adivina los problemas que tuve yo con mis largas piernas… (Las piernas de Mikael de verdad eran largas y esbeltas, comparado con él, Marcel era pequeño como un pigmeo, ágil como una gacela, flexible como una goma; eran completamente opuestos, uno era larguirucho y rubio, el otro fibroso y moreno: ¿con cuál se quedaría si pudiera elegir, con el alto Mikael o el retaco de Marcel?). Nada más entrar, al visitante le aguarda un umbral de cuarenta centímetros. ¿Te puedes imaginar una mejor protección? ¡Ingenioso! Si un enemigo trata de gatear al interior, es fácil cargárselo en la oscuridad del pasillo. La luz se filtra en el interior por un hueco en lo alto, convierte el espacio en penumbra en un lugar sagrado. Sabes qué, Maimuna, hemos estado rodeados de archiverdades durante nuestro viaje. ¡Hemos comprendido algo fundamental sobre los secretos profundos de la humanidad! Hablamos de esto en el autobús durante horas. También el subconsciente humano es sagrado, y en el subconsciente humano puede entrar la luz… ¿Sabes, Maimuna, que durante la meditación la mente humana puede abrirse, literalmente? (No, ella no lo sabía, tragó un bostezo, lo convirtió acrobáticamente en una sonrisa y pidió que Mikael le diera un sorbo de una botella de agua). Hace un año estuvimos en los acantilados de Bandiagara, en el desierto de arena del Sahel, el país de los Dogon. Allí también encontramos casas de adobe con alma, con ojos, nariz y boca… casas que son imágenes del ser humano… El patio entero había sido diseñado según las partes del cuerpo: cabeza, brazos, rodillas y útero, sí, el útero es el lugar donde las mujeres preparaban la comida… Nos ofrecieron unas maravillosas gachas de mijo y pollo fuertemente especiadas… (Naturalmente se quedaría con Mikael, juntos tendrían niños guapos, altos, esbeltos y mucho más claros que ella…). Marcel, llevo un tiempo dándole vueltas a una idea loca. He pensado construir con los mismos principios, teniendo en cuenta las condiciones de Finlandia, una casa así para mi familia, una casa de verano. La

levantaré en el lugar de la vieja y destartalada covacha. No voy a hacerla de adobe, claro… la haré de madera…. De troncos de Terijoki. Sé que en la zona aún se puede conseguir una madera magnifica, hay villas abandonadas y sus troncos son un material de primera calidad… Nuestro terreno está en el archipiélago de Inkoo, tú vas a venir de visita, vas a venir a Finlandia… ¿Te vienes ya el próximo verano? (Maimuna apoyó la cabeza en el hombro de Mikael, agotada. Pronto estarían en Mopti, ella esperaría con Samballa junto al automóvil, se echaría a descansar a la sombra, bajo un baobab, dormiría una larga y maravillosa siesta y en Tombuctú sería una nueva persona…).

Maimuna apretó el talego que llevaba en el regazo. Dentro la esperaba un bonito vestido, turquesa como el cielo de la mañana, con los hombros al descubierto. Se lo pondría en cuanto se deshiciera de su carga, en cuanto míster Mecanico hubiese recogido los cinturones, en cuanto fuera libre. Liya Kebede, Alex Wek, Waris Dirie, Iman —y muy pronto también Maimuna Mimi Mbegue, 20 años.

Ella tenía toneladas de valor.

Let's play Dying! Shlomith chilló emocionada, casi impaciente, ahora tenían por fin una nueva compañera de juegos. Su voz se tornó aguda como la de una niña que enseguida tendrá permiso de sus padres para lanzarse a la piscina de bolas del parque de atracciones, o al mar, a las olas espumosas bajo la mirada atenta, al agua turquesa que es cálida y brillante, pronto su cuerpecillo temblará de placer de la cabeza a los pies. Y así la emoción comenzó a contagiarse a las otras mujeres. ¿Ocurriría ahora? Nadie tenía la menor idea de la historia de Ulrike. Shlomith, Nina, Polina, Maimuna, Wlbgis y Rosa Imaculada se daban cuenta de que por fin estaban delante de algo nuevo, que por un momento no necesitarían meterse en la boca el mismo plato recalentado por tercera vez y marinado en la más que familiar salsa, rataouille, moqueca, ceebu jëni, puré de patata con beicon, sopa de pollo con bolas de masa hervida, stroganoff; que por fin les ofrecían un menú sorpresa preparado con ingredientes frescos, y se dieron cuenta de que tenían hambre, un hambre atroz. ¿Cuánto había pasado desde la última vez? ¿Una eternidad? ¿Un segundo? Maimuna era la número seis, con lo que su viaje sería el último en el que habían estado. Sí, habían estado en el desierto, en Tombuctú. Habían cerrado los ojos y se habían imaginado, cada una según sus capacidades, que morían con Maimuna en una lluvia de balas. ¿Pero cuánto tiempo había pasado desde entonces?

Shlomith ya no aguantaba más. Batió las palmas (de las manos descarnadas que chocaban salía un sonido muy extraño, duro y lleno de astillas, que se apagaba sin eco casi al momento de iniciarse: *whim-whim-whim*, era como un látigo que nunca colisionaba con nada, que echaba a andar y después el sonido desaparecía). *Let´s play Dying!* Shlomith tocó con suavidad el hombro de la joven. Ulrike, ¿qué ocurrió antes de que te despabilaras y te despertaras aquí? ¿Qué ocurrió antes de nuestro primer encuentro? ¿Cuál es tu último recuerdo? *Try to remember!*

Ulrike se colocó en la posición meditativa para recordar, sentada, con las piernas cruzadas. Ya había pensado en esta cuestión, por ejemplo, cuando sus pies por fin hallaron el ritmo furioso y aporreante con el que se puso en movimiento en el vacío. El ritmo de los pisotones exigía concentración y tranquilizaba y comenzó a transportar a su mente un elemento nauseabundo, turbio, inadecuado como materia prima de palabras, estados emocionales que iluminaron

brevemente imágenes, posibles destellos de recuerdos: montaña, hogar, abismo, billetera, flor, madre, padre, ascensor, Hanno, montaña, el ojo de cristal de Ulrich B. Zinnemann, hogar, abismo.

Pero las imágenes se extinguieron pronto. Ninguna historia se aferraba a ellas ni las transportaba, de sus bordes brotaban terribles jirones negros ondeantes que conducían, que en realidad tiraban, hacia un agujero negro que lo tragaba todo, en el que solo pensar causaba dolor. Tanto dolor que había que ampararse en las palabras, que escupir algo indiferente por la boca.

Las otras mujeres ya sabían que los últimos recuerdos, los que precedían al espacio blanco, no se alcanzaban así como así. Había que atraerlos para que se mostraran y, extrañamente, la presión del grupo ayudaba. Fijar la mirada en la peluca de Wlbgis surtía el efecto de aumentar la concentración, ahora que no estaba ya en el cráneo de la pobre mujer, cuando su cabeza no alteraba el brillo del frondoso cabello artificial. Polina acababa de agacharse para atizar el fuego, enderezar con sus dedos las fibras de pelo, y el pelo formaba ahora un círculo reconfortante, completo y uniforme. Una vez terminado su trabajo, enderezó la espalda y lanzó una mirada de ánimo a Ulrike.

A decir verdad, hay que comentar que todas las miradas sobre Ulrike no eran igual de alentadoras. Una parte de las mujeres observaba fijamente a esa muchacha que meditaba en posición de loto con codicia, con insolencia más bien, cada una examinaba una cosa, una el temblor de los labios de la joven, otra las arrugas más profundas de la frente, una tercera los movimientos de los párpados (la mirada, la chica la había fijado con intensidad en la peluca). Era obvio que una parte esperaba en lo más profundo de su mente, en un lugar oculto también para ellas mismas, que la bonita joven de Salzburgo se echara a llorar. Lágrimas seguro que no iban a brotar, pero ¿quizá un gesto de llanto? Una emoción fuerte, miedo o tristeza; sería un placer verlo… Y si la muchacha llorara, podrían destellar un pensamiento compasivo. Ahora era difícil, su aspecto era tan orgulloso, casi engreído. Ella no debería tener motivos para mirarlas por encima del hombro. Era joven. ¿Y qué? Todas habían sido jóvenes alguna vez. ¿Es que no se enteraba de que ella, precisamente ella, había perdido más que cualquiera de las allí presentes? Toda la vida por delante… al contrario que Maimuna, por ejemplo, a la que hubieran aguardado solo enfermedades y catástrofes.

Pero Ulrike no reparaba en las miradas. Pensaba, más bien se esforzaba. Y los pensamientos se desintegraban. La transición del

estado previo al actual no había sido perceptible de la misma manera que, por ejemplo, la narración del viaje en bicicleta, de la que formaban parte la salida de casa (a eso de las 10:30h) y la llegada al destino, por ejemplo, al centro de Salzburgo, tal vez al piso situado en el trece de la Rainerstraße (a eso de las 11:05h). De la que podrían formar parte, en cierto punto también, las cosas que pululaban en la mente durante el trayecto, los paisajes, ese instante en el que la fealdad industrial periférica se convierte en la belleza del viejo mundo, la Alpenstraße en la Hellbrunnerstraße, y de frente se derrama el río, el Salzach. Ese instante en el que se deja atrás la polvorienta y ruidosa carretera, cuando se puede girar hacia el río, una vía de poca circulación, cuando se puede subir el cambio momentáneamente al más duro de todos. ¡Cuando se puede pedalear en una suave bajada a una velocidad como nunca!

Ulrike toca el timbre de la bici, disgustada, maldiciendo en alto: otra vez algún imbécil dando tumbos en su camino. Y este es su camino. La margen izquierda del Salzach, donde ve el muy familiar paisaje, recargado como un pastel de crema, donde apesta el tiempo en el que aún residían en la Herbert von Karajan Platz, antes de la bancarrota de la empresa de ropa propiedad de su padre. Donde un caluroso día de verano, en la nariz te pica la mierda de caballo. La mierda de los caballos que transportan a los turistas en carruajes. La mierda aplastada en el asfalto que los limpiadores de mierda de caballo barren con sus carretillas para mierda, soldadas al bastidor delantero de sus bicicletas. Este cargo de verdad existe en Salzburgo: el gremio de los limpiadores de excremento de caballo que pedalean detrás de los carruajes tirados por caballos.

Pero en el Salzburgo pastel de crema hay más, especialmente en la margen izquierda del Salzach. Hay ventanas en cuyos escaparates giran botellas que contienen champán aderezado con pepitas de oro de 23 quilates. Y luego está Mozart Papá Noel. El de verdad. Hay bombones Mozartkugel en enormes paquetes con forma de violín. Hay máscaras de Mozart. Imanes de Mozart. Pelucas de Mozart. Wolfgang Amadeus Mozart: el espantajo con peluca al que de niña Ulrike temía más que a nada. Un artista callejero disfrazado de Mozart la asustó. Y así nació la broma familiar que siempre la hacía llorar. ¡Sé buena o vendrá Mozart y te llevará! ¡Sé buena o vendrá Mozart y tocará el Rondó turco una y otra vez! Ulrike no puede evitar pedalear a lo largo de la margen izquierda del Salzach. Su infancia clásica vienesa está allí, el tiempo pulsante, animado, frenético que los carros de la

abundancia mantienen en movimiento, las monedas giran, los billetes crujen, la tarjeta de crédito silba, chirría y refunfuña, mamá obtiene un manguito para el invierno, papá obtiene un suculento automóvil, Ulrike obtiene casi todo lo que se le pasa por la cabeza, hasta que se produce la quiebra, hasta que se mudan de la Herbert von Karajan Platz.

Ulrike siempre pedalea hasta el Makartsteg. El Puente del amor está atestado de candados románticos. Allí está también el amor de Ulrike y Hanno cerrado con llave: *Ulrike ♥ Hanno 16.8.2012*. Juntos, dados de la mano, lanzaron la llave al fango del fondo del Salzach y al cabo de unos meses, Ulrike ya se enteró de que era una puta traidora.

La gente abarrota el Makartsteg. Ulrike empuja la bicicleta hacia el otro lado del río, vuelve a montar en el sillín y se dirige a la calzada. ¡Qué bien van los cambios recién puestos a punto! Y qué amable el barbudo que le arregló la bicicleta hace un par de días. Incluso le regaló una bolsita de tapones protectores para la válvula de la bici. Y no de esos negros aburridos sino unos estridentes rojos y blancos, como los bastones de caramelo… Hace calor… la camisa húmeda… la espalda ya está completamente empapada… Tiene que ducharse enseguida, pero Hanno quiere follar… joder, en la ducha… Hanno quiere meterse con ella en la ducha… Hanno quiere follar en cualquier sitio del baño alicatado de baldosas con imágenes de orquídeas… ahora que sus padres no están… de otro modo no se atreve… no se le levanta si su madre abre el grifo de agua en la cocina… si el padre hace crujir el *Salzburger Nachrichten* en el salón… Quiere follar de pie en la ducha, aunque es complicado de cojones… Ulrike trata de apoyarse en la pared, se pone de puntillas para que los genitales estén al mismo nivel… solo para que Hanno se calme y ventilar el asunto… joder, no… Ulrike está a punto de resbalarse… ¿conseguirá Hanno sostenerla si se cae, si sus pies resbalan…? ¡¿Se caerá, se golpeará la cabeza con las baldosas del suelo… se romperá el cuello… follando?!

Ulrike desdobló las piernas en posición de loto y se sentó sobre las rodillas. Se sacudió de la cabeza a Hanno y el apartamento en el trece de la Rainerstraße, del pensamiento se despojó el baño, las baldosas de orquídeas, el agua. Así no. ¡Así no murió! Últimamente había pasado tan poco tiempo con Hanno. Habían tratado de quedar, ¿pero había surgido algo de todo aquello? No era probable. Si se examinaba la situación desde el punto de vista de las probabilidades, se habría presentado allí desde Kehlsteinhaus, desde su trabajo de verano en el

Nido del Águila, no desde Salzburgo, donde a día de hoy solo iba a pasar la noche, o lo que restaba de ella. Mañana tras mañana se subía al autobús articulado número 840 en la Alpenstraße y, tras encontrar un asiento, cerraba los ojos durante media hora larga, casi siempre.

Ulrike cerró los ojos.

Se dejó caer y finalmente se desplomó de costado. Polina trató de ayudar. Metió los dedos en el cabello de Ulrike y casi tocó su cuero cabelludo: ojalá los pensamientos de la muchacha se pusieran en movimiento.

¡Ojalá la muchacha recordara sus últimos instantes!

0
-
0

Ulrike comienza a relajarse. Está adormilada, se ha despertado demasiado pronto, otra vez. Toquetea el iPod con los ojos cerrados y el primer tema del disco, su favorito, comienza a sonar: *Do I hear 21, 21, 21…? I'll give you 21, 21, 21…* Es el día de la Asunción de María a los cielos, jueves, 15 de agosto del año 2013, el día en el que Ulrike muere, lo que por supuesto ella aún no sabe. *Mariä Aufnahme in den Himmel*. La gente se apiña en sus coches, en autobuses y trenes, todos quieren abandonar por un breve lapso el ruido de la ciudad. Alquilan una habitación de hotel o una casa entera en el campo. Por ejemplo, en Berchtesgaden. Quieren ir a las mismas montañas, nadar en los lagos y disfrutar del susurro tenue de la historia. Eso le depara a Ulrike más trabajo. Tendrá que correr por los salones del restaurante Kehlsteinhaus desde las diez de la mañana a las seis de la tarde, pero qué más da, se consigue dinero la mar de bien.

Ulrike cae en un sueño ligero cerca de Sankt Leonhard. El autobús articulado avanza con dificultad, sisea y cruje, una mecánica voz femenina anuncia las paradas, pero ella no las escucha, escucha otras palabras, una historia sobre la que no entiende nada, pero que le encanta, que quiere escuchar una vez tras otra, *harness on the left nail keeps wrinkling wrinkling…* Le embelesan una a una, cada palabra que forma la voz fatídica de Scott Walker. Cada palabra es aplastante, completa en sí, cada sílaba que pasa por las cuerdas vocales de Scott es digna de ser cantada, colmada de una emoción que te agarra y empuja en una dulce penumbra de la cual no deseas levantarte, *harness on the left nail keeps withering withering…* Ulrich B. Zinnemann le ha bajado el álbum. La canción se basa en el poema de Pier Paolo

Pasolini *Uno dei Tanti Epiloghi*, Uno de tantos epílogos; esto se lo contó U.B.Z. en julio en la pausa del cigarrillo, cuando comenzaron por fin a trabar amistad. La música les condujo de una frase a otra, de pregunta a respuesta, de cigarrillo a cigarrillo. Ulrike aprendió cosas nuevas. La información se colocaba en un casillero situado a años luz de los pensamientos infantiles de Hanno. Como esta: Pasolini le dedicó su poema al actor aficionado Ninetto Davoli, su protegido, con quien el director comenzó una relación amorosa cuando aquel tenía quince años. Pier Paolo escribió el poema en la época en que Ninetto entró con 21 años en el servicio militar, de donde lo devolvieron rápidamente al estado civil por demasiado inadaptado. *Do I hear 21, 21, 21…? I'll give you 21, 21, 21…*

U.B.Z. Ojo de cristal apagó su cigarrillo y miró a Ulrike fijamente a los ojos: «Pasolini es uno de los cineastas más grandes, pero solo uno. Un músico más genial que Scott Walker, sin embargo, no existe. Punto».

Ulrike da cabezadas medio dormida, en la dulce oscuridad detrás del antifaz Eye Mask DeLuxe. *Paulo take me with you…* Se entretiene, imagina al pícaro de Ninetto y al hermoso Pier Paolo haciendo el amor. Movimientos lentos, cérvidos. Bocas abiertas, gruñidos profundos. ¿Cómo hace el amor un hombre de mediana edad con un muchacho menor de edad? ¿Le hace el amor al muchacho o el muchacho a él? ¿O de verdad ocurre juntos, al mismo tiempo, un hombre con un niño, un niño con un hombre? Sea como fuere, Ulrike disfruta de su amor. En esta ocasión decide que guía Paolo. Ella es Ninetto, el joven travieso de quince años Ninetto, que se entrega, que deja que el hombre de más edad monte de nuevo en su espalda…

U.B.Z. Ojo de cristal sabe muchas cosas. Le cuenta historias, pero no revela nada. La nueva amiga de Ulrike en el Nido del Águila, Anke-Marie, está segura de que U.B.Z. se lo inventa todo. «No puede ser cierto», dice. «Por ejemplo, la historia esa del ojo. ¡Anda, ya!». Anke-Marie es desconfiada. Frunce el ceño como si censurara las historias de U.B.Z., pero también disfruta de ellas. ¿Tal vez está un poco enamorada de Ulrich? Sonríe (se le ven las encías) cuando Ulrich camina durante el cambio de turno por el patio de Kehlstenhaus hasta el kiosco y le compra un paquete de pastillas para la garganta y tabaco. El kiosco pertenece a la madre de Anke-Marie, pero como tiene que ocuparse de su propia madre enferma en una casita de jengibre en el valle de Berchtesgaden, Anke-Marie pasa el verano en la alta banqueta de bar detrás de la ventanilla del kiosco. Según Ulrike,

Anke-Marie es lo mejor del Nido del Águila, además del sueldo. Y de Ulrich. Cuando Anke-Marie estalla en carcajadas, la escuchan hasta los buitres en la cima de las montañas.

Ulrich B. Zinnemann es un caso único. Ningún personaje imaginable de una galería de tipos prefabricados se ajusta a su descripción. ¡Un hombre de unos cuarenta años que perdió el ojo izquierdo en un duelo! Ulrike y Anke-Marie llevaban reflexionado unos cuantos días sobre el misterio del ojo de cristal inerte e inmóvil. Hasta que un hermoso día, Anke-Marie va y le suelta: «Uno de tus ojos no se mueve, Ulrich, ¿qué le pasó?». Los tres merodean por el kiosco, el Nido del Águila ya está cerrado, Anke-Marie cierra las ventanas y suelta en broma: «¿Tu ojo izquierdo es de cristal?».

Ulrike desearía propinarle a su amiga una patada en el tobillo, pero U.B.Z. actúa como si nada. Se apoya en el mostrador, chupa sonoramente las pastillas de menta y empieza a contar la historia de su ojo izquierdo: «Había una mujer, una mujer muy hermosa, que tenía otro hombre. Eché a perder su romance en ciernes. La mujer se enamoró de mí y el otro no pudo superarlo. El hombre estaba obsesionado con el pasado, así que me sugirió un duelo a la vieja usanza. Y yo, loco, acepté el desafío. Era joven, un estúpido enamorado, temerario, competitivo. Acordamos una hora y un lugar, invitamos a los padrinos como testigos. Despachamos el asunto con unos floretes. Ninguno murió. Él sangraba a borbotones. Yo perdí la vista, y fue en vano: la mujer no valía la pena».

Anke-Marie tiene razón. No puede ser cierto.

Ulrich B. Zinnemann trabaja como ascensorista en el Nido del Águila. Temporalmente. En realidad, es director de cine, pero sus proyectos son demasiado intransigentes, demasiado artísticos, no resulta sencillo encontrar financiación. Por eso dirige a los turistas a una cápsula del tiempo de brillo dorado que, en un pozo excavado en el interior de la montaña, los lanza a una altura de 124 metros, hasta la cima. U.B.Z. calcula el número adecuado de personas, interrumpe la cola en el lugar apropiado y aprieta el botón. Arriba, dirige a la gente fuera del ascensor y toma la ración adecuada de personas que bajan. Luego vuelve a apretar el botón.

A veces alguien pregunta algo. U.B.Z. responde, de manera rutinaria, dando rodeos. Los ascensoristas no deben irse de la lengua. Los guías turísticos reparten la información necesaria, pero también a ellos les han dado instrucciones de no mencionar el Nombre Prohibido (a menos que sea completamente necesario). Prefieren hablar de las

grandes líneas de la historia, de aliados y del ejército de Alemania, de movimientos de masas, de soluciones estratégico-militares. Que Kehlsteinhaus sea un escondite construido por los nacionalsocialistas para el Nombre Prohibido como regalo por su 50 cumpleaños, eso en realidad no significa nada. «El dato se puede incrustar fácilmente en una frase subordinada, no despierta escalofríos en nadie», le susurra Ulrich B. Zinnemann a Ulrike en la cocina del Nido del Águila, donde devoran de pie un almuerzo rápido. «Kehlsteinhaus carece del toque macabro del mal, de ese karma espeluznante que los tiranos imprimen en todos los objetos que tocan, en todos los lugares que visitan. ¿Y sabes por qué?». Ulrike asiente, pero no pronuncia palabra, tiene la boca llena de espagueti y no quiere salpicarse la pechera, y menos escupirle trozos de setas a U.B.Z. a la cara, que está muy cerca de la suya. «Pues porque —Ulrich susurra—, ¡el destinatario no fue capaz de apreciar el regalo recibido debido a su miedo a las alturas!».

Ulrike lo sabe. Ha leído los paneles informativos, ha escuchado los relatos de los guías durante los descansos. El Nombre Prohibido vino a la montaña diez veces en total y pasó allí un máximo de media hora en cada ocasión. Las visitas eran puro teatro. El Nombre Prohibido no disfrutó ni un solo segundo. Y como no disfrutó, los aliados no tuvieron que bombardear el edificio hasta reducirlo a escombros.

Algo muy distinto ocurrió con Berghof, en Obersalzberg, la querida casa de vacaciones del Nombre Prohibido, cuyo vestíbulo estaba decorado con cactus y vasijas de mayólica. Caros paneles de pino cembro recubrían el techo del comedor, las paredes estaban repletas de acuarelas pintadas por Él Mismo. Las fuerzas aéreas británicas bombardearon el edificio por completo y las tropas de las SS prendieron fuego a las ruinas. Nada de lo que al Nombre Prohibido, cada vez más Prohibido incluso para los suyos, le había gustado de verdad y sinceramente, podía quedar indemne sobre la faz de la tierra, su transformación sigilosa pero ineludible en un monumento conmemorativo había que cortarla de raíz.

Do I hear 21, 21, 21…? I'll give you 21, 21, 21…

Paolo y Ninetto hace tiempo que se sumieron en el sueño espeso posterior al coito y Ulrike dormita con ellos. Solo cuando el autobús llega a la estación de Berchtensgaden, Ulrike-Ninetto se sobresalta y se despierta con sabor a musgo en la boca, la lengua áspera. Hoy, 15 de agosto, Ulrike va al Nido del Águila en el Volkswagen de Ulrich B. Zinnemann. La primera vez que se sube al Volkswagen sin Anke-Marie. Nada de risitas. Está claro. Las risitas no salen sin Anke-Marie.

Muchas cosas no salen sin ella, pero algo podría salir bien ahora que el kiosco está cerrado. Anke-Marie tiene que ir a ayudar a su madre, una madre que insiste en llevar a su propia querida madre a misa y después a un restaurante. Anke-Marie no cree que sea una buena idea. «La abuela Verona ya no necesita misas», bufó Anke-Marie al cerrar las contraventanas del kiosco. «Ay, pues claro que la necesita», gritó después de su bufido imitando la voz potente y chillona de su madre. «¡Mamá todavía entiende el lenguaje de la música!». Luego Anke-Marie cruzó los brazos igual que al parecer hace su madre cuando quiere desafiar al destino más de lo necesario: «Le vamos a poner el dirndl, le vamos a comprar un ramo de flores a la puerta de la iglesia y la empujaremos en la silla hasta la primera fila, igual que el año pasado». En ese punto Anke-Marie bajó la voz para sí misma: «De verdad, la abuela Verona se va a cansar y empezará a gimotear». Al final Anke-Marie se aclaró la garganta y gritó más alto de lo necesario, y desafinando igual que levantan la voz los que dudan de la legitimidad de su decisión, pero reprimen con fuerza sus dudas: «¡A mamá la vamos a llevar a la iglesia y punto! ¡¡La vamos a llevar a misa el día de la Asunción todos los malditos años mientras viva!!».

Ulrich aguarda a Ulrike en la estación de autobuses. Agita la mano junto al coche y le abre la puerta delantera. «Ponemos *Drift*?», pide Ulrike en cuanto se sienta y, sin pronunciar palabra, Ulrich introduce el décimo tercer álbum de estudio de Scott Walker en el reproductor de CD. El asiento delantero es el lugar de Anke-Marie, Anke-Marie siempre va por delante. «¿Tu ojo izquierdo es de cristal?». ¡Joder! ¡Ella jamás se atrevería! Pero Anke-Marie se atreve, y como premio pueden escuchar historias a cada cual más rara. ¿Tienes hijos? ¿Mujer? Ah, ¿vives con tu madre? No es un poco… ¿psycho? U.B.Z siempre le sigue el juego. Anke-Marie se gira y mira a Ulrike, sentada en el asiento de atrás, después de decir algo inapropiado. Se ríe y le brillan las encías. A eso es difícil resistirse. Ulrike aprende poco a poco a relajarse, a sumarse a la risa. U.B.Z. no pica. U.B.Z. mira a Ulrike por el espejo, le guiña un ojo, el que se mueve, el derecho. Ella le devuelve una sonrisa, U.B.Z. se pone serio, observa la carretera y la mira de nuevo. Un poco demasiado rato.

Y ahora están en el coche a solas.

El cansancio de Ulrike se ha esfumado. Es una proeza. Cuando comenzó en mayo en el Nido del Águila, cuando aún no conocía a Anke-Marie y menos a Ulrich, dormía siempre que era posible. Dormía de camino al trabajo, dormía cuando volvía del trabajo y sin enormes

dosis de cafeína se habría dormido incluso en Kehlsteinhaus, seguro. Se habría echado una cabezadita en el banco o quedado dormida de pie como un caballo, sí, en caso de emergencia habría sido capaz de bloquear las articulaciones de las rodillas a la manera de un caballo y dormitar en posición vertical o incluso de pie sobre una pierna a la manera de un flamenco, así de profundo era su cansancio. Pero lógicamente en el trabajo no era apropiado dormir. Habría significado patada y a la calle, y Ulrike no se lo podía permitir. Necesitaba dinero, ahorros para el año siguiente, para marcharse de Salzburgo. ¡Adiós, ciudad de crema ahogada en mierda de caballo! ¡Adiós, Hanno! ¡Adiós, mamá & papá! Vivir en casa era sencillamente demasiado insoportable. La atmósfera era viscosa. De quién era la culpa, eso Ulrike ya no tenía ganas de averiguarlo, de todos modos, existían dos verdades opuestas sobre el asunto. Según su padre, eran víctimas de la especulación. Según su madre, eran víctimas de la cabezonería paterna, quien no había aceptado vender la empresa en pérdidas a tiempo, sino que dejó que ocurriera la Gran Catástrofe. Él había extendido, como quien dice, la alfombra roja bajo la Catástrofe, a pesar de todas las advertencias. Pero si ese era el caso, si su padre había cometido tantos errores imperdonables como afirmaba su madre, ¿por qué narices seguían aún casados?

¡Mira que Ulrike tomaba café! Solo, con leche, *espresso*, café instantáneo, lo que estuviera al alcance de su mano y, de vez en cuando, para cambiar y por diversión, una limonada. Así Ulrike tenía fuerzas para servir al mejor estilo del Kehlsteinhaus durante todo el día.

Los turistas llegaban por la serpenteante carretera hasta la plataforma de aparcamiento en caravanas de autobuses, desembarcaban en manada y se trasladaban en fila al túnel excavado en el interior de la montaña, desde donde subían en grupos al ascensor de latón dorado, cuyos botones apretaban unos ascensoristas, entre ellos Ulrich Ojo de cristal. El ascensor los elevaba a ellos y sus cámaras y sombreros para el calor o capas impermeables para la lluvia o paraguas o bastones o prismáticos o mochilas tirantes y repletas o botellas de agua y gafas de sol sobre la frente, directamente al vestíbulo del Nido del Águila.

En la sala del restaurante los aguardaba Ulrike. Vestía una pintoresca o más bien rústica camisa de mangas fruncidas, de una tela llena de pequeños cuadraditos blancos y lila, agradable al usuario y accesible. Su manita derecha estaba lista para colocar un menú

plastificado sobre el mantel a cuadros rojos y blancos delante de las narices del cliente, al lado de rosas blancas artificiales adornadas con cuentas de vidrio. *Ach so gemütlich!* En la cintura de sus pantalones de trabajo negros, Ulrike llevaba la billetera, de la que salían veloces billetes y monedas, así como una pequeña libreta en la que, rauda, podía anotar los pedidos con letras de imprenta. Este verano, ella era una Fräulein Kehlsteinhaus, una camarera diligente, entusiasta, quizás un poco histérica, pero por ello más dulce.

A veces el ritmo era tal que el cinturón de la billetera rotaba en la cadera y se detenía en el trasero. Ulrike caminaba con paso largo de la sala a la cocina llevando el pedido, y de la cocina a la sala llevando las raciones de comida a los clientes hambrientos. El sobrepeso de las monedas en la billetera imprimía más velocidad a sus andares. Esta cabeza de chorlito de movimientos ágiles no era la sombría Ulrike de Salzburgo, era la Ulrike ligera y bamboleante de Kehlsteinhaus. Si en Salzburgo caminaba arrastrando las botas militares y con el pelo sobre los ojos, solo por contraste, aquí había aprendido a transportar a la mesa con gracia queso de cabeza aderezado con aceite y vinagre, gulash húngaro, panecillos Leberkäse, lomo de cerdo empanado y patatas fritas, hüttenwurst y chucrut, spätzle, carne de venado y lombarda, ensalada, cerveza, café, pastel de manzana; oscilante y encantadora. Las zancadas masculinas y el estilo de guardia de seguridad que mueve desafiante el tronco como una placa maciza, que a Ulrike le agradaba mucho porque encajaba muy mal con la trayectoria natural de su cuerpo esbelto y un tanto de niña pequeña, no formaba parte del Nido del Águila. En el Nido del Águila había que apresurarse cual *lepus timidus, ligera como el algodón***,** que al escapar deja unas huellas de patas de zorrillo semejantes a abalorios.

El resultado de los ejercicios de andar de Kehlsteinhaus era excepcional. De vez en cuando, Ulrike acababa posando delante de un enorme ventanal restaurado, al lado de estadounidenses demasiado bronceados y con el aspecto de Hugh Helfer, borrachos por la cerveza de trigo. Sus amigos tomaban la foto y después se turnaban. Ulrike podía sonreír bajo el brazo de hasta cuatro Hefner distintos. Conseguía una buena propina. Los hombres eran extraordinariamente generosos. También conseguía una colita blanca entre las nalgas, redonda, blanda, y largas orejas de liebre en la cabeza, y así no era fácil regresar al salón del restaurante repleto de gente. Las orejas parecían sobresalir todo el tiempo y le dificultaban la vista cuando sorteaba las mesas con la bandeja rebosante de platos vacíos y jarras grandes. La

colita en forma de pompón se le encajaba entre las piernas y colgaba como un tampón mal colocado, y su ánimo no volvía la normalidad hasta la pausa del cigarrillo, a más tardar de camino a casa, cuando Ulrike, medio dormida, se metía los auriculares en las orejas.

The legs long and straight…

The breasts are still heavy…

Ulrich B. Zinnemann sube el volumen del CD. Baja la ventanilla del coche, cambia a cuarta y hace aullar los neumáticos del Volkswagen. El viejo y sabio Scott canta sobre Claretta Petacci, que insistió en morir al lado de su amado Benito Mussolini… *The upper lip remains short…* Ulrike aprendió, de eso se aseguró U.B.Z., que las mujeres enamoradas de dictadores siempre son así. La pobre Eva Braun se casó con el Führer solo un día antes de su doble suicidio. Muerte y amor, violencia y pasión, sacrificio y victoria. «¡¡Escucha, escucha atentamente!!». Y Ulrike escucha.

A Benito y Claretta los dispararon el ٢٨ de abril de ١٩٤٥. Sus cuerpos fueron transportados al día siguiente a la Piazzale Loreto de Milán y los colgaron cabeza abajo del techo de la gasolinera Esso. Sus cuerpos fueron ultrajados con rabia y júbilo, sus cuerpos muertos fueron objeto de burlas e injurias, sus cadáveres fueron acribillados a balazos BAM BAM, las ruedas del Volkswagen chillan una extraña canción de amor. Ulrike y Ulrich acompañan a Scott Walker: *Still coming through, still coming through…* El nerviosismo de Ulrike ha desaparecido por completo. No necesita a Anke-Marie. Se las arregla sola. Se las arregla BAM BAM, ¡se las arregla bien! Los Hefner, las colas y orejas, ¡BAM! Tazas de café jarras de cerveza platos esperándola arriba, ¡BAM! Libretas monedas billetes camisas de camarera de mangas fruncidas a cuadros lilas y blancos, ¡BAA-AM! Si el Volkswagen se saliera ahora de la carretera…

Auf der Alm gibt's ka Sünd…

La montaña no conoce pecado, ambos los saben, y por eso Ulrich B. Zinnemann se atreve a hacerle a Ulrike una proposición.

0

-

0

Montaña, hogar, abismo, billetera, flor, madre, padre, ascensor, Hanno, montaña, el ojo de cristal de Ulrich B. Zinnemann, billetera, hogar, abismo, interminable, interminable, interminable.

Ulrike abrió los ojos y vio las miradas expectantes de las mujeres. Se

incorporó apoyada en los codos y echó un vistazo a la ropa que llevaba puesta, unos pantalones de pana gastados y una camiseta de Scott Walker, rígida por ser nueva, en la que un joven Scott con pelo de fregona mira confiado y al mismo tiempo muy dramáticamente algo de refilón y hacia arriba, hacia el cielo, hacia Ulrike. La pantalla digital de su reloj de pulsera se ha detenido en los números 21:03. Así tuvo que ser entonces. Había muerto el 15 de agosto, a eso de las nueve de la noche.

¿Había vuelto a su casa, a la Alpenstrasse, desde Kehlsteinhaus? Sola; sola, naturalmente, y en autobús. ¿No en el Volkswagen? No, no en el Volkswagen. Por mucho que Ulrike se esforzaba, no lograba devolver a su mente el rostro de Ulrich B. Zinnemann, ni una caricia, ni un beso. ¿Se había rajado él como un gallina? O (de pronto un presentimiento terrible volteó una tensa bola que se había formado en su garganta, que Ulrike aún siente) ¿había cambiado U.B.Z. de opinión durante la jornada de trabajo?

Una vergüenza espantosa se abalanzó sobre las orejas de Ulrike. Justo eso, sí, sí. Ulrich B. Zinnemann había empezado a arrepentirse. Cuanto más franca había sido la mirada de Ulrike en dirección al ascensor, más remordimientos había sentido él: pero qué había hecho, pero si ella era aún una cría. Cada subida de ١٢٤ metros, cada descenso de ١٢٤ metros había reforzado la percepción que carcomía y crecía en U.B.Z.: así no, no, así de verdad que no, pero si es una cría.

Ahora Ulrike recordaba su temblor de piernas, el sudor crepitante en axilas y espalda, que incluso aovó una pequeña perla en el hueco en forma de gota bajo la nariz, en el *filtrum*. Ulrich B. Zinnemann la había ultrajado. Al finalizar la jornada, él se había acercado con una medio sonrisa a la ruta de Ulrike, al pasillo entre la cocina y el salón restaurante, y ella había caminado con el montón de platos sucios en las manos hacia aquel hombre como se camina hacia el amanecer: los ojos entornados, en el rostro una alegría aturdida. Había caminado hasta ponerse debajo de la nariz de U.B.Z. y había sonreído con intención, como se sonríen los que comparten un secreto, lo había mirado al ojo derecho, preparada para recibir lo que fuera. Pero esto no. «¿Vamos a tomar algo mejor otro día, Ulrike? Cuando también esté Anke-Marie».

Una frase como una pistola de clavos colocada en la sien. ¡BAM!

Ulrike había sabido leer entre líneas en una milésima de segundo: *Ulrike, lo siento mucho, pero no me di cuenta de que albergas esta clase de sentimientos hacia mí. Aún eres una niña. Me gustas, y me gusta también*

Anke-Marie. Vamos a mantener esto como algo divertido, esta amistad entre nosotros. No mezclemos nada inapropiado.

Justo eso le había dicho Ulrich B. Zinnemann al acabar su turno de trabajo, rectificando su propuesta de por la mañana, sugiriendo que disfrutaran de la bebida *after work* algún otro día, los tres, de modo que también estuviera Anke-Marie.

Ulrike se había recompuesto en una centésima de segundo. Había dejado caer un alegre «¡Vale!» y había continuado su camino, como si la prisa apretara sus pasos. Entonces Ulrich había gritado por sorpresa: «¡Espera!». Ulrich le había pedido que esperara y ella se había dado la vuelta con el corazón latiéndole con fuerza: «Puedo llevarte en coche a la estación de autobús, si quieres. Puedo esperar a que acabe tu turno. No tengo prisa».

A veces, cuando no queda otra, es posible colocar visos de alegría en el rostro, incluso si el corazón se está pudriendo. Ulrike consiguió responder con ligereza, incluso sonriente: «Gracias, Ulrich, pero no es necesario. Creo que hoy voy a bajar andando. Sí, voy a ir andando». Luego se giró hacia la cocina y desapareció para siempre de la vista de Ulrich B. Zinnemann.

El resto del día, Ulrike se acordaba de eso también, estuvo sirviendo mesas sin echar un vistazo a su alrededor, como si cualquier mirada en cualquier momento hubiera podido revelar una sensación palpitante en su cráneo que sobresalía fea en todas las direcciones.

Ulrike recordaba, lamentablemente. Sacudió la cabeza, en vano. Un recuerdo penetró a la fuerza en su cabeza: los labios en carne viva a causa de los dientes. Había empezado a descender a pie desde el Nido del Águila, no le había mentido a Ulrich, de verdad tenía la intención de caminar, desde el aparcamiento se había deslizado por el sendero asfaltado, de pendiente suave, y entonces lo recordó: los labios.

Alarmada, corrió unos cuantos pasos e hizo tres sentadillas con salto, tan profundas que la costura de los pantalones de pana le raspó con gran dolor los labios de la vulva. Eso al HECHO le importaba un bledo. En realidad, se animó y empezó a darlo todo. Quería extender un calor candente por cada rincón del cuerpo de Ulrike, pues era un HECHO vengativo, excepcionalmente malicioso, que alguna vez se había quedado sin cobrarse sus deudas.

Era una certeza inequívoca que el 15 de agosto, el día de la ascensión de María a los cielos, las puertas del elevador se habían abierto alrededor de las 13:20, cuando Ulrike caminaba desde la cocina hacia el comedor del restaurante. Ulrich B. Zinnemann estaba

al otro lado de las puertas que se abrían, misterioso, grande, y los ojos de ambos se encontraron. Después de eso, Ulrike se había mordido los labios durante todo el día, por si acaso. Se los había restregado con toallas de papel resecas en un rincón de la cocina y luego se había frotado la película protectora de los labios previamente desgarrada por los dientes para que se hincharan, y se los humedeció con la lengua. Para convertirlos en sabrosos morritos rojos en su pálido rostro de muñeca.

0
-
0

Ulrike se giró y se puso de espaldas, el recuerdo de la vergüenza le parecía espantoso. Sentía la necesidad de rodar hacia abajo como un rollo apretado, si hubiera existido un lugar al que llamar «abajo» —allí es donde Ulrike hubiera querido ahora rodar, lejos de las miradas expectantes de las mujeres, lejos del pensamiento tormentoso que la bloqueaba. «U.B.Z. empezó a arrepentirse de su proposición» y de su consecuencia aún más aberrante: «ella se había mordisqueado los labios».

Ulrike quería aniquilar el Nido del Águila. Quería pensar en su casa, o al menos en la calle de su casa, la Alpenstrasse. Así que había que trazar una línea afilada que atravesara el papel sobre ese sentimiento sofocante que le hacía arder las orejas: Ulrich B. Zinnemann.

Ulrike lo hizo mentalmente muchas veces. Lo hizo sobre todo lo que salía humeante a la superficie:

Ulrich B. Zinnemann
¡U.B.Z Ojo de cristal!
Vokswagen
xxxxxxxxxx
The upper lip remains short…
The legs long and straight…
The breasts are still heavy…
Benito # Claretta
BAM!
Pier Paolo # Ninetto
xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx
BAM! BAM! BAM!
¡Queso de cabeza! Gulash! Leberkäse!
BAM!
Ascensor! Volkswagen?? Ascensor!!!
xxxxxxxxxxxxx
BAM!
Apfelstrudel! Spätzle! Hüttenwurst!
…still coming through…
..still coming through…

..still coming through…
BAM!
BAM! BAM!
BAM! # BAM! # BAM!
xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx

Ulrike sintió unos dedos en la sien. Abrió los ojos y vio a Maimuna sentada detrás de su cabeza. Maimuna le sonreía con dulzura, animosa, como diciendo: has llegado a tu hogar, querida. Como preguntando: ¿Qué te ocurrió allí?

Y así Ulrike estaba por fin sana y salva en la calle de su casa. Agarró agradecida la mirada de Maimuna y continuó camino. ¿Se había metido directamente debajo de un coche al bajar cansada del autobús? ¿O había salido después del largo día de trabajo por algún motivo incomprensible a ver a Hanno? ¿Para proponerle que cortaran?

Sí, justo así: había tomado la bicicleta y se había lanzado por la Hellbrunner Allee hacia la muerte. *No es tanto una sensación de volar por los aires como de ser llevada a cuestas. Al ser depositada en el arcén, con la cara en el asfalto mojado, su primer impulso es buscar la bicicleta, que por alguna razón ha desaparecido debajo de ella.* ¿Así es como ocurrió? Así muere la heroína de una novela ligera, de una manera bonita a la mitad del libro. Ulrike había leído la obra a principios de verano en el autobús articulado. En el momento del choque mortal, la heroína del libro *piensa en dos cosas con gran nitidez* y luego, en la última frase del capítulo, se *muere, y cuanto ha pensado y sentido se esfuma y desaparece para siempre.* ¡Y no era cierto! Allí, en ese libro, estaban sus pensamientos importantes y sus emociones únicas, allí estaban, ocupando cientos de páginas.

A Ulrike, el truco del autor le había hecho reflexionar durante todo el viaje. Vaya, qué muerte. ¡Una autentica lección sobre la muerte! Todo queda interrumpido, como siempre en la vida. Y como complemento, la dramática dilación del instante de la muerte: los últimos pensamientos de la moribunda. Que el lector respire sin aliento, consternado: ¡Emma no puede morir, Emma, maldita sea, no puede ir y morirse! Pero Emma muere y el libro se convierte en un éxito de ventas.

¿Así es como ocurre?

Para nada. Así no.

No en bicicleta, sin vuelo por los aires, sin chocar con un arbusto al margen de la carretera y menos con el borde de la acera. Ulrike no mostraba ninguna contusión. Por si acaso, levantó instintivamente la mano y se tocó la cabeza. Las mujeres asintieron sonrientes, está bien,

preciosa, Nina incluso levantó el pulgar y suspiró: *Ulrike, you are just lovely!*

¿Habría pasado sus últimos momentos en un interior? Sí, había pedaleado hasta la Rainerstraße 13 y le había sugerido a Hanno que esto había sido todo ¿no? Al fin y al cabo, la suya era una relación condenada al fracaso, un romance adolescente que hubiera tenido que concluir después de unas sesiones de follar ejecutadas tras unas copas de vino tinto. Y entonces… loco, enfermo de celos, Hanno la derriba de un empujón, de espaldas sobre la cama de agua de sus padres… Porque a veces Hanno empujaba. A veces Hanno se ponía nervioso y la empujaba, cuando de noche caminaban por la calle y reñían. Ella tropezó contra la pared de la casa, se lastimó el brazo, gritó VOY A DENUNCIARTE y Hanno gritó ¡VENGA, HAZLO, VENGA HAZLO!

Así que Hanno la derriba de un empujón, de espaldas sobre la cama de agua, y empieza a apretar un enorme cojín de plumas contra su cara… de modo que ella ya no puede respirar…

Y justo cuando Ulrike ha llegado a esas palabras, a Hanno, a los celos, al cojín de plumas, justo cuando está a punto de decir *and so I couldn't breathe* y sus oyentes disfrutan de una tensión que paraliza el aliento, justo entonces lo comprende: ella *no* respiraba. Nadie respiraba. Era imposible respirar. No lograba respirar, aunque interrumpió su relato e infló el pecho y extendió las narinas bien abiertas como a veces hacía en los salientes de Unterberg, cuando el aire era fresco a causa del rocío de la mañana y tan rico en oxígeno que aturdía, y los mantos de nieve sobre las cumbres de las montañas que se columbraban en la distancia centelleaban de tal manera que deslumbraban, y al pie de las montañas titilaban las aguas cristalinas del Königsee, donde fluía el agua más pura de Alemania, allí iría algún día, les propondría un picnic a Anke-Marie y a Ulrich B. Zinnemann, y sobre un mantel de cuadros rojos y blancos comerían hüttenwurst, panecillos Leberkäse, queso de cabeza, Spätzle… que habían sobrado.

Ulrike no respiraba.

Ulrike no había notado que había dejado de respirar.

Ulrike podía hablar.

Ulrike podía moverse.

Ulrike podía pensar.

Cinco hechos incompatibles que golpean la conciencia, debido a los cuales había que interrumpir de inmediato lo de morirse, y había que resolver el asunto cuanto antes. Esto ya no era un juego. Lo demás podía esperar. Sed buenas y explicadme. ¡Por Dios, haced algo!

El cuerpo de Ulrike trataba de respirar y se convulsionaba con horror. Los ojos se agrandaban y agrandaban, nada entraba, nada dolía. No era asfixia, no era ahogamiento y definitivamente no era su fin, era puro terror que acabó destilando un susurro similar a un sollozo, del todo imposible en el sentido físico, pero ahí estaba, una frase real, producida por los órganos del habla y audible: *I can´t breathe!*

UNA BREVE LECCIÓN SOBRE RESPIRAR

La inhalación o respiración se produce de manera automática gracias al centro respiratorio. Aquellos desafortunados que sufren la maldición de Ondina, en otras palabras, una mutación del gen PHOX2B, constituyen la excepción. Ellos deben respirar conscientemente, de lo contrario mueren. Pero son muy pocos en nuestro mundo.

Durante la respiración, el oxígeno (O de oxygenium) es transportado con el aire a los alveolos y desde allí, a través de varios intermediarios moleculares, hasta las células. El dióxido de carbono (CO_2) se transfiere de las células al aire exterior. Piensa en un pequeño y gracioso coche rojo que acelera dentro del cuerpo y traslada de acá para allá al Sr. Oxígeno y a la Sra. Dióxido de Carbono, que, según el guion, no pueden decidir dónde quieren estar, si dentro o fuera, porque, si lo hicieran, elegirían y se detendrían dentro o fuera, y entonces se presentaría… la Muerte. El Sr. Oxígeno y la Sra. Dióxido de carbono tampoco deberían viajar en la dirección equivocada. Los que respiran dióxido de carbono corren un peligro mortal. Existen informes de experiencias límite causadas por el dióxido de carbono.

Por tanto, el proceso respiratorio requiere (i) un respirante que esté suficientemente bien equipado desde el punto de vista fisiológico y (ii) oxígeno, que junto al nitrógeno es el componente más importante del aire. Otros componentes minoritarios del aire son, por ejemplo, el criptón y el argón, pero ninguno de ellos se puede ver a simple vista. Es esencial que el respirante suficientemente bien equipado no tenga que preguntarse si respira una y otra, y otra, y otra vez.

Como se puede inferir de lo anterior, es prácticamente imposible suicidarse conteniendo la respiración. El fundador de la escuela cínica, Diógenes de Sinope, lo logró, al igual que Girolamo, desesperadamente enamorado de Salvestra, en el octavo relato del cuarto día del Decamerón. Los demás han necesitado la ayuda de una bolsa de plástico.

El diafragma se localiza debajo de los pulmones. Mete allí el dedo, puedes causarte un calambre. Debajo del diafragma se encuentran el hígado y el estómago. Durante la inhalación, el diafragma se contrae, desciende y así expande la cavidad torácica en dirección al abdomen. Se crea una presión negativa y el aire comienza a fluir. A medida que se contraen, los músculos intercostales laterales externos ensanchan hacia los lados y hacia el frente la cavidad torácica. La exhalación, sin embargo, se produce de una manera más o menos espontánea cuando cesa la contracción muscular antes mencionada.

Cabe señalar que, si estuviéramos en un vacío completo, como el espacio, por ejemplo, no podríamos respirar. En el espacio tampoco se puede hablar sin un instrumento auxiliar. El sonido no puede atravesar el vacío porque no hay nada que lo transporte. Para probar esto, por supuesto, se requiere de un oído y una boca en el espacio, pues, de lo contrario, la pregunta es puramente teórica.

Volvamos a la respiración, más concretamente a una función vital denominada

"ventilación pulmonar". No vale la pena pensar en la puerta abierta de un balcón francés a menos que también se pueda pensar en el volumen de un litro junto a la puerta: durante un periodo de veinticuatro horas, un respirante suficientemente bien equipado respira aproximadamente diez mil litros de aire. El volumen de una respiración es de aproximadamente medio litro de aire. Los yoguis entrenados pueden circular por sus cuerpos hasta cinco litros a la vez. Entonces, el aire se puede medir en litros, como las fresas y los guisantes. Esto puede resultar un tanto difícil de entender, pero sopla alguna vez dentro de una bolsa de plástico.

Existen diferentes opiniones sobre cuántas veces respira en un minuto un respirante suficientemente bien equipado y en reposo durante esta fase de la prueba. Algunos dicen que de catorce a dieciséis veces, otros afirman que de ocho a doce veces. Esta divergencia radica en que el concepto de "reposo" está muy abierto a la interpretación, por no hablar de cómo referirse a cuestiones interpretativas cuando se habla de respirantes "suficientemente bien equipados". Cabe señalar, por lo tanto, que cuando los académicos sueltan números por la boca, hablan de litros o de veces, tienen en mente a un hombre adulto promedio, no a niños, mujeres, bebés, ancianos, enfermos, yoguis, atletas de élite o músicos de instrumentos de viento.

El epitelio pseudoestratificado recubre las vías respiratorias. El epitelio pseudoestratificado oscila en forma de ondas durante la respiración. Entre otras cosas, allí se mueve el moco. El moco recubre las células. Ahora imagina un vehículo de moco, digamos uno rojo, que se dirige hacia tu garganta. El reflejo de deglución lleva el moco al estómago. El vehículo de moco, que se impulsa en el epitelio pseudoestratificado con bastante determinación hacia adelante, transporta consigo microbios respiratorios, pero estos tienen un desdichado final, se desintegran casi por completo en el estómago. Esto como nota al margen. El aire respirable nunca está limpio.

¡Corazón, oh, corazón!

Rosa Imaculada consiguió que Ulrike se calmara. Propensa a las reacciones histéricas, Rosa Imaculada fue en esta ocasión un ejemplo de calma absoluta. Despabilada, se sentó junto a Ulrike y la rodeó por los hombros. Ni siquiera se sobresaltó por no sentir apenas el brazo diminuto de la muchacha al abrazarla. Ulrike era para ella más blanda que una bolita de algodón y en breve ni eso, lo había comprendido al fin, pronto no sentiría nada, no podría tocarse ni a sí misma, ni cual roce de una pluma.

Luego, como si una sabiduría supraterrenal hubiera descendido en la figura de una pequeña hada sobre los labios de esa mujer por lo general tan exaltada, comenzó Rosa a explicar en un alegre inglés mezclado con portugués una idea que obviamente había estado rondándole la cabeza un tiempo. La idea iba más o menos por este

camino: no respirar era *aquí* algo tan natural como respirar lo era *allí*. Mientras que *antes* respirábamos y no pensábamos que respirábamos, *ahora* no respiramos y no pensamos que no respiramos. *Cês entendem, né?* Esta materia a nuestro alrededor, *esta substância maldita*, es una especie de materia abominable que nos afecta de una manera extraña. Si pudiéramos llevarnos con nosotras un pedazo cuando nos devuelvan de golpe al sitio de donde vinimos —en este punto Rosa Imaculada guiñó el ojo, segura de sí misma— pondría patas arriba los libros de todo el mundo. ¡Habría que reescribir la ciencia entera!

Los ojos de Rosa Imaculada resplandecían. Veía los destellos de los flases y las hordas de periodistas apiñados cuando todas ellas, las siete, regresaran al mundo. Lo veía con absoluta claridad, como si estuviera mirando una noticia de la televisión. Veía cómo emergían de pronto una a una sobre la superficie de la tierra igual que los treinta y tres mineros chilenos atrapados en la mina de cobre y oro de San José (en el grupo había también un boliviano), cuya operación de rescate ella había seguido sin quitarle el ojo, tumbada en la cama, esperando la muerte o la salvación. Para salvar a esos treinta y tres legendarios mineros heroicos se llevó a cabo una exigente y supraterrenal operación de perforación, y en este punto la mirada de Rosa Imaculada empezó de pronto a empañarse. *A ellas* no las sacarían con una perforación, claro, pues no estaban bajo tierra. ¿Por dónde iban a salir entonces? ¿Y en qué parte del mundo caerían inesperadamente?

La bonita imagen comenzó a desaparecer. Las mujeres, ella incluida, se desvanecían en el fondo como palpitantes seres astrales. En primer plano se erigió una robusta cápsula de rescate en forma de lanzadera de la que brotaron hombres sucios, embadurnados por el oscuro inframundo, uno a uno, acompañados de grandes aplausos.

Rosa se esforzó para ver de nuevo a las mujeres. ¡Fuera, mineros! ¡Bienvenidas ella y las otras seis! Aparecerían de una en una, por orden de llegada, con una sonrisa feliz en los labios: primero la esquelética Shlomith (no Florencio Ávalos), luego Polina un zapato sí y otro no (no Mario Sepúlveda), después ella misma (no Juan Illanes), Nina y su barriga de embarazada (no Carlos Mamani) y tras Nina, la pobrecilla Wlbigs, muda y calva (no Jimmy Sánchez). Después de Wlbgis, emergería de pronto la esbelta Maimuna (no Osmán Araya) y finalmente la hermosa Ulrike (no José Ojeda).

Y empezaban a venir y aquello parecía, por desgracia, ridículo. Ellas no descendían sobre la tierra de forma bonita, planeando, ellas caían de cabeza, desplomándose, chocando una contra otra, como muñecas

de trapo lanzadas con furia por los aires. A ellas no las vitoreaban ni aplaudían. De ellas se reían. Las fotografiaban y sería cuestión de tiempo que publicaran las imágenes en la portada de alguna pésima revista de escándalos.

Rosa sacudió malhumorada la cabeza: ¡ASÍ NO! La impotencia comenzaba a imprimir en su rostro feas arrugas, ¿cómo narices iban a regresar a la superficie de la tierra?

Pero entonces, como si la pequeña hada invisible le hubiera susurrado la respuesta al oído, lo comprendió: ¡se materializarían! La idea sacudió a Rosa, la alegría se extendió de nuevo por su rostro, las arrugas se plancharon y los ojos volvieron a centellear. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Nada de desplomarse. Aparecerían con elegancia, se materializarían del aire. ¡Exactamente así regresarían al viejo mundo!

Además, sobre estos asuntos Rosa ya tenía abundante información. En una telenovela había una médium que había comenzado a secretar ectoplasma durante la sesión. ¡La viscosidad brillante había tomado la forma de una mano que escribía! El ectoplasma secretado por la espiritista había revestido una mano invisible que tenía un asunto importante para la mujer rota por el dolor que participaba en la sesión, Thereza. El hijo de la mujer había muerto en el capítulo anterior a resultas de una bala de la policía. La mujer quería decirle a su hijo, te quiero, *você tá no meu coração*, estarás siempre y eternamente en mi corazón. Y la mano ectoplasma excretada por la médium había escrito la respuesta del hijo sobre un papel: *Ve a casa, abre el armario de la ropa blanca y extiende la sábana inferior.* Y la mujer así había hecho. ¡Y entre los pliegues de la sábana había encontrado medio millón de reales en billetes de cien!

Rosa Imaculada mecía a Ulrike en su regazo y lo olvidó todo. Olvidó los destellos de los flases, a los periodistas arremolinados alrededor y sus bocas abriéndose a preguntas. Olvidó a los mineros, a los Florencios, Marios y Juanes, que al menos habían tenido un sitio, aunque este ciertamente se localizara a desesperados setecientos metros bajo tierra, un lugar desde el que aparecieron y del que se quería que ascendieran, un lugar a donde se enviaron artículos que respondieran a sus deseos, bueno, alcohol naturalmente no, pero sí comida, bebida, medicinas, tabaco e inofensivas formas de entretenimiento, *amazing Chilean babe named Bianca bends over!* Pues lo más importante era que esos afanosos hombres se mantuvieran en condiciones, que no enloquecieran en un espacio cerrado. Se ocuparon

de ello hasta el final de esos meses. Incluso bajo tierra podían ser hombres. *Chilean girl Bianca gets done right!* La hombría los mantuvo en pie. Se conocían sus deseos. Se sabía que más que nada ansiaban regresar a la superficie con sus esposas y novias e hijos y recién nacidos. *Chilean Bianca Dagger Fucked Hard By Her Boss!* Así era la vida. Los hombres luchaban, bajo tierra y encima de la tierra. El mundo entero seguía con ojos atentos la operación de rescate, que se prolongaba de un mes a otro, del jueves de agosto del desplome hasta mediados de octubre. Eso hizo también Rosa Imaculada. Por aquel entonces, en otoño de 2010, ella esperaba un músculo cardiaco nuevecito que reemplazara su corazón gastado. Igual que el mundo entero palpitaba de la emoción, su corazón palpitaba tanto como era capaz por los mineros. Si ellos sobreviven, yo también sobreviviré, juró Rosa, conseguiré un nuevo corazón y resistiré, ¿quedamos en eso, Dios? ¿Chocamos esos cinco, Lula?

Rosa Inmaculada recibió un nuevo corazón y resistió.

Rosa Inmaculada recibió mucho más que un nuevo corazón y eso no lo resistió.

Pero ahora Rosa acunaba a Ulrike en su regazo como una mecedora que funciona con un resorte, absorta en otros pensamientos. ¡Cuántas cosas maravillosas había hecho Thereza con aquel medio millón de reales que su hijo le había testamentado por medio de la medium!

La hiel de la desgracia salpicó las entrañas de Rosa. Si *ella* hubiera encontrado medio millón de reales entre sus sábanas, no estaría ahora en este lío, eso es seguro. Estaría en casa con su hijo y su abuela, recuperándose de una operación de gran envergadura, y no habría tenido que preocuparse ni un segundo por su sustento. Habría podido recobrar la salud en paz y tranquilidad. La operación en sí había salido excepcionalmente bien y Rosa no había sufrido ningún tipo de síntomas de rechazo. Al contrario: el nuevo corazón parecía haberse convertido sin fisuras en una parte de ella. No solo había ocupado el lugar del corazón retirado, lo había ocupado todo. Había empezado a bombear pensamientos extraños en su organismo. Y entonces comenzaron a ocurrir cosas. Cosas malas. Por preocupaciones económicas.

Si Rosa Imaculada hubiera tenido medio millón de reales, no habría abierto la puerta de su casa otra vez a Estêvão Santoro. Se habría puesto firme y habría dicho en tono inquebrantable: «Ya basta. Querido Estêvão Santoro, mis palabras no son suficientes para decirle lo agradecida que le estoy a usted y a su hijo Murilo, cuyo corazón

late ahora en mi pecho. Jamás seré capaz de expresarle cuánto lamento su muerte y su pérdida. Pero querido y estimado señor Estêvão, ahora usted tiene que buscar ayuda para su dolor en otro lugar. Tengo que concentrarme en mi recuperación y en mi hijo pequeño, en este momento eso es lo más importante de mi vida».

Pero Rosa Imaculada jamás le dijo a Estêvão Santoro esas palabras. No tenía medio millón de reales. Abrió la puerta de su casa al padre que había perdido a su hijo, al hijo del hijo del barón del caucho que nadaba en dinero, y tantas veces que se perdió la cuenta.

Si hubiese tenido dinero envuelto en una sábana…

Como Ulrike se había calmado y como los ojos de Rosa habían cesado de centellear, Shlomith consideró que lo mejor era abrir la boca. Que Rosa contara ahora la conmovedora historia de su corazón. Era evidente que su estado de ánimo era el adecuado. Que Rosa hable de su muerte y de Estaban Santiago o como fuera que se llamaba el hombre cuyo nombre Rosa repetía sin cesar en sus ataques de locura y que obviamente le había causado mucho mal.

Estaba claro que tomara el rumbo que tomara la historia de Rosa Imaculada, esta se conmovería tan profundamente con su propio relato que tranquilizarla les tomaría… «el resto del día». De alguna manera, la idea resultaba, en su aspecto teorético, consoladora, y consuelo era lo que Shlomith necesitaba más que nada. Para recibir consuelo estaba dispuesta a consolar a su hermana del más allá, que se desgarraba sin lágrimas, en realidad añoraba la pena de Rosa que tal vez se agotara con el tiempo. Igual que se agotaban las lágrimas, las secreciones, el dolor y el éxtasis. Aguardaba la tristeza de Rosa incluso más que los fragmentos de historia escuchados cada una de las veces, de los que francamente no había sacado nada en claro. Ni siquiera Nina comprendía las historias de Rosa, aunque en otros tiempos había sido aficionada «para sí misma» (eso es lo que Nina afirmaba, jamás accedió a entonar ni una melodía delante de ellas) «un poco al fado». Del torrente verbal de Rosa solo quedaban un montón de detalles que no se articulaban de ninguna manera imaginable, y dos nombres que se repetían persistentes, el pequeño Davi y el tal Esteban o Eduardo que, así lo había entendido Shlomith, iba a llamar a la puerta de la casa de Rosa una y otra vez y que, de esto Shlomith estaba más o menos segura, le compró a la mujer en dinero contante y sonante algo que ella al final no hubiera querido venderle.

La historia del corazón

El corazón, que se localizaba y hacía su trabajo en el lado izquierdo del pecho de Rosa Inmaculada, era, en principio, visto desde fuera, casi normal: dos atrios, dos ventrículos, dos cámaras, válvulas, venas, arterias, aorta. Sin embargo, no era un corazón del todo normal, pues el ventrículo izquierdo comenzó a expandirse por alguna razón desconocida, y el músculo cardiaco ya no podía bombear sangre con su antigua eficiencia. Ahí empezaron las preocupaciones de Rosa.

La mujer que rodeaba el corazón era por lo menos tan singular como su renuente órgano. A primera vista también ella era una persona cualquiera, ni particularmente llamativa ni de ese calibre visual que atrae miradas, pero tampoco indiferente, en absoluto. Rosa era carnosa sin estar fofa. El cabello negro tejido en infinitas trenzas pequeñas enmarcaba su cara, que sin lugar a dudas carecía de simetría, la nariz era una pizca demasiado grande y los labios, esos sí que eran grandes, las orejas y pómulos sobresalían afilados y desparejados, como si alguien hubiese labrado su rostro con una hachuela afilada solo por un lado, quizá durante la pausa para fumar, ignorando el trabajo de lijado. Las mejillas mostraban también marcas de viruela. Pero cuando los ojos de Rosa centelleaban, cuando en sus ojos brillaba una mirada indómita que incitaba a la aventura, entonces solo existían los ojos, solo y únicamente ellos.

Rosa vivía con su hijo Davi en una pequeña casucha ubicada en la ladera de una colina en una favela de veinte mil habitantes. La abuela de Rosa vivía en la planta de arriba, y en la última chabola, la más destartalada de todas, vivía el viejo ciego Gustavo con sus tres gallinas. Luego la calle terminaba como un muro. La cuesta se empinaba y más allá no era posible ir. A menos que fueras flexible y fuerte y audaz como un acróbata. Pero los ágiles niños de los alrededores habían crecido. Y estos días tenían mejor entretenimiento que escalar la montaña, se habían vuelto rápidos, diestros y excepcionalmente efímeros. Solo algunos de ellos regresaban con cadenas de oro al cuello, el semblante endurecido. Los nacidos tras ellos eran aún demasiado pequeños, demasiado temerosos, o eran lactantes o correteaban detrás de un balón en la calle, y la pendiente abrupta de la montaña podía estar en paz, igual que el tejado de chapa de la casa de Gustavo, el mejor lugar para iniciar la escalada de la pendiente, si por algún motivo se quería tomar ese rumbo.

Rosa Imaculada amaba con todo su miserable corazón a su pequeño

hijo, que se había originado casi virginalmente durante la época de carnaval. Ahora o nunca, había pensado Rosa, ¡yo también quiero un hombre y una familia! Rosa se preparó. Resplandecía y relucía y desprendía un aroma maravilloso y excitante a claveles que hacía aullar hasta a los perros callejeros cuando pasaba de largo sobre sus zapatos de tacón adornados con lentejuelas.

Y sucedió como estaba previsto. Un tal Caio (¿o era Flávio?) se dejó tomar de la mano cuando el *axé* sonaba, cuando los tambores redoblaban, cuando un silbato chirriante, salvaje, chiflaba el estribillo y el *güiro* desgarraba en el aire ritmos oscilantes, seductores. Caio (o Flávio o João o Fernando o Antônio) enloqueció por esa mujer de aroma a clavel, que cimbraba impecable las nalgas al ritmo de la música, que le susurró en el oído izquierdo que era una mujer completamente honrada y después musitó en el oído derecho que sí, que era una mujer, una mujer que necesitaba amor, los planetas estaban por fin alineados, *vamos, vamos,* ¡venga, vamos!

Rosa y el hombre se divertían entre el gentío. Bailaban y se besaban los labios húmedos de meloso zumo de maracuyá y vigorosa *cachaça* y estaban a punto de desmayarse, y al fin, mientras los tambores aún restallaban, se escaparon de los apretones de la muchedumbre a un callejón estrecho y se unieron, rápidos y ardientes, en el primer hueco de una puerta que sus manos a tientas encontraron.

Así se originó Davi.

Jamás se volvió a saber del hombre. El número de teléfono que le dejó a Rosa estaba mal. El niño que surgió de su semilla sin embargo era sano y rechoncho, tan hermoso que detenía la sangre y tan ruidoso que ponía los pelos de punta y, sobre todo, era suyo. Davi no desaparecería. De eso se ocuparía Rosa. Criaría al niño para convertirlo en un hombre, no en una rata con aspecto de hombre. Y se veía que Davi opinaba lo mismo. Chillaba día y noche llenando con sus gritos la pequeña casa y el corazón de su madre, sí, el corazón que comenzó a jugarle peores pasadas tras del nacimiento del niño.

Era abril. Rosa mecía en el regazo a su hijo de seis meses cuando de pronto su corazón se detuvo y solo con esfuerzo volvió a latir. Rosa se sentó en el suelo, incapaz de incorporarse por su propio pie. El bebé chillaba y ella no tenía fuerzas para levantarlo en brazos. La casa entera y la calle se llenaron de unos berridos que perforaban los oídos, que no acabaron hasta que no acudió por fin la abuela, agarró al niño a punto de ahogarse por el llanto, bajó tres manzanas corriendo tan rápido como daban de sí sus piernas, golpeó la puerta de la casa más

grande y alta de la zona y gritó: «Señor Rogerio, ¡venga a ayudarme!».

Y así el viejo médico Rogerio echó a andar con dificultad detrás de la abuela, cuesta arriba, esa pendiente que durante mucho tiempo Rosa Imaculada no había podido subir sin jadear. Embarazada de Davi había tenido que hacer largas pausas durante las cuales intercambiaba unas palabras con las mujeres que se cruzaba, tanto como le permitía la tos. Se imaginaba que el resuello formaba parte de aquello, del embarazo a una rolliza y ociosa edad de treinta y cinco años, se imaginaba que la tos que la molestaba, en especial cuando hacía esfuerzos, se debía al polvo, no había tenido energía para limpiar la casa, y también había polvo en el trabajo, la peluquería Salão de Beleza Alessandra estaba llena de pelos y de químicos de olor dulce, pero que irritaban las mucosas de la garganta. Rosa se había vuelto más sensible y eso era normal, aseguraban todas las mujeres: las molestias parecen más intensas durante el embarazo.

Pero en esta ocasión estaban equivocadas. La más equivocada de todas era Rosa Imaculada, que supo en su interior, en un lugar que alguien menos sabio podría llamar corazón, que no todo iba bien. Pero el deseo de tener un hijo era grande y el miedo a perderlo aún mayor. Y del mismo modo que el cerebro humano a veces comete un error de decisión cuando el peligro acecha, el cerebro de Rosa introdujo en la conciencia la orden *¡huye!* Y Rosa no supo interpretar la orden más que de la manera que le resultaba natural: la táctica del avestruz. Así.

Rosa sentía vértigo. Rosa jadeaba. Rosa sufría una debilidad que empezaba a ser más lastimera que la decrepitud de su abuela de ochenta años, una falta de aliento que se debía a hablar por teléfono en el peor de los casos, y en eso de hablar mucho, Rosa era una maestra. Seguía hablando después de que a los demás se les hubieran acabado los temas de conversación, incluso cuando se le habían acabado a ella misma. Hablaba por ejemplo de las series de televisión o de las últimas innovaciones en esmaltes de uñas, una laca festiva fosforescente de la cual la peluquería acababa de recibir una caja llena. En Rio se había puesto de moda y los chicos-señorita de Salvador se enviaban mensajes en la oscuridad de la noche con sus dedos refulgentes en su nuevo lenguaje gestual fosforescente…

Rosa también atribuía los otros síntomas al embarazo. Como la hinchazón. Las sales y los líquidos comenzaban a acumularse en su cuerpo. Trabajaba duro, tanto como podía, estaba de pie, rizaba, secaba, teñía, cortaba, hacía manicuras, pedicuras y era muy concienzuda en sus labores, y conversadora, más bien parlanchina,

excepto cuando le faltaba el aliento. Entonces guardaba silencio. Y mientras trajinaba de un lado a otro, sus extremidades inferiores comenzaron a hincharse y a transformarse en moles informes. En la piel permanecía un instante un extraño hoyo si el área hinchada se presionaba con un dedo, luego el hoyo se llenaba de líquido y la pierna volvía a ser fea y enorme. Eso les sorprendía a ella y a las otras mujeres de la peluquería, Leticia, Raquel y Alessandra. Pasará cuando tengas el bebé, pensaba Raquel, y le entregó a Rosa un frasco de crema refrescante para las piernas, hecha de castañas de indias y menta.

El edema, sin embargo, era la más inofensiva de las nuevas afecciones de Rosa. Los ojos se le nublaban cada vez con más frecuencia. Por otro lado, el músculo cardiaco, por así decirlo, daba una patada en el vacío y el latido acababa en un pálpito. Después de esta cadena de acontecimientos rápida pero aterradora, Rosa estaba tan cansada que carecía de fuerzas para levantar las tijeras, ni siquiera sentándose en la banqueta de la peluquería. Entonces sus maravillosas compañeras se ocupaban de su clienta. Instaban a Rosa a que se tumbara en el sofá de la trastienda. Debía tener cuidado. ¡No era ninguna primeriza joven!

Davi nació, pero el estado de Rosa no experimentó mejoría, al contrario. Cuando el viejo y sabio Rogerio entró y vio a la pobre mujer sentada en el suelo, jadeante e hinchada, notó de inmediato que se trataba de algo serio. Le tomó el pulso, que iba a ciento veinte, y con el estetoscopio escuchó el pecho donde entre sibilancias martilleaba veloz el delicado corazón. Rogerio mandó a la abuela a la farmacia más próxima a buscar nitros y diuréticos y le dijo a Rosa negando con la cabeza: «Muchacha, ve al hospital, pronto, ¡antes de que sea demasiado tarde!».

El feto que se desarrollaba en su vientre no la había debilitado, era el corazón, su propio corazón, el que la derrotaba. Fue así como, en secreto, entre latidos aparentemente correctos, el corazón de Rosa se había deteriorado tanto que ya no significaba más que una molestia. Así el corazón enfermo que latía dentro de Rosa Imaculada y la misma Rosa acabaron en el hospital San Roberto, donde a todos, también a los desfavorecidos como ella, los trataban de la mejor manera posible. El equipo del hospital tal vez no fuera tan finolis como los instrumentos prodigiosos de los sanatorios privados de la zona norte de la ciudad, pero allí también se obtenían resultados, y a la tercera visita el diagnóstico de Rosa Imaculada ya estuvo claro: *cardiomiopatía*

dilatada.

Así recibió el corazón de Rosa Imaculada un nuevo nombre. El músculo que latía con fuerza temiendo por su vida se convirtió en la morada de un monstruo llamado cardiomiopatía dilatada. Y qué significaba eso. El joven médico trató de explicarlo. Querida Rosa, tu corazón se apaga. El ventrículo izquierdo se expande como el universo y se vuelve frágil como el pergamino, y tu músculo cardiaco ya no es tan eficiente como antes. En realidad, tu corazón se ahoga en sangre. No es capaz de bombearla. ¿Comprendes? Te vas a cansar y a quedar sin aliento, cada vez será peor a pesar de los medicamentos. Tienes una batería de píldoras y, aun así, la fuerza de bombeo, sí, esa, la «fracción de eyección» es incomprensiblemente baja, de solo el quince por ciento. Más medicinas no podemos darte. Y continúas con arritmias, es decir, ataques de fibrilación auricular. Estimada Rosa, ahora te voy a hacer una pregunta importante. ¿Tienes motivación para vivir? ¿Estás preparada para ir de viaje? Estoy hablando tanto metafórica como literalmente. Pues, y ahora te lo diré con franqueza, con este corazón te queda un año escaso de vida, no más.

En esa época, Rosa no era capaz de dormir más que sentada: estando tumbada no circulaba el aire. Ni hablar ya de que hubiera tenido fuerzas para ir al trabajo u ocuparse de Davi, a quien las mujeres del barrio cuidaban por turnos (la condición de la abuela se había deteriorado dramáticamente de pura tristeza). Sin ambigüedad alguna, estaba claro que Rosa quería vivir. Lo quería más que nunca. Este chute espiral de adrenalina que acompaña al deseo de vivir es una sensación familiar para cualquiera que alguna vez haya corrido un auténtico peligro. El vértigo que se siente al estar de pie por voluntad propia en el saliente de una montaña guarda relación lejana. Rosa quería ver crecer a su hijo. Solo eso tenía algún significado. Estoy dispuesta a lo que sea, susurró al médico, a lo que sea, con tal de disponer de más años de vida.

Y así, Rosa se convirtió primero en candidata a trasplante y luego, pasadas las pruebas, en la número 13 de la lista nacional de trasplantes. Era un caso de emergencia, pero ni mucho menos el único. El médico escribió un desgarrador informe sobre ella a la Fundación de las Hermanas del Sagrado Ángelus, entidad que ayudaba «a las mujeres de escasos recursos y buena reputación con los gastos médicos de enfermedades que amenazaban seriamente su salud», como anunciaban las normas de la fundación. Las madres tenían prioridad. Con la ayuda de tres fiadoras, las angelicales Leticia, Raquel

y Alessandra, consiguió Rosa también un préstamo de la fundación a bajo interés cuya finalidad era compensar el resto de gastos, en otras palabras, lo que después de la donación le quedaba por abonar en exámenes y honorarios médicos, medicamentos y tratamiento previo y posterior a la operación, la intervención, el nuevo corazón y la estancia en el departamento 8 del Hospital Universitário do Ceará en la ciudad de Fortaleza, en la costa noreste de Brasil. Eran costes mínimos comparados con las tasas astronómicas de los hospitales privados, pero Rosa carecía de ahorros. El préstamo le parecía alto, casi imposible. Y por eso había votado a Lula. Había creído en la sociedad que el antiguo vendedor de frutos secos construiría para los pobres, que iba a ayudar a sus ciudadanos en dificultades. En la pared de su hogar colgaba una fotografía de un Luiz Inácio Lula da Silva sonriente, barba gris, a quien en ocasiones ella consultaba en secreto, pues Lula estaba después de Dios y al menos tenía un rostro al que dirigirse. Y ahora ella se encontraba en este apuro: suscribiendo un préstamo gigantesco de una organización de caridad con su vida en peligro, que caería sobre las espaldas de sus queridas compañeras de trabajo si ella no era capaz de pagarlo.

Rosa, susurró la imagen de Lula en la pared del dormitorio, todo se va a arreglar, te lo prometo. Tendrás un corazón nuevo y fuerte y después serás una nueva persona. Pero Lula, susurró Rosa al tiempo que empaquetaba en una bolsa algo de ropa y aceites corporales aromáticos y una pila de revistas ligeras para subir el ánimo: *Claudias* de hace dos años (*orgasmo inesquecível!*), *Ana Marías* del año pasado (*12 kg em 1 mês!*) y una antiquísima *Uma* (*Horóscopo 2007: amor, saúde, dinheiro, sucesso, amigos!*); ¡es una suma enorme esos ocho mil reales! ¿Y si muero? ¿Qué será de Davi? ¿Qué será de Leticia, Raquel y Alessandra? Rosa, querida, se sonrió contento Lula, no te preocupes, atrapa con valentía el momento. Tienes que salvar tu vida, es tu deber como madre. ¡El dinero se va a encontrar, claro que sí!

Rosa Imaculada imprimió sus labios contra los labios de papel recubiertos por el cristal, cerró la puerta de su casa con llave y marchó con su hijo y su abuela en autobús hacia Fortaleza, al apartamento de la mujer de un amigo del hermano del marido de una prima, donde los tres podrían vivir en una habitación a cambio de un pequeño pago hasta que se encontrara un nuevo corazón.

Ni una sola persona falleció en la carretera durante el viaje en autobús, y Rosa y su familia acabaron en el apartamento de la mujer de un amigo del hermano del marido de su prima esperando la muerte

de alguien. Fueron días sombríos, brumosos, y sus noches aún más agónicas y, lo peor de todo, frías y solitarias, pues Davi (por suerte) dormía, y la abuela, lo suyo sí que era dormir, silbaba sus expiraciones amargas del sueño como interludio entre los ronquidos broncos; la casa entera se estremecía, la ciudad entera se sacudía al ritmo aleatorio de aquellas contracciones respiratorias cual graznidos. Pero Rosa no conciliaba el sueño. Rosa tenía pesadillas con los ojos abiertos.

Rosa llevaba esperando 138 días repletos de miedo cuyo ritmo lo establecían las pruebas complementarias en el Hospital Universitario Ceará y las estúpidas caminatas obligatorias que mantenían su condición física, que Rosa ejecutaba obediente por orden facultativa, aunque dar pasos resultaba desagradable, cada balanceo de las piernas parecía extraerle capacidad al corazón. El jadeo comenzaba en cuanto Rosa se levantaba de la cama, donde prefería pasar su tiempo. Ya no tenía fuerzas para leer, hasta las revistas femeninas parecían pesar en sus manos. Rosa añoraba el ruido que ocultaba la sensación de notar el corazón y por eso mantenía encendida la televisión parpadeante atornillada a la pared durante todo el día, miraba todo lo que salía por allí, las telenovelas nuevas y las reposiciones a cada cual más emocionante. Seguía una novela por entregas titulada «El accidente minero de Chile», que ocurrió exactamente el mismo día (¡eso tenía que significar algo!) que se inscribió en el hospital en la lista de espera de un corazón. La carne vivaz de sus brazos, de sus muslos y su trasero había comenzado a colgar; la piel, a enturbiarse, y sus antes tan majestuosos pechos se habían convertido en murciélagos durmientes, bolsas de piel vacías, lastimosas; el cuerpo entero se asemejaba a un accesorio extraño, enojado, atornillado a una especie de cabeza suelta hecha de pesada masa de piedra. El tiempo pasaba y pasaba, pero nunca revelaba su fondo, el fin de la espera, y día a día Rosa estaba más segura de que no recibiría el nuevo corazón a tiempo. Hasta que el veinte de diciembre por fin escuchó la buena nueva: ¡se había encontrado un donante!

Anestesia. Limpieza de la piel del pecho. Abrimos el esternón. Colocamos los esparcidores. Conectamos la máquina cardiopulmonar y la encendemos. Iniciamos la circulación sanguínea extracorpórea. Oxigenación de la sangre, regulación de temperatura. La sangre vuelve a entrar en la paciente. Desplegamos costillas. Los dedos en un guante de goma agarran el corazón parado. Incisión en el pericardio que rodea el corazón. Corazón desconectado de arterias y venas. Removemos el

corazón. Decimos adiós al corazón: adiós, corazón. Colocamos el nuevo corazón en su sitio, lo cosemos con habilidad a arterias y venas. ¿Funciona? Sí, funciona. ¿Bombea? ¡Sí, ha empezado a bombear! Apagamos la máquina cardiopulmonar. Insertamos en la cavidad torácica los tubos para drenar los líquidos. Tubos colocados por el punto adecuado a través de la piel. Recolocamos las costillas desplegadas en su sitio. Cosemos el esternón abierto con hilo de acero. Suturamos bien el tejido dérmico. Todo listo, ¡adelante, Rosa Imaculada!

Después de una operación que duró tres largas horas, Rosa despertó con un alegre colocón. El médico tenía dos caras y ocho manos. La voz de la enfermera se alzaba desde una cavidad hueca en diferentes octavas, sus palabras resonaban como un Ave María entonado por el coro de la iglesia. En algún lugar del techo flotaba Lula y tarareaba una familiar canción de cuna: *nigue, nigue, ninhas*… A Lula le había crecido la barba, le hacía cosquillas a Rosa en la nariz, le picaba en las costillas, los dedos de los pies, el interior de los muslos… Entonces la cabeza de Lula descendió sobre los hombros del médico y la larga barba se deslizó bajo la axila como la cola de un zorro. Un pelo suave, cálido, empezó a crecer alrededor de la cama de hospital, se enroscaba, pelo a pelo, firmemente al cuerpo de Rosa. En ese instante, muchos pequeños soles naranjas se encendieron y titilaban por toda la piel de Rosa. Los rayos resplandecían a través del pelaje. Hacía un calor abrasador. El vapor se elevaba hacia el techo. Rosa abrió la boca y trató de pedir agua, pero no recordaba las palabras. Rosa cerró los ojos y se adormeció de nuevo en su cama de barba de pelo de zorro. Lula hizo una reverencia tan ceremonial que la espalda del médico estuvo a punto de quebrarse, batió las palmas klap klap y llevó a Rosa bajo el cobertor azul de regreso al profundo sueño de morfina.

Cuando Rosa se volvió a despertar, Lula se había marchado. Del zorro no había ni rastro, ni de los soles. Estaba el familiar cuerpo extraño del que salían siete tubos. La parte superior del cuerpo estaba firmemente sustentada por almohadas, del pecho salían finos tubitos de plástico transparente. A la mano izquierda habían enganchado dos goteros, uno dosificaba medicina, otro una solución nutriente. El tórax estaba conectado con cables a un monitor con el ECG del nuevo corazón como una criatura de luz verde hiperactiva corriendo por una cordillera.

Así que en algún lugar bajo las mantas y los cables latía él. El intruso esperado, espantoso. Por él había que destruir el sistema inmunitario del cuerpo. Por él había que empapar el organismo en

inmunodepresivos. Incluso se robaba a otras especies. Anticuerpos procedentes de conejitos. Para lograr negociar un estado de paz permanente entre el trasplante y su nueva anfitriona.

Así que bienvenidos: gusanos, parásitos, virus, hongos. Bienvenidos: temblores, entumecimiento, escalofríos espasmódicos, caída de pelo, dolores de cabeza. Adelante, también los huéspedes más honorables de todos: diabetes, osteoporosis, deterioro renal, cáncer. Vengan, vengan, también ustedes, los más pequeños: herpes zóster, dolorosas úlceras labiales que se extienden hasta el esófago. Pues el trasplante jamás aprende buenas maneras si no se facilita su llegada a casa. Este es un pequeño precio por una nueva vida, ¿no es cierto, Rosa Imaculada?

Rosa, te han operado, dijo el médico y le dio unas palmaditas en el brazo. Todo ha salido de maravilla, así que ahora vamos a empezar a centrarnos en tu recuperación. Y Rosa empezó. Escuchaba a su cuerpo. A pesar de los fuertes analgésicos, sentía que el nuevo corazón latía a un ritmo más profundo y más a la izquierda que el anterior habitante de su pecho. Si el anterior hacía tictac, este nuevo daba mazazos, galopaba de tal manera que por poco no se cae de la grupa. ¿Era al menos un corazón humano? ¿Y si al final era de un león? ¿Y cómo se podían guardar allí secretos? ¡Enseguida los haría picadillo! Una sed terrible, insaciable, la hostigaba todo el tiempo. El corazón exigía comer fruta fresca. Mango, papaya, kiwi, kumquat. Dame una carambola. Pela una naranja. Rosa abría la boca y mascullaba, la sensación de sed le provocaba náuseas, la enfermera le dio de beber agua tonificada con miel. Rosa abrió la boca y trató de preguntar, pero no fue capaz de articular palabra.

¿Se mantendrá ahora la muerte lejos? ¿Podría prometerlo alguien?

La muerte se mantuvo de alguna manera lejos. Pero a Rosa Imaculada se lo advirtieron: de ahora en adelante la muerte te pisará siempre los talones. Es como una expareja violenta que quiere, a pesar de las restricciones, entrar en casa. Que nada más llegar se derrumba en el sofá y pide como si nada una cerveza y, después de beberla, suelta como un puñetazo: he vuelto, pajarito mío… ¡Pero no había que dejarlo entrar en casa! ¡No había que dejarlo siquiera acercarse a la puerta! A la muerte había que mantenerla a distancia y con bastante probabilidad se lograría tenerla suficientemente apartada con unas cuantas sencillas precauciones, que había que observar por lo menos durante el próximo medio año: evita las multitudes. Elude los eventos multitudinarios. Nada de hordas de críos. Higiene. Lleva desinfectante contigo todo el tiempo. Y la peluquería puedes olvidarla por un tiempo.

Todo esto Rosa lo había registrado obediente en su mente. ¿Pero de dónde iba a salir el dinero para vivir? El préstamo se estaba acabando, el dinero se gastaba con más facilidad de lo que había previsto. Mientras daba vueltas en el dormitorio, Rosa miraba interrogante a Lula, pero Lula se limitó a dedicarle una sonrisa senior de barba gris y no dijo ni una palabra.

Pero un día ocurrió, Rosa se deslizaba por casa en sandalias y un diminuto salto de cama de rayas rojiblancas, de cuando en cuando se acercaba a remover el estofado de frijoles, naranja como el aceite de palma, que un Davi hambriento esperaba aporreando la cuchara con ritmo en la mesa, y llamaron a su puerta. Tres veces.

Rosa giró el mando del gas, bajó la llama del fuego y se dirigió a la puerta. En la entrada había un hombre corpulento, pero extrañamente encorvado para su tamaño, que llenaba el hueco de la puerta y no obstante daba la impresión de encoger las piernas. Su rostro recordaba, si hubiera que elegir una fruta, a una pera: la mandíbula era sólida y las mejillas rollizas, la frente era una visión menos impresionante. El hombre llevaba al cuello una PAJARITA rojo bermellón, roja, claro, se percataría Rosa más tarde; el nudo de seda llameaba contra la camisa crema. Vestía el hombre un traje cruzado amarillo azafrán en cuyo bolsillo izquierdo asomaba un pañuelo de seda rojo óxido, húmedo por el sudor, doblado en un triángulo y, eso había que decirlo, sin aquella pasmosa PAJARITA, coqueta como un minino, y el pañuelo de bolsillo rojo óxido que armonizaba un tanto

sin gusto con ella, habría parecido un caballero normal que aprecia el estilo del mundo de antaño, pero esa PAJARITA bermellón y el sobrio pañuelo de bolsillo que subrayaba su presencia alegre como el claqué, junto con el traje *amarillo azafrán* y encima *cruzado*, causaba una impresión general muy extravagante: a juzgar por su atuendo, el señor de gran tamaño encorvado parecía, si no un esnob, por lo menos un aspirante a distinguirse que, no obstante, se avergüenza extrañamente de su elección de atuendo, igual que una mujer vestida con demasiada osadía para su temperamento puede arrepentirse de las galas que se ha puesto cuando ya está en la calle y llega tarde a una cita que ha esperado con demasiado fervor: le ha dado una locura, la minifalda cinturón (no se va a mantener en su sitio), las medias de red (se van a rasgar), una camisa rojo púrpura de chorreras bajo las cuales asoma un generoso canalillo; pero el hombre de pie en la entrada que llena el hueco y está encogido entre las jambas de la puerta, constituía una visión aún más tragicómica, carecía por completo de esa frivolidad flâneur, del flirt descarado y manifiesto de un bigote encerado y unos gemelos rojo rubí provocadores, que hubiesen hecho de él lo que su elección de atuendo declaraba que era: un inconvencional, un dandi, un hombre de mundo que guiñaba el ojo. Si se le examinaba con más detenimiento, no había duda: el hombre estaba roto por el dolor. No había venido a vender perfumes, cremas faciales o peladores de fruta, su asunto era… serio.

La conversación que el caballero extrañamente vestido mantuvo con Rosa Imaculada se reproduce abajo de principio a fin.

ESTÊVÃO SANTORO: ¿Es usted Rosa Imaculada Araújo?

ROSA INMACULADA: Sí.

ESTÊVÃO SANTORO: Yo soy Estêvão Santoro. Hace tres meses recibí una carta suya.

Rosa comprende al instante de qué carta habla.

ESTÊVÃO SANTORO: Me refiero a esta carta.

El señor Santoro se saca del bolsillo del pantalón un papel arrugado y lo desdobla para que Rosa lo vea. Rosa escribió la carta en el hospital de Ceará el día de su partida, el 15 de enero. El hospital prometió hacerle llegar la carta a los parientes del donante, de manera absolutamente anónima: otra cosa no se adecuaría al protocolo ni sería ético y en absoluto posible. Rosa firmó con el seudónimo «Quien ha recibido una nueva vida», pero después, ¿por maldita vanidad? ¿deseo de darse importancia? ¿una esperanza infantil de toma de contacto? ¿de comprensión? ¿de amor?, tachó el pseudónimo y garabateó debajo su

nombre:

Estimados parientes:
Quisiera decirles lo agradecida que estoy. Ahora tengo el corazón de su hijo. No sé nada de él excepto que tenía ١٨ años. Su muerte habrá sido para ustedes una dolorosa tragedia. Lo lamento. Sin el corazón de su hijo yo habría muerto. Lloro conmovida y agradecida cuando lo pienso. Los llevo en mi corazón, aunque jamás podré conocerlos. Dios los bendiga.
Quien ha recibido una nueva vida
Rosa Imaculada Araújo, Bahia

ROSA IMACULADA (*desconcertada*): Cierto. Yo escribí esa carta.

ESTÊVÃO SANTORO: Estoy contento de haberla encontrado. (*No parece contento*). El donante del corazón era mi hijo menor. ¿Podría pasar un momento?

Davi camina junto a su madre, asoma la cabeza por la puerta abierta y comienza a golpear la jamba con la cuchara.

ROSA IMACULADA: ¡Ay, pase, por supuesto, querido señor! Cómo lo he podido dejar ahí de pie en la puerta. Pase. (*Ajetreada, acompaña al invitado al sofá*). ¿Querría un zumo de pomelo, piña o mango? ¿Café? En la cazuela se están cociendo unos frijoles, ¿tendría usted hambre…? Pues sí, este es mi hijo Davi, dile al señor buenos días, Davi (*toma al niño en brazos, el niño comienza a chillar*), ay, ay, el crío ahora está un poco irritable, tiene hambre…

ESTÊVÃO SANTORO: Un vasito de zumo de pomelo es suficiente, gracias. No tengo prisa, dé de comer a su hijo con toda tranquilidad.

La abuela baja de la planta de arriba. Rosa se precipita a la puerta de la casa y susurra de modo que hace eco en toda la calle ¡adivina-quién-está-sentado-en-mi-sofá! ¡El-padre-de-mi-nuevo-corazón! La abuela se acerca a ver, renqueando con el bastón. Estêvão Santoro se incorpora del sofá y camina hacia la anciana. Se dan la mano. «Dios le bendiga, señor», dice la abuela con la voz ronca, atascada por las emociones, y no es capaz de apartar la mirada de la PAJARITA, que sobresale en el cuello del hombre como una rosa demasiado madura. «Mi niña se ha salvado gracias a su generosidad. Dios es bueno, amén». Estêvão Santoro asiente y aprieta cariñoso la mano de la anciana, y no puede evitar fijarse que el rostro de la vieja señora tiene la misma escultoriedad rugosa que la nieta. La abuela retrocede con torpeza hacia la cocina, con la mano hace el gesto apresurado ya-doy-yo-de-comer-al-niño y se lleva de la mano al pequeño posado en el suelo, sofocado por chillidos-me-han-abandonado sin cuartel. Rosa trae de la cocina una jarra de zumo y dos vasos, cierra la puerta y se

sienta en una banqueta de madera de aspecto incómodo a un par de metros del sofá. Los gritos del niño se oyen perfectamente a través de la puerta.

ROSA IMACULADA: Diga. ¿Qué le ha hecho venir?

ESTÊVÃO SANTORO: Quería conocer a la persona dentro de la cual vive un pequeño pedazo de mi hijo. (*La voz se le quiebra. Una breve pausa*). Sabe usted, mi hijo Murilo pensaba ir a la universidad en los próximos años, no era ningún tonto, solo estaba un poco perdido. Los asuntos técnicos le interesaban, creo que hubiese sido un extraordinario ingeniero de transformación de la madera. Era aficionado al boxeo y a la natación y a toda clase de actividades propias de un joven sano y, por supuesto, a las mujeres (*un suspiro en el que asoma orgullo paterno*), también «era aficionado» a las mujeres. La mañana de su muerte, Murilo iba a salir a visitar a una de esas «aficiones»… (*pausa larga*). Se había vestido de punta en blanco, se peinó delante del espejo de varias maneras distintas, nada parecía adecuado… así que supuse que era algo serio… pero ni siquiera el nombre me dijo… Se enfadó cuando cometí el error de curiosear demasiado… *(pausa)*. Y luego marchó y se estrelló en la moto con un pilar del puente.

Rosa emite un murmullo, pues está demasiado horrorizada para chillar y, como le ocurre con frecuencia, comprende al instante que ese sonido no es suficiente, comprende que su murmullo puede ser interpretado como señal de indiferencia, «qué pasa, la gente muere, y esa ha sido una muerte muy típica de un hombre joven, a decir verdad, predecible, ¿eso es lo que ha venido a contarme, que un estúpido con una erección va montado en su moto y se estrella contra un poste de hormigón…?». Rosa se aclara la voz y consigue formar dos palabras apropiadas para la situación.

ROSA IMACULADA: ¡Qué horrible!

ESTÊVÃO SANTORO: Estuvo tres días en coma. Y luego se acabó. Hubo que empezar a preparar el funeral.

ROSA IMACULADA: ¡Terrible! (*Suspira consternada y se lleva la mano instintivamente al corazón*).

ESTÊVÃO SANTORO: Se nos quedaron muchas conversaciones en el tintero. Murilo era tan irascible. Se ponía nervioso si se le preguntaba algo en el momento equivocado, si se ponía en entredicho su despilfarro de dinero, si se sugería una conversación sobre las decisiones de futuro. (*Levanta la vista hacia el techo donde palpita un ventilador con las aspas torcidas*). Pensé, ya crecerá, entonces se calmará… Encontrará a la mujer adecuada y esas cosas…

ROSA IMACULADA: Y cuando encontró a esa mujer, la moto perdió el control…

ESTÊVÃO SANTORO: Sí. O qué se yo si era el amor de su vida. En realidad, no sé nada de mi hijo. Era guapo, mire aquí por ejemplo (*se saca del bolsillo de la pechera una fotografía con una esquina doblada: un joven bronceado, ataviado con pantalones cortos estilo Honolulu sonríe al lado de su moto en un levemente afectado contraposto para que se aprecie bien el abultado bíceps de su brazo izquierdo, para que su entrenado abdomen tableta de chocolate resalte, para que -y ahora una familiar sensación placentera y dolorosa, irracional, revolotea debajo del vientre de Rosa- para que la protuberancia de su pene destaque en las perneras de los pantalones cortos; y de un lugar muy cercano, eso lo comprende Rosa al cabo de un momento, salida de la noche, de un sueño aparece inesperadamente la imagen de una misteriosa novia, de una criatura divina, deslumbrantemente hermosa, improvisadamente adulta, hacia la que Murilo se dirige en su moto… Y para consternación propia, Rosa siente cómo su diminuta inflorescencia se agarrota y el sudor le rezuma en el interior de los muslos… y aquello no se debe a la imagen de Murilo… se debe a la novia de Murilo…*).

ROSA IMACULADA (*carraspea*): Tiene un aspecto muy… agradable. Sí.

ESTÊVÃO SANTORO (*percibe satisfecho la turbación de Rosa*): ¡Ay, ay, ay, las mujeres se derretían por Murilo! (*Piensa en el cuerpo sin vida de su hijo y se oscurece de nuevo. Busca una salida a la situación. Encuentra el rostro: da un paso inesperado*). Disculpe mi pregunta directa, pero ¿tiene usted sangre mestiza?

ROSA IMACULADA (*más desconcertada aún por el imprevisto giro de la conversación; se sobresalta; ¿tal vez el hombre haya notado su repentina excitación?*): La-la-tengo, sí… (*se pone derecha*). Mi abuela es medio apinajé. ¿Se refiere a mis rasgos faciales? (*Estêvão Santoro asiente aliviado*). ¿Al rostro de mi abuela? Ojalá hubiera conocido a mi madre, en ella *eso* se veía particularmente…

ESTÊVÃO SANTORO: ¿Y su madre…?

ROSA IMACULADA: Murió.

ESTÊVÃO SANTORO: Lo siento.

ROSA IMACULADA: Cuando era pequeña.

ESTÊVÃO SANTORO: Qué triste.

ROSA IMACULADA: Mi padre se marchó. El corazón de mi madre se rompió en pedazos.

ESTÊVÃO SANTORO: ¿Tienen ustedes… esta carga genética…?

ROSA IMACULADA: Sí, debemos de tenerla.

Un silencio melancólico y cálido, de unos cinco segundos, que denota una larga pausa en una conversación que ha avanzado rápidamente, lo crean o no. Durante el silencio, Estêvão Santoro perdona definitivamente a la mujer que se ha beneficiado de la muerte de su hijo. (Naturalmente -¿cómo si no?-, los padres de Murilo habían consentido donar los órganos de su hijo, habían razonado que no se trataba de un juego de suma cero, hicieran lo que hicieran a su hijo no lo recuperarían, así pues, que el corazón se vaya, si alguien lo necesita. Pero los sentimientos son sentimientos y, bajo toda aquella confusión, Estêvão Santoro también sentía un odio repugnante, desagradable, que no se iba negándolo de una manera racional, y que solo desapareció cuando pensó en la pobre madre muerta de la pequeña Rosa y en la niña huérfana que había quedado bajo los cuidados de la abuela: ambos eran víctimas; ahora la situación por fin estaba empatada).

ESTÊVÃO SANTORO: Ahora es su turno, cuénteme su historia.

ROSA IMACULADA (*encantada con la petición*): Pues verá usted, la cosa más terrible y la más hermosa de mi vida ocurrieron al mismo tiempo. Me quedé embarazada de Davi y entonces surgió este asunto del corazón. Mi salud colapsó. Al principio creía que era (*una tremenda cantidad de cariño en su voz*) el maldito feto, que me absorbía las fuerzas, el vientre que crecía. Davi era enorme. Pero la cosa empeoró después del parto. Y entonces, de pronto: un desastre espantoso. El médico dijo: te vas a morir si no te cambiamos el corazón. ¡Santo cielo qué diagnóstico! Tuve que mudarme a Fortaleza a esperar el nuevo corazón. La espera continuaba y continuaba y cont- (*interrumpe la frase, se da cuenta de que delante de Estêvão Santoro no es apropiado quejarse de este tema*), sí, eso, bueno, el niño y la abuela estaban conmigo… Imagine las veces que perdimos los nervios todos allí… la mujer de un amigo, vivíamos en su casa, era tan amable, tan flexible… El niño gritando y esta menda (*se señala a sí misma con el dedo*) no tiene fuerzas para sujetar al pequeñín ni siquiera en el regazo… La abuela se cansa, la mujer del amigo tiene que hacer de niñera… (*niega con la cabeza*) y una no puede jurar que aquello vaya a salir bien… Que este circo merezca la pena… si una se va a apagar después de todo… a morir… en medio de todo…

ESTÊVÃO SANTORO (*en un tono decidido, pero en absoluto amargo*): Y luego Murilo murió.

ROSA IMACULADA: Así es. Su hijo murió y yo estoy aquí.

ESTÊVÃO SANTORO: ¿Cómo está usted?

ROSA IMACULADA (*aún más animada por la pregunta sobre su estado*): ¡Mi salud ha mejorado notablemente! Pero sabe usted, mi sistema inmunitario es débil, así dijo el médico. En estos momentos no puedo vivir una vida normal. Tengo que ser muy pero que muy precavida, ni siquiera puedo ir al trabajo en el salón de peluquería… las clientas pueden tener cualquier clase de gérmenes y debo protegerme… Pero el médico prometió que, si aguanto el primer medio año, mi pronóstico empezará a ser bastante bueno…

ESTÊVÃO SANTORO (*la interrumpe impulsivo*): ¡Cuente, cómo es *él*!

ROSA IMACULADA (*turbada*): ¿Perdón?

ESTÊVÃO SANTORO: (*impaciente*): Cuente cómo es el nuevo corazón.

Y este es un momento decisivo, aunque ninguno de los dos lo sabe todavía, un momento que podría haber quedado en un pequeño giro extraño en una conversación cuya índole, por lo demás, ha sido más una ligera charla que una apertura emocional, lo que en estas peculiares circunstancias es más que deseable: una cierta superficialidad sin riesgos, una distancia… se aceptan los hechos… se respeta el duelo del otro y se comprende el alivio del prójimo… Rosa habría podido responder algo evasivo como «pues ahí está, latiendo» o «es grande, pero ya estoy acostumbrada» o «a veces me doy cuenta de que no me acuerdo del asunto» (esta tal vez hubiera sido una respuesta ofensiva dada la situación), pero no, Rosa no pasó por alto la pregunta, no la eludió respetuosamente, sino que se aferró a ella. Permaneció un buen rato en silencio durante el cual alcanzó a darse cuenta de todo el espectro de expresiones en el rostro de Estêvão Santoro, la impaciencia se transformó en curiosidad, la curiosidad de nuevo en impaciencia, la impaciencia en desconcierto y el desconcierto en horror vacío (una expresión que cualquiera que haya perdido trágicamente a un familiar reconoce en su compañero de destino, y que las personas ajenas suelen interpretar como arrogancia o perplejidad), y, esto ha sido probado una y otra vez, del horror vacío hay un breve paso al arrepentimiento, que llega a alcanzar el nivel de ojalá-no-hubiese-dado-nunca-a-luz, pero Rosa no dejó que el señor Santoro cayera hasta el fondo del pozo del arrepentimiento, hizo un movimiento que lo cambió en un instante TODO.

ROSA IMACULADA: ¿Quiere tocarlo?

ESTÊVÃO SANTORO: ¿Pe-perdón?

ROSA IMACULADA: Puede colocar su mano encima.

Rosa acerca su taburete al sofá, Estêvão Santoro extiende el brazo maquinalmente hacia el pecho de Rosa. Ella agarra con desenvoltura la mano del hombre y la guía hacia el lugar correcto.

ESTÊVÃO SANTORO: (*con voz de niño pequeño, casi un piar*): No siento nada…

ROSA IMACULADA: Ponga su mano debajo de la camisa. No sea tímido.

Obediente, Estêvão Santoro pasa la mano bajo la diminuta camisa de Rosa de rayas rojiblancas. La mano es grande y sudorosa. Cuando la mano de Santoro está en el punto correcto, Rosa coloca la suya propia encima de la del hombre. Encima del corazón de Murilo. Sí: el corazón de Murilo, no el suyo. De eso Rosa está ahora segura. El nuevo corazón está cosido dentro de su caja torácica y allí está, una criatura buena y cooperativa, pues no la rehúye, pero algo va mal, el corazón está convirtiéndose en parte de ella de una forma sobre la que nadie le habló de antemano… Hay cosas que Rosa no le ha contado a nadie. Ni al médico, ni a las amigas, ni a la abuela, y menos a sí misma. De vez en cuando el nuevo corazón le juega malas pasadas. Es como si enviara mensajes. No como Lula (Lula ya no le habla) sino de una manera bien distinta. No con palabras, sino con hechos. La pone a pensar en cosas en las que no desearía pensar. La obliga a sentir sensaciones extrañas. Por ejemplo, la número 1: Unas cuantas noches ha soñado con una muchacha extraordinariamente hermosa que vive en una enorme casa blanca detrás de un muro. Ha llegado a la casa de la chica, sube las escaleras de caracol hacia el dormitorio, ambas intercambian un par de palabras intrascendentes («Hola» «¿Qué tal?» «¿Me echabas ya de menos?», etc.). Entonces, sin mediar más palabra, derriba a la muchacha sobre las sábanas de seda violeta, le desliza el dedo bajo las bragas, en el pequeño coño empapado y casi dispuesto. Con la otra mano se quita los pantalones cortos, se sube sobre la chica y después de entrar en ella pone en marcha una serie de movimientos rápidos. Se restriega, embiste y retuerce dentro de la chica, girando con agilidad sus nalgas firmes, deportistas. Mordisquea los labios de la chica y le chupa el cuello con los labios y sienta a la chica encima. Se humedece el dedo gordo con su propia saliva y se lo mete a la chica por el ano, tan profundamente que se topa con la pared entre la vagina y el recto. Con los dedos índice y corazón frota el perineo de la chica, girando el dedo gordo contra la pared del recto, en el punto donde siente su miembro que efectúa movimientos de pistón al otro lado de la pared… su miembro crece aún más, aplasta con dureza el dedo gordo, como si quisiera apartarlo, pero el dedo no se rinde y aprieta con aún más arrogancia… y así el dedo gordo y el índice y el dedo corazón y toda la mano sacuden, menean, vibran el proyecto de mujer olvidada de sí misma que se balancea húmeda en su regazo. Y cada vez, exactamente en ese

punto, la chica descarrila. La chica grita y sube y baja y sube y baja y se desploma y gime y chorrea y en ese momento ella se despierta con un orgasmo propio, el bajo vientre húmedo, todo el cuerpo caliente y sudoroso y palpitante y no comprende, y de verdad no comprende, hasta AHORA no, que ha visto la imagen de Murilo, su yo nocturno…

ROSA IMACULADA: ¿Siente ya el latido?

ESTÊVÃO SANTORO: Más o menos…

De pronto, Rosa aparta la mano del hombre y se quita de un tirón la camisa.

ROSA IMACULADA: Ponga su oreja contra mi pecho, por lo menos escuchará el sonido.

Estêvão Santoro hace lo que le mandan y presta atención al sonido, TuTUM, tuTum, TUtum, tuTUM, y empieza a sollozar. Rosa le acaricia el cabello.

ESTÊVÃO SANTORO (*sollozando*): ¿Cómo es… ahora que está dentro?

ROSA IMACULADA (*en tono tranquilo, calmado*): Es grande, más grande que el mío. Tuvieron que colocarlo a más profundidad y por eso al principio se me antojaba extraño, de alguna manera pesado y que ocupaba espacio. Al principio le tenía miedo… Que acabara conmigo… No lo hizo. Hizo algo más. (*Pausa*). Esto puede ser difícil de entender, pero creo que, de alguna manera extraña, Murilo actúa dentro de mí.

Estêvão Santoro retira la cabeza de un tirón.

ESTÊVÃO SANTORO: ¿Qué quiere decir?

ROSA IMACULADA: Tengo sueños en los que estoy con la novia de Murilo. Me acabo de dar cuenta hace un instante. Es él, con total seguridad es él. Practicamos… adivinará usted qué. (*Rosa se pone la camisa*).

ESTÊVÃO SANTORO: ¡No lo dice usted en serio!

ROSA IMACULADA: La chica tiene el pelo largo, castaño y brillante, es muy dulce. De una familia rica. La casa es elegante de narices. En sueños subo por las escaleras de caracol, los peldaños son de mármol, la barandilla es como de oro, la muchacha vive con sus padres, tiene su habitación en el piso superior de la casa, una espléndida cama de columnas y sábanas de seda violeta… Y, no me entienda mal, a mí no me gustan las mujeres de esa manera.

Estêvão Santoro se queda mirando a Rosa con una expresión incrédula en su rostro.

ROSA IMACULADA: Y eso no es todo. Tengo extraños antojos nuevos. Me apetece piel de pollo resquemada…

ESTÊVÃO SANTORO: ¡No puede ser! ¡Era el manjar de Murilo!

ROSA IMACULADA: … que antes no podía comer, todo lo quemado me sabía mal. Y qué dice de esto: *garage rock* del estilo de Autoramas, antes lo odiaba, ahora me gusta. La cerveza. El fútbol. Y lo más increíble de todo: Marmite. Nunca había oído hablar de ella y ahora podría comérmela del tarro a cucharadas.

Estêvão Santoro se desploma en el sofá, la PAJARITA roja está torcida. Su expresión cariacontecida dice que cada cosa enumerada por Rosa ha dado en el blanco: pollo, rock, cerveza, fútbol, Marmite…¡bingo! Santoro se saca el pañuelo rojo óxido del bolsillo de la pechera y se seca la frente. Rosa se siente cansada, pesada y ligera al mismo tiempo. Ha conseguido decir en voz alta lo que la inquieta desde hace meses. También ha obtenido una explicación y eso le causa vértigo, miedo y la aterra y (al igual que recibir un diagnóstico demoledor consuela por saber a qué se deben los acuciantes síntomas), también la tranquiliza: ya no será jamás solo ella, Rosa Imaculada, sino siempre y eternamente ellos, Rosa y Murilo…

ESTÊVÃO SANTORO: Rosa, me permite que me la llame por su nombre (*Rosa asiente*) tengo que ir a descansar. Comprenderá que estoy consternado. Pero quiero oír más. (*Empieza a hurgarse en el bolsillo del pantalón*). Acepte esto, unos cientos, no, no lo rechace, querida Rosa, sé que andan escasas de dinero. De alguna manera quiero… compensarle esto… y las conversaciones que vamos a tener… Usted posee información sobre mi hijo… la necesito… lo comprende… quiero saber más de él…

Rosa asiente. Ambos se levantan, se estrechan la mano, ríen nerviosos y se abrazan. Rosa lo acompaña a la puerta.

ROSA IMACULADA: Venga de nuevo, por supuesto. ¿Dónde vive?

ESTÊVÃO SANTORO: Cerca de Pelourinho. En un hotel llamado Beija Flor. Aquí tiene mi tarjeta, en ella está mi número, si quiere llamar y hablar.

ROSA IMACULADA: Aguarde un momento.

Rosa se gira, arranca el cupón de pedido blanco de la contraportada de una Claudia *tirada en la mesa y anota allí su propio número de teléfono.*

ROSA IMACULADA: Paso la mayor parte del tiempo en casa, pero es mejor asegurarse. Adiós.

ESTÊVÃO SANTORO: Adiós, Rosa. Recuerde cuidarse bien.

—¡Oooon… ei-ron!

Las mujeres miraron fijamente a Rosa Imaculada, que había abierto bruscamente los ojos de par en par y había soltado por la boca la extraña palabra. Esto no se lo esperaban. Se imaginaron, con razón, que Rosa habría tratado de hablarles de nuevo de su operación de corazón, de su hijo, del extraño hombre que se había metido en su casa. Una parte de las mujeres incluso estaba dispuesta a presentar preguntas aclaratorias que conferirían rumbo a la historia. (Nina: «¿Qué quería al final ese hombre de ti?». Shlomith: «¿He entendido bien, que era pariente del donante de órganos?». Polina: «¿Así que era él quien te chantajeaba?»). Rosa parecía tan intensamente concentrada. Parecía luchar por hallar las palabras precisas en su reducido vocabulario, algo brutal para empezar, con lo que captar el interés de las oyentes. Y aquí venía una palabra así: Oooon… ei-ron.

¿O eran tres palabras? Si era una palabra, Rosa la había pronunciado de una manera extraña, con la vista fija en el vacío: alargando el inicio y compartiendo el final con una sílaba tónica. La EI apareció de un brinco como una exclamación o hipo entre el inicio bajo y un poco murmurante y el gruñido final, RON, que en toda su ronquera resultaba sorprendentemente agresivo. Y luego de nuevo: ¡Oooon…ei-ron!

Y si eran tres palabras, no tenían ni una pizca de sentido. Especialmente la manera en la que Rosa gruñó el final, RON, era extraña: la erre no se arrastraba sensualmente en la garganta, y no se suavizaba en una uvular fricativa, sino que era en su forma más desagradable e imposible, una ERRE agresiva que vibraba en la punta de la lengua.

—*What did you say?*

—*What is it?*

—*What?!*

La mirada de Rosa Imaculada estaba más vacía que el vacío y sus ojos no parpadeaban, aunque Nina, sentada a su lado, agitaba la mano delante de su rostro. Antes de que ninguna alcanzara a hacer nada, Rosa se movió, pero no como se mueve una persona cuando cambia de posición, por ejemplo, reajustando su postura vértebra a vértebra o estirando la mano, flexionando las piernas. Rosa no hizo nada de esto. Temblaba de pies a cabeza como una hoja de álamo temblón al viento o, ya que ella no era de constitución muy esbelta, ya que su cuerpo

carecía del largo pecíolo característico de una hoja de álamo gracias a la cual el álamo tiembla de una manera tal vez más elegante que cualquier otro árbol del mundo (el efecto se acentúa en otoño, durante el cambio de colores: el árbol entero parece transformarse en pepitas doradas danzantes y tremolantes ¡únete! contra el cielo límpido, cuya seducción colectiva de sirena hace que aparezca una sonrisa hasta en los labios del más empedernido aborrezco-la-naturaleza), ya que ninguna parte del cuerpo de Rosa se asemejaba en modo alguno a una hoja de álamo temblón sino que más bien recordaba, si continuamos buscando una metáfora en el campo de la botánica, a una hoja de arce de palmas venosas, dedos lobulados, que, separada de su base, se pudre en el suelo después de un breve revoloteo en zigzag (mientras que una hoja de álamo temblón puede descender en espiral), el cuerpo de Rosa temblaba, pesado, de arriba abajo, un tanto lateral y sin sonido, como si alguien hubiera sacudido con ambas manos una caja de lata vacía. Daba miedo. La obra de un demonio, habría podido decir una de las mujeres (presumiblemente Maimuna, pues había empleado la palabra «demonio» anteriormente en un par de ocasiones: *ça c'est un travail du démon!*), pero ninguna soltó el más mínimo sonido, se limitaron a mirar fijamente con la boca más o menos abierta.

Lo que ocurrió a continuación las sorprendió a todas. Y es que Rosa comenzó a hundirse. Pero no hacia abajo. Rosa seguía en el punto exacto donde había estado, no se alejaba ni se encogía, pero tampoco se mantenía igual. En cierto modo comenzó a… ¿desvanecerse? ¿A perder sus rasgos? Como si una nieve ligera hubiese caído sobre ella. O una capa de hielo muy fina, casi transparente, se hubiera formado y la hubiera recubierto. ¿O se trataba más bien de un velo? O de una superficie de vidrio velada o de un sarcófago hecho de grueso plástico transparente que distorsiona levemente los rasgos del interior. No parecía, sin embargo, existir nada *intermedio*. Lo comprobó Shlomith, metió con valentía su mano huesuda carcomida por la osteoporosis (que habría podido quebrarse con un enérgico giro) hacia Rosa, pero no se topó con nada, vamos a enfatizarlo: *con nada*. No encontró hielo ni nieve ni velo ni cristal ni plástico, nada semejante ni nada semejante a nada, si siquiera encontró a Rosa, aunque Shlomith introdujo el brazo más adentro. ¡Y aun así Rosa estaba ahí! Cual estatua de sal, rígida pero real. Muy cerca. Shlomith siguió empujando y el brazo se hundió más y más, todas lo veían, el brazo, todas veían también a Rosa desvaneciéndose, veían el brazo y a Rosa, ambos al

mismo tiempo, y eso no era posible y sin embargo sí.

—¿Puedes sentirla?

Shlomith respondió negando con la cabeza a la pregunta susurrada por Polina y sacó la mano: la forma de Rosa Imaculada ni siquiera le había hecho cosquillas en la piel del brazo.

Así que se sentaron alrededor de Rosa como horrorizadas ante el cadáver de una liebre atropellada por un vehículo, en silencio, incapaces de despegar la vista, incapaces de marcharse del lugar del accidente, pues sentían que aquello no había acabado en absoluto. No obstante, nadie sabía cómo actuar en una situación semejante. ¿Había que afligirse? ¿Había que organizar un pequeño servicio? Encender (en la mente) una vela, llevar (con el pensamiento) flores. Y, sobre todo, ¿era eso ahora algo tan terrible? ¿Era la evanescencia, el desvanecimiento, la desaparición parcial de Rosa, algo por lo que llorar?

Había unos cuantos hechos a los que tenían que agarrarse. Así habló de pronto Polina. Las mujeres se sobresaltaron al escuchar su voz. Cada una de ellas se había sumergido ya en pensamientos vagos, imprecisos, en la irreflexión, en un espacio en el que al final no era tan malo estar, donde podrían continuar existiendo igual de bien, contemplando aburridas a la Rosa pálida. Pero Polina quería ponerse a reunir pensamientos. ¡No podían quedarse allí! Ya habían empezado a distanciarse, ¿no es cierto? ¿También ellas habían empezado a palidecer? ¿A empañarse? ¿Se trataba solo de una cuestión de tiempo quién sería la siguiente? ¿La palabra que había pronunciado Rosa tenía la fuerza de destruirlas también a ellas?

Era un hecho, dijo Polina con voz ceremoniosa, que la pigmentación de Rosa Imaculada había empezado de pronto a decolorarse. El magenta estridente de la camisa de piqué se había transformado primero en un hermoso color rojo flamenco, luego en un pálido rosa porcino, después en blanco. Lo mismo les había ocurrido a los labios rojos de Rosa. Su pelo negro, por otro lado, se había vuelto gris, pasando por marrón oscuro, marrón claro y el color de un campo de cereales; la piel picada del rostro, más bien oscura, había palidecido. Los pantalones cortos beige se habían vuelto blancos de una vez, mientras que el cinturón de tela rojo ensartado en las trabillas de los pantalones había perdido su encarnado de la misma manera que la camisa y los labios: magenta, rojo flamenco, rosa porcino, blanco. También estaba el hecho, continuó Polina, de que el cambio se había producido después de que Rosa pronunciara esa palabra que ella

jamás había escuchado, que jamás había pronunciado ninguna de las allí presentes, que se supiera, una palabra cuyo significado permanecería un misterio eterno, puesto que Rosa ya no estaba en disposición de proporcionar respuestas.

De otra cosa no podían estar seguras. Rosa se había vuelto inalcanzable, cerrada, desplazada. Quién sabe si la más muerta de todos los muertos o tal vez retornada a la vida, quién lo sabe.

Ulrike se movió como un insecto que ha despertado de su hibernación: con un estremecimiento casi imperceptible. Con la levedad del helio recordó el horror originado en ella al tomar conciencia de la incapacidad de respirar, antes de que Rosa empezara a desvanecerse. Recordó la materia maldita de la cual Rosa había tratado de hablar, recordó estar en su regazo, el consuelo, el abrazo ligero como una pluma de Rosa alrededor de su cuerpo. Y luego: la sensación de terror había desaparecido. Había encontrado consuelo en los brazos de una mujer desconocida, escuchando explicaciones confusas. Eso no encajaba con la imagen que Ulrike tenía de sí misma. Ella no era fácil de consolar. Ya de niña había llorado inconsolable si la herían, si le causaban malestar. Y no se trataba, como los demás se imaginaban, de un llanto de protesta. Si hubiera sido eso, habría disfrutado cuando los que la hacían sentir mal se acercaban suplicando una y otra vez. Pero cuanto más le pedían perdón los causantes de su malestar, más profundamente se hundía en el desconsuelo. Y nadie podía unirse a ella. La pena se derramaba con fuerza, luego se evaporaba una pizca, pero solo de manera temporal, para tomar carrerilla, para regresar en forma de estallido de llanto, más intenso que antes. Para eso solo funcionaba un diazepan ١٠mg, o dos. La receta se la prescribieron con quince años.

Ahora Ulrike recordaba su incapacidad de respirar igual que se recuerdan los cumpleaños de la abuela: se rocía la postal de agua de rosa, se introduce en un sobre, se echa en el buzón más próximo, ¡feliz cumpleaños, *liebe Bettina!*

Algo muy extraño estaba sucediendo. Era obvio que Rosa había alcanzado con todo su cuerpo el corazón del misterio. Cual estatua de yeso, Rosa la Blanca se distinguía del fondo blanco, si se examinaba con precisión. Parecía mirarlas con calma, sin pánico. En los ojos se distinguía consciencia detrás de la aparente inmovilidad. ¡Rosa de verdad era una con la materia que las rodeaba!

Ulrike decidió correr el riesgo. ¿Qué tenía que perder? Si pudiera elegir, y por qué no habría de poder, todavía le quedaba la voluntad

propia, preferiría estar con la serena Rosa que con las demás mujeres. Así que abrió la boca. Sintió como con la simple fuerza de su voluntad, sin corriente de aire, de su garganta brotaba un sonido, su propia voz, ahora metálica, eléctrica:

—Ooon…

Y en ese instante, una espantosa ola de terror casi simultánea a su alrededor:

—No!

—*Non!*

—*Non, s'il te plaît, non!*

—*Нельзя!*

¿Pero por qué no? ¡No había ningún motivo para no! Al fin podría cada una de ellas avanzar. De pronto Ulrike no tenía miedo. Era el valor de Fräulein Kehlsteinhaus, la rebeldía furiosa e histérica que adoraban todos (excepto las viejas amargadas). ¿Así que por qué no? A la manera de un escarabajo pelotero, su falta de miedo generó una sensación en forma de bola apretada cada vez más dura, que crecía debajo de las piernas articuladas, la noción de que de alguna manera Rosa Imaculada había evolucionado. Rosa había alcanzado la iluminación. La calma de su expresión de máscara mortuoria ocultaba todo lo esencial en su interior. Su rostro de museo de cera cerraba la puerta del conocimiento delante de sus narices. De eso Ulrike estaba segura. Sabía que Rosa estaba viajando a algún sitio. Era evidente que Rosa les hacía una mueca detrás de su membrana mate: ¡venid conmigo, mujeres, si os atrevéis! Pero no. Ellas preferían estar allí de pie, mirándose tontamente. Pronto volverían a juguetear en grupo con la peluca, apáticas como nabos adormilados. ¡Joder, que exasperante!

Ulrike volvió a abrir la boca y gritó a los cuatro vientos la característica más obvia que distinguía a Rosa Imaculada de las demás mujeres: *¡Rosa mostraba de verdad sus sentimientos!* Rosa gritaba cuando le apetecía gritar, sonreía cuando tenía ganas de sonreír, revelaba su miedo sin frenos y su alegría sin cálculos. Rosa lo había dado todo, aunque con frecuencia a las otras mujeres les resultaba incómodo de presenciar. ¿Era ese el secreto de Rosa Imaculada? ¿Por eso había logrado escapar de allí?

¿O la transición de Rosa era un premio a la mejor actuación? Su lenguaje gestual tenía que ser teatral, al menos en parte, porque en aquel lugar los grandes sentimientos se encogían, algo que Ulrike ya había experimentado en persona. Su propio terror se había marchitado, disipado demasiado rápido. Su ausencia de miedo, su

actitud desafiante de Fräulein Kehlsteinhaus no era más que una criatura veloz de patas articuladas. No era suya propia como lo eran el terror y el desconsuelo, simplemente surgió de algún sito, del exterior, y empezó a ponerlo todo boca abajo. Carecía de historia. Vacía de grandes emociones. Además, solo conocía imperativos: Ve. Haz. Di. Sé directa.

De pronto extrañó a Rosa. Rosa la había tomado en su regazo. Rosa la había apretado contra su pecho, muy por instinto, como hacían las madres que aman a sus hijos. Algunas madres. No todas. No las que envidiaban a sus hijas en lugar de amarlas. Algunas madres eran sembradoras de discordia. Algunas madres estaban agotadas y eran gruñonas. Algunas madres sencillamente eran incapaces de conversar de manera objetiva, cuando la ola tóxica de la envidia descargaba sobre ellas. ¡Qué pequeñas eran entonces! Cuando había mencionado en casa el nombre de Ulrich B. Zinnemann, cuando les había contado a sus padres el proyecto cinematográfico ambicioso e incompleto de U.B.Z, cuando les había hablado de Scott Walker, que hacía música golpeando con los puños carne cruda, su madre, su propia madre, delante del fregadero, había hecho un mohín con los ojos. Y Ulrike se había desplomado como si la hubieran empujado hacia abajo apretándola por los hombros. Y como si la expresión de limón amargo no bastara, la madre tuvo además que soltar un bufido y resoplar: Vaya, así que tu nuevo compañero en el Nido del Águila es un auténtico artiiista. Y como si resoplar no hubiera bastado, su madre tuvo que volver a resoplar más: Ten cuidado, pobrecita niña. ¡Los artiiistas, especialmente los artiiistas fracasados, pueden ser imprevisibles!

Y no ayudó en absoluto que su padre tomara partido por la hija, como suelen hacer los padres, pues el deber de los padres es tomar partido por sus bonitas hijas cuando las madres tratan de aplastarlas de distintas maneras. Por eso el padre de Ulrike sacó de la naftalina de su memoria una miga de información: quince años atrás la película de Ulrich B. Zinnemann *Pintura de guerra* fue premiada en el Festival Internacional de Cine de Chicago. ¡Fue un espléndido debut en la dirección! Una enérgica muestra de un debutante. U.B.Z. había concedido declaraciones a cada periódico en lengua alemana y hasta se había hablado de una colaboración con Werner Herzog. ¿Qué le había ocurrido a aquel proyecto? ¿Le había comentado el señor Zinnemann algo a Ulrike al respecto?

Las madres que no quieren tirar de la cuerda junto a sus hijas

pierden por completo los nervios al darse cuenta de que su pareja ha tomado un partido que no es el suyo, sino el contrario, el partido de su hija indisciplinada. ¡El entusiasmo de la muchacha necesitaba que lo refrenaran, no avivarlo! ¿Es que su marido no lo veía? La fea realidad se había situado frente a ellos, justo delante de su nariz: iban a acabar aprovechándose de su hija. ¿Por qué demonios un hombre casi treinta años mayor le dedicaba tanto tiempo a una muchacha descerebrada? ¿Qué impulsa a los artiiistas fracasados que aprietan el botón de un ascensor para ganarse la vida? ¡Dime!

La madre, la madre amargada de Ulrike, lanzó una mirada de rabia en llamas a su marido, sentado a la mesa de la cocina, que una vez más eludió la situación. Su bufido resignado hizo que la madre enviara el trapo de fregar al fregadero y soltara un alarido, no se sabe si de placer o de disgusto, el grito orgásmico de alguien que tiene razón o el gemido agónico del desdeñado que dice la verdad. Y la lanzadora del trapo de fregar misma no debía de saberlo siquiera, que gritaba porque no era capaz de algo mejor, porque arrastrada por su espíritu bobino se había casado con un vago que había conducido a su empresa a la bancarrota, que había ocultado con bastante habilidad su verdadera naturaleza de tenia invertebrada a lo largo de los varios años colmados de dinero.

Rosa Imaculada jamás habría jugado su mano de una manera tan miserable, de eso Ulrike estaba segura. Si Rosa hubiera estado preocupada por la seguridad y bienestar de su hija, no habría conspirado, y mucho menos habría sido malvada, habría contenido una teatral lágrima en su mejilla y gritado sus penas al mundo con la voz quebrada. Habría advertido a su hija sobre el gran lobo malo, habría impartido una colorida conferencia sobre el amplio espectro de falsedades de los hombres para acabar poniéndole un paquete de preservativos en la mano.

«Artiiistas», Ulrike musita sin un sonido, estirando la boca de rabia cuando el recuerdo de su madre aparece tan de improviso en su mente después de varias curvas. ¿Fue ese el último encuentro con su madre?

Ulrike se desplomó, aunque su postura no había cambiado en absoluto. Algo en su interior crujió, algo ya no la sostenía. Miró a Rosa en la distancia, cuyos contornos a duras penas se distinguían: la boca, una especie de sonrisa, el resalte de la nariz, los pechos abultados. Allí, fuera de su alcance, estaba el regazo sobre el que hace un momento descansaba Ulrike, un regazo que ya no existía. No se podía evitar. Su madre, su propia madre de años atrás, aparecía

inesperadamente en su mente. El recuerdo la arrolló igual que antes había hecho el terror, por completo y por todas partes, pero aun así era distinto, pues su madre de años atrás era cálida, su madre de años atrás era hermosa, su madre de años atrás era algo enteramente distinto a esa maaaaaaaaadre con la cual resultaba imposible convivir en la misma casa, en la misma ciudad, en el mismo mundo. Su madre de años atrás olía a caro camisón de lujo tejido por gusanos de seda, suave y dulce. Su madre de años atrás arropaba a Ulrike bajo el edredón, se deslizaba al lado de su hija y cantaba con una voz ronroneante de aroma a pipermín *schlafe, meine Prinzessin, schlafe…*

Por inercia, Ulrike empezó a sollozar. Lágrimas no surgían, así que el llanto recordaba a vomitar con el estómago vacío, sin el dolor causado por la arcada de bilis. Era acrobacia facial. Feo, o por lo menos estaba lejos de lo hermoso. Embarazoso, para nada simpático. ¡Pero qué más daba! Igual que Rosa, también ella sabía sentir. Y como Rosa, pronto también ella se habría ido. Por lo que a ella respectaba, esas mujeres que llevaban colgando la tenue lámpara de la razón en sus manos muertas podían seguir desarrollando sus teorías hasta el fin del mundo.

Shlomith, Wlbgis, Nina, Polina y Maimuna observaban temerosas las contorsiones faciales de Ulrike. El miedo contenía grados de diferencia: había una pizca de irritación (Polina), un toque de confusión (Nina), un ápice de curiosidad (Shlomith). Había una mirada en la que quizá no se mostraba miedo, era la mirada vacía *ça va bien* de Maimuna, que parecía subrayar la indiferencia de todo. Estaba la mirada de Wlbgis, que encerraba sufrimiento a calderadas, lo que podía deberse a su enfermedad, no a la situación en progreso. Wlbgis había aprendido a ser una persona sufriente en la cama del hospital, donde supo que se quedaría y de donde no tenía ninguna posibilidad de levantarse sana. Además, el sufrimiento puede convertirse en una segunda piel, en una piel curtida, en una máscara para la que no siempre se requiere una enfermedad. Basta una decepción vitalicia… Y violencia recurrente. Y de esa máscara no te puedes despojar así como así. Aunque quienes están a tu alrededor griten a coro: «¡¡Empieza a VIVIR, buena mujer!!». El sufrimiento es mejor que el vacío, una almohada de olor rancio que se huele ya de lejos y aun así en ella se hunde el rostro para sofocar el llanto.

Ulrike había cesado de llorar.

La madre de años atrás hacía años que no existía. Para qué gastar lágrimas. Ulrike se endureció, se petrificó. Las mujeres la observaban

como observan las vacas un pasto abierto. ¿Era el momento de partir? ¿Estaba el camino abierto? ¿Y si el Oooon pronunciado por Ulrike bastaba, si el cambio ya se había puesto en marcha en ella? ¿Y si muy pronto comenzaba a tambalearse, a temblar, zigzaguear, luego a hundirse, hundirse *y* desvanecerse?

Shlomith fue la primera en actuar. Levantó la mano y la colocó contra la de Ulrike, y parecía lo que tenía que parecer, una mano que sujetaba, y eso bastaba, en esta situación era suficiente. Con un asentimiento, Shlomith instó a las demás a imitarla: vamos a formar un círculo.

Y así, Maimuna agarró la otra mano de Ulrike, aún más rígida si esto era posible. Polina chocó sus dedos con los de Maimuna, Nina se aferró al brazo de Polina, Wlbgis se deslizó entre Nina y Shlomith, y entonces el círculo alrededor el cuerpo pálido de Rosa Imaculada estuvo cerrado.

Ahora cada una de ellas estaba rígida, tensa como un arco. Shlomith miró a Ulrike, ¿y bien? El resto miraron fijamente tanto a Ulrike como a Shlomith, ¿bueno, y bien? Ulrike asintió y empezó a murmurar con voz grave «Oooo», igual que una monitora de yoga murmura «Oooo» cuando empieza a llamar con su laringe el sagrado símbolo de Pranava, con la Sílaba más Elevada de Todas vibrando el universo entero, el alma del mundo y la Verdad, a Brahman, en una palabra, despertando junto a sus alumnos, sentados frente a ella, que murmuran igual, despertando cada uno de los rincones durmientes de su existencia corporal.

Excepto Wlbgis, todas las mujeres se unieron al sonido, una resoplaba enérgica, otra más cautelosa, con la voz quebrada. ¡Por fin hacían algo! Algo semejante a la alegría comenzó a burbujear en una y en otra, ¡tal vez muy pronto le pisarían los talones a Rosa Imaculada!

–Oooo…nnnnn…

Pero entonces: ¡ya nada de EI-ron! El final de la palabra simplemente no arrancaba. Ni exclamación, ni hipo, ni sílaba final atrapada en la garganta, ni erre vibrando suave o agresiva. Los labios de las mujeres permanecían redondeados como si alguien les hubiera arrebatado en el último instante una piruleta de la boca. *Plop*.

Y como si en aquello no hubiera suficiente que soportar, cayó sobre el lugar un PLOP mucho más grande, una especie de PLOP del fin del mundo, un PLOP que todas las mujeres que tratan de ser madres sentían en lo más profundo, si una triste tragedia decide por un motivo u otro activar su maquinaria chirriante. Nina soltó de pronto

su mano de las de Polina y Wlbgis y se dobló. No por el dolor, sino por el conocimiento, un conocimiento semejante a un fogonazo intuitivo que atraviesa a todas las mujeres embarazadas cuando las Cosas No Van Bien. Esa información proviene directamente de allí donde cada criatura ha venido al mundo y seguirá viniendo, proviene de la esencia incorruptible de la condición de mujer.

Nina lo supo, hasta la médula, hasta las zonas sombrías de su consciencia: el Pequeño Antoine & la Pequeña Antoinette ya no estaban en su interior.

Diez razones por las que Nina habría sido una madre excelente

N°1. Pragmatismo. Nina era por lo general una mujer muy pragmática. En absoluto melodramática. Una mujer melodramática cortaría en pedazos las corbatas de su pareja si sospechara que él la engañaba. Una mujer melodramática haría pan con las trizas de corbata y se lo serviría a su marido. Escribiría un mensaje amenazador con la laca de uñas en los azulejos del baño, justo a la altura que suponía alcanzaría la mirada del marido cuando se arrastrara a mear por la mañana. Subiría a un tren y pasaría la noche en un hotel idílico de un pueblecillo cercano. Dejaría que sonara el teléfono. Simularía estar perdida, tal vez incluso muerta. Silenciaría su teléfono y, sintiendo náuseas, llorando y disfrutando, vería cómo JEAN-PHILIPPE aparecía una y otra vez en la pantalla con su expresión de embustero, loco de preocupación. La almohada de plumas del hotel estaría empapada. La alianza se separaría del dedo, volaría en un arco sobre la marquesina de la entrada del hotel directa al estanque decorativo frente a la entrada. Con la precisión de un lanzador de dardos, el anillo caería en el centro de la composición de nenúfares blancos, en la lengua en forma de salto de agua que fluye de la rana de piedra. *Touché!* Pero esa mujer melodramática no era Nina. Esa era la prometida anterior de Jean-Philippe, que jamás se habría convertido en la madre de los hijos de Jean-Philippe.

Nina era distinta. Se daba cuenta de todo tipo de cosas ella también, claro, como suelen hacer las mujeres. Estaba embarazada de cinco meses cuando vio de casualidad un mensaje de correo electrónico abierto y cuyo contenido podía ser ambiguo, o no. Hizo la maleta, viajó a la casa de sus padres a cien kilómetros, dejó una nota sobre la mesa: Arregla el asunto y avísame cuando vuelvas a tener controlada la situación. Nina sabía mantener la cabeza fría en el momento adecuado, centrarse en la solución.

N°2. Reconocer los hechos. Querido Jean-Philippe Pignard, la pelota está en tu terreno. Si te quieres divorciar, avísame. Una sola palabra y empezaré a buscar un piso. Jean-Philippe no quería. Tampoco esta vez. Esta era una de las habilidades de Nina: con movimientos imperceptibles, sin armar ruido, conseguía lo que quería. Su táctica no se basaba en la manipulación, en el juego psicológico o en el chantaje, al contrario, se limitaba a sacar a la luz los hechos. Nina era una mujer tenaz descendiente de una familia de mujeres tenaces. Las

mujeres de su familia reconocían los hechos en una centésima de segundo. Decían la palabra fea tal cual (p. ej. la abuela, cuando apareció un hijo natural del abuelo), con calma y sin levantar la voz (p. ej. la tía, cuando hubo que declarar en el juicio la repugnante razón del divorcio), escuchaban lo que los demás tenían que decir y trataban de resumirlo (p. ej. la prima, cuando casos de clamidia revelaron inapropiadas situaciones de sexo cruzado dentro de su círculo de amigos), no provocaban ni se dejaban provocar (p. ej. la madre, cuando su anciano y demente progenitor empezó a tildar a su hija de roñosa y borracha —también esta última acusación era infundada). Así eran las mujeres de su familia y así era ella.

Por eso Nina abrió con valentía la boca y dejó que su madre, su abuela, su tía y su prima hablaran: Querido Jean-Philippe Pignard, la pelota está en tu terreno. Así dijeron todas ellas al unísono.

Jean-Philippe limpió obediente el lío que había armado. Tomó el teléfono e invitó a la mujer que llevaba en su vientre al pequeño Antoine & la pequeña Antoinette a que regresara a casa. Nina volvió, pues esos futuros niños debían tener un padre, y el futuro padre debía tener una mujer y la futura mujer debía tener un marido y todos ellos debían tener una casa común adquirida con el dinero de la familia del marido en una calle bordeada de tilos a cinco minutos caminando de la plaza del mercado donde se conseguía la mejor mermelada de manzanas orgánicas del mundo fabricada con la variedad Transparente Blanche.

N°3. Evaluaciones acertadas de la situación. Cuando Nina apareció de pronto en cuarta posición en el lugar que a su llegada todavía carecía de nombre, pero al que más tarde y a consecuencia de los discursos incendiarios de Polina todas habían empezado a llamar con mayor o menor seriedad, con alegría resignada o melancolía demoledora «el más allá», reconoció con bastante rapidez, después de recuperarse de la conmoción inicial, que ahora más que nunca se necesitaban sus habilidades organizativas. Nina se había plantado con todo su brillo rubio platino (teñido, pero este dato ahora no es relevante) delante de Shlomith y Polina en medio de una discusión acalorada que naturalmente se interrumpió un instante debido a su aparición. Las mujeres lanzaron espontáneos hurras como si la Madre de Dios en persona hubiese descendido entre ellas, pero el entusiasmo se desvaneció con rapidez, pues Nina estaba igual de desconcertada que ellas. Obviamente, la recién llegada tenía sus propios problemas: se sostenía con ambas manos la barriga y balbuceaba algo: *il faut aller*

à l'hôpital, vite, vite, pero eso a las mujeres no les interesaba lo más mínimo. Allí no había hospitales ni personal de enfermería. Daba igual lo que la recién llegada había necesitado hacía un momento, que allí carecía ya de significado.

Así que la discusión interrumpida comenzó a fastidiar a Shlomith. No la habían desmenuzado hasta el final y las discusiones no desmenuzadas solían regresar a la escena del crimen, aún más cargadas que antes, reventando los tirantes, no se las podía escupir por el camino. Especialmente aquí.

Nina no comprendía ni una pizca sobre el contenido del conflicto. La expresión de las mujeres era terrible. Shlomith y Polina estaban concentradas por completo la una en la otra. Habrían gruñido con voz grave si no hubieran dispuesto de palabras. Se habrían lanzado al cuello de la otra como miserables chuchos si les hubieran fallado las palabras. Pero no les fallaron. De sus bocas salía un inglés azotado por los vientos, uno con acento eslavo y otro sin acento. Nina comprendió en seguida que *ella* no era el motivo, ni lo había sido ni lo sería, *su* situación no le interesaba a nadie*, a ella ya* nadie la ayudaría.

En ese punto, nuestra candidata a madre reveló otro aspecto de sí misma que se incluía en la lista de Características de una Madre Excelente: era capaz de realizar evaluaciones rápidas de una situación y cambiar su curso. Y así, Nina retiró las manos del montículo de su vientre y apartó su confusión y terror. Los alejó de una manera igual de natural que un fumador experimentado sacude la ceniza del extremo encendido del cigarrillo (Nina no fumaba), como quien sale a una fiesta retira discretamente la caspa de la espalda de su *blazer* negra (Nina no tenía caspa). Forzó sus sentidos al extremo para comprender cuál era el problema de esas dos mujeres rebosantes de rabia. Y, a decir verdad, ambas tenían un problema, un problema muy concreto, y el problema tenía nombre: Rosa Imaculada.

Nina se inclinó hacia un lado y en su campo de visión entró la tercera mujer, que había quedado oculta tras las dos adversarias. La tercera en llegar estaba sentada con las piernas flexionadas, los brazos alrededor de las piernas y el rostro presionando con fuerza las rodillas. Con voz tensa murmuraba algo similar a una canción de cuna y se mecía hacia delante y hacia atrás como una lunática. Nina llamó a la mujer, pero esta no levantó la mirada, sino que continuó su terco balanceo.

¿Era este el problema? ¿Cómo conseguir que la pobre mujer oscilante se tranquilizara? ¿Cómo tomar contacto visual con ella,

cómo hacerla callar?

Y entonces, al parecer no por primera vez, Shlomith perdió los estribos: *ShutTHEfuckUPPPPPHHH!!!* Y Nina no estaba segura, y seguramente Shlomith tampoco, de a quién de las dos le dirigía el grito: a la rusa que abogaba por métodos suaves y argumentaba agresivamente contra la violencia, o a la brasileña que de forma unilateral había abandonado todo contacto con el mundo exterior y optado por los lamentos como medio de comunicación. Tal vez Shlomith les chillaba a las dos, quizá también a sí misma, quizá a toda la situación que, en una palabra, era acuciante.

En todo caso, el grito de Shlomith pendía sobre sus cabezas, pesado como un saco de dormir húmedo dentro del cual se descompone un cardumen de arenques muertos. Pronto comenzaría a heder. Pronto todo se habría estropeado para siempre. Pronto Shlomith no podría dominarse: empezaría a sacudir a Rosa Imaculada por los hombros, la obligaría a tumbarse boca arriba, le apretaría el pie contra el cuello y después nada volvería a ser lo mismo.

Nina decidió actuar. Maternalmente. Apartó sus propias preguntas, ya habría tiempo, y el pánico que latía en su pecho, lo que en el caso de Nina también era de esos que se pueden hacer a un lado: un pánico compacto cómodo, una comida de microondas semipreparada. Nina se incorporó y caminó con la determinación de las mujeres de su estirpe hacia Rosa (después, una vez descargada la situación, Nina comprendió que caminar no había sido tan sencillo, que por desgracia tendría que aprender de nuevo, como muchas otras cosas). Los dedos de Nina comenzaron a trenzar con destreza y sin pedir permiso la enorme mata de pelo de Rosa Imaculada y Rosa se calmó como se calma una niña cuando le acarician su delicado cuero cabelludo con los dedos amorosos de una madre.

Shlomith y Polina se miraron una a otra avergonzadas. Cuando Nina trabajaba en su séptima trenza del grosor del dedo meñique, Shlomith se puso derecha y encontró su temperamento de líder perdido: «Sentimos muchísimo que te hayas visto envuelta en esta situación terrible. ¿Cómo te llamas, querida?».

N°4. Capacidad de enternecerse. ¡Nina adoraaaaba a los niños!

N°5. Salud. Que se supiera, en la familia de Nina no había enfermedades hereditarias.

N°6. Seguridad económica. Nina había resuelto casarse con un

hombre de dinero, de dinero antiguo respetable, nada de dinero nuevo, achispado, no un dinero Lamborghini, ni siquiera un dinero Chevrolet Bel Air, sino más bien un dinero Citroën Déesse (ese simpático cacharro pasaba la mayor parte del tiempo en el garaje). En su juventud, a Jean-Philippe le gustaba hacer autostop. Jean-Philippe miraba el sol mientras otros como él miraban Rolex y Raymond Weils. ¡A Jean-Philippe los relojes de pulsera le agobiaban! Sí que tenía un reloj de lujo nuevecito llamado Brighella, de la serie Commedia dell ´Arte creada por la marca de lujo italiana Bulgari. Sus padres se lo habían regalado por su 40 cumpleaños. En parte se trataba de un chiste, pero un treinta y cinco por cierto iba en serio. Habían decidido que su hijo tenía que poseer un reloj y opinaban que aquel artilugio único que había costado 370 000 euros era lo suficientemente extraordinario para su extraordinario primogénito.

«Hijo mío», pronunció el padre de Jean-Philippe a la mesa de la cena el seis de enero al entregarle al cumpleañero la caja de cuero del reloj, «como quizá recuerdes de las clases de historia del teatro, Brighella es un haragán que solo trabaja cuando se le acaba el dinero. A Brighella le gusta engañar a la gente más estúpida que él en asuntos financieros, también divierte a las mujeres y toca música tanto como puede. ¿Te reconoces en él tal vez?», su padre rompió en carcajadas a las que se unió obediente su madre, y luego se volvió a poner serio. «Cada detalle de la esfera del reloj ha sido pintado a mano empleando la ayuda de un microscopio. Después de cada capa de pintura de distinto color, la esfera fue colocada en el horno para su esmaltado. ¡El reloj ha llegado a estar en el horno hasta 50 veces! Cada pieza minúscula ha sido realizada a mano, sin escatimar el número de horas de trabajo. Y eso no es todo. La esfera del reloj puede despertar a la vida girando esta palanca a la izquierda. ¡Mira!». El padre se estiró sobre la mesa y tomó el reloj de las manos de su hijo. «¡Así puedes hacer que Brighella y sus amigos bailen la polka, je, je, je!».

El héroe en el centro del reloj, Brighella, vestido de blanco, sentado en la base de una escalera, elevó lánguidamente la mano que sostenía el arco del violín. Empezó el estridente tintineo. Brighella meneaba el violín hacia delante y hacia atrás, se lo acercó a la barbilla y luego lo volvió a bajar. Una mujer de vestido blanco sentada en lo alto de las escaleras se puso a teclear el arpa. En la esquina inferior derecha de la esfera había un hombre sentado, también con ropa blanca, y empezó a asentir con la cabeza y a seguir el ritmo con la mano. Entre la arpista y el marcador del ritmo, asomaba un extraño espantajo semejante a

una tortuga, cuya espalda convexa llevaba una capa de cuadros de arlequín. El hombre tortuga sacudía la cabeza asintiendo, barbilla hacia arriba, barbilla hacia abajo. Así eran las piezas animadas de la esfera: tres manos y dos cabezas, asintiendo en errático movimiento.

Las máscaras les cubrían la parte superior del rostro. Todos llevaban estúpidos tocados en la cabeza, semejantes a gorros de repostero desplomados o gorros de noche arrugados. La única mujer del grupo lucía sobre sus rizos una especie de casco de valquiria. En realidad, cuando se examinaba con mayor detenimiento, los personajes se asemejaban más a héroes de *La guerra de las galaxias* que a figuritas de la Commedia dell`arte. Los habían colocado junto a la imponente escalera blanca de una mansión de espíritu renacentista, pero la vista desde la ventana era completamente distinta, casi una escena futurista, una especie de estación espacial con cohetes preparados para su lanzamiento. Los números de la esfera no respetaban la lógica de una esfera (¡por sentido práctico y usabilidad!) sino que más bien recordaban a una cuenta atrás. Donde Brighella levantaba el arco del violín, la secuencia numérica 60, 50, 40, 30, 20, 10, 00 giraba a lo largo del círculo izquierdo de la esfera. ¿Ese absurdo reloj medía solo un minuto?

El reloj era más feo que un dolor. Y aún más feo lo hacía su precio de seis cifras, que merece la pena mencionar de nuevo: 370 000 euros. Con eso se hubieran conseguido 190 tanques de agua (de 8000 litros cada uno) para ser empleados en una catástrofe. O 1947 tiendas familiares (de 16 m2). O 74 000 mantas calientes. O 411 111 vacunas contra el sarampión. «Relojes Commedia dell`Arte se han fabricado un total de 24 ejemplares, de los cuales uno es ahora tuyo, Jean Philippe», concluyó el padre del cumpleañero. Luego le guiñó un ojo: «¡Ahora ya no podrás perder el último tren cuando estés de viaje! ¡En el futuro siempre llegarás a casa a tiempo junto a tu pequeña Ninjuška!».

Nº7. Estructura corporal óptima. Nina tenía unas caderas ideales para parir, que también agradaban a la mayoría de los hombres heterosexuales. En palabras de Jean-Philippe: *plus que fantastique!*

Nº8. Eficiencia. Nina era capaz de funcionar con 4-6 horas de sueño, aunque las hubiera disfrutado en fragmentos de un par de horas.

Nº9. Imaginación. Sin eso no se podía ser una Buena Madre, como mucho una mediocre o tirando a mala. En el actual mundo tipo test de

opción múltiple, una madre sin imaginación no es mejor que una madre fumadora en cadena, una madre borracha, una madre ausente, una madre que usa el cinturón, una madre derrochadora o, la peor de todas: una madre *drama queen* que organiza escenas (la anterior prometida de Jean-Philippe sin duda lo hubiese sido), que cree que su hogar es un escenario, toma a sus hijos por clientes que han pagado y espera recibir aplausos y rosas después del espectáculo. Una madre sin imaginación no sabe ofrecerles a sus hijos *las mejores oportunidades*. Funciona con el piloto automático. Arranca hacia delante a piñón fijo, ciega por la velocidad, y nunca saca la cabeza por la ventanilla.

Nina poseía una imaginación singular que se activaba en las situaciones difíciles. Es un pequeño milagro, al menos si se toman en cuenta su primera y tercera características, puntos 1 («pragmatismo») y 3 («Evaluaciones de la situación acertadas»), que son fuerzas antagónicas a la imaginación. La imaginación brota del desorden y de evaluaciones de la situación fallidas. La vida no se ajusta a la lógica, sino que acumula obstáculos en el camino del caminante. La imaginación es adaptación. Desaparecerá con el perfeccionamiento de la especie. Dentro de tres mil años, nadie recordará a Proust, a Nerval, Pascal, Brecht, Lutero, Puccini, Rosa Luxemburgo, Wittgenstein, Louise Bourgeois, Paganini o Safo. No se les necesitará. En el futuro, todo esfuerzo científico artístico solo debilitará a la especie.

Nina era casi una mujer perfecta, sus aristas habían sido redondeadas, pero el mundo a su alrededor no se situaba al mismo nivel de perfección. Era ilógico y caprichoso, cruel y a veces feo incluso. El temperamento sereno de Nina y las Palabras Sensatas bien incubadas que recorrían líneas maternales simplemente no bastaban en todas las situaciones.

De vez en cuando y para sorpresa de todos ocurría que la imaginación hibernante de Nina despertaba, asomaba bajo el edredón su cabeza medio dormida. Se enfocaba. Hallaba una solución que a nadie más se le había ocurrido. Tomemos un ejemplo. Volvamos a la serie de acontecimientos actualmente en progreso. Nina está acurrucada, se sostiene con ambas manos el vientre, grita como una leona. Las mujeres se han agrupado a su alrededor. Se agitan alarmadas, no saben qué hacer. Ahora Nina se desploma de espaldas. Ahora Nina gime. ¡Ahora Nina se encuentra tan mal que hay que ayudarla de inmediato!

Sorprendentemente, Wlbgis hace el primer movimiento. Ella misma tiene un hijo, un inútil de casi treinta años, algo sabe de embarazos y

de maternidad. Su estancia en el hospital también la ha acostumbrado a ver que a una persona se la puede cargar, estirar, girar durante el baño, cambiarla de una cama a otra levantándola con ayuda de una sábana, colocarla de costado cuando hay que cambiar la cuña. Wlbgis no vacila en agarrar la estilosa camisa de maternidad fruncida por la barriga. Sin pedir permiso, hace el gesto de agarrar la tela y acaba aprehendiéndola. La viscosa flexible cede. Wlbgis aprieta los dedos y comienza a tirar. La falda de la camisa se levanta y revela el montículo blanco del estómago, adornado con un ombligo nudoso que se ha desbordado de su hueco y unos relámpagos púrpura que han estallado alrededor del ombligo: las estrías del embarazo. En base a ese examen rápido nada parecería ir mal, pues la barriga de una madre embarazada es así. Un gran bollo crudo.

Con un gesto, Wlbgis indica a Ulrike que se acerque, señala los pantalones turquesa de Nina y hace el ademán de fuera-fuera. Ulrike comprende: le toca a ella. Con sus dedos, que han retenido un poco más de sensación que los de las demás, se agarra a la tela lujosa, satén de algodón, y empieza a bajar con ambas manos la parte frontal enrollada bajo la barriga, confeccionada de fuerte tricot elástico. Cuando los pantalones están a la altura de los tobillos, Maimuna se acerca y levanta y flexiona por iniciativa propia las piernas de Nina. Agarra las bragas blancas como la nieve y tira: Mamabel Basic Maxi, un salvaslip en el refuerzo de la entrepierna y en la compresa una diminuta mancha amarillo óxido. Nada más.

La vulva de Nina está también muy limpia, no sale moco sangrante, no sale nadie, ni de cabeza ni con los dedos de los pies por delante. Los labios menores se pliegan con gracia, un poco asimétricos. El clítoris está protegido por una pequeña capucha, con una ligera elevación provocadora, una aureola de fina pelusa cubre el monte de venus. Wlbgis, Shlomith y Polina miran nostálgicas la aparición. Pero Ulrike no puede apartar los ojos de la barriga de Nina. Semejante montículo de color carne pegado a un humano, ¡y se supone que es natural! ¿Adónde va todo eso cuando ha terminado el parto? ¿Se desplomará como un suflé cuyo sueño se perturba abriendo la puerta del horno en el momento equivocado…?

Shlomith posa su flaca mano con cuidado sobre el vientre de Nina y sonríe. Las demás asienten, murmuran alentadoras: los bebés están con toda seguridad bien. Pero se equivocan. Nina lo sabe mejor. Ha cesado de gemir, así es ella. En su cabeza alguien ha apretado el botón de *rewind* y luego el de *play*. Y así sucedió: se tomaron una a otra de la

mano y trataron de pronunciar juntas la palabra mágica, pero no llegaron hasta el final. Sus bocas estaban abiertas por la confusión y en ese preciso instante una fuerza dentro de Nina se movió ligeramente. No se trataba de una sensación física normal ni de una queja de los órganos internos: estómago, pulmones, corazón, todos ellos llevaban mucho tiempo en silencio. Los bebés también habían guardado silencio, pero Nina casi podía soportarlo, pues creía (finalmente quizá con más fuerza que nadie) en la teoría llamada «muerte»: era la única explicación razonable cuando se consideraba el asunto desde suficientes puntos de vista. Los bebés, sin embargo, aún habían estado en su interior, de eso estaba segura. Ella fue su tumba. La idea era macabra, pero también extrañamente arrebatadora. Todas eran de la misma materia, el único y mismo polvo del más allá, y no obstante la continuación de algo, la muerte no significaba el final de TODO.

La burbuja de jabón que centellea en los colores del arcoíris reventó cuando esa fuerza, que solo se daba a conocer al moverse, se desplazó dentro de Nina. Era como si se retorciera apartándose de sí misma y dejara en su lugar un vacío más fantasma que el dolor fantasma. Entonces Nina lo supo: el pequeño Antoine y la pequeña Antoinette se habían ido. Había dejado de llevarlos consigo.

La imaginación de Nina afloró en medio de la crisis catastrófica que siguió a la declarada desaparición de los bebés. Las mujeres miraban fijamente a Nina, casi enfadadas. Esa mujer les aseguraba con insistencia, con la barriga erecta e hinchada, que ya no había bebés. ¿Y se suponía que tenían que creérselo? Y así, el miserable mundo hilvanado a base de dedicado parloteo y buena voluntad empezaba a desmoronarse. Había demasiadas preguntas sin responder, ante todo por qué. ¿Por qué estaban aquí, por qué Rosa Imaculada había palidecido y se había alejado de ellas, y cómo es que los fetos podían desaparecer de la barriga, así como así? ¿Por qué la candidata a madre que rodeaba los bebés no se había desvanecido con sus hijos? Y en general: ¿dónde estaban los límites de transición, de desprendimiento? Si estaban muertas, estaban extrañamente intactas e indemnes. Llevaban ropa (o por lo menos una parte de ellas), y no mucho más. Y cuando empezaban a meditar en serio sobre todo esto…

Shlomith volvió a dejar que su lengua cantara. ¿Por qué, por ejemplo, no se había desplazado hasta allí la cama en la que la muerta yacía, el colchón blanco sobre el cual el cadáver yacía, con sus corvas rojo púrpura, su lividez, sus palmas rojo púrpura? ¿Por qué no el suelo

que toca la cama donde está tumbado el pequeño cadáver encogido y arrugado, su cuerpo de espalda púrpura y sus corvas rojo púrpura? ¿Por qué no todo el edificio al que sin costuras se conecta el suelo, primero una pared, luego otra, luego la tercera y finalmente la cuarta, la cubierta intermedia, los pasillos, las plantas, las escaleras? ¿Por qué no todo el hospital a donde conducen a los pacientes incurables, por los cuales ya no se puede hacer nada? ¿Por qué no todos los enfermos? ¿Por qué no toda la ciudad, todo el país, por ejemplo, Holanda (por un motivo u otro, Wlbgis la muda era el ejemplo favorito de Shlomith)? Por qué no todo el continente, Europa, y las aguas que conducen a América. Por qué no el mundo entero.

Por qué. Por qué. Por qué.

Nina era única en que jamás había sucumbido a esa línea de pensamiento o algo similar. Ni siquiera ante la presión del grupo. Igual que no se reía si algo no le hacía gracia, y tampoco se ponía histérica si no veía motivo alguno para la histeria.

Nina también sabía que pensar demasiado es malo. Que la simplicidad es hermosa. La manera de calmar a un niño en edad desafiante que chilla sobre la agonía de la existencia y atormenta a sus padres con porqués es la distracción imaginativa. Este método lo empleaba ahora Nina de manera intuitiva para aliviar a sus hermanas del más allá al borde de un ataque de histeria colectiva. De pronto, en medio de todo, dijo: «Vamos a construir un mundo. Ahora mismo. Aquí mismo».

Esa agraciada *fée blance* rubia platino veía con los ojos del alma que pronto todas ellas vivirían en una linda casita de la que, si se quería, se podía salir corriendo a la calle primaveral, a una callejuela bordeada de tilos o, por qué no, cerezos. Si alguna deseaba un paseo marítimo, también eso estaba disponible. Solo se requería una pizca de imaginación. ¡Que cada una construyera su mundo como le placiera!

No pasó mucho tiempo y las mujeres ya estaban en plena faena, erigiendo un hogar. En el mundo había paz y buena voluntad entre las mujeres, una vez más gracias a Nina. Las madres, especialmente *las madres excelentes*, barren bajo la alfombra las grandes cuestiones que provocan demasiado vértigo y desvían la atención de aquellos confundidos de tanto preguntar. En esta tarea son más imaginativas que nadie en este mundo.

Nº10. El don de amar. A veces daba la impresión de que Jean-Phillipe quería a su chaqueta de cuero viejo y codos desgastados y

agujereados más que a su mujer. Los sentimientos de su marido hacia la gente eran de naturaleza combustible, a veces llamas, a veces cenizas. Sintomático de esto era que Jean-Philippe se había tomado el derecho de disfrutar de la libertad más de lo que habría resultado apropiado para su clase. Nina, sabia y con visión de futuro, sabía soltarle a su marido el ronzal. Hasta cierto punto. Y ese punto puesto a prueba con frecuencia se situaba explícitamente en el área genital.

A pesar de todo, Nina quería a su marido, en lo bueno y en lo malo. Tenía el don de amar, que no todo el mundo posee, del mismo modo que no todos poseen oído absoluto o cara de póker. Nina presentía que el don de amar florecería en todo su esplendor tras el nacimiento de sus hijos y así, con la diligencia y determinación de una hormiga, organizó las condiciones a su alrededor de la manera más propicia posible para el amor maternal que la aguardaba. Nina y Jean-Phillip tenían un estupendo acuerdo matrimonial. Tenían 220 metros cuadrados decorados con cariño en una casa tremendamente bonita en un pasaje flanqueado por tilos y unos bebés de diez mil euros en tratamiento de fecundación asistida; el amor no les hubiera faltado.

Nina tenía razón. Necesitarían un hogar, paredes a su alrededor, como protección. El espacio es insoportable. La blancura ciega, te vuelve loca. Otra persona también te puede volver loca, aunque haya más de dos personas, aunque haya siete personas, seis a las que mirar por turnos. Así que precisaban una cocina. El corazón de un hogar. Sentarse alrededor de la hoguera empezaba a causar inseguridad; unas paredes detrás de la espalda les harían bien.

Pero, ¿dónde conseguir paredes? ¿De qué sustancia, de qué material de construcción? Cada una tenía su ropa, no mucho más. Algo pequeño que portaban encima en el momento de marchar, algo olvidado en el fondo del bolsillo. Así que comenzaron por lo más sencillo y se vaciaron los bolsillos. Todas tenían bolsillos, excepto Wlbgis, que llevaba puesto el feo pijama de hospital verde. El pijama tenía pálidas rayas horizontales apenas distinguibles, en realidad era un pijama carcelario. Wlbgis había albergado un odio amargo hacia los pijamas de hospital cuando aún tenía tiempo de odiar, cuando aún podía sentir que las prendas que le obligaban a vestir eran espantosas y sus botones más espantosos que espantosos, grandes tortitas blancas, planas, con sus cuatro agujeros: unos botones de hospital especialmente sosos. Sentada en la cama del hospital, Wlbgis se los había abotonado de abajo arriba, obediente pero enfadada, «¿esto es lo mejor de lo que son capaces?», como si su diseñador hubiera deseado hacer la ropa verde veneno más fea posible, para que los enfermos no empezaran a creerse demasiado, para que no se ensoberbecieran en secreto y se convirtieran en unos vagos como resultado del cuidado amable y de calidad que recibían.

Sus vaqueros, su jersey y sus calcetines, Wlbgis los había doblado el día de su ingreso en un pulcro montón que fue colocado en el armario con su bolso, cartera y llaves de casa, junto a su agenda de bolsillo, y entre las páginas una imagen de la preciosa hija del inútil de su hijo: Melinda, cinco años. Pidió que colocaran esa imagen sobre la mesita del hospital una vez que las flores dejaron de llegar. (¿Os habéis dado cuenta el resto de este pequeño y singular detalle? Las flores se llevan a quien está solo de paso, curándose y retornando al mundo de los vivos, y a la tumba, a la tumba se llevan flores, y al féretro. Pero nunca a los moribundos. Cuando un moribundo, y en el fondo cada uno de nosotros lo somos, deja de ser un convaleciente y comienza activamente, a veces incluso con prisa, a morirse, cesa de recibir

flores. Las flores de pronto se transforman en obscenas. *Memento mori*, esa es su naturaleza, la misma sustancia marchita que el ser querido que se ha convertido, usando el eufemismo popular, en *un luchador hasta el final*). «¿Quiere ir a casa?», le preguntaron con cautela a Wlbgis, ¿quiere ir a casa a morir?, y Wlbgis no quiso, no quería morir sola. ¡No quería morirse en absoluto! Pero tenía que morir. El cáncer estaba por todas partes.

En ese punto, el pijama verde de hospital cesó de molestarla. Simplemente existía, como existen las cosas, la luna y las estrellas en el cielo, los gusanos en la tierra y los pájaros en el cielo o en las ramas de los árboles o atacando una empanadilla de carne que se ha caído al suelo. En caso de necesidad, el pijama era cambiado por otro nuevo idéntico, uno limpio. El personal de enfermería abrochaba los botones, porque Wlbgis ya no tenía fuerzas, siempre abotonaban primero el botón central. Era el ombligo que colocaban en su sitio, en el ojal ovalado, ribeteado, antes de tocar el resto de botones, era el botón central con el que se cerraba a la paciente dentro de su camisa, justo así, y después los dos de abajo y después los dos de arriba.

Allí estaba Wlbgis con su cáncer, correctamente abrochada y cerrada, y bien por todas partes. En secreto, el personal de enfermería esperaba que el zumo no salpicara más, que la señora Wlbgis sorbiera su bebida con cuidado y una pajita y tragara lo que había bebido, que los regueros de zumo no fluyeran por la barbilla directos a la camisa, que la señora Wlbgis orinara en su pañal, que la señora Wlbgis tuviera la menor diarrea posible. Deseaban que la señora se durmiera. Que la morfina ayudara. Y que la muerte se la llevara. Pues en este punto, ¡la vida era solo sufrimiento! Y esa dulce niñita, Melinda. Venía con una madre azulada a visitar a la abuela. La niña cantaba con voz fina a la abuela *aan d'oever van de snelle vliet*, y por qué no. Una canción nunca está de más en el departamento de enfermos terminales.

Pero en su pijama de hospital Wlbgis no tenía bolsillos. Todo, absolutamente todo lo que alguna vez había poseído se quedó en el otro mundo, en el armario del hospital, en su casa o en casa del inútil de su hijo, allí también había cosas suyas. Aunque la mayoría de las veces duraban poco allí, daban la vuelta y continuaban viaje. Un reloj de bolsillo algo más valioso de lo habitual hizo el truco de desaparecer. Su hijo había amenazado con llevarlo algún día a la casa de empeños si ella no le "prestaba" dinero. Así que le había "prestado" dinero. Si a Wlbgis le quedaba algún recuerdo de su progenitor, al menos uno, podría ser ese bonito reloj de bolsillo con su pátina de

tiempo, que su padre sacaba del bolsillo del traje para comprobar la hora, para asegurarse de que funcionaba, de que llegaba a tiempo. Esa obra maestra de trabajo manual artesano antiguo era, digámoslo así, lo opuesto al estúpido reloj Brighella de Jean-Philippe, que permanecía, por motivos comprensibles, en su caja de cuero (Jean-Philippe sencillamente se avergonzaba de su reloj). Era tan antiguo el reloj del padre de Wlbgis que cada día atrasaba unos quince minutos. Él había sido capaz de vivir bien con esta circunstancia. Tomaba en consideración el retraso para todo y estaba de pie en el vestíbulo con los zapatos puestos cuando el resto aún estaba desayunando.

Ese reloj Wlbgis no lo volvió a ver.

En su opinión, Wlbgis ya había entregado todo lo que tenía que entregar para la construcción de la casa. Había rendido su peluca-hoguera naranja, que se convertiría naturalmente en el corazón del nuevo hogar. Eso ya podía bastar. ¡Y los juegos de muerte podían terminarse ya! Wlbgis estaba harta de ellos. Participaba, claro, escuchando, asintiendo, fingiendo interés, pero en realidad todo el asunto le causaba náuseas. ¿Qué sentido tenía poner a esa adolescente malhumorada a deleitarse sobre su final? ¿Era acaso una gran sorpresa que la chica quisiera creer que había sido asesinada por celos? Yo, solo yo y yo, el ombligo del mundo. ¡Hombres locos de pasión en cada dedo!

Wlbgis jamás había tenido una relación. Le habían introducido la polla dura de un hombre un total de tres veces. Y cada vez un miembro distinto, y no había sido una experiencia de la que le hubiese apetecido alardear después. La última vez acabó por accidente en un hijo, y ahí concluyó el juego. Un juego al que la animó a unirse un grupo feminista que proclamaba el amor carnavalesco, en cuyas sesiones participó alguna que otra vez a principios de los años ochenta, exhortada por una amiga de entonces. El juego avanzaba según un cierto patrón. Wlbgis se emborrachaba un poco y se vestía con unos trapos con los que ni su madre la habría reconocido o, como ella misma afirmó ante su reflejo en el espejo, «si mi madre me viera, se revolvería en su tumba». A Wlbgis le daba vergüenza. Se sentía un travesti, un bulto caído del espacio exterior pintado con labios coquetos y pestañas trémulas. Se lacaba las uñas cuadradas de dedos grandes y articulaciones hinchadas, y tras cada pincelada borrosa de color rojo sangre más o menos en forma de uña, tomaba un sorbo de coñac y dejaba secar el color hasta que los diez dedos centelleaban como las llamas del infierno, y luego, estaba lista para salir.

La apariencia lúgubre de Wlbgis apoyada en la barra del bar dando sorbos a un dry martini milagrosamente excitaba a unos cuantos representantes del sexo opuesto. La melancolía que emanaba, su llamativo maquillaje de payaso y la mirada convenientemente brumosa, desprovista de sentido crítico, ciertamente atraía a unos cuantos aspirantes. Tal vez no sea del todo incorrecto decir que en las tres ocasiones en las que Wlbgis se obligó a salir a la caza de hombres, tuvo donde elegir.

El juego terminó, sobrevino el castigo, el peor posible: un hijo que odiaba a su madre y una madre que odiaba a su hijo. Como si Wlbgis hubiera enfadado a todas las fuerzas del cosmos, trastornado el equilibrio del universo entero, y, para colmo, en su garganta crecía un tumor.

¿Y qué le quedaba? Una peluca rojo anaranjado que ya no podía usar porque estas mujeres necesitaban una hoguera, joder, estas mujeres necesitaban «un corazón para su hogar». Sin pelo, con el cráneo en forma de pepinillo, los ojos sin pestañas y las cejas calvas, su aspecto resultaba tan deprimente que era un verdadero milagro que solo a Rosa Imaculada se le hubiese ocurrido la idea de disolverse.

Al elegir su peluca, Wlbgis no había considerado en absoluto el uso que se le acabaría dando algún día. ¿Pero lo había intuido la vendedora de pelucas? Cuando a Wlbgis se le cayó su grueso pelo castaño (y se cayó muy poco después de iniciar la quimioterapia), con un pañuelo en la cabeza se deslizó en una tienda cuya dirección había obtenido de una enfermera. El comercio tenía un ambiente peculiar. No se debía a las numerosas cabezas de plástico y al pelo artificial sobre ellas, no se debía al perfume herbal, ligeramente cargado (¿salvia? ¿tomillo?), se debía a la propietaria del establecimiento, que era sencillamente una dama peculiar. En primer lugar, era la clase de mujer cuya edad es casi imposible de adivinar. Cuarenta o sesenta, difícil decirlo, la piel era tersa y traslúcida, pero al mismo tiempo anciana de una manera difícil de definir. El cabello negro parecía de plástico, el flequillo era corto y carecía de cejas o se las había depilado hasta el último pelo: encima se había pintado unas finas líneas violeta. Los ojos eran grandes y el arco de cupido de los labios estaba delineado con exagerada nitidez; acompañaba a la forma afilada y estrecha de la barbilla y las cejas violetas. Esa clase de rostro habría debido tener debajo un tronco erguido, un cuerpo de porte militar, pero no, la mujer delgada (¡delgada, claro!) casi esquelética no era en absoluto imponente. Su cuerpo no estaba, digámoslo así, a la altura de

su singular rostro. Estaba de pie al otro lado del mostrador completamente encorvado o, si se consideraba desde otro punto de vista, la apariencia corcovada completaba el rostro tenso, dispuesto para salir corriendo, le proporcionaba un equilibrio adecuado. Tal vez una de las piernas de la mujer fuera más corta que otra. Cuando se trasladó al otro lado del mostrador junto a Wlbgis, caminaba de manera irregular, renqueando, arrastrando una pizca una de las piernas.

Llamémosla Propietaria K. Propietaria K miró directamente a los ojos a Wlbgis, pálida y observando furtiva a su alrededor y dijo: «¿Ha venido a por esta?». A continuación, señaló en diagonal hacia atrás, a la izquierda, donde la peluca de color rojo anaranjado se contoneaba encima de una de las cabezas de plástico fuertemente maquilladas. «Nooo», consiguió decir Wlbgis. Acababan de operarle la garganta por primera vez, le quedaban las cuerdas vocales, la radioterapia había destruido las glándulas salivales, pero el ronco y seco «nooo» salió de allí, sí, un «nooo» muy angustiado, por cierto. ¡Una peluca naranja no! ¿Parecía ella, una mujer de 58 años, de esas que andan por las calles con pelo naranja ondeando al viento?

Wlbgis empezó a probarse, irritada, casi en actitud de protesta, otras pelucas. Primero de su color, un corte a lo paje castaño. Curiosamente no le favorecía nada. Daba la impresión de que le habían cortado el pelo con un orinal. Los rizos rubios le conferían un aspecto de anciana borracha; el cabello negro, de bruja; los distintos tonos de marrón, todo igual de artificial y feo. El cabello es de excelente calidad, aseguró Propietaria K, un trabajo artesanal cualificado, por ese motivo el precio era elevado, pero existía una peluca para cada cabeza, y ella veía que ahora era aconsejable olvidar los prejuicios y probarse la naranja. Conteniendo el llanto, Wlbgis agarró la peluca que le brindaban y se la colocó sobre su cráneo en forma de pepinillo.

Y mira por dónde: le quedaba que ni pintada. ¡Incluso hacía que su piel gris brillara! Los ojos sin pestañas ya no eran pálidos, sino de acero, dotados de una profundidad que no habían tenido antes y Wlbgis lo supo: esta peluca era la suya. Tardó diez segundos en evaluar su posición. ¿Permite que estos tres polvos de su vida salgan a la luz, con sus detalles vergonzosos, la máscara de pestañas corrida, la barra de labios embadurnada, la barba de tres días que pica? ¿Permite que vengan esos penes rampantes y entren en ella, en sus recuerdos, una y otra vez…? ¿O esta peluca era algo bien distinto? ¿Solo una bonita peluca que le sienta bien y nada más?

Wlbgis se rindió. Le invadió la alegría al girarse con un espejo pequeño en las manos delante de un espejo más grande, observándose de perfil y por detrás y desde todos los ángulos, y sonrió, sencillamente no podía dejar de sonreír. «Lo supe enseguida», exclamó Propietaria K, no en tono de reproche sino muy alegre ella también. Poseía el ojo que concede la experiencia y enseguida se fijó en que la mujer que había cruzado la puerta necesitaba una peluca quitapenas. En el rostro de esa mujer que había cruzado la puerta vivía tal dolor que no lo iba a superar más que con un naranja fuerte.

Propietaria K estaba satisfecha. ¡Por una vez, una clienta accedía a ver la verdad sobre sí misma! Era una buena señal. Una señal de vida. Algunas, sabe usted, no son capaces de renunciar a sus quimeras ni siquiera con un cáncer avanzado. Habían decidido que una nube blanca de rizos les sentaba bien, aunque ya no eran princesas de mejillas sonrosadas, sino moribundas pálidas, demasiado pálidas o demasiado hinchadas. Compraban una peluca cara equivocada y se juraban a sí mismas que la cabellera postiza se acomodaría, casi se enfadaban cuando Propietaria K les advertía «tienen que sentirla como propia al instante», no lo creían. El orgullo herido brillaba en su mirada cuando pedían en un tono frío y tenso a Propietaria K que empaquetara la peluca equivocada en una caja de cartón. Se calaban el sombrero o el pañuelo o la capucha sobre la calva o la cabeza casi pelona y se escabullían ¡KLING! y decidían no probarse su nuevo pelo hasta no llegar casa. Pero algunas regresaban. Y Propietaria K les permitía amablemente cambiar la peluca equivocada por la correcta.

Propietaria K felicitó de corazón a Wlbgis por su correcta elección: «Está hecha para usted, aunque al principio no lo creyó así. Pero, sabe usted, un rostro cambia cuando una persona experimenta una tragedia. Esta dibuja en el rostro marcas que los ojos atentos son capaces de ver. Yo lo vi al momento. Vi que necesitaba color. El color no le hará daño, el color volverá a hacer de usted una mujer, si me permite que lo exprese con estas palabras, usted estaba radiante, se quitó de encima diez duros años de un plumazo».

Wlbgis pagó y no se ofendió lo más mínimo por las palabras de Propietaria K, que en otra situación habrían sonado invasivas, y eso es lo que eran, pero Propietaria K sabía que decía la verdad, como siempre, y sabía que esta clienta lo comprendía. Y así, Wlbgis salió con paso ligero de la tienda ¡KLING! y no pudo evitar ondear su nuevo cabello naranja una vez más delante del escaparate - ¡adiós!

La peluca fuego de Wlbgis se convirtió en el corazón de la cocina.

Una decisión sin palabras, un ligero asentimiento de cabeza de Shlomith: *This is our kitchen.* Polina se quitó dramáticamente su abrigo de marta cibelina: *Que esto sea el sofá.* Después, cada una de las mujeres volcó el contenido de sus bolsillos. Saldo: un par de pañuelos de papel arrugados, el anillo de plata que Hanno le había comprado a Ulrike, un anillo que no le cabía (Hanno se imaginaba los dedos de Ulrike más finos de lo que eran, que eran finos, sí, pero no *tan* finos, el contorno de su anular medía diecisiete milímetros y medio), un trozo de cuerda deshilachado, una moneda de dos euros, tres monedas de diez céntimos, una de cincuenta céntimos, un dólar, un botón de abrigo, un mechero y fibras de tabaco (Ulrike intentó raspar la ruedecita del mechero, que solo chirrió, no salió la llama, aunque quedaba más de la mitad del depósito), un móvil (también de Ulrike, en el gran bolsillo trasero de los pantalones de pana), «1 llamada perdida», pero las teclas no obedecían el roce, el teléfono no se ponía en marcha por mucho que apretara los botones, y el reloj del teléfono se había detenido también en el mismo misterioso instante que su reloj de pulsera: 21:03. Un corcho de una botella de vino, rojo por un extremo, era de Polina, igual que un bálsamo labial; una serpiente plana algo oxidada hecha de hierro, el animal totémico de Maimuna, y una colorida Super Ball que cabía en el puño y pertenecía a Shlomith. Los bolsillos profundos del caftán largo y negro de Shlomith eran como los bolsillos de un demonio de Tasmania o el pico de un pelícano, se podía encontrar en ellos toda clase de cosas, en teoría podía caber perfectamente medio mundo, pero ahora solo había una super pelota, una cinta métrica y una pequeña pipeta. ¿Con eso se dosificaba la pobre Shlomith la comida diaria en la boca, gota a gota? ¿Y qué podía ser, un caldo de carne flojo o solo agua?

Las mujeres donaron sus posesiones, formaron con ellas un montón común al lado de la peluca y del sofá-piel de marta. *Do I need to give away my gold teeth?,* musitó Shlomith, pero solo Polina comprendió el chiste y no le hizo ni pizca de gracia. Wlbgis sonreía satisfecha y esperaba aún mayores sacrificios, que se desvistieran; pronto ya no sería la única obligada a renunciar a algo demasiado personal, a algo que había cubierto algo estéticamente indecoroso. Pocas mujeres se presentaban en público con la cabeza completamente afeitada. Estaba esa hermosa cantante irlandesa que tenía un rostro simétrico, ojos de ciervo y una forma de cráneo perfecta, y esa actriz atlética que mataba criaturas del espacio. Pero la mayoría de ellas necesitaba el cabello mucho más que el pecho. Sin pelo, sin pestañas y sin cejas parecían

propiedad de la muerte. Se quería apartar los ojos de ellas, hacer como si no existieran. Y pronto no existirían. Pronto todas ellas morirían. Todas excepto ella, Wlbgis, ella no había muerto. De todos los desdichados residentes del departamento terminal, ella, solo ella, había evitado la muerte. Le habían prometido un profundo sueño azul y la paz eterna y qué había recibido: un infinito blanco brillante, un pelea constante y jaleo. ¿Dónde estaba su muerte?

El labio inferior ahora caído de Wlbgis, su buen humor del principio extinguido bajo la manta lúgubre de la decepción, no lo notó nadie. Nina estaba en plena faena y era agradable observar su trajín. Colocaba los objetos en forma de medio círculo delante de la peluca a la manera de un salvachispas. Incluso los pañuelos de papel usados los ubicaba con cuidado, pues todo tenía valor. Entonces llegó el turno del vaciado. ¡Ropa fuera! gritó Nina. La ropa se convertiría en paredes, los límites de las estancias, y ahora se necesitaban límites, pues sin límites una persona es mero pánico dando bandazos. Como un niño al que le entregan todo lo que pide. Para quien no se construye una oposición de palabras.

Wlbgis, que ahora observaba la barriga redonda de una Nina a cuatro patas, había sabido antes incluso de que naciera su hijo cómo *no* había que actuar con un niño. Había que trazar líneas firmes. A su hijo lo crio siguiendo este principio como guía, aunque sola era complicado, eso tuvo que admitirlo. Sin un compañero, tenía que decir NO con la fuerza de dos personas, tenía que situarse (a veces literalmente) enfrente del pequeño revoltoso. Por ahí NO se va. Esto NO se toca. Eso NO se hace.

Las prohibiciones jamás surtían efecto. Wlbgis había gritado hasta quedarse ronca NO NO NO, y el muchacho se había arrojado contra ella con toda la fuerza de un niño pequeño, después de uno mayor, de un joven de sesenta kilos, luego de un joven adulto larguirucho. ¿Qué había fallado? Su antiguo, ahora ya más bien afónico NO, en los últimos años funcionaba incluso peor que entonces, cuando el muchacho tenía dos, tres, cinco, siete, once, quince, veinte años. Wlbgis no sabía cómo pronunciar un sugerente «no» adulto a otro adulto, que era más tonto que tonto y estaba por completo a merced del mal. Y así, el muchacho seguía traspasando todos los límites y ella recibía los moretones. El muchacho pedía dinero y le retorcía el brazo. Lo metieron en la cárcel y ella sintió una estremecedora sensación de profundo alivio.

Como Wlbgis procedía de una familia aceptable, el chico tenía que

haber salido a su padre. Al que Wlbgis no conocía en absoluto. ¿Qué clase de perfil se puede dibujar de un hombre que había querido lamerle la planta de los pies? ¿Que había querido tomarla en la bañera después de que lo orinaran encima?

Cuando su hijo estaba en prisión, Wlbgis se había atrevido poco a poco a salir a fumar al patio. Pasar de la esquina de la cocina, de la campana extractora, primero a la ventana de la cocina, luego al balcón y finalmente a la calle, debajo del arce, requirió su tiempo. Pero cuando en primavera se situó de pie a la sombra de las ramas casi sin hojas, bajo los racimos de corimbos en floración, ignorante de la excepcional versatilidad de ese noble árbol, sintió una imponente sensación de júbilo triunfante. (El sirope de arce todos lo conocen, pero ¿cuántos han probado el jabón de arce? En la actualidad, este frondoso árbol palmeado, *palmípedo*, se considera con buen fundamento que pertenece a la familia de las sapindáceas, la familia del jaboncillo. Así que, además de un látex dulce o savia, el arce produce también sapónidos espumosos ácidos que, como su nombre indica, son excelentes saponificables, es decir, agentes de saponificación). Aunque por desgracia el muchacho no recibió cadena perpetua, ella podría echar tranquilas bocanadas al aire libre durante al menos medio año.

Y así, Wlbgis se quedaba bajo el arce y fumaba con placer su cigarrillo mentolado. La piel alrededor de sus labios se había transformado en los pliegues de una empanada, la boca se había angostado para adaptarse a los besos del filtro de un cigarrillo: sin un cigarrillo, su boca era la más huérfana entre los huérfanos.

Y entonces, en el cuello le creció un cáncer muy malo. Lo operaron una vez, luego otra y una tercera. Primero destruyeron las glándulas salivales, luego Wlbgis perdió sus cuerdas vocales y finalmente le extirparon la mayor parte de la laringe. Le practicaron unos repugnantes agujeros en la garganta y le entregaron una prótesis de voz, un tubo grande negro que recordaba a un silbato de perro gigante. La prótesis iba conectada a un cordón de algodón negro que se colgaba alrededor del cuello y después, supuestamente, sería posible conversar, si tenía fuerzas y paciencia para practicar con el aparato.

Al principio Wlbgis pensó que no se tomaría la molestia. Ya no quería decir ni una palabra más. ¿Acaso le iba a hablar a la vecina, a la señora Lisbet? Lisbet solía imponerle su compañía bajo el arce, para intercambiar, como se suele decir, novedades. Pero allí nunca se

intercambiaba nada, pues la vecina empaquetaba en la misma frase larga y sinuosa, siempre y sin excepción, a su maravilloso hijo y al espantoso hijo de Wlbgis. Llamémosles por ejemplo «Nicholas» y «Petrus». Cuando la señora Lisbet abría la boca, Nicholas y Petrus aparecían como neutralizándose uno a otro, el primero era mencionado en términos atroces, y en excelentes el segundo. Cuando la señora Lisbet había bregado con su frase hasta el final, a Wlbgis no le restaba nada que decir. Concordaba por completo respecto a su hijo. ¿Pero y qué? Ya sabía que Petrus, que era guapo al estilo del difunto y controvertido político Pim Fortuyn, nunca armaba ruido en la escalera, no gritaba tan alto por la ranura del correo de la puerta como para que sus chillidos resonaran en toda la escalera.

«Mi hijo está ahora en la cárcel», intentó intervenir Wlbgis, pero la señora Lisbet había tomado otros derroteros, qué sorpresa. «Cuando tu hijo regrese, será más peligroso que antes», suspiró Lisbet al tiempo que daba una calada al cigarro con las mejillas abolladas, «tengo que comentárselo a Petrus, puede venir a ayudarnos». ¿Y qué podría hacer Petrus? ¿Ahuyentar al otro agitando el cinturón? ¿Agarrar al yonqui del pescuezo y estrellarlo contra la pared del edificio? ¿Llevarlo al sótano y matarlo?

Apagaban los cigarros, se daban la vuelta, caminaban al portal y se apiñaban en el mismo pequeño ascensor. No, Wlbgis no quería aprender a usar la prótesis de voz por la señora Lisbet.

Pero estaba la pequeña Melinda. La encantadora Melinda de ojos brillantes, a quien se le ocurrían ideas alocadas y las contaba cambiando la R por la L. Entonces la boca de frunces de empanadilla rompía en una risa afónica, los ojos reían lágrimas de alegría. A su lado jijiteaba la pequeña, de su idea alocada que la abuela había bendecido con una sonrisa. Las orejas bien abiertas, las pequeñas gafas rosas inclinadas de una forma simpática, el bultito pecoso de la nariz, una cara rellenita que daban ganas de comérsela. A ella Wlbgis aún quería ser capaz de decirle «ay, cosita linda», y todas las variaciones henchidas de amor de esta idea: «graciosina», «tesorito», «churretina chiquilina».

En realidad, si se abordaba el asunto desde el punto de vista del Destino, la niña era *su* auténtica hija. Melinda estaba destinada a ella en todos los sentidos. Lógicamente, la madre de la niña había tenido que dar a luz a la pequeña y su hijo era también un intermediario inevitable, que en su mapa genético portaba las instrucciones de fabricación de Melinda desde el principio. Sin el muchacho no

existiría Melinda y por eso Wlbgis toleraba la existencia de aquel como podía. Por suerte, él había comprendido que era mejor alejarse de Melinda. Con su estilo cobarde, había abandonado a la niña con la madre, que a pesar de las circunstancias luchaba por mantenerse limpia. Por la niña, Wlbgis quería ayudar también a la madre de la pequeña. ¿No era esta una razón suficiente para luchar? ¿No era un motivo para practicar con ese estúpido silbato para perros?

Gracias a Dios, aún podía crepitar por el agujero abierto en su garganta, mediante la prótesis de voz, sílaba a sílaba, letra a letra, la frase de robot aflautada, vacilante y entrecortada l-a. a-b-u-e-l-a. t-e. q-u-i-e-r-e. p-e-q-u-e-ñ-a. M-e-l-i-n-d-a. Brotó deforme, interrumpida por flemosas inhalaciones de aire, y agotó por completo a quien la había pronunciado, pero, a pesar de su ejecución técnica, era la verdad más verdadera.

El trajín de Nina colocando los objetos había acabado. El salvachispas era hermoso, tenía toda clase de formas. Había una pelota, una moneda, un anillo, un cilindro, había rectángulos, arrugas y deformidades. Nina se puso en pie como una flecha y comenzó a desvestirse con resolución. Las mujeres imitaron obedientes su ejemplo, todas excepto Wlbgis, que creyó que la orden de desnudarse no se le aplicaba.

Maimuna no se mostró tímida, sino que se quitó su vestido amarillo de un tirón. El vestido tenía volantes en la pechera y en la falda, debajo del pecho lucía una bonita serie de frunces, pero en la zona del talle y del culo, la tela abultaba, era demasiado grande, casi informe, hasta que cayó con sus volantes fluidos junto a los tobillos. Entonces, la esbelta Maimuna se quedó en ropa interior. De pronto, bajó pudorosa la mano sobre su vulva, a pesar de que ni siquiera estaba al descubierto, y aguardó a las demás.

Shlomith se deslizó fuera de su caftán con una serie de movimientos sinuosos. Primero introdujo ambos brazos dentro del vestido y luego comenzó a arañar la ropa desde dentro. Se acurrucó y desapareció por completo, incluida la cabeza, en las entrañas de la gran tela, pero sus extremidades continuaban la tarea de desvestirse con persistencia. La tela abultaba por aquí y por allí, bastante inquietante, acompasando los movimientos. Nadie podía evitar pensar qué aparecería finalmente dentro del saco negro. Las muñecas demacradas que asomaban por las mangas y la fina garganta que sobresalía por la boca del cuello no presagiaban nada bueno, por no mencionar las piernas, unas colleras descarnadas.

Finalmente, Shlomith comenzó a enrollar con movimientos lentos el caftán empezando por la falda. Todas observaban. Ni una pizca de discreción. Allí estaban los huesos ilíacos protuberantes, el culo como una bandeja, las nalgas inexistentes. La zona genital debajo de las bragas estaba hundida. Las rótulas formaban dos bloques asimétricos desde los que crecían los muslos cual palillos, oblicuos hacia arriba como tallos de un tubérculo, dejando entre ellos un hueco por el que podía pasar una almádena. Las piernas caían como espaguetis cocidos.

Ahora que el cuerpo entero era visible, los pies parecían enormes, caricaturescos, igual que los largos dedos y las manos cual palas que enderezaban la ropa. La muñeca izquierda mostraba un tatuaje negro impreciso. Las venas azules jaspeaban la totalidad de la delicada tez blanca y el vello erizaba la piel como el polluelo de un charrán patinegro. Todos los huesos fuera, expuestos como un esqueleto del colegio, la señora *Skin & Bones* construida con precisión anatómica.

Shlomith era solo una percha que se había mantenido en pie a base de fuerza de voluntad. En pie y en pie. Ahora también ella estaba allí. Probablemente había puesto a dieta a su corazón. En el hospital, Wlbgis había visto esa clase de cadáveres. En el departamento seis y en la cafetería del hospital. Espectros trémulos, ojos de búho en el rostro y cabello fino, ralo. Nariz descarnada, dos narinas profundas, huecos secos bajo los pómulos. Pero la boca era lo más espantoso. Era desproporcionadamente grande comparada con el resto de la cara, un impúdico agujero inútil. Era terrorífico mirar cómo trataban de mordisquear el pedazo de pan que habían comprado para acompañar su café, cómo daban vueltas durante una eternidad a las migas en la boca para, después de haber perdido una vez más la batalla, escupir la masa en una servilleta.

El hambre podía desaparecer, pero no la necesidad de alimento. Cuando las mujeres (en general eran mujeres) cesaban de ingerir, sus cuerpos se comían los músculos, el cerebro y los pensamientos. Y qué les quedaba. La mirada vacía. Movimientos letárgicos lentos y posiciones cautelosas al sentarse (pues se rompían con facilidad a sí mismas en los bancos, mesas, incluso contra sus propios huesos). Eso es lo que quedaba de ellas. Si no sabían parar, se acababan rompiendo por la izquierda debajo del pecho. Ocurre así: el pulso en reposo se ralentiza, el corazón bombea incluso menos de 50 veces el minuto: bradicardia. El flujo sanguíneo disminuye, la presión sanguínea baja, se contraen los músculos del corazón. La inanición y la deshidratación corporal disminuyen los niveles de minerales del cuerpo y desciende el

flujo de líquidos corporales, lo que tiene un efecto devastador en los niveles de sal en sangre. Los minerales vitales, calcio, magnesio, potasio y fosfato, se disuelven mal: desequilibrio electrolítico. Las corrientes eléctricas internas del organismo se revuelven y el pulso normal del corazón se perturba. El corazón se detiene. Llega la Muerte.

¡Corazón, ay, corazón! Eres el último en fallarnos, pero cuando lo haces, ¡es el fin!

Según toda lógica, Shlomith había entrado ahora en el paraíso, un lugar donde no podía engordar ni un solo gramo. ¿Era feliz entonces? No lo parecía. Allí estaba, estirando su caftán, hundida en su gran nube de rizos, plegada como una navaja, y escudriñaba con suspicacia a su alrededor, como para asegurarse de que el resto se concentraba en su propia ropa, no en su cuerpo desgarbado.

Wlbgis, que había observado ávida a Shlomith, apartó rauda y un tanto avergonzada la mirada. Barrió de su mente a las princesas esqueleto del departamento seis y la incomprensibilidad de que una loca se coloque a propósito en semejante estado. Buscó con los ojos a Nina y dejó que su mirada reposara en ella un rato.

Nina ya se había desnudado en una ocasión, cuando su enorme vientre, al parecer sin bebés, y su bajo vientre fueron examinados. Ahora estaba casi desnuda, en sus bragas Mamabel Basic Maxi y un sujetador robusto, pero en absoluto recatado. Al principio Nina había pensado que se podía dejar las bragas y el sujetador puestos, pero como Shlomith no tenía sujetador (ni pecho), ni Maimuna, y probablemente tampoco Wlbgis (que aún gruñía en su ropa de hospital, ¿por qué no empezaba a desnudarse igual que el resto?), la idea de estar sin sujetador parecía una opción más igualitaria. Y, además, con los sujetadores conseguirían más material de construcción, ٨٥-٧٠ cm de pared, dependiendo de la talla del contorno de pecho, calculó Nina en su cabeza, y como tres de ellas daban la impresión de tener sujetador, eso les daría aproximadamente… ¡٢٤٠ centímetros!

Alentadora, Nina depositó el sujetador, su camisa fruncida premamá negra y los pantalones de raso de algodón turquesa junto al montón de ropa de Shlomith. Y los calcetines (de calidad, finos), y las deportivas (más para caminar que para correr). Con los zapatos se conseguiría hacer por ejemplo las jambas de las puertas, si no otra cosa, o las esquinas de las habitaciones. Shlomith había llegado allí con unas pantuflas suaves, mullidas por dentro; Wlbgis tenía unos calcetines de

hospital flojos blancos que le cubrían los pies (¡*merde*, a ver si empieza a desvestirse de una vez!) y Maimuna calzaba unas sandalias, sin calcetines. Polina llevaba, como se ha dicho, solo un zapato, una robusta bota de invierno hasta las rodillas, unos calcetines de lana rojo brillante, gastados, unas gruesas medias marrones, pantalones de vestir negros ceñidos, un estirado polo rosa de buena calidad y por encima una chaqueta de cachemir azul oscuro, mal abotonada, sin duda demasiado grande, nada de chaqueta de traje y —¡¿pero de dónde venía, de Siberia?!— luego ese largo abrigo de marta cibelina que le llegaba hasta los pies, con el cual acababan de hacer el sofá. (Ulrike se negaba a sentarse en él, ya sabes: *FUR? I´d rather go naked!*).

Ulrike y Polina también estaban ya casi desnudas. Ulrike llevaba un encantador sujetador de encaje amarillo sol de la copa A y Polina un sujetador de raso rojo, un tanto sorprendente, que no pegaba con sus grandes bragas de color polvo que cubrían con decoro su gran trasero poblado de bultos y subían casi pidiendo perdón sobre su vientre rechoncho, hasta el inicio del ombligo. ¿Y Wlbgis? No hacía ni un gesto para desprenderse del pijama de hospital. ¿Era tímida? ¿Cuál era el problema? Aquí había toda clase de cuerpos, saltaba a la vista. ¡Esto no era ninguna pasarela de modelos!

Nina, que había adoptado el rol de supervisora, animó a Wlbgis en un tono amable a que se desnudara. Wlbgis la miró como si fuera una imbécil y señaló con el dedo la peluca que se extendía a sus pies. Nadie hizo el menor gesto.

Por lo general, cuando una persona no puede hacer llegar su mensaje de una manera normal, es decir, hablando, expresándolo en alto a otra persona, a la persona de la que quiere algo, comienza a gesticular. Eleva la voz. Se tensa y enmudece y de pronto suelta por la boca una corriente incontrolable que recoge palabras que casualmente andan por allí, en medio del torrente, en las oquedades de los dientes, encima de la lengua. Esas palabras son duras. Puede también ocurrir que esa otra persona, de la que se quería algo, sea incapaz de contestar. Que esa otra persona no pueda hacer más que agazaparse, levantar sus manos para proteger la cabeza y retroceder hasta un rincón. Deslizarse por la puerta, desaparecer en una calleja oscura o en los brazos de otra persona de donde tal vez jamás regrese.

También Wlbgis abundaba en experiencia sobre quedarse sin opciones. Pero ¿qué se podía hacer si tu hijo usaba desde un principio el último recurso, el puño? Con un puño es muy difícil hablar. El puño es sordo y mudo y ciego, pero su objetivo lo encuentra con facilidad,

pues huele el miedo.

Su hijo no era el único. Muchos querían darle codazos a Wlbgis, aunque usando métodos más delicados. La señora Lisbet («…Petrus es ABSTEMIO…»), su médico («…mire, esto es el final…»), su jefe en la firma de limpieza durante los años de vida laboral («…de toda la gente, *tú*, a mis espaldas…»). Frente a ellos, Wlbgis se desmoronaba una y otra vez, pues no sabía luchar, ni siquiera cuando de verdad lo intentaba.

Cuando Wlbgis perdió el habla, perdió el último de sus derechos. La gente hablaba como si ella no estuviera presente. A veces esperaban de ella un asentimiento o que negara con la cabeza, a veces no. A veces ni siquiera la miraban. A veces pretendían mirar profundamente a los ojos, pero no deseaban conocer cómo se sentía y menos aún sus pensamientos. Se limitaban a perforar y asegurarse de que, si la miraban fijamente durante un buen rato, aparecería el asentimiento, la aceptación apacible, estuvieran ofreciéndole gachas insípidas o una inyección en el brazo.

Ahora Wlbgis trató de emplear la herramienta que le habían arrebatado con la operación. ¿Por qué no? Si Shlomith vivía, aunque obviamente había muerto, si los bebés de Nina habían desaparecido, aunque obviamente estaban en la barriga, por qué ella, a quien le habían arrebatado el habla, no iba a poder hablar. ¿Por qué no podría decir en un tono firme que no diera lugar a réplicas, tono que a lo largo de toda su vida había buscado, cuyos matices había practicado numerosas veces delante el espejo, que entregar la peluca era suficiente? ¡Que ya lo había dado todo!

Wlbgis bajó sobre el pecho las manos cerradas en un puño y enderezó la garganta como un gallo que se prepara para cacarear. Del fango del fondo de su memoria picoteó los equivalentes en inglés de sus pensamientos: ropa, ropa, cómo era, y peluca, vale, *fake hair*… Rápido, rápido, adelante con eso, el énfasis del dedo señalando. *My fake hair there. I give you no more!*

Y entonces, Wlbgis abrió la boca.

Ni siquiera un jadeo salió de su garganta mutilada. Wlbgis abrió la boca como un pez brema arrojado a la orilla: nada, nada. Buscó a tientas, palpándose el pañuelo atado alrededor del cuello, el agujero, lo apretó con el dedo índice y el corazón, nada. ¡Ni siquiera una pizca de voz!

¿No sabía imaginar Wlbgis la corriente de aire que en una situación normal se empuja a través de las cuerdas vocales y las hace vibrar?

Sabía imaginar el movimiento, se movía con ayuda de su imaginación, como cualquiera de ellas aquí, en la dirección que quería. Pero ¿qué clase de lunático pensaría en una corriente de aire cuando se dispone a hablar? Nadie. El habla parecía brotar de las demás con facilidad, movían sus labios y las palabras estaban listas en la boca. La voz se oía. El espacio vacío imprimía en las frases un matiz metálico, pero la voz propia de cada una de ellas era reconocible. ¿Por qué esta única mujer no lograba hablar?

Shlomith comenzaba a impacientarse con la tardanza de Wlbgis. Igual que en una playa nudista, también aquí las reglas eran idénticas para todas. O estás sin ropa, ¡o te largas!

Wlbgis comprendió. La mirada de Shlomith era imperativa. No tenía sentido resistirse. Las demás ya estaban en bragas y, si lo pensaba un momento - y Wlbgis lo pensó, por un fugaz instante pensó tanto que le crujía el cerebro: ¿ofenderse, luchar o rendirse? - estaba claro que también ella tenía que desnudarse. Con el pijama del hospital puesto divergiría del grupo. Sería alguien con quien sencillamente no se podría estar. La aislarían igual que se aísla a los agitadores de huelgas cuando el plan se va al garete y se necesita un chivo expiatorio. Se volvería a convertir en aire, cesaría de existir. Wlbgis se resignó y comenzó a desvestirse.

Y mira por dónde, Wlgbis lo hace con estilo. Con un gesto teatral se quita el pañuelo de seda verde claro del cuello y descubre ceremoniosa el agujero de su garganta: ¡mirad y horrorizaos! Las demás siguen satisfechas la representación, observando la totalidad, pero Ulrike mira como hipnotizada el agujero rojo. Los bordes son irregulares. Ulrike mira sin pestañear el interior del agujero, las profundidades rosas de la tráquea. Luego regresa al borde irregular rojo del agujero, de allí pasa al cuello lívido, arrugado, finalmente a la barbilla y de allí a los labios finos, casi grises, que se entreabren y forman una palabra. ¿Ha susurrado Wlbgis *cigarette*? ¿Es esa la corta historia del agujero?

Wlbgis ha soltado el pañuelo de la mano. Toma los botones planos del pijama, los abre empezando por el superior, saca los brazos de las mangas. Está delante de ellas sin camisa. El tronco es un saco encorvado, los pechos cuelgan vacíos. En la piel gris hay algo amarillo y violeta, manchado, una especie de borrones derramados, moretones cuyos bordes no se distinguen, como una acuarela pintada por un niño pequeño que se ha topado con los bordes del papel demasiado pronto. Agachándose torpemente, Wlbgis se quita los pantalones. En las

enormes bragas hay un pañal grande. Wlbgis se señala entre las piernas y levanta interrogativa sus cejas sin vello. Nina niega rápidamente con la cabeza, ¡no-no-no, quédate el pañal puesto, no lo necesitamos como material de construcción!

Así, la paz regresa a la tierra.

Nina contempló satisfecha el cúmulo de ropa. Tomó la primera prenda del montón y la extendió, tomó otra, la extendió y alisó, y con una señal invitó a las demás a que ayudaran. Y todas se pusieron a trajinar con la ropa, construyendo una larga cadeneta recta. Nina caminaba detrás, perfeccionista como era, enderezaba las curvas y alisaba las arrugas.

Finalmente, Nina tomó la cinta métrica aparecida en los bolsillos de Shlomith y midió: sujetador de encaje amarillo (٧٠ cm), sujetador de raso rojo (٨٥ cm), sujetador premamá blanco (٨٠ cm); caftán negro largo (١٣٢ cm), camisa de hospital (٥٥ cm), camisa premamá fruncida negra (٦٥ cm), polo rosa (٦٨ cm), camiseta de Scott Walker blanca y negra (٥٦ cm), chaqueta de lana grande azul oscuro (٧٥ cm; la chaqueta tenía también un cinturón, ١٠٠ cm); pantalones de vestir (٨٥ cm, abiertos en espagat ١٥٨ cm), pantalones de algodón de raso turquesa con frontal de jersey elástico (٩٣ cm, abierto en espagat ١٥٩ cm), pantalones de hospital (٧٨ cm, abiertos en espagat ١٤١ cm), pantalones de pana marrones (٩٥ cm, abiertos en espagat ١٧٨ cm), vestido amarillo (١٣٥ cm); calcetines finos negros (٣٤ cm × ٢), calcetines de hospital finos blancos (٣٠ cm × ٢), calcetines de lana rojo encendido (٤٠ cm × ٢), pantuflas mullidas (٣٨ cm × ٢), medias gruesas marrones (٧٣ cm, abiertas en espagat ١١٠ cm); pañuelo verde claro (٧٠ cm); deportivas verdes (talla ٢٧ ,٤١ cm × ٢), sandalias marrones (talla ٢٥ ,٤٠ cm × ٢), deportivas azules (talla ٢١ ,٣٦ cm × ٢) y una bota de invierno (talla ٤٠ ,٣٧ cm de alta).

En total, ٢٢ metros ٧ centímetros. Daría para una superficie de ٣٠ metros cuadrados.

Nina levantó las mangas de las camisas. Añadirían unas decenas de centímetros más.

Lo siguiente que había que hacer era tomar una decisión fundamental: ¿una estancia grande o dos pequeñas? Querían una grande. La cocina. Más sencillo estar fuera o dentro. Los movimientos entre habitaciones podrían resultar problemáticos: ¿por qué esa ha entrado allí, con aquella, qué quería eso decir? ¿Qué significaba una segunda estancia? ¿Podría alguna apoderarse de ella? La idea de dos estancias despertaba mucha preocupación, nadie quería arriesgarse,

aunque una versión de dos estancias supondría beneficios incuestionables. Una división (cocina + habitación, por ejemplo) habría posibilitado espectáculos divertidos. Habrían podido sentarse e imaginar una deliciosa cena a la luz de las velas. Después habrían podido cambiar de espacio y dormir juntas en el suelo, cerrar los ojos e imaginarse un sueño compartido. Pero si los espacios se empleaban mal… Si se formaban grupitos… Si surgían dos naciones… Si empezaba una guerra…

Las mujeres comenzaron a alinear la ropa en un rectángulo alrededor del sofá de marta cibelina y de la chimenea peluca. Entonces a Polina se le ocurrió preguntar si no habría que convertir el sofá en un escaño largo, al fin y al cabo, en las cocinas no había sofás, por lo menos no en la suya de Moscú. Pero al resto no les entusiasmó la idea. Los escaños eran duros y el abrigo de piel era suave, independientemente de si sentían su suavidad o no. La suavidad saltaba a la vista, la marta cibelina era mullida como no podría serlo nunca un escaño, así que la idea resultaba imposible, punto.

Polina no se rendía tan fácilmente. ¿Entonces podría el abrigo ser una alfombra? Podría ser una alfombra *oriental*. ¡O una alfombra voladora! Una alfombra voladora en la cocina. Eso a Polina no le parecía raro en absoluto, al contrario que el sofá, que no formaba parte de una cocina, punto.

Nadie reaccionó a la sugerencia de Polina. Vamos a votar, exclamó Nina, visiblemente preocupada: ¡No vamos a tener una riña nada más empezar! ¿Quién quiere que el abrigo sea un sofá? (Todas menos Polina y Ulrike levantaron la mano). ¿Quién quiere que el abrigo sea una alfombra? (Solo Polina levantó su mano).

¿Y esa chimenea? ¡En las cocinas no hay chimeneas! Una cocina a la antigua que funciona con fuego sí puede haber, o un horno de pan. ¡Pero no una chimenea! Polina estaba enfadada. ¿Por qué no hacemos una sala de estar, gritó, ya que no queréis cambiar el sofá por una alfombra y la chimenea por un horno? A una sala de estar pertenecen el sofá y la chimenea, ¡a una sala de estar!

Nina, que deseaba llevar a buen término su brillante idea, posó la mano sobre el hombro de Polina para calmarla. ¿Le parecería bien, preguntó con el tono más amable posible, que cada una imaginara la estancia como deseara? Para algunas, continuó, como por ejemplo para mí, la idea de una cocina es extremadamente importante. *Extremadamente importante*. Y en mi cocina, en estas circunstancias excepcionales, puede haber tanto un sofá como una chimenea. Ya me

he acostumbrado y por eso prefiero mantener ambas cosas. Vosotras, a quienes esto os molesta, podéis imaginar que estáis en una sala de estar en lugar de en una cocina. ¿Esto les parecería bien a todas?

Polina aceptó a regañadientes la sugerencia de Nina. Y decidió desafiar e imaginar una alfombra voladora, solo y exclusivamente eso, a la porra con las habitaciones.

Pero la construcción continuaba. Cuando más avanzaban las paredes, más crecía la alegría. Nina y Shlomith se miraban una a otra y sonreían. Era posible cesar las hostilidades, después de todo. Era posible reabsorber los colmillos en las encías. Era como si la mañana hubiera estado esperándolas en algún sitio. Una mañana luminosa, tierna, que despierta con su luz a las durmientes. Una mañana, el inicio programado del día: ¿eran las paredes las que lo causaban, eran las paredes las que hacían sentir que casi te podías levantar de la cama, lavarte los dientes e ir a la ducha? ¿Que si girabas, a tu espalda esperaría la mesa dispuesta para el desayuno? Café, zumo, tostadas, huevos y mermelada… El periódico, frases juiciosas relativas al mundo… *Le Monde*, *The New York Times*, *Komsomolskaja pravda*. *Salzburger Nachrichten*. *Le Soleil*, *De Telegraaf*. El mundo repleto de problemas reales, pero qué importaban, ellas estaban dentro. ¡Estaban a salvo! ¡En casa!

Dentro de los cimientos de ropa reinaba el bullicio. Cada una trabajaba de rodillas con ahínco en su zona, su mano enderezaba y alisaba, bien pantalones, bien camisas, para maximizar la superficie de la estancia. Con los tres pares de zapatos se consiguieron unas estupendas esquinas al disponerlos en posición Chaplin. La cuarta esquina se hizo con las vitales pantuflas de Shlomith. La pobre bota huérfana de Polina pudo ocupar el lugar de honor, con ella se compuso la puerta de entrada. La punta puntiaguda era el gancho con el que se cerraba la puerta. Cuando se encajaba en el lugar acordado, nadie externo tenía por qué entrar.

It feels better, repetía Nina, y al ritmo de esta consigna, las mujeres se acomodaron y transformaron el espacio en un hogar. Maimuna se sentó en el sofá abrigo de marta cibelina, Polina en la alfombra voladora. Nina, Ulrike y Shlomith se arrellanaron frente a ellas. Wlbgis se tumbó junto a la chimenea y colocó la cabeza al lado de la peluca. Quedaba en su interior suficiente espíritu rebelde, y con los dedos tomó las puntas del pelo y se las colocó sobre la frente. No las sentía, ni en la mano ni en la frente, pero logró empujar la peluca lo suficiente para que las fibras naranjas crujieran al rozar la frente, en

su campo visual.

Wlbgis cerró los ojos. Se vio a sí misma en la primavera de una calle encharcada del centro de Zwolle. Avanzaba con determinación, brillante e incandescente. Sentía que caminaba a un par de centímetros sobre la superficie, no era de extrañar, pues se apresuraba hacia su gran amor. La niña la esperaba a unas manzanas de allí, su mano rellenita en la delgada mano de su madre. La niña recibiría pronto su primer helado de primavera y mientras la madre podría ir a recoger su dosis semanal de buprenorfina. Vainilla, chocolate, pistacho; cereza, una sombrilla de papel y nata; grageas de colores, granitos de chocolate, salsa de fresa; lo que a Melinda se le antojara pedirle a su abuela.

Las mujeres apenas se habían puesto cómodas y abandonado a sus pensamientos, cuando en la alfombra voladora comenzó una historia sin previo aviso, para la que nadie se había preparado y que nadie había esperado. «Bueno, soy Polina», dijo Polina de pronto (y las desconcertó a todas, pues eso lo sabían), «y soy alcohólica».

Esto sí que no lo sabían. No sabían cómo había sido ser Polina. Polina hablaba mucho, pero jamás de sí misma, excepto una vez, una vez había hablado sobre sí misma. Había contado brevemente cómo su madre moribunda se había negado a morir hasta el último instante, cómo su madre había inhalado el aliento asfixiante postrero con una expresión atónita en el rostro, y cómo en ese momento ella misma había decidido saldar cuentas con su vida. Pero por lo demás, nada que hubiera quebrantado la impresión de mujer que devoraba libros. Simplemente era Polina y había trabajado como jefa de contabilidad en Zlom, la Dirección General de Artes Escénicas de Moscú. Además de eso, había comentado que su trabajo no siempre era placentero. A sus espaldas había mucho cotilleo, que tenía que afrontar con actitud maternal pero un poco excelsa. Eso les había contado. Que había que entender que aquello no se refería a ella *in persona*, sino a su rol laboral. (Había mentido, pero eso las mujeres tampoco lo sabían).

Ahora, dentro de la recién estrenada casa hecha ropa, sobre el sofá abrigo de piel convertido en alfombra voladora, que para algunas seguía siendo un sofá, Polina reveló algo completamente nuevo sobre sí misma. Esta era Polina *in persona*, y era alcohólica.

Lo que no había contado es que pronunciaba esta frase por primera vez, para probar la sensación de una confesión que ya no tendría consecuencia alguna. Aquí no le apetecía empinar el codo. Aquí no había bebida ni nada por lo que beber. Para beber necesitaba ciertos accesorios que se encontraban en el antiguo mundo, en su hogar. Allí era posible beber *bien*, en el orden correcto y apropiado. Más que las bebidas, Polina añoraba el lugar donde bebía, donde todo lo que requería se hallaba al alcance de la mano. Había adquirido para este fin un sillón. Un sillón profundo, en el que te hundías, y a su lado había una elegante mesita de tres patas, y sobre la mesita, a veces una cosa, a veces otra, un vaso para grogs, una garrafa de vino, la porción para una noche. Sentada allí, bebía y se sentaba, y las cosas malas desaparecían. Polina de Día se marchaba y Polina de Noche emergía sorbo a sorbo.

En su propia casa, Polina se creía libre e independiente. Otra persona habría diferido, pero en casa no había otros seres pensantes (el gato Begemot no se cuenta como tal, aunque sí que pensaba a su manera felina). A sí misma, Polina se decía que se estaba relajando. «Me relajo porque de otro modo me volvería loca y no podría parar. De otro modo estaría haciendo nóminas, presupuestos fantasma, informes, planes fiscales y contabilidad a las diez de la noche en Zlom, todavía estaría sentada a las tres de la madrugada, tecleando en la sexta planta, incluso cuando los demás regresaran al trabajo por la mañana. Luego vendría una baja laboral, y eso no puede ser. ¡En la vida tiene que haber algo más que números!».

En teoría, su método funcionaba. Durante la semana bebía lo justo para ser capaz de acudir por la mañana al trabajo sin malestar. Media botella o una botella de vino decente, un par de copas de coñac, licor de hierbas si le dolía la garganta, licor de frambuesa si le apetecía algo dulce.

Polina vivía en el piso superior de un edificio de ladrillos amarillos de 14 plantas, en el punto donde el bulevar Pokrovsky se convertía en el bulevar Yauzsky. Desde la ventana del dormitorio y desde el balcón se extendía una bonita vista de la ciudad, dominada por el diente de Stalin, una de las siete maravillas arquitectónicas de Moscú erigidas por Stalin. Esas siete hermanas, como también se denominaba a las construcciones, recordaban ligeramente a los rascacielos de Manhattan, pero estaban demasiado dispersas, solitarias, y las torres eran más bien medievales o neoclásicas ¿o quizás barrocas? Por el día, con tiempo despejado y unos prismáticos, desde la ventana de la casa de Polina se podía vislumbrar el banderín rojo que ondeaba en el tejado de Zlom, detrás del diente de Stalin, el precepto bordado *Ama el arte en ti, no a ti en el arte,* no se podía apreciar a no ser que el viento soplara fuerte y más o menos en una dirección, de modo que el banderín revoloteara enhiesto en el aire.

Allí estaba la vida diaria de Polina: a un kilómetro escaso de bulevar Yauzsky, detrás del Diente de Stalin, y desde el Diente de Stalin un kilómetro escaso de vuelta al bulevar Yauzsky. A Polina le agradaba realizar el camino a pie. Cuando a veces por las mañanas observaba su reflejo en el cristal de la ventana (ella también lo hacía, sí, toda la gente lo hace), no revisaba su peinado o su porte. Ningún detalle le interesaba. Solo se aseguraba de que estaba allí, de alguna manera entera, de que tenía piernas, brazos y cabeza, aunque no siempre daba esa impresión. Desgraciadamente, todo aquello era necesario cuando

una se presentaba en sociedad.

Existía también otro tipo de ventana, una que no se abría desde el apartamento de Polina. Ni desde la cocina, ni desde la sala de estar, ni desde el dormitorio, todas ellas daban a distintas direcciones y ofrecían vistas y detalles entresacados por prismáticos de los que Polina ya se había hartado. Su propia ventana secreta se abría vertiendo una bebida alcohólica en un vaso. El primer olor del coñac, la inclinación del vaso, y el vigoroso líquido marrón manaba hacia su boca y comenzaba a trabajar allí. Polina inspiraba por la nariz mientras el líquido permanecía en el cáliz cóncavo de la lengua y luego, abracadabra, el cuerpo entero se colmaba de aire fresco, de una ráfaga de otro mundo, de promesas y expectativas. Esta era su *auténtica* vida. Tenía permiso para aferrarse a los libros cuando se abría esta ventana. Tenía permiso de ser cualquiera, por un instante era posible ser una filósofa, una asesina en serie, una princesa, o incluso un caballo. Sin un vaso, los libros se revelaban mudos y eso era malo, pues ella adoraba los libros. Primero había que abrirlos, y para abrirlos necesitaba una palanca especial, una que la arrancaba del círculo de números, sumas, restas y multiplicaciones. Que también le gustaban, pero de una manera muy limitada. En la sexta planta de la dirección general de artes escénicas las cosas se gestionaban sin la angustia creativa con la que ella se topaba casi a diario en la cantina de la planta baja. Siempre había por allí un Dimitri o un Vladimir gritando, algún actor ofendido con el semblante distendido; era entretenido verlo. Especialmente cuando la producción era mala, de ninguna manera imaginable merecedora de todo aquel griterío y enfurruño. Entonces Polina experimentaba un instante de maliciosa alegría ante el mal ajeno. El día del estreno salía durante el intermedio y sonreía con las comisuras de los labios rozando las orejas, aunque sabía que la representación ocasionaría pérdidas al teatro.

Sí, los números eran buenos. Conocidos de hola y adiós, no amantes. Solo los libros eran amantes. Pero hasta ellos había un largo viaje, mucho mayor que el trayecto desde el bulevar Yauzsky hasta el otro lado del Diente de Stalin, y la mente de Polina no se desplegaba a las palabras impresas en el papel con el mero poder de una caminata.

Polina solía regresar a casa pasadas las siete, cenaba y se ponía cómoda. No tomaba el libro hasta que no estaba listo todo lo demás, cuando nada asomaba en el sitio equivocado, cuando hasta los flecos de la alfombra oriental estaban rectos. «Begemot, gatito mío, ven a los

brazos de la *mamochka*, vamos a leer», parloteaba Polina. También al gato le agradaban los libros, o al menos tenderse en su regazo. El trajinar molesto había concluido por ese día. La señora de la casa se sentaba en su sillón de lectura y alargaba el brazo hacia la elegante mesita de tres patas sobre la cual había colocado la ración diaria estimada, que se completaba en caso de necesidad, sí, en general la completaba. Pero existía un motivo. Polina quería que los libros significaran algo, de otro modo no tenía sentido leerlos. No leía libros inútiles, de esos sobre los que se charlaba en el trabajo para hacerse accesible, ella solo leía la *crème de la crème*, solo y exclusivamente en estado de embriaguez.

Polina leía para sí misma. No esperaba, por ejemplo, al hombre de su vida en cuyo oído derramar entre susurros la miel de su cultura, pues sabía bien que en Rusia había unos 10 millones de mujeres más que hombres, y que los mejores ya se los habían llevado, sobre este particular había realizado abundantes observaciones empíricas. No ansiaba a su lado a Alguien Cualquiera. No a desgraciados borrachos sin trabajo, cuervos mantenidos, abusadores, ladrones. Leía para sí misma, igual que algunas mujeres de verdad se arreglan únicamente para sí mismas. Por la mañana se echan máscara en las pestañas nada más acicalarse la cara, aunque no alberguen la intención de salir en todo el día o invitar a entrar a nadie. Lo que es Polina, no pensaba dejar entrar a nadie. Nadie iba a venir. Y ella tampoco se plantaba nunca, NUNCA, entre los Dimitris y Vladimires para compartir pensamientos —¿qué les habría dicho? Prefería socializar con el licor, el coñac y el vino. Cada tipo de bebida ocupaba su sitio en el mueble bar. Los licores estaban arriba del todo, el coñac iba en el medio y los vinos tenían reservadas unas cavidades horizontales cilíndricas. También estaba el decantador que Polina empleaba con asiduidad y que llenaba las noches de vino. En las noches de coñac, al lado había una cafetera italiana colmada de expreso, y con los licores dulces, tomaba alguna galleta salada para evitar el subidón de azúcar.

El alcohol no la cansaba, excepto cuando ella le daba permiso para que la cansara. Polina bebía para inspirarse o para dormirse, y el líquido del vaso obedecía sus órdenes la mayoría de las veces. Tenía un cuaderno de notas en el que ocasionalmente garabateaba pensamientos y apuntes que había despertado el texto, pues algún día… algún hermoso día… ¿jubilada…? Bueno, tal vez dentro de unos años… ¡La gran síntesis de su erudición! ¡Un libro en el que lo daría todo!

Polina no sentía una gran culpabilidad por beber. Al fin y al cabo, había adquirido un conocimiento portentoso que sin la bebida se hubiera perdido. Los libros no le habrían cantado sin esta ventana secreta maravillosa que a veces casi se salía de sus goznes. Valía la pena cualquier efecto secundario. El instante en que un libro iniciaba su tempestad. Cuando comenzaba a entregarse en una sinfonía pura, cuando todas las voces de todos los instrumentos se oían individualmente y juntas, la trompa, el oboe, el contrabajo; ironía, intertextualidad, contexto. Si alguna vez pudiera compartirlo…

No es que Polina no hubiera hablado *jamás* de lo que leía a nadie. A lo largo de su vida se habían dado ocasiones, por ejemplo, fiestas, en las que se charlaba de una manera que ella encontraba agradable. Nada de blabla trivial o, lo peor, un flirteo enmascarado de charla que podía iniciarse por total sorpresa, con cualquier tema, por ejemplo, Chéjov. A Polina, las reglas del juego no le quedaban muy claras. Una vez estaba de pie con sus mejores galas y una copa de champaña en la mano, con el resto del público de un estreno, en compañía de un hombre que apenas conocía y de una mujer totalmente desconocida, y creyó que se hablaba del *Huerto de los cerezos*. Pero no se trataba del *Huerto de los cerezos*.

Al parecer, nada más percatarse de la situación, tenía que haberse retirado con una humilde inclinación de cabeza a un rincón de la estancia y haberse escabullido de la fiesta, pero se quedó congelada en su sitio, como siempre, cometió el error de imaginar que el instante pasaría, así de cándida era ella, creyó que la conversación continuaría como antes. Allí estaban hacía un momento, el hombre, la mujer y ella, y Chéjov en todo su esplendor. Polina había comenzado a avivar la conversación, sus mejillas ardían de entusiasmo cuando regresó a la adaptación escénica que habían visto hacía dos horas, a la negra oscuridad iluminada por un mar de velas. Velas como cerezos blancos, como la nieve brotando en flor y cubos de llanto, de lágrimas, tan profunda tristeza que no podía sino contagiarse a los espectadores… Y de pronto, la mujer y el hombre ya no estaban allí. Una extraña membrana apareció entre ella y ambos. Ellos ni siquiera la veían.

¿Era error suyo, había dicho algo ridículo? ¿Le olía el aliento? El hombre y la mujer hablaban entre sí, citaban la obra de memoria, «¿ha comido usted ranas?», «he comido cocodrilos», era absurdo, «aquí huele a pachuli», cómo se les ocurría lanzar de repente las réplicas sobre los olores, «¿quién es aquí el que huele a arenque?», era incómodo, pero a ellos parecía divertirles enormemente, «quítate de

en medio, chico, que hueles a cocina»; ¿se estaban burlando de ella? Allí estaban, cantándose uno al otro como pájaros, tsirp, tsirp, fiuuuuu-druip-druip-druip, y ella no podía ni moverse un milímetro. «Hueles a coñac, amor», «mi pequeño pepino», y sus mejillas comenzaron a arder de vergüenza.

Por suerte, en esas fiestas abundaba el champaña disponible.

Una vez, en un jolgorio más intelectual, ella se las arregló para tomar el testigo. Un profesor de Historia francés, emérito de la Universidad de Nantes, le dio un consejo. «Lea a Swedenborg», sugirió cuando conversaban sobre fe cristiana y místicos. Polina aceptó el consejo y lo leyó. Habría podido surgir algo de aquello si el otro acto al que el caballero dijo que asistiría no se hubiera cancelado debido a un caso de rehenes ocurrido en la Casa de Cultura de la Planta Estatal de Rodamientos de Bolas Número 1.

Polina se quedó bastante sola con su Swedenborg. Nunca volvió a ver al caballero francés. Había olvidado por completo el nombre (ya se sabe, los nombres no significan nada cuando la conversación fluye), y nadie en su círculo de conocidos parecía saber a quién se refería cuando más tarde trató de recabar información. Nadie sabía de quién estaba hablando cuando describía a un hombre con un desconcertante parecido a un Jean-Louis Trintignant mayor, un hombre que llevaba un pañuelo rojo al cuello —¿acaso se lo había inventado? De todos modos, Polina habría tenido para él una intrincada pregunta referente a Swedenborg que ahora se quedaría permanentemente sin respuesta.

Aquí, en el nuevo hogar, sentada en la alfombra voladora, Polina supo que había encontrado por fin un público apropiado que no iniciaría un descarado jugueteo erótico delante de sus ojos, ni se fugaría al baño o desaparecería sin dejar rastro debido a un desafortunado atentado terrorista. Polina supo que podía probar cualquier cosa, así que decidió dar lo mejor de sí misma. Lanzó al aire una frase un poco más precisa que la anterior: «Soy Polina Yurievna Solovyeva, y soy alcohólica». Tras la última palabra, cerró la boca con un chasquido, satisfecha como un gato que ha lamido hasta la última gota de nata de un plato llano, con la excepción de que ella no se relamió los labios.

¡Ay, cuánta confusión despertó su confesión! Ninguna dijo ni pío. Miraban fijamente, esperaban que continuara, esa impresión daba. Polina, que se despatarraba imponente y nudosa en el sofá al lado de una Maimuna esbelta y de piernas delgadas, supo que había llegado su momento. Había mantenido la situación bajo control. Pronto cada una

de esas mujeres estaría comiendo de su mano.

El silencio continuaba. Polina se rindió al deleite de un momento que jamás le había permitido nadie, tanta prisa tenía la gente en intercambiar palabras, primero una frase, pronto otra y enseguida la tercera, sin importar el contenido con tal de que la conversación continuara y una sonrisa pícara centelleara en sus ojos. Pero aquí Polina cometió un error. No había dedicado ni un segundo a pensar cómo proseguir su historia, qué quería contarles en realidad. ¿Qué le agradaban el vino, el coñac y el licor por las noches en casa?

El silencio de Polina tuvo consecuencias impredecibles. Había silencios y *silencios*. El gigantesco silencio que se extendió como un fuego gradualmente por aquel espacio pertenecía a esta última clase. Destruía el quid de la historia, lo quemaba hasta sus cenizas, a pesar de lo apetecible que era el tema. Polina comprendió demasiado tarde que el placer de la espera no se podía prolongar hasta el infinito.

Aquí, en este lado, la duración de los silencios era imposible de medir. Un minuto o un año, cómo saberlo. Cuando nada de lo existente alrededor cambiaba, cuando el sol no salía ni se ponía, cuando nada de lo que existente en su interior armaba ruido, cuando el corazón no encontraba el ritmo ni el aliento elevaba el pecho, qué hacer con el tiempo, no existía, era una simple palabra. Un estómago que ruge de hambre es un reloj. El pulso es un reloj. El dolor es un reloj. Ahora todo había desaparecido, todo excepto las palabras. La conversación, sin importar lo torpe que fuera, cuán cargada estuviera de grandes equívocos, portaba el tiempo, las cuidaba, de alguna manera incomprensible les ayudaba a continuar siendo personas. Hablar, parlotear, incluso reñir: no se trataba de pasar el tiempo. Las palabras les brindaban cadenas seguras, flotadores, causas y consecuencias, aunque no más ayeres ni mañanas, que se habían convertido en expresiones intrascendentes, sino continuos, continuos, eso es lo que brindaba la conversación. Arboledas de recuerdos eternamente verdes de las que se podía extraer no solo el sentir del pasado, sino las expectativas de futuro. Y si alguien no seguía el hilo, al menos le quedaban las melodías: el tono grave y algo ronco de Shlomith, la voz clara y nítida de Ulrike, la nasal chirriante de Polina, la pronunciación suave y una pizca infantil de Nina y la energía entusiasmada, emocional y que se apagaba rápido de Maimuna.

¿Por qué nadie le preguntaba nada a Polina?

«Polina, ¿qué desencadenó tu necesidad de beber?».

«¿Cuánto bebías?».

«¿Cuándo te diste cuenta de que beber era un problema para ti?».

«¿Perdiste tu trabajo?».

«¿Te mató el alcohol?».

Silencio, ese particular *silencio* era espantoso, aunque además de Polina, nadie aparentaba reparar en él. Las otras pensaban que ese *silencio*, esos momentos mudos, de calma chicha, escapados de la órbita del tiempo, tenían algo cautivador. Algo a lo que deseaban lanzarse, a pesar de que con unas muy pequeñas repreguntas aquello habría podido transformarse en la mejor historia, la más realista, más trágica y estremecedora allí contada.

¿Se trataba entonces, una vez más, de Polina? ¿Había sido la confidencia de Polina, incluso bajo estas circunstancias, demasiado dura, enmudecedora?

Polina dejó que su mirada recorriera a las mujeres de una en una. Wlbgis, durmiente bajo su peluca; Maimuna, escondida bajo una manga del abrigo de marta cibelina; Nina, dormitando bajo la protección del montículo de su vientre; Shlomith, meditando en posición de loto; Ulrike, tumbada de costado… ¡Qué descorteses eran! Era de buena educación decir algo, lanzar al menos un suspiro de comprensión cuando alguien pone de esta manera toda la carne en el asador. Francamente indecente que se callaran así, como si lo hubieran decidido juntas, ¡y además con los ojos cerrados!

Polina sintió que una cancela familiar comenzaba a abrirse. Cómo una ofensa de piernas temblorosas asomaba el hocico por una rendija, empujaba y la abría de par en par, brincaba gozosa, agitando sus patas entumecidas, hacia el llano pastizal de primavera. No se trataba de su alcoholismo. ¡Esto era, una vez más, por ella *in persona*! Una mujer hermosa podía soltar cualquier basura. «Soy Ulrike, de Salzburgo, y llevo chutándome heroína cinco años». A una mujer hermosa la querían escuchar, sin excepción. «Soy Maimuna, de Senegal, y llevo vendiendo mi cuerpo desde los seis años». Por primera vez en este vacío del más allá se atisbó dentro de Polina un sentimiento que recordaba a la amargura. Para Ulrike y Maimuna todo era posible. Ni siquiera la muerte las había igualado.

La muerte.

¿La muerte?

Shlomith, Wlbgis, Nina, Ulrike y Maimuna, cada una de ellas estaba extrañamente helada, inusualmente ausente. ¿Y si al final no se trataba de ella, de Polina? ¿Podía tratarse de algo, de alguna cosa mucho más, mucho más… fatalista? ¿Y si las mujeres estaban de

viaje? ¿Y si sus almas habían migrado? Y pronto se habrían ido del todo, ¡como Rosa Inmaculada!

Polina tomó una decisión rauda como un relámpago. No quería quedarse sola. Cerró los ojos. No suavemente, sino apretándolos medio a la fuerza, pues el instinto le ordenaba que los mantuviera abiertos. Pero qué le importaba el instinto. Quería estar donde estaban las demás. ¡No tenía la intención de quedarse mirando cómo desaparecían!

Y así comenzó a aparecer en los párpados cerrados de Polina algo que difería de la ordinaria opacidad gris claro. Era un color amarillo, sí, como si el sol hubiese salido. Como si de alguna parte hubiera arribado una luz, como si hubiese amanecido, justo como si el verano hubiese comenzado dentro de los ojos. Si abombas las palmas de las manos sobre los ojos cerrados, si giras hacia una luz brillante y apartas la mano, puedes hacerte una leve idea de lo que comenzaba a suceder en los párpados de Polina. En los párpados cerrados dirigidos a la luz aparece primero un brillo amarillo, luego manchas rojas, luego pequeños y aceitosos círculos negros en movimiento. O incluso cosas más singulares si te atreves a frotarte los ojos. (Los oftalmólogos siempre lo advierten: no hay que frotarse los ojos. ¡Va a causar un daño irreversible! Pero nunca cuentan exactamente lo que ocurre. Qué se rompe, qué no volverá a estar jamás indemne. Los oftalmólogos dicen mentirijillas sobre este asunto. Resulta que los ojos están hechos de un material excepcionalmente flexible: puedes incluso meterle el dedo en el órgano visual a un atacante —esta es una de las técnicas de autodefensa que se les enseña a las mujeres— y no acabarás en el juzgado, pues el ojo dañado del atacante se va a curar. Una pena. En el futuro, el atacante podrá seguir con la mirada a sus próximas víctimas: a ti, a tu hermana, a tu madre, a tu hija, a tu mejor amiga; el atacante podrá seguir a la mujer elegida y aguardar a que la víctima llegue al punto más oscuro de un paso subterráneo… esperar el momento en el que estés, en el que tu hermana esté, tu madre, tu hija, tu mejor amiga, más vulnerable… Y entonces: ataque: asalto: violación: ¡recuerda entonces los ojos del malhechor!). Si a pesar de las advertencias médicas uno decide restregarse un poco los ojos, es posible ver casi cualquier cosa: un amarillo sol que se espesa en un naranja y en un rojo sangre; grandes grumos oscuros que se mueven, las manchas de la prueba de Rorschach, nubes de tormenta y relámpagos. Nidos de avispa, globos de helio en el aire. Arcoíris. Balas trémulas. Tuercas giratorias. El universo entero, tus peores pesadillas,

¡en la seguridad de la pantalla de tus propios párpados!

Para sorpresa de Polina, el amarillo brillante comenzó a desintegrarse nada más llamear un momento. Como un espejo hecho añicos a cámara lenta. Los pedazos rotos flotaban como si los hubieran agitado un instante con gesto rápido de un lado a otro dentro de una caja cerrada, zigzag, zigzag, y luego comenzaron a colocarse, a descender cual polvo.

De pronto, Polina sintió como si alguien le hubiera arrebatado de un tirón la alfombra bajo sus pies. Como si algo la hubiera puesto boca abajo. ¿O es que ella misma se lanzó de cabeza contra algo, contra… granos de arena? ¿Estaba tumbada con la cara en la arena?

Polina comenzó a distinguir bultos y huecos, ondas formadas por el viento, dunas. Levantó la cabeza un poco más y divisó arena hasta donde se pierde la vista, arena trémula en un calor que habría tenido que quemarle las mejillas, las palmas de las manos, el pecho, el vientre, los muslos. Con cuidado, como probando si sus vértebras funcionaban, comenzó a girar la cabeza hacia la izquierda. No sentía que el cuello girara, pero notó que su mirada se dirigía como llevada por una fuerza, hacia un lado, hacia atrás en diagonal.

En ese momento llegó a sus oídos el rugido de un motor. Como si alguien hubiera apretado el botón del volumen de la televisión antes en *mute*. Reparó en un desvencijado todoterreno hundido en la arena a su espalda. Las ruedas del vehículo derrapaban, el motor aceleraba. Aullaba, croaba, acumulaba fuerzas y lanzaba otro dolorido aullido a los cuatro vientos.

Polina se puso a gatas. Al lado del jeep se apostaban hombres con fusiles, el rostro cubierto por pañuelos, los hombros tensos de rabia. Dos hombres se agachaban de rodillas, con los brazos cruzados detrás de la nuca. Delante de ellos estaba tumbada Maimuna, con el familiar vestido amarillo subido hasta las nalgas. Cinco cinturones de piel de cabra estaban extendidos en la arena. Uno de los hombres con pañuelo en la cabeza había metido el cañón de su fusil entre los rizos de Maimuna.

Como una composición. La foto de prensa del año.

Y entonces. ¡Las mujeres! Wlbgis, Shlomith, Nina, Ulrike y ¡Rosa Imaculada! ¡Y Maimuna! También Maimuna, no solo en el suelo, con el vestido remangado, sino también en el aire, ¡de nuevo en ropa interior! Todas en bragas excepto Rosa, afortunada Rosa en su ropa decorosa, el polo de piqué rojo magenta, los pantalones cortos beige. Allí estaban, junto al todoterreno, cual ángeles de la guarda. Estaban

de pie, pero no estaban de pie. Flotaban a veinte centímetros de la superficie, un poco torcidas, oscilaban a lo largo del parachoques trasero del vehículo, al nivel del tubo de escape. De alguna manera se desconectaban de la imagen, como debajo de un film transparente, vacilantes, sin profundidad.

Rosa Inmaculada comenzó a gesticular ansiosa a Polina. Nina sonreía confusa, Ulrike parecía inquieta, Shlomith daba la impresión de golpetear impaciente el pie. Wlbgis se apoyaba en la rueda de repuesto fijada a la parte de atrás del vehículo, pero sin rozarla. La Maimuna en el aire estaba calmada. La Maimuna en el aire miraba a la Maimuna en la tierra.

A Polina le apetecía unirse al grupo. Estaba a punto de levantarse, ya se veía a sí misma continuando la línea, al lado de Rosa, la más alejada del todoterreno, quizás mano a mano con la brasileña… Y después, y después, ¿qué? ¿Qué ocurriría cuando estuviera junto a las otras mujeres?

Ejercicio de muerte número 2 (según Swedenborg)

Polina abrió de pronto los ojos. El desierto desapareció. Todo volvía a ser de un blanco doloroso a los ojos, intenso, sin sombra. Maimuna seguía repantigada igual que hacía un instante, el rostro bajo la manga del abrigo de marta. Wlbgis estaba de espaldas con los mechones de la peluca sobre su frente. Ulrike, Nina y Shlomith estaban sentadas, cada una a su familiar manera, frente a ella. Los ojos de las mujeres seguían fuertemente cerrados, pero las bocas se habían entreabierto. Incluso Wlbgis había despuntado los labios.

-Oooon…

Despacio, vibrando como una sílaba *om* meditativa, esa palabra aterradora comenzó a escapar de los labios de las mujeres. En un instante, eso estaba claro, todas desaparecerían. Se irían de una manera u otra, tal vez paulatinamente como Rosa, tal vez de un plumazo, hacia al todoterreno en el desierto, acompañando a Maimuna más allá de la frontera para ser testigos de su muerte. Todas excepto ella, Polina Yurievna Solovyeva. ¡Ella no se iba a ningún sitio!

Cuando la erre ya vibraba en la lengua de las mujeres, Polina abrió la boca y gritó, gritó como solo puede gritar una persona cuando tiene que detener un tren que se abalanza, o alzar por los aires un avión que va a chocar con la tierra, como hay que gritar para despertarse de una pesadilla, para cambiar la dirección de las balas que silban en el aire.

Polina gritó el grito de una persona que cae, un chillido ascendente sin palabras, quería evitar la muerte. ¡Aún no podía ser la hora de Maimuna!

El grito de Polina surtió efecto. Las mujeres adormecidas abrieron los ojos como autómatas recién revisados, casi al mismo tiempo, nada más oír su voz. Parecían atónitas, incluso un tanto sobresaltadas, todas excepto Maimuna, que sacó la cabeza de debajo de la manga del abrigo de piel y parecía disgustada, casi enfadada. Volvió a cerrar los ojos rápidamente, tal vez incluso desafiante, pero a Polina le importaba poco. ¡Acababa de salvar a esa ingrata de una destrucción segura! Por lo menos había pospuesto el momento final de la muchacha, si es que se trataba de eso, si es que de verdad una persona podía morir dos veces.

Unos pensamientos salvajes se apoderaron de la cabeza de Polina. ¿Qué habría dicho sobre todo esto Swedenborg, obsesionado con las visiones celestiales? ¡Ojalá el profesor de Nantes, su Jean-Louis Trintignant, la hubiera acompañado durante más tiempo!

«¡Escuchad, mujeres! Había una vez un místico…» empezó, pues quería devolver el mundo a su sitio y la mejor manera de hacerlo era charlando. La posibilidad de que, al abrir sus ojos, al lanzar un grito, había evitado algo importante, tal vez un evento crucial, ni siquiera se le pasó por la cabeza. Swedenborg llevaba a Polina como un carnero del ronzal, y ella no le dedicó ni medio pensamiento a la posibilidad de que su acción hubiera frenado alguna clase de progresión.

Polina no dejaba entrar en su mente esa clase de preguntas. Tan perspicaz como era, sorprendía la frecuencia con la que lograba evitar lo más sustancial, perder la esencia que estaba a punto de encontrar, que habría podido iniciar la iluminación. Sí que le daba vueltas al asunto, pelaba la cebolla capa a capa, pero luego sucedía algo, ella se perdía, se desviaba por caminos secundarios que llevada por el entusiasmo había tomado por atajos.

El alcohol podía tener su parte de culpa. Si alguien hubiera debido saber que la verdad es al final algo muy simple, esa era Polina. No habría necesitado andar buscándola en cientos de libros si hubiese tenido la paciencia de concentrarse un instante, por ejemplo, en su gato, si se hubiera entregado de todo corazón a jugar con él. Entonces habría aprendido cosas irremplazables. Pero Begemot deshilaba secretos profundos él solo. Su dueña le cuchicheaba, pero probablemente hablaba más consigo misma que con el minino. Cuando acariciaba a su mascota, en realidad se acariciaba y se

cuidaba a sí misma. Polina quería terriblemente a su gato, cálido como el coñac, acogedor como el licor, irresistible como *šampanskoje* semiseco. Un compañero encantador, desde luego, pero Begemot habría podido ser mucho más: una lección a cuatro patas sobre las Cosas Esenciales de la Vida. Si Polina se hubiese detenido alguna vez a escuchar lo que Begemot tenía que contarle, habría podido arrojar su bebida para siempre por el fregadero y continuar un poco más en el libro de los vivos.

«¡Escuchad! Había una vez un místico, al que alguna vez llamaron filósofo», Polina se aclaró la garganta y continuó con su voz nasal. «Describió el más allá de una manera que recordaba *un poco* al espacio donde ahora nos encontramos. Bueno. Ejem». Polina se turbó, hizo una breve pausa. Había lanzado el anzuelo y el cebo se columpiaba en la punta del gancho, en su llamada *situación*. Las mujeres cobraron ánimo, se pusieron alerta, tal y como Polina había anticipado. Bueno, no se relamían de emoción, pero el sentimiento de expectación era palpable. Polina abrió la garganta, tosió, tomó carrerilla y dejó que las palabras fluyeran.

«Emanuel Swedenborg, sabio loco enmendado, tuvo una vida larga para su tiempo, vivió ٨٤ años. Era, dependiendo de la perspectiva, un místico, un filósofo o un ocultista; excéntrico, epiléptico o erotomaníaco; hipocondriaco, histérico o esquizofrénico, el Gran Soñador, un flatulento o, en palabras de Balzac, el Buda del Norte — un hijo querido tiene muchos nombres. Esta personalidad barroca, dispersa, nació en ١٦٨٨ en Estocolmo y murió en Londres en marzo de ١٧٧٢. Como detalle divertido, hay que mencionar que el cráneo de Swedenborg, igual que, por cierto, el de Descartes antes que él, anduvo perdido un tiempo después de su muerte. El cráneo fue encontrado, no me preguntéis donde, y los restos terrenales del místico se trasladaron con gran ceremonia a su último lugar de reposo en la Catedral de Uppsala.

Antes de pasar al tema propiamente dicho, es decir, a las visiones celestiales de Swedenborg, que son el objeto principal de nuestra lección, hay razones para recapitular unos hechos. La reputación de Emanuel Swedenborg es, para qué negarlo, dudosa. Tras su muerte, al pobre hombre lo dejaron en manos de muchas clases de lunáticos: sonámbulos, mesmeristas, illuminati, practicantes del magnetismo animal, rosacrucianos, alquimistas y cabalistas… Sin olvidar a los masones. A pesar de que era un científico. A quien, hay que admitirlo, no le importaba mucho lo empírico y prefería socializar con ángeles.

Así más o menos describía él mismo su área de trabajo en el prefacio de una de sus últimas obras, *Arcana Caelestia*…».

Es importante saber una cosa sobre Polina que hasta ahora se ha mantenido oculta: que tenía memoria fotográfica. Cuando su cabeza estaba clara, lograba devolver a su mente una imagen muy precisa de una página del libro que había leído si este la había tocado un mínimo, y la mayoría de los libros que leía lo hacían. La acidez cítrica del Cointreau, un *l'eau-de-vie* VSOP madurado en barrica de roble o un Muscat dulce ayudaban a grabárselo en la cabeza. Begemot había escuchado desde el regazo de su patrona muchas de sus conferencias recitadas de memoria. Al contrario que los seres humanos, el minino disfrutaba del tono con el que ella le contaba cosas. La voz de Polina era personal, sí, toda su persona era personal, mucho. La pobre anfitriona de Begemot no sabía aproximarse a las situaciones más que atosigando, apropiándose del espacio con un estilo que resultaba demasiado excéntrico para el límite de tolerancia que tiene la mayoría de la gente mediocre. Cuando Polina se unía a un grupo y abría la boca, casi siempre significaba el final de todo. O la acallaban cambiando de súbito el tema de conversación o simplemente la dejaban sola. Uno y otro de pronto tenían algo que hacer en otro sitio, el grupo de personas se disgregaba y Polina volvía a quedarse consigo misma.

Polina era definitivamente una persona incómoda. Tenía unas capacidades especiales, por ejemplo, este don maldito de la memoria fotográfica, que tal vez hubieran resultado útiles en el arte de la magia, pero no en una oficina o en el mundo de la gente creativa, pues el mundo de la gente creativa, como cualquier estrato socioeconómico, está repleto hasta los bordes de actitudes refinadas. Por suerte, Polina tenía a su gato, su mueble bar y sus libros. O, en honor a la verdad, habría que colocar las cosas en otro orden: ¿mueble bar, libros y gato? El significado del gato era ciertamente grande. Por las mañanas Begemot maullaba y se restregaba contra su somnolienta patrona y la ponía de buen humor, ¡miaaaau! El maravilloso pelo negro brillante del minino y el nervudo armazón esbelto que resbalaba debajo del pelo (el animal se alimentaba principalmente de entresijos crudos como riñones) se sentían *tan bien* bajo la mano resacosa, *tan bien*. Sí, el gato era querido para Polina, lo más querido de todo, así que el orden final es el siguiente: gato, mueble bar y libros. Al mueble bar no queda otra que colocarlo en el medio, pues no había libros sin bebida, como ya sabemos, aunque también sabemos que si Polina

hubiera tenido que marcar una cruz sobre el mueble bar o los libros en un entrometido cuestionario sobre las cosas importantes en la vida, naturalmente habría trazado la cruz sobre los libros, pues estos tenían un valor intrínseco, y el alcohol solo poseía valor en cuanto parte del ritual de lectura.

Baste esta introducción sobre el don especial de Polina, su monstruosa memoria fotográfica, de la que recibimos una prueba indisputable en lo siguiente:

«La Divina Gracia del Señor me ha brindado ya varios años de estar en regular y constante compañía de espíritus y ángeles, escuchándolos hablar y, a su vez, hablando con ellos. De esta manera, se me ha permitido escuchar y ver las cosas maravillosas existentes en otra vida que nunca han llegado a conocimiento de ningún ser humano ni han penetrado sus pensamientos». Así escribía Swedenborg en el prólogo de su *Arcana*, una obra de la que en vida se vendieron solo cuatro copias, una de las cuales adquirió Immanuel Kant, que la leyó y se decepcionó profundamente porque no halló en el libro evidencia alguna de la existencia del mundo de los espíritus. En el delirante místico solo brama un viento hipocondríaco, pensó Kant.

¿Entonces, estaba Swedenborg loco de remate? ¿O era un gran poeta malentendido? Debido a su buena posición social no lo encerraron en un manicomio, aunque dicha opción habría sido seriamente barajada. Yo, por el contrario, diría que nosotras, queridas mujeres, justo *nosotras* estamos en una posición especial en el grupo de críticos de las visiones celestiales de Swedenborg. Sugiero que una vez os haya proporcionado unas nociones básicas sobre sus ideas, votemos, como hace poco votamos entre el sofá y la alfombra voladora, si Swedenborg tenía razón o estaba equivocado cuando escribió sobre el más allá. ¿Qué decís?».

¿Debería Polina haberse hecho profesora? ¡Sabía cómo hablar, maldita sea! ¿Había cometido el error de su vida al elegir una formación comercial supuestamente segura, que solo la había conducido a una camaradería con números insensibles, íntegros pero depresivos, y que estaban solo a las maduras? ¡Tal vez debería haber trabajado con niños! Estaba claro que Polina tenía talento para mantener atenta a la audiencia, si la audiencia se mostraba dispuesta, como era ahora el caso (y como ocurre con los escolares bien educados).

En lo que Polina no reparó es en que estaba hablando de Swedenborg en su propio idioma, no en inglés. Y todas parecían

comprender, aunque ninguna sabía ni una palabra de ruso. Nina asintió y pronto asintieron también las demás; la votación sugerida por Polina era una idea bien acogida. Wlbgis había salido de su peluca y se había incorporado y también Maimuna había vuelto a abrir los ojos y ya no parecía enfadada en absoluto. Allí estaban las mujeres sentadas, cada una en su sitio, como niñas buenas deseosas de aprender. Lo que faltaba en la imagen era la crencha en mitad de sus cabezas, las trenzas tirantes y los lazos rojo brillante.

«Emanuel, hijo mayor del capellán militar Jesper Svedberg y de Sara Behm, se sentía muy a gusto en compañía de la familia real», continuó Polina, segura de sí misma, radiante, en realidad. «Incluso competía en filosofía con su amigo Carlos XII. Y así, la reina Ulrika Eleonora elevó a Swedenborg a la nobleza, sin olvidar a sus hermanas y hermanos, en 1719. Y de esta manera Svedberg se transformó en Swedenborg. La familia poseía propiedades mineras que el muchacho heredó a los 32 años, después de lo cual ya no tuvo preocupaciones económicas. Un punto de partida bastante agradable ¿no es cierto?, para empezar a construir la arquitectura de los cielos.

Swedenborg era discípulo de la Universidad de Uppsala y entre sus colegas se encontraban Carl von Linné (el príncipe de la taxonomía), y Anders Celsius (¡el termómetro!). Así que puede decirse que creció intelectualmente en una compañía bastante excelsa. Sus disciplinas eran la geometría, los metales y la química, pero naturalmente practicó otros conocimientos como la mecánica, la matemática y la astronomía. Fomentó la comprensión científica de la teoría de la reducción del agua y trató de resolver el problema científico más en boga: cómo determinar la longitud en el mar. No llegó a acercarse a la solución, pero, orgulloso como era, rehusó a admitir su fracaso.

Los conocimientos de Swedenborg, y en especial sus áreas de interés, no eran exiguos. Encuadernaba libros, pulía lentes, realizaba hábiles grabados y muebles, incluso probó las labores de relojero. Asimismo, hay que incluir entre sus méritos catorce inventos, entre ellos un instrumento musical y un notable plan para un avión, y un menos significativo boceto para un submarino. En mi opinión, el invento más interesante de todos es el método de análisis que desarrolló para ‘predecir los deseos y emociones’. Desafortunadamente, poco se ha preservado de esta brillante perla de pensamiento para las generaciones futuras, así que el señor Sigmund Freud se quedó con el botín».

Polina hizo una breve pausa, como si hubiera deseado decir algo

sobre el señor Freud. (No le gustaba mucho el señor Freud). La voluntad es más importante que la comprensión, creía ella, y con esta idea retrocedió varios siglos, dejó tras de sí su cenagoso presente y una patética alma tipo cebolla, desmembrada por tanta charla y punzantes descubrimientos interminables. Su alma no era una cebolla. Y ella no era una rumiante. Si la voluntad humana era tan enmarañada como una nuez con sus interminables pliegues, jamás saldría nada de nada.

¡Y jamás salió nada de nada! De ejemplos disuasorios había un desafortunado número. Una vez en tiempos remotos, en una velada, Polina había deseado recitar un poema de memoria para deleite de los asistentes a la fiesta. Su voz estaba prácticamente hecha para entonar los versos de hace cien años. Quería entregarse por entero, todo su cuerpo gelatinoso al servicio del poema, humilde y desinteresada. Al contrario que los demás, no se imaginaba especial en absoluto. Que alguno de sus repugnantes secretos, cualquiera que fuera, pudiera ser un tema interesante de conversación. No lo era. ¡Pero tampoco lo eran los secretos de los demás! Esos motivos exprimidos en forma de charla ligera para entretenerse, *en realidad solo trataban de herirla,* esa manera de hablar bulliciosa, pero, ay, tan primitiva, *buscaba atención y la conseguí, creedme, la conseguí con intereses,* le causaba escalofríos. La irritaba, horripilaba y perturbaba. La conversación avanzaba siempre de una forma tan predecible y deprimente. ¿Los exhibicionistas tenían que disgustarles también a otros además de a ella? ¿Las miradas de admiración y los asentimientos alentadores que recibía el confidente eran teatro? ¿Lo eran?

Allí estaba Polina y se aferró, como se suele decir, al momento. *Mmmmm, sabéis, acabo de leer…* Para reprender al confidente y deleitar a los demás, comenzó a recitar de memoria un viejo poema que no contenía ni una gota de alma de cebolla, que poseía una cadencia soberbia y una voluntad brillante, franca. Cada verso resonó en la sala y, fascinada por su propia voz, Polina añadió volumen. Todos en un radio de diez metros se quedaron paralizados escuchando.

Y entonces… silencio. Alguien aflojó una risa. El círculo se deshizo. Un intento endeble y condenado al fracaso de construir un oscilante puente suspendido, quién sabe, quizá procedía del rincón de la chimenea: *que alguien sepa hacer eso en la era del copy-paste…*

Que Sigmund Freud, no Swedenborg, se llevara la gloria por desarrollar un método de análisis de los deseos y emociones solo era

un pequeño y repugnante dato. Polina se sacudió rápidamente con ambas manos sus pechos generosos y caídos, como queriendo quitarse algo sobre ellos. Llevada por un viejo hábito, Polina enderezó la espalda (como hacía con el gato en su regazo: ponía derecha la espalda encorvada de leer y continuaba rascando y acariciando al minino con la mano derecha, para que el ronroneante Begemot no malinterpretara el cambio de posición y saltara de su regazo porque, eso Begemot pronto lo aprendió, ahora comenzaba la mejor etapa de la noche, la charla de su anfitriona bajo una especie de trance durante el cual su roce era casi de una suavidad mágica). Una voz iluminada se alzaba del cuerpo erguido de Polina.

«Sus conocimientos científicos más convencionales, Swedenborg los puso en práctica fundando la publicación vernácula *Daedalus Hyperboreus* y editando un periódico. También era un pensador económico entusiasta, pues se oponía con fervor a limitaciones comerciales como leyes arancelarias y actas de navegación. Colocaba a la sociedad por encima del prójimo, a la patria por encima de la sociedad y a la iglesia por encima de la patria. Bueno. Ejem. ¿Quizás esos son suficientes datos de contexto sobre los intereses terrenales del señor Swedenborg?».

Polina no esperó la respuesta, sino que prosiguió, se deslizó hacia delante como un arenque resbaladizo, como una lanzadera, pues ahora estaba muy animada, en su propio elemento, estaba en el fuego seráfico.

«Pasemos entonces a la producción literaria de Swedenborg: aquí hay razones para desviarnos y recoger su producción temprana para no tergiversar sus logros. *Regnum subterraneum*, El reino subterráneo, se convirtió en una de las obras científicas más notables del período de actividad de Swedenborg en la industria minera. En concreto las partes que versan sobre el hierro y el cobre, *De ferro y De cupro*, proporcionaban una excepcional presentación general sobre la materia, incluso para enciclopedistas. Swedenborg adoptó su concepción de la realidad de Descartes, quien creía en la plenitud del universo, no de Newton, que defendía el principio del vacío. Sabemos que debería haber escuchado los pensamientos de este último, al menos si el asunto se examina desde una perspectiva científica. Pero las almas poéticas pueden interesarse más por las especulaciones de Swedenborg. ¡Lo que es yo, las encuentro inspiradoras y absolutamente divertidas!

Según Swedenborg, la realidad está formada por pequeñas burbujas

o *bullae*. El espacio entre ellas lo ocupan unas burbujas aún más pequeñas, más finas, unas partículas etéreas. Cuanto más pequeña es la burbuja, más duradera y más veloz de movimientos. ¡Y es que las cosas acostumbran a moverse en el mundo! Nada se mantiene en su sitio ni un momento. Surge un movimiento interno dentro de la burbuja, la tremulación o vibración, o bien un movimiento externo causado por la burbuja, la ondulación u ondeo. Dejadme ver si me acuerdo cómo iba… *La atmósfera, al igual que el éter o el aire, es un aura menor con la que se equipara también a los ángeles, y el mismo espíritu o* genius *es nuestra conciencia sensorial, a la que se atribuyen los afectos y pasiones.* ¡Sí, justo era así!

Poco a poco Swedenborg fue desarrollando un mayor interés por el cuerpo humano, el reino del alma. Le fascinaba la circulación sanguínea y, en especial, la anatomía del cerebro. Abre una célula cerebral, sugería, y encontrarás dentro pequeñas esferas en las que se originan las ideas materiales. Continúa abriendo, pela una pequeña esfera más y encontrarás nuevos pequeños vórtices, a saber, las ideas intelectuales… Según Swedenborg, el alma es creada y limitada, restringida por el cuerpo y una de sus partes naturales, pero por la gracia de Dios es inmortal. Es un punto. El punto extremo de lo finito más allá del cual se inicia lo divino, lo infinito, que el alma, estando en la frontera, roza. Así pues, el alma no se ubica en la glándula pineal, como afirmó Descartes, sino que fluye por todo el cuerpo. *Erfo influxus gloria!* ¡Por lo tanto todos estamos en contacto directo con lo divino!».

Tal vez Polina tenía que haberse convertido en poetisa después de todo. Era obvio que su mente anhelaba las cumbres poéticas. Si no hubiera sido tan completamente malinterpretada en su comunidad laboral, lo que no la incentivó en la búsqueda de sus propias fortalezas, si no se hubiera dado a la bebida y muerto antes de tiempo, habría escrito quizá una oda a la hermosa Nadežda Tolokonnikova, por ejemplo, esta:

ODA A UNA MARIPOSA

¡Chispa, oh, tú, de vida, brillante y colorida
en medio de una muchedumbre tatuada caminas,
a ti misma te pintas con marcas,
bailas, salvaje, y estallas en un canto,
criatura inocente, sincera,
cuyo mérito, logro es
jugar con las flores bajo los árboles!

¡Tu naturaleza es ser como la mariposa:
libre, flor alada a la que la turba no se adhiere,

que puede y quiere y desea encontrar,
examinar los límites y las esquinas del jardín!
¡Levanta, así pues, el vuelo ahora,
no reconozcas la raíz, la tierra,
veloz, huye lejos con los vientos!

¡Un instante aún resistes, Nadežda,
por eso ha de ser tu esplendor brillante
como tiñe de arrebol el día moribundo
la existencia, el cielo y también la tierra,
tú también, muchacha valiente,
por un momento vences a un coro de hombres,
aunque desean acallar tu voz!

¡No devorarías las ofrendas de tu jardín,
aunque festejaras hasta ser anciana,
pues una gota de miel te basta:
otra aturdiría tu delicada figura!
Es por eso tu fiesta virtuosa,
aunque no te inclinas a la trampa
¡ni leyes te refrenan o retienen!

Incluso las leyes están hechas para recordar
la voluntad, el deseo de rendirse,
el poder de prescribirse solas,
a qué renunciamos por la paz,
pero recordamos aun así
cómo era la verdadera libertad:
¡tu juego frenético, colorido, brillante, inocente!

La oda se habría publicado en la revista literaria *Novyi mir* y Polina se habría hecho famosa. Su carácter único, nadie se habría atrevido a ponerlo en duda. Nadie se habría reído de ella. Habría sido una mujer semejante a su poema, semejante a todos los poemas escritos por ella, incluso semejante a todos esos poemas que tal vez escribiría algún día. Sería grande y magnífica ¡y pronto más grande que la mismísima Ajmátova!

«A pesar de sus ideas poéticas, las obras de Swedenborg se quedaron bastante incompletas. *Oeconomia regni animalis*, economía del reino del alma, fue un libro hilvanado con rapidez, y de la serie de obras Regnum animale, reino del alma, aparecieron tres miserables partes en lugar de las diecisiete proyectadas. Puede que Swedenborg prefiriera pensar y leer a plasmar sus ideas sobre el papel. Puede que en lugar de escribir prefiera soñar…».

Llevada por su viejo hábito, Polina se escurrió hasta regresar a su encorvada postura de lectura, la postura que adoptaba para escanear con la mirada las palabras que palpitaban sobre el papel. Los pensamientos surgidos de las palabras calaban en ella con facilidad, se convertían en sus pensamientos, en su conocimiento, la hacían crecer más y más, la convertían en un gigante. Pero ¿por qué hablar de esos pensamientos resultaba tan difícil? En cuanto intentaba algo,

aparecían alteraciones, cortocircuitos. ¿Tal vez Emanuel era igual? El místico cerraba sus ojos, veía ángeles a su alrededor y eso le bastaba. Luego, cuando intentó escribir llevado por un sentido del deber, las visiones no se conjugaban tan flexiblemente en palabras, las palabras no se fundían en oraciones, y la naturaleza angélica de los ángeles no se plasmaba sobre el papel. Aparecían pensamientos torpes, máximas vitales sin valor. *Quien carece de opinión y alma, de vida y comprensión, es un muerto, un madero, un despojo.*

Y entonces, en la mente de Polina se deslizó la melancolía, una similar a la del apartamento de la catorceava planta de bulevar Yausky en los momentos en los que pensaba en el catedrático francés de alma hermosa que había estudiado a Swedenborg. El hombre le había entregado a ella, solo y exclusivamente a ella, una misión: «Lea a Swedenborg. Aunque desde la perspectiva del hombre moderno pueda parecer un completo chiflado, de alguna manera logré identificarme profundamente con él cuando estudiaba su pensamiento. No sé por qué. Tal vez sea que yo mismo me estoy volviendo loco. Lo que es mi mujer, ya vive en algún lugar en la tierra de los ángeles. Sonríe al vacío y ni siquiera me reconoce. Pero, volviendo al asunto, sería interesante escuchar su opinión como profana sobre Swedenborg. ¿Despierta en usted sentimientos… por ejemplo, un instinto protector?».

El catedrático había mirado significativamente a Polina y Polina había respondido a su mirada. Había surgido un largo silencio abrasador que se sentía en forma de electricidad entre ellos, zas, Polina recibió un calambrazo en los dedos al rozar casi sin querer el pañuelo rojo del hombre. Ambos habían esbozado una risa de alivio, tras lo cual se reclinaron uno sobre el otro. El vino sabía mejor que nunca. Y muy pronto se volverían a encontrar.

Pero entonces el mundo construyó un obstáculo entre ellos. La Casa de Cultura de la Planta Estatal de Rodamientos de Bolas Número \ fue invadida, murió gente y el mundo guardó un instante de silencio para honrar a los muertos. La elección del momento era desde el punto de vista de Polina definitivamente errónea. La broma hilarante de un destino sádico. Y así, Polina se quedó a solas con Swedenborg. Siguió creyendo durante mucho tiempo, durante medio año, que las cosas se arreglarían, creyendo en el destino, en un reencuentro sorprendente y gozoso. Pues no podía ser una coincidencia que frente a ella apareciera semejante hombre con semejante discurso y semejante mirada, ¿o sí?

Polina leía, esperaba y añoraba. Su nostalgia era salada, la sentía en forma de sudor en las corvas, en la espalda, la sentía en forma de ardor en el rostro. El gato Begemot se mostraba indulgente. No la juzgaba cuando se repantingaba en el sillón tras unos vasos de coñac, vino y licor, con la falda buena reservada a la oficina enrollada hasta la cintura, las medias bajadas hasta los tobillos, los dedos allí donde los dedos de las mujeres viriles solitarias están a veces. Un sudor terrible, un sudor en celo, además del sudor de la menopausia: sal, aminoácidos, fosfatos, cloruro potásico… Dentro de ella estaba su propio Jean-Louis Trintignant, que le susurraba al oído: «Lea a Swedenborg», henchido de la pasión contenida de cuidar a su esposa.

Aquí estaba su Swedenborg: nostalgia erótica, promesas incumplidas a las que le apetecía entregarse, en las que quería revolcarse. Su placer personal no hacía daño a nadie, ¿no?

Pero Polina estaba equivocada. Le hacía daño a ella. La nostalgia había crecido. Se había convertido en un enorme sentimiento de hierro rígido que gradualmente comenzó a formar un obstáculo para la vida normal. A Polina empezó a resultarle más difícil abrir la ventana de licor cada noche. No más galas sensuales, ni hablar de deleites literarios, pensamientos que ascendían a las alturas. Como si delante de la ventana hubiese caído un metro de nieve, primero blanda, luego dura y finalmente nieve congelada convertida en hielo que no se derretía por mucho que vertiera en un vaso vino especiado, ponche caliente, cualquier cosa caliente, té fortificado, vodka claro que quemaba la garganta… Solo había nostalgia. Nada más. Los libros de pronto ya no le apetecían y beber se transformó en intoxicación venenosa, en sueños de los que el despertador no la despertaba. Incluso recibió una advertencia verbal que el director de la Dirección General de Artes Escénicas vino para entregarle en persona: «Querida Polina, esto no puede continuar así».

Aquello fue para Polina la última gota. Llevó a Swedenborg a un anticuario y en su lugar compró libros escritos por mujeres, Erica Jong, Marguerite Duras. Arrancó de su mente al caballero francés y su mirada intensa. El hombre había regresado junto a su mujer demente, y eso era lo correcto. Polina mantuvo sus dedos bajo control y eso ayudó. Se reanudó el día a día, la ventana de licor se abrió y comenzó a actuar de la manera deseada: entraba suficiente aire fresco, suficientes libros y suficiente sueño.

Aquí en el más allá, flotaba sobre Swedenborg una débil añoranza, no un anhelo mortal, y Polina volvió así a enderezar de nuevo la

espalda. Se sacudió las imágenes inútiles de su camino y se precipitó al lugar donde toda su base cognitiva la había conducido girando en espiral cual hoja arrancada del árbol, a ella y a sus oyentes. Y vamos a permitir que Polina continúe sin interrupciones, ¿no es así? ¿Para que por fin podamos votar?

«Una tarde de abril del año ιvεo ocurrió algo que alteró por completo la dirección de la vida de Swedenborg. La escena es cierta taberna londinense, nuestro protagonista tiene ov años. Así que imagínate en una tasca sombría, bastante vulgar. Delante de ti hay un pedazo humeante de pastel de hígado, acabas de disponerte a disfrutar de la ración. Comes en paz, masticando con satisfacción, cuando de pronto una niebla similar a la bruma vaporosa matutina sobre el río Támesis llena todo el espacio. Asciende insidiosa y uniforme por todas partes, no solo se extiende por una o dos esquinas. La niebla es esponjosa, de modo que puedes ver frente a ti, al menos hasta tus pies. El suelo está cubierto de reptiles: serpientes, lagartijas, cocodrilos, toda clase de criaturas olvidadas de la mano de Dios recubiertas de escamas. Instintivamente, levantas las piernas sobre el banco donde te sientas. Cuando la bruma comienza a disiparse, ves al otro lado de la habitación a un hombre bañado en luz que te dice: 'No comas tanto'. Este extraño comentario dicho como de paso explicaría la dieta ascética de Swedenborg, pues, según la historia, después de su visión, todo lo que solía comer al día era un panecillo mojado en leche acompañado de enormes cantidades de café.

La aparición se desvaneció, la taberna regresó a su estado normal, sin embargo, los clientes y el personal no parecían haberse percatado de nada particular. Pero a partir de ese momento, Swedenborg supo que había sido elegido para desvelar la esencia secreta de la Biblia. Y así decidió convertirse en guía del cielo y el infierno.

¿Podría tratar de explicarse la visión de Swedenborg en base a las circunstancias? ¿Si Swedenborg se había desviado del camino del té hacia las calles de la cerveza de Londres, o más bien hacia las callejuelas de ginebra de los pobres? *Drunk for a penny, dead drunk for two pence, clean straw for nothing!* En la época de las visiones de Swedenborg, Londres consumía vino y cerveza en abundancia, pero la locura de la ginebra, la tristemente famosa *gin craze*, constituía una verdadera epidemia. En Londres se destilaban 16 galones por habitante, es decir, 72 litros de ginebra. Genever o Madame Geneva o Mother Gin era la favorita de los soldados y marineros, aguardiente barato destilado de cebada y centeno, en el que se mezclaban bayas de

enebro para imprimirle sabor. Eso lo bebían hombres y mujeres, incluso se lo daban a los niños. De eso se moría, por supuesto, pero era una muerte patriótica, ya que el estado apoyaba la destilación de los cereales nacionales. Los impuestos de fabricación se redujeron, se quería favorecer a los grandes terratenientes, no se quería importar coñac francés, beberlo equivalía a un acto de traición. ¿Podría el erudito de Uppsala estar bajo una influencia espirituosa cuando tuvo su visión?

Sea como fuere, justo cuando Swedenborg estaba a punto de encontrar el alma humana, experimentó la revelación mística antes descrita y renegó de la ciencia para siempre. La teoría de las correspondencias desarrollada por él se infiltró ya mucho antes de manera totalmente natural en sus visiones celestiales.

La teoría de las correspondencias significa que todo lo existente encierra tres significados: natural, espiritual y celestial. Están los sentidos, luego los pensamientos y por último el cielo; y todo mantiene una relación de equivalencia con sus homólogos. Swedenborg estaba convencido de que los hombres primitivos prehistóricos conocían los secretos de las correspondencias y que en el mundo antiguo los libros habían sido escritos en la lengua de las correspondencias. Se trataba de la lengua universal original perfecta, *verbum vetustum*, que la humanidad desafortunadamente perdió al hacerse más sabia… olvidaron las palabras… en cuya búsqueda Swedenborg empleó años… Encontró en los miembros del cuerpo y en las funciones del cuerpo humano códigos que conducirían a la verdad… a la revelación total de las correspondencias… a la comprensión de símbolos y metáforas…».

(No tenemos nada que añadir a esto. Continúa, Polina, ¡no dejes que se pierda el hilo de tus pensamientos!).

«Swedenborg también dedujo que, puesto que Dios había creado al hombre a su imagen y semejanza, el universo y todos sus niveles, incluido el más allá, estaban hechos a imagen del hombre. Si esto es así, ahora nosotras debemos encontrarnos en la córnea blanca del ojo, ¡aunque las venas han sido retiradas cuidadosamente! Swedenborg investigó meticulosamente cada crujido de su estómago y balbuceo de su intestino, porque creía que a través de ellos podría acceder a la realidad última. Al fin y al cabo, él mismo era un eslabón de la cadena de correspondencias…

De acuerdo con la perspectiva actual, Swedenborg es el primer arquitecto del cielo moderno. Dividió el más allá en tres partes: cielo,

infierno y una especie de espacio intermedio, el mundo de los espíritus, el lugar donde primero iban los muertos. El tiempo no existe en el mundo de los espíritus. Los cambios en el estado espiritual coinciden con las diferencias horarias en el más allá.

En el cielo de Swedenborg, la gente trabaja duro, va a la escuela y se desarrolla a sí misma. Allí se come, se bebe y se hace el amor — aunque el matrimonio en el más allá significa fundirse en una sola mente. Swedenborg lo explica así: *En el reino espiritual, el amor es conexión. Así pues, cuando todos actúan de la misma manera juntos, surge de los numerosos grupos que se forman una mente armoniosa que tiene la forma del cielo. ¿M*e seguís? ¿Y qué decís a esto? *Tras la muerte, el espíritu humano aparece en el reino espiritual con una forma corporal, exactamente igual a la que tenía en el mundo. Conserva todos sus sentidos, ve, oye, habla y siente del mismo modo que en el mundo. Puede utilizar su capacidad de pensamiento y su voluntad, y también puede actuar igual que en el mundo. En resumidas cuentas, es un ser humano en todos los sentidos, excepto que no lo rodea ese cuerpo basto que tenía en el mundo.*

Así que, queridas mujeres. Basándoos en esto, ¿sabríais decir dónde estamos ahora, si creemos al menos en parte a Swedenborg?».

—En el infierno.

La respuesta de Shlomith vino como sacada de la estantería de la farmacia. Al menos ella había escuchado con atención la charla de Polina.

«Bien», Polina recibió la respuesta de Shlomith sin turbarse, «asumamos que estamos en el infierno. Me parece bien. Pero entre tanto teníamos que haber pasado por el mundo de los espíritus y, lo que es yo, no guardo de eso ningún recuerdo. En el mundo de los espíritus están todos los que una vez vivieron, primorosamente organizados en grupos. La característica distintiva de cada grupo es una especial predilección por algo o una calidad de vida particular, y a mí todavía no se me ha ocurrido qué nos podría conectar a nosotras siete».

Así que tal vez estaban en el infierno. Por lo menos estaban perdidamente lejos del mundo normal, en el que se movía de un lado a otro la gente normal, lejos de Moscú, Zwolle, Salzburgo, Nueva York, Dakar, Marsella. Pero ahora Ulrike parecía alerta. Su boca se había entreabierto y se notaba que algo le pasaba por la cabeza, pero aún esperaba.

No, no estaban en la sala de espera entre el cielo y el infierno, en el mundo de los espíritus, aguardando el emplazamiento final, que sería

absolutamente justo. El entorno debía de haber tenido otro aspecto, habría tenido que recordar al mundo de los vivos. «O, para ser precisas, no recuerda a la vida, *es* la vida», continuó Polina, como si hubiese leído los pensamientos de Ulrike. «Es una vida más real que la vida. La 'sustancia espiritual' del mundo de los espíritus es la sustancia primera y primigenia que el mundo de los vivos únicamente refleja. ¿Comprendéis? ¡Swedenborg era un archiplatónico!».

Ulrike asintió entusiasmada, le gustaba la filosofía, le gustaba especialmente la cueva de Platón, sobre la que la profesora, la señorita Schwartz, había hablado antes de las vacaciones de verano: se veía a sí misma en el suelo de la cueva, avivando el fuego, el Fuego de la Verdad, que lanzaba terribles sombras sobre las paredes de piedra negras. Allí alborotaban las siluetas distorsionadas, derretidas hasta volverlas casi irreconocibles, de todos los seres estúpidos condenados a la aniquilación: la primadona Elfride con el siempre humeante Lucky Strike entre sus dedos, la bocazas de Felda con su eterno espejito del maquillaje, Trixi Timberlake-oh-Timberlake agitando su nuevo móvil con cámara —a ellas Ulrike las mataba de humo en la cueva, sus mentiras y estupidez y repugnancia. ¡Gracias a Dios que *ellas* no estaban aquí!

«Si consideramos que estamos muertas», intervino Ulrike, también ella hablaba en su propio idioma sin reparar en que cada una de ellas entendía, sin darle más vueltas al asunto, igual que habían entendido el ruso de Polina. «Si nos imaginamos que somos los seres espirituales de Swedenborg, entonces ¿en qué estado primordial hemos entrado? ¿Qué dice este vacío que nos rodea del mundo en el cual vivíamos? ¿Que todo, absolutamente todo, es una ilusión, una ficción?».

Polina aceptó el desafío. Se puso poética al describir la muerte swedenborgiana, un espacio que, en términos de percepciones sensoriales, era unívoco con el mundo de los vivos. Las flores y los árboles, las praderas y los campos, el asfalto y el llantén que crece en las grietas del asfalto, gorriones, águilas, crótalos, aparcamientos, vaciados de cemento, níscalos y otras setas: sencillamente *todo* es uno y lo mismo en ambos mundos. Tanto para los vivos como para los recientemente fallecidos. Cuando tomas la suela de un zapato arrojada a la cuneta por un gato agazapado, un pañuelo de papel caído en el suelo por un pájaro muerto, puedes estar viva o muerta. ¡Ni las ilusiones desaparecen en la muerte! Porque el muerto, así lo creía Swedenborg, Polina aseguró con fervor, el muerto entra primero en el estado de la mente exterior. Es un estado idéntico al estado en el

mundo de los vivos, ¡así que no puede ni siquiera saber que está muerto! El siguiente paso, así afirmaba Swedenborg, explicó Polina, el siguiente paso en la muerte significa la transición al estado de las partes internas. El muerto se convierte en sus propios pensamientos y su propia voluntad y el cuerpo cesa de ser un impedimento. Y el fingimiento ya no es posible.

«¡Eh, ahora lo entiendo!», exclamó de pronto Ulrike, exultante de alegría. «¡Morimos hace ya tiempo, antes de acabar aquí! Entonces, cuando creíamos que aún vivíamos. Y estábamos caminando entre la gente, como aquel hombre interpretado por Bruce Willis, ya sabéis, en aquella película de miedo…».

Polina abrió la boca de asombro. Este giro no lo vio venir. Ni siquiera Ulrike lo había meditado, la idea simplemente destelló en su cabeza y enseguida salieron las palabras. Ulrike buscó el nombre de la película y una luminosidad semejante a la rememoración estaba próxima, pero no en ella; algo rotundo y seguro goteaba con un poder creciente hacia ella justo a un paso… venía de Nina. Sí. Desde Nina fluía algo hacia Ulrike, algo que al principio era difícil de entender, algo frágil y extraño, pero entonces, de pronto, naps, algo personal y brillante y seguro: «Era *El sexto sentido*, ahora me acuerdo, Bruce Willis interpreta a un loquero que ha muerto, ¡y ni siquiera se entera! ¡Esa es una película swedenborgiana total! O *Los otros*, esa con Nicole Kidman… La madre, los niños sensibles a la luz y toda esa terrible tragedia, y ni el espectador se entera que han muerto, ¡y menos aún los mismos muertos!».

Ulrike guardó silencio y se quedó pensativa. ¿Desde cuándo llevaba muerta? ¿Recordaba situaciones en las que los demás no la vieran? ¿Caminaba por la calle y la gente miraba a través de ella, iba a casa sin intercambiar novedades con nadie? ¿Deambulaba por el Nido del águila delante de clientes de mirada vacía en un extraño silencio? ¿Levantaba la vajilla, las tazas de café, los pasteles por el aire en su mano muerta…?

«Bueno», Polina despertó a Ulrike de su ensoñación. «¿Y si votamos ahora? ¿Podemos explicar nuestro actual estado mediante la doctrina celestial de Swedenborg? Resumiendo: morimos, pasamos por un estado intermedio sin percatarnos de la transición, que es un mundo semejante al mundo de los vivos, y ahora nos encontramos en el estado de las partes interiores, nos hemos convertido en nuestro pensamiento y voluntad y el cuerpo en la práctica ha dejado de ser un estorbo. Shlomith sugirió que estamos en el infierno. Por otro lado,

hemos aprendido con facilidad y hemos sido laboriosas, hasta hemos construido un hogar a nuestro alrededor y logramos encender un fuego en la chimenea. ¿Así que por qué no podríamos estar también en el cielo? ¡Que levante la mano izquierda ahora la que crea en la hipótesis del infierno! La derecha, si crees que estamos en el cielo. Y si las visiones de Emanuel os parecen los delirios de un hombre enfermo, pues no levantéis la mano».

Allí estaba. La gota. La magia se había evaporado. No tenía que haberlo dicho. «No levantéis la mano». *Claro* que Emanuel era un chalado. *Claro* que sus visiones eran delirios. *Claro* que habían perdido el tiempo, o lo que fuera eso ahora. Todo su entusiasmo y esmero se habían ido al garete por una frase mal elegida: «No levantéis la mano». Polina comprendió su error nada más pronunciar la última palabra, pero ya era tarde. ¿Es que la maldición nunca acababa? Todo había sido tan hermoso, como un sueño, ella había brillado y luego, ella misma, justo ella misma, había desinflado el sueño. En el rostro de las mujeres había aparecido una expresión contrariada, de rechazo, el gesto arrugado de reproche de una niña pequeña de la que se han reído, a la que han ofendido hasta lo más profundo. En el infierno, en el cielo: solo una farsa.

No se levantó ni una mano.

«En el infierno». Así había respondido Shlomith a la pregunta de Polina antes de que se desvaneciera el encantamiento, y esa era su opinión firme, no un chiste esta vez, ni un juego: estaban en el infierno y punto. Con todo, aquí es imprescindible detenerse, pues como bien se sabe, en el Pentateuco no hay ni una referencia directa al cielo o al infierno, ni es fácil encontrar a un erudito de la fe judía que hoy día crea en la redención mesiánica, en la resurrección o en otros inventos del más allá, no, por mucho que se busque en todas las sinagogas del mundo. Aunque Shlomith había sido desde los dieciséis años una ferviente atea, conocía sus orígenes como su propio bolsillo, y no cometía errores sin querer. Primero sacaba el dogma y lo colocaba sobre la mesa y tomaba contacto con él, sacaba la creencia y, si era necesario, se burlaba de ella, pero errores no cometía. No era su estilo. Cuanto más mayor se hacía, más crecía su anhelo de matices. Adoraba las contradicciones, no temía los conflictos, se situaba delante de la gente y exponía su arte, su propia cultura, su materia prima artística más importante, que extraía, obsesiva según algunos, ofensiva y blasfema según los ortodoxos; ellos la odiaban, organizaban protestas delante de museos y galerías, en los lugares donde actuaba, se infiltraban entre el público hambriento de arte y le lanzaban huevos podridos, como si los huevos normales no bastaran, esas bombas sulfúricas blancas eran solo el preludio, pues Shlomith comenzó a recibir también amenazas de muerte. La primera llegó ya en el año 1979, un ridículo corta y pega hecho con letras de titulares de prensa: BITCH YOU'RE AN INSTRUMENT OF SATAN YOU OUGHT TO DIE!!!, a la que Shlomith dirigió una sonrisita de desprecio, casi sintió orgullo, ahora había alcanzado ese punto, se había unido a los privilegiados condenados a morir por su arte. Usó el folio A4 doblado y tieso de pegar las letras en su siguiente *performance*, en la que quemó ciertos libros en un incinerador construido con ladrillo rojo en el espacio de la galería, también la amenaza de muerte terminó en el fuego nada más leerla en alto, era el último papel que acababa en el incinerador en una *performance* a la que habrá que regresar más tarde, pues supondría el punto de inflexión en la carrera ascendente de Shlomith. Después, el cielo se desgarró, por así decirlo. Pero tras la mencionada amenaza de muerte, recibió cuatro más. De esas ya no se burló. La policía clasificó dos de ellas como de tal gravedad que Shlomith decidió contratar a un guardaespaldas durante año y medio.

Este «experimento» iniciado como una relación laboral, como lo caracterizaría Shlomith en una posterior entrevista, condujo a una situación particular, Shlomith se descubrió esperando un hijo del guardaespaldas. Abortó y usó el material (¡el material *experiencial*, no el feto abortado!) en una performance titulada *Kaddish for an Unborn Child*, y no aceptó jamás que la novela homónima publicada diez años más tarde por el autor húngaro Imre Kertész tuviera *nada* que ver con su obra. Shlomith era una pionera en su campo y lo sabía, la gente seguía lo que hacía, algo de lo que ella era consciente. Y precisamente por eso se aproximaba a su material con extremada seriedad. Formar parte de la vanguardia impone ciertas obligaciones y a los fanáticos religiosos asesinos no debía brindárseles ni un motivo para arrojar la primera piedra. Podían tragarse las rarezas de su religión hasta el último hueso, como ella misma había hecho. Pero que la dejaran en paz, que Elokim les ayude, ¡que la dejen con vida! Pues ella mejor que nadie había cometido errores y punto, y precisamente por este motivo a Shlomith no había que dejarla irse de rositas así como así. «En el infierno»: ¿concretamente dónde pensaba Shlomith que estaban?

Es una lástima que nuestra sed de conocimiento y, sobre todo, nuestro deseo de escarbar en busca de información cause disgusto a dos grupos de personas: a quienes aman la aventura y el progreso rápido y a quienes ya lo saben todo, más incluso de lo que aquí sabemos (lo que difícilmente es posible). Pero a Shlomith hay que ponerla contra las cuerdas. Explicar cuán seriamente hay que tomarse su arte (ella se lo tomaba con una seriedad mortal). Hay que preguntar si su arte es duradero o solo surge del deseo de provocación. Por supuesto que *a priori* no dudamos de sus intenciones. Nadie aguanta provocar por provocar durante cuarenta años seguidos, en este lapso se le ocurren mejores cosas que hacer. Shlomith habría podido, por ejemplo (esto es solo una sugerencia) reconstruir los puentes quemados, haberse dedicado en cuerpo y alma a encontrar una nueva conexión con sus dos hijos, Malka y Moti, una conexión que ella misma y por culpa propia había echado a perder (se podría añadir también que a causa de su estupidez). Pero eso es otra historia. Ahora solo queremos responder a nuestra pregunta: ¿dónde está una judía cuando está en el infierno?

La Torá escrita que Dios le entregó a Moisés en el Monte Sinaí no conoce ni el infierno ni el cielo. «¡Pero Gehenna!», grita ahora alguien con la voz temblorosa, «¡pero Gehenna!». Sí, está Gehenna, pero no se situaba en el más allá, sino en el sur de la Jerusalén antigua, desde el

inicio se trataba de un lugar muy profano y en extremo miserable, un valle pedregoso donde se sacrificaba a niños pequeños inocentes a Moloch y al dios Baal de los cananeos, es decir, Baal-Sebub, que en el seno de los creyentes se convertiría en Belcebú, como ya sabéis: el maldito Belcebú, el enemigo del alma, el Diablo, la cabra con cuernos, el espíritu del infierno. Los rabinos que estudiaron la lengua críptica del Viejo Testamento se inventaron el cielo, que denominaron *Gan Eden*, y el infierno, al que llamaron (sí, por eso la conexión con el anteriormente mencionado lugar de sacrificios está clara) *Gehinnom.* Inventaron el cielo porque, a pesar de sus promesas, Yahvé no permaneció junto a su pueblo elegido, sino que actuó de una manera bien distinta (¿dormía? ¿miraba con recato hacia otro lado?) y permitió que su pueblo sufriera, dejó que los hijos de Israel se convirtieran en esclavos sin tener la culpa, que fueran torturados y asesinados, aunque todos y de común acuerdo habían observado literalmente cada uno de los 613 mandamientos y prohibiciones entregados por Dios; ¿o es que al final alguien se había escabullido del frente? El sufrimiento irracional, inexplicable, comenzaba a exceder la capacidad humana de entendimiento, así que Dios a) era un sádico o b) no existía o c) le tenía reservado algo mejor a su pueblo elegido. Tenía que ser eso. Les había preparado algo mejor en otro mundo. No en un submundo sombrío antiguo, sino arriba, en un cielo brillante. Las dos primeras opciones quedaban descartadas. En realidad, ni siquiera estaría permitido considerarlas, al menos no en voz alta, ni con los labios se podía saborear la idea, aunque se dejara el pensamiento en silencio, aunque los labios solo vibraran esas palabras (llevados por algún espíritu de desafío incomprensible) y aunque esas palabras se pronunciaran en total soledad con el cuerpo entero mirando hacia una esquina: *Dios es un sádico, Dios no existe.* Es imposible. *Pues no existe una palabra en mi lengua que tú, Señor, no conozcas por completo.* Y pensar en los puntos a) y b) podía conducir al lugar que muy pronto alcanzaremos, el infierno judío, en el que hoy en día ya nadie creía, y tampoco debían de haber creído ni en los tiempos antiguos. Los judíos siempre han sido de pensamiento práctico. Los cielos e infiernos eran el resultado del trabajo duro de rabinos que habían vivido en la época postbíblica y rellenaron huecos de la Biblia con una gran pala oxidada. Cabría pensar que para inventarlos se necesitó una ración de hierbas narcóticas, o quizá es que la imaginación humana en épocas antiguas estaba notablemente más predispuesta a la megalomanía que en la actualidad. Sea como

fuere, había que inventar el infierno, no quedaba otra opción. Si no, los ateos y otros desalmados podrían campar a sus anchas, y muy a menudo parecía que campaban. Yahvé no lanzaba azufre sobre sus cabezas, sino que permitía que se enriquecieran, ensancharan su cinturón y espesaran de cuello para abajo, mientras Él dejaba a sus corderos más preciosos, a sus más fieles baladores, en manos de malvados. Y por este motivo, no por otro, los cerebros de los rabinos comenzaron a hacer tic tac TIC -TIC - TIC, sonaban tan alto que hasta los ángeles del Señor los escucharon. El asunto se solucionaría de una manera justa en el más allá: era mejor morir y despertar en el cielo: Q.E.P.D.

Y así ocurrió. Durante siglos, los judíos orgullosos, conscientes de su valor, que mantenían con fuerza su religión, se rebelaron frente al opresor sacrificando sus propias vidas, *Kidush Hashem*, santificaron el nombre divino dándose muerte estoicamente, manteniéndose puros, convirtiéndose en mártires, flotando como ángeles en un espacio ingrávido de bienaventuranza. Esta estrategia se seguía desde los tiempos de la revuelta macabea y empleando esta técnica —pedimos disculpas por la macabra elección de palabra— se escapaba casi de cualquier cosa, de los embajadores de la espada cristianos, de la Inquisición.

Y el infierno. *Gehinnom*. Los rabinos creían que el infierno es una estructura dividida en siete partes, cada sección, se optara por avanzar en sentido horizontal o vertical, requería de trescientos años si se deseaba atravesarla de un extremo a otro. Cada segmento del infierno estaba dividido a su vez en siete subsegmentos a través de los cuales fluían siete ríos de fuego y siete de nieve, cuyo camino guiaban los Ángeles de la Destrucción. En cada compartimento del infierno había siete mil cuevas, cada una de las cuales tenía siete mil grietas, en cada una de las cuales había siete mil escorpiones. Y cada escorpión tenía trescientos anillos, cada uno de los cuales contenía siete mil sacos de veneno, de los cuales fluían siete ríos venenosos mortales. (Un momento, así que tipos de ríos hay ahora en total tres, ¿no?). Los Ángeles de la Destrucción azotan con látigos llameantes a los pecadores, es decir, a los que han roto los mandamientos de la Torá, el rato que les queda libre después de guiar los ríos. Y se dice que Moisés dio una vuelta por el infierno guiado por los ángeles, como después hizo el cristiano Durante degli Alighiero, alias Dante.

Durante su viaje, Moisés vio pecadores a los que habían colgado de sus párpados, orejas, manos, lenguas, a algunas mujeres de sus pechos

y cabellos, cada uno según la calidad de su crimen, según la parte del cuerpo activa en la comisión del pecado. En un lugar llamado Aluka, a los pecadores se les colgaba boca abajo de los pies. Unos largos gusanos negros culebreaban por su piel. Habían pronunciado juramentos en falso, habían desobedecido el *sabbat*, se habían burlado de los sabios e injuriado a los vecinos y cometido mal contra huérfanos y viudas. En otro lado, a los pecadores los atormentaban dos mil escorpiones, cada uno de los cuales tenía setenta mil cabezas y en cada una de ellas había setenta mil bocas y en cada una de ellas había setenta mil aguijones venenosos y cada uno de los aguijones venenosos tenía setenta mil bolsas de veneno. Los escorpiones golpeaban con su cola, pinchaban con sus aguijones y torturaban de todas las formas imaginables a los que habían robado a sus hermanos de raza y los habían entregado a los heréticos, a los que habían difamado públicamente a sus vecinos y negado la Torá. ¡Y en lo más alto de todo, aquellos que acababan recibiendo el tratamiento de los escorpiones, se situaban los que en vida habían afirmado que Dios no es el creador del mundo!

En Tit ha-Yawen, Moisés vio pecadores embutidos hasta el ombligo en el fango. Los Ángeles de la Destrucción los fustigaban con cadenas ardientes, también para eso tenían tiempo los ángeles, y quebraban sus dientes con piedras incandescentes. Estos miserables habían comido alimentos prohibidos, habían prestado dinero a los usureros y robado chelines a sus semejantes. Habían usado pesos falsos, habían escrito el nombre de Dios en amuletos infieles y comido en Yom Kippur y, lógicamente, también habían bebido sangre.

Finalmente, Moisés llegó a un nivel del infierno llamado Avadon. Allí se quemaba a los pecadores: media parte de su cuerpo estaba sumergido en fuego y la otra mitad en hielo, y al mismo tiempo reptaban por ellos gusanos engendrados por su propia carne. Los Ángeles de la Destrucción los maltrataban sin cesar. Estos pecadores eran lo peor de lo peor, habían cometido incesto, habían asesinado y se habían llamado a sí mismos dioses, habían maldecido a sus padres y maestros y, bueno, eso es todo.

Entonces, al desconcertado Moisés lo devolvieron a la superficie de la tierra, donde con la cabeza hecha un lío, el hombre continuó guiando a su pueblo lejos de los enemigos. Y aquellos infelices no sabían ser agradecidos, sino que andaban refunfuñando constantemente: «¿Es que en Egipto no había tumbas que nos has tenido que traer aquí a morir a este desierto?».

Por supuesto que también existen descripciones detalladas del cielo judío, pero como saben los que han leído la *Divina Commedia* (independientemente de si se ha leído la obra en la lengua original o solo la traducción), el cielo no interesa a nadie. La sonrisa de rayos luminosos de Beatriz es un tema tan aburrido como un agua de baño descolorida templada en la que los extractos de rosa han dejado de emitir fragancia. ¡El infierno es lo que hace hervir a la gente! El infierno te escuece la piel, te detiene el corazón. Por eso (y también, claro, porque la arquitectura del cielo judío no estaba originalmente en la lista de cosas que explicar) dejamos a un lado los floridos árboles de la vida y las habitaciones lujosas paneladas de olivo y concluimos que el infierno al que se refería Shlomith al responder a la pregunta de Polina comportaba algo distinto al *Gehinnom* apocalíptico de los rabinos, cuyas cadenas candentes azotan y donde los escorpiones se arrastran en sus tareas de tortura.

Quizá Shlomith se refería con su infierno a las otras personas, como cierto famoso intelectual francés escribió en su famosa obra ambientada en el más allá. La obra se estrenó en mayo de 1944 —atención: el mariscal Pétain, colaborador de los alemanes, aún ostentaba el poder, París no sería liberado de los nazis hasta agosto— en un lugar llamado Théâtre du Vieux-Colombier, y a partir de entonces, la frase *l'enfer, c'est les autres* se ha interpretado mal, pero que muy mal. No *todo* el mundo, siempre y en todas partes, es sinónimo de infierno. Una parte somos, a veces al menos, celestialmente adorables. Si es posible alejarnos un momento, si podemos ser echados de menos y anhelados, si acercarse y distanciarse de nuestro lado es posible, entonces, y solo entonces, existe en nuestro interior una pizca de algo celestialmente adorable.

Pero nuestras mujeres en el blanco habían estado pegadas unas a otras como urracas en brea: Shlomith prisionera en Polina, Polina en Shlomith, Nina en todas ellas y todas ellas en Nina, igual que Maimuna, Wlbgis y Ulrike, prisioneras en cada una de ellas, todas prisioneras excepto Rosa Imaculada, que había sabido escapar.

A esta clase de infierno se había referido muy probablemente Shlomith cuando espetó su respuesta a Polina.

Respalda la idea cierto hecho que la mayoría de las que siguieron estrechamente la ponencia de Polina sobre Swedenborg seguramente habían ignorado por completo. Si alguien hubiera mirado por casualidad a Shlomith, se habría percatado de su boca ligeramente curvada hacia abajo, la mandíbula desplomada de asco, los ojos de

belladona que habían cesado de observar a la locuaz Polina. Vaya, en el mundo espiritual hay amor y ese amor es conexión, centelleaban esos ojos. ¿Y aquí nosotras formamos una armoniosa mente celestial? ¡Ja! Yo, Shlomith, empezando por la S y terminando por la H, he vivido de disputas y una disputa es lo que he venido a traer aquí. ¡Es mi naturaleza! Incluso entonces, cuando amaba, cuando de verdad amaba como amé a mi marido Dovid, incluso entonces, en mi interior hervía y bullía el flujo de la insatisfacción, y yo iniciaba una disputa, sí, era yo quien empezaba la mayoría de las veces, igual que ahora. Por pura frustración. Así que estamos en el infierno. Estáis en mi infierno y yo estoy en vuestro infierno y eso está bien para mí y está bien para vosotras. ¡Y que así sea!

Así es como Shlomith salió del aprieto en el que la habíamos colocado, por nuestra pura malicia y desconsuelo, porque lamentablemente también estamos aquí.

Estará ya claro que cuando Shlomith se encontraba en la cumbre de su fama como artista, no creía en nada más que en sí misma (en los mejores momentos). Confiaba en sí misma y en su material, que veneraba de una extraña manera mezclada con aborrecimiento. Sí, su *material*. Era como una comida que te puedes meter en la boca y no ser capaz de decir si está buena o espantosa, si puedes comer mucho o nada de nada. Pero Shlomith no habría sido Shlomith si no hubiese continuado tomando más. Tenía que seguir dando cucharadas por el sencillo motivo de que ella era Shlomith-Shkhina, más conocida como Sh-Sh; esta combinación de letras se la había tatuado en la muñeca izquierda. Ese nombre artístico y su abreviación no solo lo conocía cada amigo de la cultura de la costa este, sino también los que aborrecían la cultura, lo reconocían someramente incluso los que tenían poco interés en la alta cultura y en su manifestación más elevada, la *performance*, si solían leer periódicos, aunque fuera con poca asiduidad. Pues Shlomith-Shkhina había aparecido en prácticamente todos ellos desde los inicios de la década de 1980: *Times, New Yorker, The New York Times, Newsweek, Rolling Stones*… En honor a su 60º cumpleaños, en octubre de 2006, apareció en la portada de *Vanity Fair: Why We Drool Over Shlomith-Shkhina?* Al autor del artículo, un joven al inicio de una prometedora carrera como periodista, le habían temblado las piernas ante su admirada diosa. El talle reseco de la mujer irradiaba una presencia a menudo denominada «carisma», pero que describía mejor la expresión «una grandeza zen estoica equilibrada con manía, descaro, inconsciencia y

electricidad erótica». Shlomith taladraba con su mirada los ojos del otro y desde los ojos a lo más profundo, hasta los recovecos de la mente, se entregaba por completo incluso a este aspirante de reportero, insignificante, ataviado con un estúpido anorak rosa y unas zapatillas Converse un tono más rosa, a este delgado flacucho en cuyo hermoso rostro, bajo una capa de caro corrector, se traslucían marcas de acné en forma de herradura. También para él Shlomith-Shkhina estaba presente. Durante la hora y media que duró la entrevista, se entregó al muchacho, sin reservas pero protectora, cortés pero sin ser intrusiva.

Shlomith-Shkhina como chivo expiatorio

De aquello surgió un reportaje estupendo. El artículo repasaba las obras más importantes de Shlomith-Shkhina, naturalmente, como la titulada *I Shall Fear no Evil for Thou Art with Me*. Se trataba de una *performance* injuria del año 1979 que había despertado un alboroto tremendo. El público tenía que sacar de una cesta de mimbre tapada con una tela negra argumentos antisemitas que Shlomith había escrito con un rotulador art pen negro en trozos de papel washi hechos a mano. El público tenía *la obligación* de acercarse a leer el contenido del papel que había sacado delante de Shlomith-Shkhina, de otro modo la *performance* habría quedado en nada, y no se habría experimentado la dolorosa catarsis.

Shlomith-Shkhina estaba sentada a medio vestir en una posición bastante incómoda, de rodillas, sobre una columna jónica de ciento cincuenta centímetros de altura, una columna en cuyos capiteles se retorcían volutas enroscadas como los cuernos de un carnero. Sobre su cabeza, Shlomith-Shkhina portaba unos grandes y pesados cuernos de macho cabrío, que ella misma había tallado en álamo negro americano específicamente para esta *performance* con la ayuda de un escultor amigo. ¿Se podía decir más claro? Shlomith-Shkhina era la víctima inocente. Sufría por toda la historia angustiosa de su tribu. Muchos derramaban cálidas lágrimas al insultarla, prorrumpían en llanto frente a la mirada dulce pero de profunda tristeza de Shlomith-Shkhina, leían el papel entre hipos y pedían perdón con todo su ser. Más de uno de cada diez (según cálculos de Shlomith) directamente se desplomaba: caían de rodillas al suelo o extendían agonizantes su mano hacia la santa de la columna, habrían deseado ir y abrazarla, habrían deseado secar las lágrimas que corrían también por sus mejillas. Pero una cuerda separaba a la audiencia de la artista. DO

NOT TOUCH!, se leía con grandes letras góticas en el fuste de la columna. Un vigilante equipado con una porra velaba en la puerta para que nada muy lamentable ocurriera. Los que entraban en la galería eran en su mayoría amigos del arte, pero de cuando en cuando aparecía por allí la gente equivocada que Shlomith reconocía a primera vista. «Estaba bien», dijo al entrevistador de *Vanity Fair*. «Sabía que vendrían, estaba preparada incluso para una reyerta, no me hubiera caído de muy alto». Los neonazis leían los pedazos de papel entre risas, hedían a cerveza, y luego proferían sus propios comentarios significativamente más denigrantes, la mayor parte de los cuales se referían a la feminidad flaquísima medio vestida de Shlomith-Shkhina (aunque por entonces no estaba tan delgada como para girar cabezas, como había estado antes y como estaría después: su cuerpo de 164 centímetros pesaba en el suelo 40 kilos de carne y hueso y fluidos y tejidos que la mantenían en pie, ella estaba solo «terriblemente delgada», *very Twiggy*, no peor). Los creyentes, por su parte, leían a Shlomith-Shkhina fragmentos de la Biblia con el puño alzado. *You'll burn in hell!,* podían gritar en un gran grupo, rítmicamente, golpeando el suelo de la galería con los pies. Pero Shlomith-Shkhina les permitía a todos que se aproximaran. No trazaba una línea, excepto, esta vez, sobre su integridad física.

Por desgracia, en esta fase tenemos que abordar la *performance* que mencionamos de pasada hace un instante, y decimos por desgracia, porque aún puede enardecer a alguien. Al menos aquí nos enardece. De ninguna de las maneras tenemos la intención de sacar el currículo entero de Shlomith, lo que no vendría al caso, pues sencillamente hay demasiadas *performances*. También de esas (especialmente en los inicios de su carrera) a las cuales no vale la pena darles mucho bombo. Por ejemplo, a sus revolcones en la comida. Pero ¿quizá podemos contar un poco? Había una bañera de leche y una bañera llena de patas de cordero asadas, y entre ambas un gran reloj de arena y Shlomith, que por entonces aún no era Shkhina. Shlomith se zambullía en la leche, desnuda por supuesto, se sumergía en el dulce líquido blanco hasta el pelo y lo lamía con lametones ávidos. Luego se colocaba junto al reloj de arena. Giraba con ambas manos el enorme reloj y este comenzaba a escurrir arena de Jerusalén por su embudo. La arena tardaba veinte largos minutos en filtrarse, tiempo durante el cual Shlomith, empapada en leche, esbelta como una vara de mimbre, tiritaba de frío, los huesos sobresalían con crueldad bajo la fina piel, mientras aguardaba junto al eje. Una vez caída toda la arena,

Shlomith se trasladaba a la bañera de patas de cordero y se abría paso bajo la carne. Mordisqueaba pedazos de carne, los tragaba, pero más comedida de lo que había sido sorbiendo la leche. Aquello continuaba durante cuatro horas, que era lo que duraba *Food Meditation*, en el año 1976. Esta performance (que al final hemos acabado contando a grandes rasgos) y algunas otras (de las que prometemos no contar nada) eran más bien «titubeos» de una artista emergente que salía del completo anonimato, que prácticamente nadie iba a ver. Pero sí que fueron grabadas. Shlomith conocía su valor desde el inicio y presentía, eso suponemos, su futura revalorización. Y estamos de acuerdo con este principio: hay que acordarse de grabarlo todo. ¡Todo! Cada recorte de prensa alguna vez escrito, todas las imágenes, cartas, postales, hay que recopilarlas y organizarlas en un álbum de recortes. Hay motivos para mantener un diario, hay que registrar los sentimientos, pues ¿al final existe algo más?

Shlomith-Shkhina y el mandamiento 614 de Dios

El ascenso de la carrera de Shlomith lo selló definitivamente una *performance* de 1983 que trataba del genocidio judío, de la que ahora vamos a hablar y a la cual no regresaremos más. Shlomith leía extractos de «intentos post Shoá de explicar la voluntad de Dios por parte de teóricos judíos», como ella misma resumió el evento en *Vanity Fair*. La representación se consideró una pura blasfemia, no tanto porque Shlomith-Shkhina leyera los textos en cueros vivos (¡mira que le gustaba estar sin ropa!), sino más bien porque no estaba del todo desnuda. Había decorado su cuerpo con pinzas de la ropa, se las había colgado de ciertas protuberancias dolorosas como pezones y labios vulvares. Y eso no era todo: se había pinchado el vientre con imperdibles, su espalda estaba cubierta de vetas rojas provocadas por latigazos y, para colmo, le habían dado una paliza: los moretones en piernas y brazos eran auténticos. Y de esta guisa leía fragmentos de libros que ahora nos resultan difíciles de repetir, pues (perdón, no se nos echen encima, ¡esto no es algo que nos hayamos inventado!) hablan de cierto masoquismo que en cierto punto se introdujo en la cultura semítica.

Con su mano magullada levantaba la obra de Eliezer Berkovits *Faith After the Holocaust*, y comenzaba a leer en un tono serio, algo monótono, sustituyendo con prepotencia «él» por «yo», por Shlomith, que se mostraba de pie delante de la gente, vapuleada, con las piernas un poco abiertas, y allí leía sin expresión y sin enfatizar una sola

palabra desde la página 81, cambiando un pronombre sobre la marcha, así: «Estoy sola - con mi Dios. Y Dios es silencioso, y Dios ha ocultado su rostro. Dios me ha abandonado. Ahora estoy completamente sola. Si en este momento soy capaz de aceptar mi absoluto abandono por Dios como un regalo de Dios que posibilita que ame a mi Dios con toda mi alma… he alcanzado la forma más elevada de *Kidush hashem*».

Cuanto más monótona se volvía la recitación, cuanto más despacio y con mayor claridad articulaba Shlomith, más silencioso se tornaba el espacio a su alrededor, pues menos público se atrevía a rozar su ropa, a cambiar el peso de una pierna a otra. «Ese absoluto abandono es el gran momento que he estado esperando toda mi vida. Pues nadie es capaz de entregarse tan completamente a Él como quien ha sido completamente abandonado por Él».

¿Entendía la gente de verdad lo que les había recitado Shlomith? ¿Entendían que les acababan de contar que para los judíos la Shoá significaba la plenitud estática de toda una vida de espera a la entrega? ¿Que el mayor mal era el mayor bien? ¿Que de la más profunda degradación del alma surgiría su mayor ascensión? ¿Que nunca jamás, pero por fortuna al menos esta única vez?

Cuando Shlomith había citado abastanza los pensamientos del señor Berkovits, sacaba del montón de libros la obra más controvertida de la *performance*, *The Face of God after Auschwitz*, de Ignaz Maybaum, y comenzaba a leer a partir de la página 61 sin cambiar una palabra:

«La *Churban* es una operación en la que Dios extirpa a la manera de un cirujano el pasado del cuerpo de la humanidad…». Shlomith proseguía leyendo y, llegada a la página 64, preguntaba en boca de Maybaum: «¡¿Quiere esto decir que la *churban* creó este progreso?! Qué terrible que pagáramos por este progreso con la muerte de seis millones de mártires. ¿Puedes entenderlo? Yo no puedo. Tú no puedes. No nos corresponde a nosotros entender. A nosotros nos queda alabar las obras de Dios. *Ma'asei Eloheinu*».

Auschwitz-Birkenau y todos los demás campos de trabajo y de concentración y de exterminio, campos de prisioneros, campos de reunión y campos de tránsito: A de Amersfoort, B de Bełżec o Bergen-Belsen o Buchenwald, C de Chełmno, D de Dachau, ahora saltamos, F de Flossenbürg, saltamos y gritamos M de Muerte, M de Majdanek, M de Mauthausen-Gusen, ahora tomamos al azar, S de Sobibór, S de SS, T de Treblinka, y no termina, V de Varsovia, W de Westerbork, y de nuevo volvemos al medio, N de Nacht und Nebel, N de Niederhagen,

N de Nuit et brouillard… Nunca llega el fin. Todos los campos, los guetos destruidos, las ventanas rotas, las tiendas quemadas, todo formaba parte de una INTERVENCIÓN DE DIOS, eso afirmó Ignaz Maybaum y vació su pipa en el cenicero. No se trataba de un castigo, sino de una ofrenda de sacrificio. Dios utilizaba a su pueblo elegido como instrumento de destrucción creativa. Con todo el amor. Esto significa en hebreo la palabra *churban*, un momento de destrucción masiva, según la interpretación de Maybaum.

Una pequeña lección maybaumiliana estaría bien para una mejor comprensión de este fragmento de la trama. La historia va de esta manera: Cuando Jerusalén fue destruida en el año 586 a. C., comenzó la diáspora judía, gracias a la cual el conocimiento de Dios y Sus leyes se extendió por el mundo: la primera *churban* de la historia. Cuando los romanos aniquilaron el segundo templo de Jerusalén en el año 70, surgieron las sinagogas, acabó el sacrificio de animales, comenzaron el estudio de la fe y el rezo, lo que elevó *el sistema del judaísmo* a un nivel superior al anterior: la segunda *churban*. La tercera *churban*, como ya adivinarán, el Holocausto, que la mayoría de los judíos prefiere denominar Shoá, pero Maybaum no, él no, inició la modernización de la cultura judía. Las tradiciones medievales regresivas heredadas del sistema feudal, que se tendían a seguir en los guetos de Europa oriental y en las comunidades de judíos sefardíes, quedaron destruidas junto con los guetos. Los judíos conscientes de la tradición fueron «exterminados», como han de expresarse de forma civilizada esta serie de eventos, «su muerte purgó la civilización occidental». Así escribió Maybaum, y comenzó a limpiar delicadamente su pipa con una baqueta.

Los hermanos y hermanas de religión que quedaron, cosmopolitas dispuestos que habían abierto su mente a ideas progresistas (tal vez hayáis oído hablar de la ilustración judía llamada *haskalá*) evitaron la destrucción mudándose a otros países, principalmente a los Estados Unidos e Israel. El Dios de Maybaum estaba en la puerta y eligió escrupulosamente a quién enviaba en barco al Nuevo Continente o a la franja de tierra costera en forma de flecha entre el río Jordán y el mar Mediterráneo, a quién empujaba al tren y al barracón y a la cámara de gas y, finalmente, al crematorio oculto en las entrañas del bosque. En los bosquejos de Maybaum, el rostro celestial de Dios recordaba mucho a la fisonomía de un *Obersturmbannführer*. Podía ser una cara hermosa, amable, incluso de dulce sonrisa, pues llevar a cabo grandes planes convertía a cualquiera en alguien bello o, al menos, en

un púlsar que centelleaba un instante. Según el Dios de Maybaum, pureza, progreso, superficies brillantes y velocidad rápida se imponían a adoquines, a sucias esquinas de calles y a costumbres extrañas, cuyo origen ni siquiera eran capaces de determinar los que respetaban esas tradiciones.

Maybaum escuchó con atención los susurros de su Dios, constató que eran lógicos a su propia y especial manera y los puso por escrito. Pensamientos suyos o de Dios, da igual, probablemente surgieron en un espíritu colegial. Al finalizar de escribirlos, Maybaum llenó la cazoleta de la pipa de tabaco de calidad, encendió el fuego e inhaló los penachos de humo en sus mejillas con gran placer. El empalagoso humo cubrió la habitación como un velo de tristeza. Ignaz Maybaum envolvió las páginas en papel de estraza marrón y envió el manuscrito a su editor.

Shlomith leía el libro de Maybaum de rodillas. Su voz monótona, su calma exagerada, recordaban a un simulador de habla. Y cuando ya había leído lo suficiente («suficiente», es decir, tanto que nuestra artista ya no tenía ganas de leer sino que comenzaba a enredarse en las palabras, a dormitar sobre el libro a punto de desmayarse), posaba la obra sobre el suelo y se ponía a arrancar sus páginas. Esas páginas densamente impresas las adoraba con asco, pues (esto Shlomith lo tuvo claro ya al tercer día de la pieza, el día en que *The New York Times* publicó una crítica de media página sobre la *performance* que incluía, por primera vez, un pequeño cuadro informativo sobre Shlomith-Shkhina) justo la lectura en alto de este escandaloso libro selló su reputación. El resto de los libros eran en realidad atrezo, un calentamiento antes de Maybaum. Dejémoslo claro: fue en gran parte mérito de Maybaum que Shlomith se convirtiera en una artista digna de consideración. ¡Qué grotesco giro!

Por suerte había profesionales de los giros tortuosos de las ideologías que se lanzaban a la yugular en cuanto olfateaban un Tema Importante Para Un Artículo flotando en el aire. Hasta de Australia acudieron investigadores del arte de la *performance* para ver a Shlomith y Shlomith dio lo mejor de sí. Desgarraba las hojas del libro poseída por la furia, se revolcaba en los pedazos blancos, mordía el papel y mordisqueaba la portada y finalmente metía lo que había quedado del libro llamado *The Face of God After Auschwitz* en un horno incinerador de ladrillo rojo que había mandado construir. Allí aguardaba una gran pila de tiras de papel. El día del estreno, que cayó en quince de enero, Shlomith finalizó su lectura con las amenazas de

muerte que había recibido: BITCH YOU'RE AN INSTRUMENT OF SATAN YOU OUGHT TO DIE!!! Prendió el folio con lentos movimientos rituales, introdujo en el horno la amenaza en llamas y así ardieron también el resto de los papeles. Los invitados que caminaban de un lado a otro con copas de champaña en la mano, con sus peinados geométricos y barras de labios estridentes, aplaudieron rabiosamente.

La *performance*, cuyo nombre era *614th Commandment*, ni mucho menos terminó después de uno, dos o tres días de leer y arrancar y quemar. Shlomith había acumulado cantidades ingentes de la obra de Maybaum en librerías y anticuarios. Había sacrificado una pequeña fortuna para hacerse con todos los libros que pudiera reunir. Y audiencia hubo mientras hubo libros: hasta mayo. (A esto se debe que la obra de Maybaum sea hoy día extremadamente difícil de conseguir. Por una versión de bolsillo usada, desastrada, hay que aflojar 147 dólares, y eso, claro, si se logra encontrar una).

A ver la obra *614th Commandment* acudió Andrea Dworkin un día en que Shlomith estaba especialmente amoratada (quién le propinaba las palizas para que estuviera en condiciones de actuar y dónde, eso la artista quiso guardarlo en secreto hasta el final). En opinión de Andrea, la representación era únicamente *disgusting*, y escribió un enojado ensayo en *The New York Post*: «Anorexic-Masochist, the Wanna-Be Messiah». Shlomith-Shkhina traiciona al feminismo y a las mujeres judías y se cree una renacida Simone Weil, *how embarrassing!* Y Andrea no era una persona cualquiera gritando entre los arbustos, era una cascarrabias adorada con pasión y odiada con profusión, militante feminista que había engordado hasta la enormidad, que pensaba que el sionismo producía machos maltratadores de mujeres y opresores de Palestina. Y que el coito era lo mismo que una violación, que era lo mismo que el holocausto judío. Y los hombres eran en términos generales malvados. Y las mujeres habían de defenderse unas a otras. ¿Por qué narices una mujer acomodada como Shlomith jugaba a hacerse la víctima otra vez más? ¿Por qué repetía las injusticias sufridas por los judíos en su delgado cuerpo? ¿Es que su narcisismo no conocía límites? ¿No entendía que estaba perjudicando la causa que defendía?

«No soy abogada, soy una artista», le respondió Shlomith en el siguiente número de *New York Post.* «Muestro, no debato, todo lo demás es interpretación».

Poco después, Shlomith y Andrea estuvieron en el Rockefeller

Center en una grabación de *Today Show*. Se miraban airadas la una a la otra, encorvadas incómodamente en un sofá abombado. Entre ellas se sentaba la presentadora, con la espalda bien recta, conciliadora, largas piernas hermosas de Barbie dobladas hacia un lado; esa postura era natural cuando trabajabas en la televisión, cuando había que parecer, si no bonita, por lo menos impecable, piernas sin varices y medias sin carreras, y la cámara no podía ni por asomo, bajo ninguna circunstancia, grabar una *promesa* de piernas abiertas, la reducida falda del traje había de mantenerse encima de los muslos como pegada con pegamento, las gráciles rótulas habían de mantenerse juntas como cosidas, las piernas debían parecer más de plástico que de carne y, no obstante, había que mostrarse sin afectación, cien por cien natural de la cabeza a los dedos de los pies.

El pelo de color caoba de la presentadora estaba cardado hasta el cielo, los párpados bajados por pesados arcos de color turquesa que podrían haberse extendido quién sabe hasta dónde si no se hubiesen topado con las finamente depiladas cejas. Pero este maquillaje servía, cosa extraña, para dar una impresión de naturalidad, pues en la televisión todo es distinto al mundo exterior. Si eres naturalmente natural, estás perdida. Además, la apariencia exuberante de la presentadora calmaba el área de la imagen, ella funcionaba como una especie de divisor de espacio vertical entre aquellas dos mujeres fieras. Sin ella, Shlomith y Andrea hubieran llegado a las manos, o al menos ese era el sentimiento que se había logrado crear en el estudio. (No podemos sino admirar en silencio el talento profesional del equipo de *Today Show*).

Allí estaban, las estrellas de la noche, lady negativa y lady positiva: Shlomith delgada y de cabello rizado y Andrea obesa y de cabello rizado. Una vestía un mono negro ceñido al talle con un cinturón dorado de lentejuelas, pero abombado por otras partes; la otra, un triste caftán marrón oscuro animado por un enorme chaleco de popelina de estilo inca. La conversación enseguida fue por mal camino:

—Mi cuerpo es un lugar de tránsito para los sentimientos de ira contenidos de la audiencia.

—Vaya, eso sí que es pomposo… Dejemos las chorradas. Le haces a tu cuerpo solo y exclusivamente lo que tú misma decides hacerle. Tal vez no te hayas enterado de que el campo de batalla está en otro sitio…

—¡Por supuesto que decido yo misma sobre mi cuerpo! El dolor es

un elemento importante en mi trabajo. Me posesiono del dolor del mismo modo que me posesiono de la historia: a través de mi cuerpo. Y eso mismo haces tú: tomas posesión a través de tu cuerpo…

—Ya, ya, lo personal es político…

—¡Sí, lo personal es político! Y tú has comido demasiado *rugelach*…

—Pues un poco de *rugelach* podría hacerte bien a ti, *darling*. Diré solo que bien comida resulta notablemente más sencillo pensar. El hambre encoge el cerebro, por si no lo sabías, estrecha las perspectivas…

Y así sucesivamente. El *talk show* no ofreció una imagen halagüeña de ninguna de las fanáticas. Excepto que parecían cómicamente idénticas, con la diferencia de que una era gorda y la otra flaca. ¡Qué otra cosa habrían podido hacer más que discutir! Obedientes, interpretaron su papel. Una audición magnífica, sin duda… Hacían escarnio del aspecto de la otra, aunque tenían que haber hablado de los puntos de dolor de la cultura judía. ¿Tal vez algún ayudante de producción las entrenó entre bambalinas para que sacaran su peor lado? ¿Quizás las hicieron enfadar antes de la emisión para que perdieran la compostura y con ella el respeto a sí mismas? Por lo menos los espectadores hambrientos de sensacionalismo recibieron lo que querían. Y los caricaturistas. Los periódicos de la siguiente semana se llenaron de imágenes a cada cual más grotesca: Shlomith y Andrea en un cuadrilátero de boxeo, en un tapiz de lucha libre, blandiendo espadas. Shlomith y Andrea a la mesa de un banquete lanzándose pasteles, empanadas, frutas. «Shlomith y Andrea, Andrea y Shlomith, no parecía acabar nunca», dijo Shlomith al entrevistador de *Vanity Fair*, que había entornado la cabeza, empático. «Fue para ambas un error de apreciación. Hicimos las paces al cabo de unos años, pero nadie se molestó en escribir titulares sobre el asunto».

Pero el entrevistador quería avanzar ya o, más precisamente, retroceder. *614th Commandment* y otras obras significativas ya se han tratado y comentado, así que ¿sería ahora un buen momento para pasar a ese periodo de su vida del que no ha hablado en público? Me refiero al tiempo que pasó en Israel, ¿en un kibutz? Cuando tenía unos veinte años. ¿Qué ocurrió allí? Por lo menos su nombre «Shlomith» procede de esa época, eso tengo entendido, que no es el nombre que le pusieron al nacer. ¿Por qué se marchó de los Estados Unidos y por qué decidió regresar? El entrevistador le sirvió a Shlomith más té oolong en la taza de porcelana de borde dorado y esperó.

Sheila, la batería a la deriva en Park Slope

Sí, ¿qué ocurrió? Ocurrió una reacción en cadena cuyas etapas intermedias, puntos de inflamabilidad, es posible describir de muchas maneras divergentes. Todo depende de a qué parte implicada se le pregunte por esta serie de acontecimientos (que en el momento en que sucedían no eran aún una *serie*, ordenada en línea, enlatada y atada, etiquetada y guardada en su compartimento, igual que se colocan los zapatos en fila los días de limpieza, o los tarros en el frigorífico el día que se hace mermelada, o se empujan en un organizador de cables los incontables cables y conectores amontonados detrás del televisor; se meten, digamos, en vereda, pues la naturaleza de los cables y conectores es estar desparramados como un nido de serpientes, y lo mismo pasa con los eventos: cables y conectores —¡y zapatos!— acumulan suciedad, pelusa, pelusilla, pelillos, pelos, polvo, piedras, igual que los acontecimientos acumulan sobresaltos, cambios de dirección, titubeos, desgarros, pastillas que se te atragantan y, por desgracia con mucha frecuencia, cantidades atroces de ira a las que es difícil encontrarles un destino: los objetos vuelan, las manos se levantan, casi golpean, un grito penetra todas las superficies, paredes, suelos, forjados, tierra y espacio, la corteza cerebral y el corazón y los riñones, que se especializan en tratamiento de residuos. Todas esas perturbaciones acaban escondidas, igual que la suciedad se esconde bajo el nido de serpientes de cordones y cables y conectores, y bajo la suela de goma de los zapatos, en las muescas del patrón de la suela, es la naturaleza pérfida de la suciedad y las perturbaciones y aun así —¡respira, respira, respira!— todo eso perturbador, repugnante, difícil, deprimente e indeterminado ha de ser recogido, como han de ser recogidas las manzanas caídas en el huerto, todo eso, manzanas y problemas, han de ser hechos puré y envasados, como los cables han de ser atados en manojos y los zapatos colocados en fila. Y si además colocas una etiqueta en un lateral del tarro, enseguida sabes qué contiene: RUPTURA, AMOR, ENCAPRICHAMIENTO, ENTRADA EN RAZÓN, RUPTURA. Una bonita serie ¿no es cierto?).

Los hechos son en todo caso los siguientes: corría el año 1963 y Shlomith, que por entonces aún no era Shlomith y menos Shlomith-Shkhina sino Sheila, tenía diecisiete años. Vivía en un pequeño estudio separado por finas paredes de la vivienda de sus padres en Park Slope, en la Carroll Street, y se encontraba mal. El estudio había sido la residencia temporal de Benjamin, el primo de Shlomith entonces Sheila, pero Benjamin había hallado al amor de su vida y se había mudado. Al poco tiempo, Sheila —perdón por tener que usar,

temporalmente, por supuesto, este nombre antes desconocido, que puede ser complicado de grabar en la memoria, pero tratad de recordarlo: Shlomith es (hasta cierto punto) lo mismo que Sheila, y Sheila es (hasta cierto punto) lo mismo que Shlomith, Sh es Sh es Sh: Shlomith, Sheila, Shlomith, Sheila— comenzó a pedir con insistencia el estudio para sí misma. Sheila tenía 15 años. Ya estaba harta de sentarse todos juntos a la mesa para comer. No quería ver el rostro de su madre encerrado en una amargura de mártir, en el que ocasionalmente explotaba una acusación, alguna clase de exclamación acallada, como una negra nube de esporas de un viejo bejín perlado (*Lycoperdon perlatum*) que ha conocido días mejores. Sheila estaba aburrida, deprimida y por eso tan tremendamente delgada.

Por fin, como regalo por su décimo séptimo cumpleaños, Sheila recibió unas llaves propias para la «vivienda de prácticas», como su madre Miriam denominaba al estudio. Miriam había demandado que se abriera en la pared, al borde del suelo, un boquete semejante a una gatera, desde la que podía enviar alimentos a su hija, quien era incomprensiblemente renuente a prepararse comida, aunque el estudio disponía de una pequeña «cocina de prácticas» muy mona, en la que Raizy, la entonces novia y actual esposa de Benjamin, preparaba la comida tan a gusto, incluso desafiantes pasteles que con buen apetito habían comido también los del otro lado de la pared —todos excepto Sheila. ¡No, la muchacha no se iba a mudar al otro lado de la pared sin este agujero de salvación!

Sheila no tenía otra opción. Empujó una cómoda que había heredado de su abuela delante del agujero, y su padre realizó una abertura en la tabla trasera de roble. De este modo, ella podía decidir cuándo abría la puerta de la cómoda para aceptar la comida que su madre había metido o sus mensajes, envíos todos ellos de vital importancia. Ahora su madre no podía echar un vistazo por el agujero cuando le apetecía. Miriam seguro que lo hubiese hecho. Sheila se podía imaginar a su madre supuestamente fregando el suelo delante de su lado del agujero, donde algo complicado de limpiar se habría supuestamente caído, algo que se habría supuestamente extendido al otro lado de la pared, de modo que tenía que asomar la cabeza por la abertura y asegurarse de que en el suelo del lado de Sheila no hubiera quedado nada, pues, y ahora Sheila oía el tono de preocupación fingida de su madre en sus oídos, si por las grietas de los viejos tablones del suelo se filtra líquido (porque naturalmente, la sustancia que se había esparcido era «líquida»), nada salvaría el suelo, habría

que renovar una buena cantidad de tablas para que no quedaran restos de humedad en ningún sitio, o los tablones se combarían con el tiempo y se echaría a perder el apartamento entero.

En contra de los deseos más fervientes de su madre, Sheila adelgazó aún más después de la mudanza. A su hija la habían dotado sin querer de un «espacio propio», 21 x 21 pies y «la posibilidad de independizarse», como la amiga psicoanalítica de Miriam le había recomendado. ¿Y qué hacía la hija? Sacaba de la cómoda los manjares que la madre había envasado en cajas de cartón ¡y los tiraba a la basura! Miriam había encontrado en una bolsa de basura negra depositada al borde de la calle un gran montón de empanadillas de espinacas sin tocar, que reconoció sin dudarlo como obra suya. Tenían los bordes plegados con cuidado, de esos que ya nadie hacía, excepto ella, reconocía sus dobleces simétricas en la masa de hojaldre incluso a tientas con los ojos cerrados. Pero su hija rehusaba comérselas. Se originó una terrible pelea tras la cual pasó una semana hasta que Sheila aceptó reabrir la cómoda.

Sheila esperaba el *deux ex machina* de su vida y seguía abandonando con igual determinación las raciones empaquetadas en cajas de cartón sin comer. Y entonces el dios apareció, pero un dios completamente distinto al que se había imaginado. Sheila había imaginado que *se dejaría llevar al* otro mundo, medio por accidente, gracias a su afición por el adelgazamiento. Pero no, ella no se desmayó sobre el escenario (muy pronto llegaremos a por qué solía pisar tanto los escenarios durante aquella época) ni la vino a buscar llamativamente una ambulancia. No acabó siendo operada por personas con estetoscopios y batas blancas, y su deforme cuerpo *oh my god!!!* no dejó de funcionar. Al menos no entonces. (¡Con qué placer había aguardado Sheila su propio funeral! Su madre, su padre, sus hermanos, tíos, tías, amigos, especialmente una tal Penny, todos lloriqueando a moco tendido por ella, tras su muerte habrían comprendido finalmente lo mal que se sentía; allí en fila se arrepentirían por no haber sabido ayudarla, por limitarse a regañarla, gritarla, juzgarla y acosarla con consejos que en verdad no necesitaba —¿qué cara se os queda ahora?). Y luego, de repente y sin avisar, frente a ella apareció inesperadamente dios: un hombre de Polonia.

Dovid se había marchado de casa, del todo, para siempre. (Esta es también una historia larga y complicada, con más ira y asco y decepción de lo necesario, confiamos en que las cosas surjan con el tiempo, en que quede claro qué clase de hombre era el tal Dovid y de

qué clase de agujero hecho jirones manaba su desmedida determinación, que acabó derrotando la anorexia de Sheila). Dovid viajó desde Łódz primero a Londres y luego a la Gran Manzana, y allí, en un club experimental popular entre los novatos pioneros del Fluxus, se encontró a Sheila. Sheila tocaba la batería, por ese motivo pisaba con frecuencia los escenarios. ¡Tocaba la batería antes que Maureen Tucker de The Velvet Underground! (Esto Shlomith también recordó mencionarlo en la entrevista del *Vanity Fair*.) El nombre del grupo era Entropy, y con posterioridad este alcanzó, siguiendo la estela del acenso de Shlomith-Shkhina, lo que se denomina el estatus de grupo de culto. Era sabido que John Cage había estado en un concierto suyo. En ciertos círculos, al grupo lo llamaban «pionero», y la afirmación contenía una pizca de verdad. Hoy día, por su único EP publicado (y por algunas grabaciones piratas distorsionadas) hay que soltar una suma considerable, y no a cuenta de la cantante, Penny, que a mediados de los setenta se hartó definitivamente de los desmadres, se hizo jurista y dio a luz a tres niñas bien educadas, sino por Shlomith, gracias a la loca y genial Shlomith-Shkhina, pero Sheila, por supuesto, no podía imaginarse nada de esto: todo era una mierda, mierda, mierda, mierda.

Sería divertido describir con más detalle la música de Entropy, pero nuestra competencia es insuficiente. En nuestras orejas, aquello era más bien un zumbido y un rechinido y alaridos onomatopéyicos. Sudando la gota gorda, Sheila pisaba el bombo con un ritmo de pedal uniforme y añadía violentos redobles de batería semejantes a un alud de tierra de vez en cuando, pero en qué punto, no sabemos, la música sonaba como una avalancha caótica y los *fills* parecían entrar en la mezcla de repente. Pero la música no era aleatoria, pues, como por arte de magia, de manera coordinada, la orquesta cesaba de producir ese muro sónico de croados, redobles, incisivos aporreos. Silencio. ¡Chist!

El haz de luz apunta a la cantante, a una Penny de mejillas hundidas, con su ajustada camiseta decorada con las letras L.H.O.O.Q., quien juega un papel especial en las fantasías funerarias de Sheila. (Penny cae de rodillas en el suelo de la sinagoga, rota por la culpa, en cuanto comienza a leerse el primer salmo). Luego la batería se dispara de nuevo, puduTum, puduTum-Tum, pudupudutratatatatataTUM, y Penny se pone a dar alaridos entre los golpes de batería por la boquilla un saxofón soprano que se ha llevado a los labios. Es el dolor de un animalillo torturado y los tom-tom de

Sheila atormentan aún más a esa criatura gimoteante. La criatura saxofón brama y gime cada vez más alto, los bramidos y gemidos retuercen el estómago de los oyentes; casi provocan náuseas (al menos si se ha comido demasiado antes de ir al concierto y se han bebido un par de jarras con el estómago vacío). Y entonces. Silencio. ¡Chist! De nuevo da la impresión de ser arbitrario. Penny y Sheila ni siquiera se miran la una a la otra, aparentemente sienten cuándo ha llegado el momento correcto (las personas con la capacidad de improvisación tienen un sexto sentido, incluso un séptimo o un octavo), y así Penny posa el saxofón con delicadeza en el suelo y se tumba a su lado.

Pero la dicha no dura mucho. De pronto Penny se espabila, ataca al saxofón a horcajadas y comienza a desplegar las piernas. Realiza una hábil espiral propia de gimnasta de aparatos y acaba arqueando el torso con una flexibilidad perturbadora sobre el instrumento metálico. Entonces Sheila comienza de nuevo a pisar el bombo. Bajista y guitarrista se unen, chirrían, aúllan, golpean sus instrumentos. Y Penny comienza a cantar. Canta tumbada en el suelo en una lengua transracional que *con su mensaje sensual asesta un latigazo directo al corazón,* como escribió un crítico de la revista *The Village Voice* el 16.3.1965 en su reseña de dos columnas sobre el concierto. «Penny McQueen es una de las artistas femeninas más carismáticas y personales de la Costa Este de esta década», así finalizaba el breve artículo, ¡y ni una palabra sobre la baterista! Al menos el crítico escribió sobre la banda, pues Entropy era algo distinto a las formaciones hippy y *acid* del Greenwich Village, combos cantante-compositor, artistas folk que cantaban quien sabe qué infantilidades. ¡Cómo odiaba Sheila a esos ilusos que iban por ahí con la guitarra a cuestas! En eso Penny y ella estaban de acuerdo: *nada de letras de esas. The Freewheelin'* de Dylan era bueno, no se podía ni tenía sentido negarlo, pero la mayoría eran sencillamente espantosos. Se sentaban en Washington Square Park, al borde de la fuente y rasgaban sus balalaicas desafinadas. Entropy no era *de esos.*

Al menos alguien sabía valorar la originalidad, el dadaísmo anacrónico, pero que hubiera que agradecérselo a Penny, una de las artistas femeninas más carismáticas y personales de esta década de la Costa Este, no, las cosas no eran así. Se trataba claramente de un error, pues Sheila, no Penny, estaba principalmente detrás de las ideas originales. Sheila le había pedido a Penny que maullara al micrófono como un gato y al instante había sonado fantástico. En realidad, Penny era *su* instrumento, pero de eso, claro, nadie se daba cuenta. Ni

siquiera Penny. Y mucho menos Penny.

Parecía justo lo que no tenía que ser: que Penny, su pequeña marioneta Penny, era la fuente de la que brotaba la originalidad de Entropy, que la Penny de mejillas hundidas en furioso éxtasis sobre el escenario era quien hacía que funcionara todo. Sheila quedaba escondida tras su batería, aunque era el CEREBRO y LA COLUMNA VERTEBRAL de la banda, y encima un espectáculo fenomenal, ¡al menos de la misma clase que la cantante! Además, en ella había algo extra que nunca podría existir en la criptoburguesa Penny de hogar burgués: Sheila estaba en peligro mortal.

Sucedió lo que se puede imaginar. En aquel momento bendito por la *Village Voice*, Penny se convirtió en la mayor zorra de Bleecker Street. Vagaba por las calles y paseaba su saxofón soprano como un bolso en bandolera y le dejaba claro a todo el mundo con la mera posición de su cabeza que gracias a ella los conciertos de Entropy empezaban a llenarse, que la gente acudía a verla precisamente a ella, eso es lo que afirmaba, y por eso tenía que entregarles aún más. Por eso quería una cola hecha de plumas de pavo real en sus pantalones de cuero. Y aquella fue la gota que colmó el vaso para Sheila. ¡Con que un culo de pavo real para Penny!

Surgieron las broncas sangrientas y las desapariciones melodramáticas. Primero una Penny ofendida pasó días sin aparecer por los ensayos del grupo, luego una Sheila rebosante de rabia no se presentó. No sabemos dónde estuvo Penny, pero Sheila corría por Prospect Park. Como la rabia no amainaba, se fue a correr con actitud desafiante al cementerio de Greenwood, por las angostas calles flanqueadas de tumbas de un blanco deslumbrante y mausoleos familiares masivos, de los que los vigilantes la echaban enfadados una y otra vez: *Have some respect for the departed, Miss!*

Toda esta confusión derivó en unas actuaciones flojas que daban vergüenza, en confusión en los ritmos, en escenas de llanto públicas, que a su vez originaron peleas aún más espantosas: recriminaciones, insultos, lanzamiento de baquetas y un labio inferior partido que casi acaba en juicio. «Habría muerto si Dovid no hubiese aparecido en escena», dijo Shlomith con voz temblorosa al entrevistador de *Vanity Fair*, tan hechizado por la historia de Entropy que en sus oídos escuchaba el golpeteo de la batería y en sus ojos veía los brazos huesudos de bíceps venosos abombados como manzanas de tanto golpear la batería: en la imaginación del entrevistador, el brazo que batía el charles constituía una visión impresionante, con las venas de

los músculos finos perfilándose en un relieve casi anatómico, aunque en verdad el brazo de Sheila por aquellos años era brutalmente delgado y feo. «Habría muerto antes o después», repitió Shlomith tragando saliva de manera dramática, secándose las lágrimas de la comisura de los ojos, «si Dovid no se me hubiera acercado a hablar en la barra del bar y me hubiera soltado en la cara: "Chica, tú no estás sana"».

Dovid decide curar a Sheila —y tiene una brillante idea

Dovid le compró a la demacrada Sheila un Bloody Mary. El hombre tenía tal fuerza que fue capaz de conseguir que Sheila se tomara la bebida, aunque odiaba el zumo de tomate, la imprecisión del líquido y el picante; aquello a su boca le sabía excesivo. Muy rápido se enamoraron. «Tienes que curarte», dijo Dovid y le daba a Sheila los flanes con una cuchara; «toma una albóndiga de amor», y pinchaba una albóndiga con el tenedor y se la metía a Sheila en la boca.

Dovid tenía el mismo pelo negro rizado que Sheila, pero más corto. Dovid era veinte centímetros más alto y de belleza angulosa, y así es como Sheila quería ser, pero ella era más angulosa que guapa, era una promesa descarnada, 35 kilos, y había que hacer algo rápido. Y no pasó mucho tiempo antes de que a Dovid se le ocurriera una idea brillante. Quería alejar a Sheila de Nueva York, donde había un *ambiente demasiado patológico* que favorecía la locura, donde sencillamente se incentivaban los actos insanos. También Sheila deseaba marcharse de su ciudad natal, lejos del círculo de influencia de Penny, que se había vuelto egoísta y voluble. Quería distanciarse de la gente que estaba de pie al borde del escenario, cuya mirada cambiaba en el momento que transitaba de la cantante a ella, detrás de la batería. Algo se torcía, Sheila alcanzó a darse cuenta varias veces, cuando no martilleaba la batería ciega de rabia: la fervorosa admiración sin reservas se desmoronaba y dejaba paso a una expresión en la que se debatían el asco y la admiración. Para una persona que amaba las contradicciones no habría supuesto problema alguno, pero Sheila todavía se encontraba en la fase inicial de su viaje, aún no era Shlomith-Shkhina. Sheila era insegura (Shlomith-Shkhina no tenía esa clase de sentimientos). Sheila tenía un miedo mortal a que su *mensaje* se interpretara mal, a que la tomaran por una enferma.

Qué es lo que quería comunicar con su delgadez manifiesta, habría podido preguntar alguien, aunque en aquella época se conversaba sobre ese tema visiblemente menos que en la actualidad.

Probablemente Sheila hubiera dicho que al menos no mendigaba compasión. Quería hacer arte *al límite*. (Esta sería más tarde una idea querida para Shlomith-Shkhina). Quería demostrar su fortaleza no levantando pesas, sino bajando de peso. Era un trabajo preciso que la gente más o menos obesa detrás de las miradas debería tolerar o al menos respetar. Si algo irreversible ocurría, sería por decisión propia: un salto creativo sobre el límite.

Además, esta *historia* era junto el resto de lo bueno, su puerta de atrás. Cuando la noche acababa en vértigo, cuando la cama parecía girar en círculos, cuando sentía ese familiar frío, sabía que todo iba bien, que el peso por la mañana sería más o menos igual, que el *input* y *output* de consumo estarían bajo control. Una pequeña, una diminuta oscilación y ella estaría definitivamente al otro lado del límite. Intocable. Al menos era bueno que su madre lo supiera. La boca de Sheila no era ningún agujero en el suelo y prolongación de la cómoda, un agujero más en la infinita fila de los agujeros, un agujero que su madre pudiera abrir siempre que quisiera, en el que introducir a voluntad sus ingredientes, sus empanadillas, sus gachas. Su madre tenía motivos para mostrarse muy cautelosa con ella. Pues ella tenía poder, todo el poder sobre todo.

El hambre reduce la perspectiva, Andrea Dworkin tenía razón. Hasta cierto punto, la afición al hambre estimula, afila, electrifica y despeja la mente, como saben los que ayunan, pero si el ayuno continúa, la falta de nutrientes empaña y ralentiza el pensamiento. Así que puede ser que «el universo» se enrosque en este consumiente proceso de flagelación desde las dimensiones universales del espacio hasta adoptar el tamaño, la apariencia y la sensación de quien se consume, desde la perspectiva del espacio a una deformidad insignificante.

Sheila, Shlomith y Shlomith-Shkhina discrepaban al respecto en casi todos los momentos de su vida (para ahorrar tiempo, vamos a pasar por alto algunos estremecedores instantes invadidos por la duda). Como las palabras de la razón no ayudaban entonces ni ayudan ahora, pues que la cama dé vueltas y Sheila con ella. Que la vida continúe hasta que finalice. Pero esta idea, Sheila ya no podía entenderla. ¿Vivir o morir? Esta era la cuestión. Había de elegir todo el tiempo. Por eso Sheila se debatía en un estado intermedio. Se imaginaba elegir cada bocado, cada kilómetro corrido, cada flexión: *To be or not to be.*

«Cada persona anoréxica busca reconstruir en lo más profundo de sí misma el teatro edípico de su infancia», había dicho la amiga psicoanalista de su madre Miriam, «pero la trayectoria del drama es

ahora un poco distinta. Una niña que se niega a comer, vale que en este caso ya esté al borde de la etapa adulta, inculpa a su madre de su estado de inanición. Aunque las batallas más graves se suelen lidiar entre madre e hija, el mensaje fundamental de la anoréxica está dirigido al padre: "Sálvame de esa arpía". Cuanta menos carne tiene la hija delgada, menos puede disfrutar de ella la madre malvada. ¿Conoces la historia de Hansel y Gretel? Por eso actuarás con sensatez si le concedes más espacio a tu hija. Si dejas que se independice. Cuando ya no la amenace nadie, desde el punto de vista metafórico, y nadie devore su espacio vital, encontrará su propio cuerpo y aprenderá poco a poco a disfrutar de él. Créeme, Miriam, Sheila se curará si sueltas cuerda».

Quién hubiera adivinado que al final el cuerpo abandonado de Sheila lo encontraría, justo en el último momento, Dovid. La familia de Sheila se mostraría, por decirlo suavemente, recelosa ante los motivos de Dovid, pero su actitud lo único que logró fue acercar aún más a los amantes. *YouR motheR is gRazy*, susurró Dovid a su futura esposa tras su tercera visita, con un acento dulce que rebotaba en las erres, y convenció finalmente a Sheila: su madre estaba loca, no Sheila, así que tenía que marcharse, ir lejos. A un lugar donde pudiera estar un poco más (no mucho pero un poco) rellenita. Porque en Nueva York Sheila no tenía la intención de rendirse. Sería un acto de traición. ¿Acaso iba a engordar y admitir: teníais razón, y ahora voy a volver a entrar en vereda? Jamás.

La idea de Dovid sonaba más que prometedora, sonaba a vida después de la muerte, con la diferencia de que ahora Sheila no necesitaba morirse. Bastaba con mudarse al Kibutz Methuselah. Trabajo honesto cercano a la tierra. Una comunidad sana alrededor. Todo se comparte, todos son honestos. Te entregas a la tierra, al sustrato, al sol, al bregar de las manos, a los pasos de las piernas con un propósito. Si eso no era el paraíso, ¿entonces qué?

Sheila luchó, luchó y al final decidió: adelante. Los dos huimos como Bonnie y Clyde, abandonamos el escenario con estilo: ¡adiós, Manzana picada de gusanos! Además, el abrazo del otro resultaba más agradable en brazos más carnosos, haciendo la cucharilla por las noches; diez kilos más y sus propias rodillas huesudas dejarían de apretarle y causarle moretones en los muslos arqueados. «No son muy hermosos, querida», decía Dovid con cariño, y posaba su mano sobre el moretón. Hermoso tampoco era el xilófono de costillas que sobresalía en su costado, el móvil hecho de clavículas, las escápulas

como platos. «Pero *tú* eres hermosa», animaba Dovid, «y te encontraremos ahí dentro, cuando te completes un poco». Entonces le preparaba un pastel de miel. «Tienes que reunir fuerzas para poder trabajar duro en Israel».

El joven entrevistador de *Vanity Fair* apenas podía mantenerse dentro de sí. Estaba a punto de arrancar una historia cuyos detalles jamás se habían contado. Esta fase de la vida (¿o falsedad de la vida?), a Shlomith le había parecido si no vergonzosa por lo menos demasiado privada como para exponerla en público, pero ahora la situación era distinta. Una artista celebrada y controvertida de sesenta años podía brindarles a sus admiradores (y odiadores) un pedazo de su experiencia fallida en el kibutz. Formaba parte de su transgresora *imagen general*, era también la historia de su nombre, y guardando silencio no cambiaría, así que Shlomith decidió: adelante.

La historia, una de ellas, comienza: ruptura, amor, encaprichamiento

Dovid y Sheila comenzaron a prepararse para el gran cambio. Durante el día, Dovid trabajaba duro en el departamento de caballeros del Macy's de Herald Square y ahorraba para los billetes de avión. Por su parte, Sheila abandonó el grupo definitivamente, con un exultante portazo, y se dispuso a aprender hebreo bajo la tutela del rabino Noam Aurbach en el templo de la octava avenida, donde se reunía la congregación judía reformista Beth Elohim. No necesitas a Dios, pero necesitas hebreo, dijo Dovid, y así Sheila empezó obediente a meterse el idioma en la cabeza a martillazos. Lo básico ya lo sabía, como cualquier niña judía que hubiera celebrado su *bat mitzvá*, pero no se había visto obligada a usar el idioma. En su familia, como en muchas de las familias que conocía, el judaísmo era más una curiosidad que una fe viva. Su familia era judía porque los antepasados eran judíos y sus antepasados habían sufrido porque eran judíos, y por eso ellos también sufrían, porque eran judíos. Pero no se decía nunca en alto. Era un *trauma no experimentado*, como Sheila expresaría después en boca de Shlomith-Shkhina. La tradición y las injusticias vividas por los antepasados habitaban entre ellos, incluso aunque en apariencia no se les prestara mayor atención, y debido a eso el TEMA comenzó a adquirir formas a cuál más extraña, serpenteaba bajo su piel, rabiando y desgarrando: eran todos sus víctimas. Todos excepto ella, Shlomith-Shkhina, que cuarenta años más tarde se despojaría de su carne falsa y obligaría al mundo a contemplar la esencia, el sufrimiento del que era

posible liberarse mediante una catarsis. (Pero todavía no es el turno de esos temas, solo cuando Shlomith tenga sesenta y un años y esté mortalmente enferma).

Sheila y Dovid pasaban las noches en el cubículo de Carroll Street. Dovid le preparaba comida deliciosa y le enseñaba a comer y a disfrutar tomándola de la mano. Alababa a su amada tras cada bocado y la premiaba con un beso, pues el amor era lo mismo que la comida y no les faltaba ninguna de las dos cosas. Dovid se colocaba un pedazo de empanada de hojaldre en la boca, entre los labios, se arrodillaba delante de Sheila, sentada a la mesa, y le pasaba con un beso el pedazo de empanada a sus labios. Pajarito mío, gorjeaba Dovid, y Sheila mordisqueaba, masticaba y desmenuzaba el pedazo en sus dientes hasta que la saliva hacía su trabajo, el trozo de empanada se volvía flexible y adecuado para ser tratado, y entonces Sheila tragaba y su fuerza aumentaba día a día.

Ya no aparecieron más envíos de comida en la cómoda. Dovid le había pedido a Miriam que se contuviera, le había dicho *¿es que no comprendes que eres parte del problema?,* y Miriam se había ofendido hasta lo más profundo de su corazón, aunque su amiga psicoanalista le había dicho prácticamente las mismas palabras. (¡Pero de otra manera! Eso es fundamental. Con un vaso de vino, alentándola y animándola, mientras que este polaco venía a echarle la culpa en su propia casa y la hacía sentir mal, y la colocaba en la tesitura de forzar a su hija a elegir entre su madre y ese patán; y en el momento de gritar *choose him or me!* supo la respuesta, la chica elegiría al sembrador de la discordia, su hija, a quien ella había traído al mundo y por quien había luchado con uñas y dientes para mantenerla en el mundo, le daría la espalda con ridícula facilidad, como si nada de lo ocurrido hasta ese momento significara algo. La niña se marcharía con ese demagogo chiflado y ella no podría hacer nada al respecto).

Sheila subió de peso y, en medio de su indignación, la madre tuvo que admitir, cuando la vio por la ventana de la cocina yendo a las clases de Noam Aurbach, que esa recuperación visible la alegraba, aunque también despertaba cuestiones dolorosas para las que no había respuesta, y también despertaba miedo: al final ¿qué había detrás de esa mejoría? Aún estaba enfadada, ofendida y aturdida, consternada hasta lo más hondo de que alguien con pantalones ejerciera tal poder sobre su hija. Pero Sheila entraba en carnes, eso no se podía negar. Sheila se horrorizaba y se alegraba, se alegraba y se horrorizaba por los kilos ganados, pero incluso horrorizada, seguía adelante, mascaba,

trituraba y tragaba porque Dovid estaba a su lado. Dovid la amaba tal y como era, incluso su digestión y flatulencias.

Por la noche, cuando habían cenado y retomado fuerzas, se acostaban en la cama dispuesta en el suelo. Dovid le contaba a Sheila historias del kibutz que el hermano mayor de su padre, Zachariasz, les había narrado en sus cartas. Zachariasz era, perdón por nuestra elección de palabras, un auténtico niño de mamá; su amigo del alma se había mudado a finales de la década de 1920 a un kibutz llamado Degania, ubicado a la orilla del lago de Genesaret, entre los altos del Golán y Galilea, que era el mejor lugar del mundo, el paraíso donde algún día iría también Zachariasz. Llegó la guerra y los alemanes ocuparon Łódz. Zachariasz hizo la única cosa impropia de un niño de mamá de toda su vida: se largó del fundado gueto de Litzmannstadt a Israel. Su madre le entregó el dinero para el viaje, pues el bueno de Zachariasz era el mejor de los hijos, mejor que Izajasz, el futuro padre de Dovid, que a las puertas de la catástrofe se concentraba en su futura mujer, la bellísima Agnieszka, e hizo oídos sordos a las advertencias. Si había que salvar a alguien, que fuera a Zachariasz, dijo enfadada mamá, y así Zachariasz fue enviado a Degania, lejos de la contienda.

Concluida la guerra, la casa estaba vacía y lúgubre: allí vivían Dovid, de trece años, y su madre, que apretando al recién nacido en brazos había logrado escabullirse de milagro durante la confusión de una rebelión en el campo de Sobibór y sus posteriores escapes en masa. Su madre había dejado de ser bellísima, pues ¿cómo se puede ser pintoresca cuando tu familia y tu querido Izajasz y la madre de Izajasz y toda la familia de tu marido excepto el miserable del hermano ha sido asesinada, cuando tus sueños han sido asesinados, cuando el futuro languidece en la mirada rota del pequeño Dovid? Agnieszka apretó los labios. Sobibór, donde Dovid había nacido y de donde habían logrado escapar de una manera casi incomprensible gracias a una cadena de casualidades, dejó de existir.

La tierra prometida sin embargo existía. Degania, el primer kibutz de Israel, que la gente local llamaba *kvutza*, bordeaba el lago de agua dulce de 166 kilómetros cuadrados al que Dovid se refería con añoranza a la manera del tío Zachariasz, con el nombre de Kinneret. Kinneret, como *kinor,* o violín: el dulce chapoteo del agua recordaba a quienes estaban en su orilla el sonido de ese noble instrumento de cuerda.

«Cierra los ojos y te la contaré», decía Dovid a Sheila, y besaba sus

párpados cerrados. El estómago lleno de Sheila borboteaba sonoro cuando la comida mascada con esmero se deslizaba por el intestino acostumbrado al vacío, pero que ahora, con gran entusiasmo, deleitado por el nuevo trabajo, estrujaba los vestigios de alimento rítmicamente hacia delante, comprimiéndolos cada vez más, en una masa libre de líquido, en la caca que pronto saldría, pero primero esta historia, un cuento antes de dormir, luego la evacuación y la cópula, su rutina de cada día, luego besos y más besos hasta que se presentara un sueño suave y los meciera hacia el siguiente día, un poco más próximos al paraíso.

Kibutz Metushelah: entrada en razón & ruptura (una de las historias termina)

—¡Malka. No. Va. Esta. Noche. A. La. Casa. De. Los. Niños!

Así grita Sheila, con la cara roja, que ahora es Shlomith, pero todavía no Shkhina, Shlomith como ¡*shalom*!, como paz, como en *give peace a chance*, que cantaban a gritos los contrarios a la guerra de Vietnam en el verano de 1969 y lo que ella aún cantaba en un tono trémulo para calmarse a sí misma cuatro años después. El asunto es en el fondo bastante sencillo. Ella solo había querido ser una nueva persona. También había querido ser una «nueva judía», de las que se criaban en los kibutz en unas condiciones casi de laboratorio, disfrazados de viñedos exuberantes, de florecientes campos de amapolas, *papaver somniferum*, de amargas arboledas de cítricos, de dulces oasis de naranjas Jaffa dicotiledóneas angiospermas, sí, Shlomith (ahora hay que acostumbrarse otra vez a este nombre) había querido la paz de espíritu a manos llenas, en raciones de diez galones. Pero ahí estaba ahora, en el Kibutz Metushelah, en el porche de una casa enfoscada de blanco, gritando a su legal marido como si fuera su peor enemigo:

—¡Malka. Se. Queda. Esta. Noche. Conmigo!

Por supuesto que eso no es posible. Dovid ennegrece de exasperación mientras mira a su mujer, que furiosa trata de apelar a él con la fuerza de su rabia. Al lado están Malka y la enfermera de los otros cinco niños de dos años del kibutz, la *metapelet,* como son llamadas, una odianiños asquerosamente gorda de nombre Zmira, a quien Dovid reverencia a más no poder. Zmira dice en voz alta lo que Dovid ha empezado a creer cada vez más en su interior: «Por desgracia, las dificultades emocionales de Malka se deben a ti, Shlomith». Lamentablemente, Malka no se integra porque su madre la

engatusa para que la eche de menos, porque durante sus visitas diarias la madre planta de manera insidiosa las semillas de la tristeza del apego. Por eso la niña grita, chilla, tira a Zmira de los pelos, le propina patadas en el estómago. Por eso la despedida de cada noche se ha convertido en un drama, en el que, dependiendo de la perspectiva, el papel de la bruja mala lo representa o Shlomith o Zmira.

Pero Dovid no está interesado en las distintas perspectivas. Dovid cree ciento uno por ciento en el kibutz. Cuando el kibutz dice por boca de Zmira que la tarea de los padres es *divertirse* con sus hijos, Dovid lo cree y se divierte. Cuando el kibutz dice por boca de Zmira que los padres deberían darles a sus hijos un poco (pero no mucho) de *satisfacción emocional*, Dovid se la da. Un poco. Hace cosquillas en el estómago a Moti, de tres años, acuna en sus brazos a Malka, un año menor, pero de manera distinta a Shlomith, que al hacer cosquillas o acunar, planta en los niños algo que no debería plantar. ¿Cómo lo hace? Y, sobre todo, ¿por qué lo hace?

Han sido felices durante cuatro años. Dovid así lo cree. Cuatro años de felicidad, pero entonces, tras el nacimiento de Malka, de pronto todo se les va de las manos. Shlomith desarrolla extraños síntomas. No, Shlomith se anda con tretas, se corrige Dovid, corrige mentalmente pieza a pieza la imagen desgarrada de su mujer, que comienza así a reconstruirse, su eterna amada, a quien trajo aquí, alejándola del malvado mundo, a quien sanó y fecundó dos veces. Ahora la imagen vuelve a ser reconocible: es Shlomith, una Shlomith desagradecida y resentida, mentalmente inestable. Shlomith ha esgrimido el arma más pesada de todas, sus dos hijos, como instrumento de su juego. ¿Por qué lo hace? Dovid cierra la mano izquierda en un puño y encierra en ella la pregunta, dentro de la palma de su mano, la aplasta y la hace más y más pequeña cuanto más fuerte aprieta los dedos y de ella no queda nada, solo la respuesta. Porque Shlomith es mala. Mala, mala, mala.

Con Moti todo fue de maravilla. Shlomith entregó a su primogénito a la casa de los niños con cuatro días, como ha de ser, en aquel momento le parecía «OK». Acudió a la casa durante medio año a amamantar al niño, ni un día más, solo las 24 semanas permitidas. Incluso pensaba que era divertido llamarse «organismo hembra», término que se inventó Dovid cuando ella salía con sus pechos goteando leche hacia el edificio situado a trescientos metros. Era una broma común, cariñosa: «Vaya, por aquí anda el organismo hembra»,

¡ja-ja-ja!

Dovid cierra también la otra mano en un puño y mira a Zmira, que aprieta a Malka más fuerte en sus brazos, la pequeña grita, y camina hacia la casa de los bebés con su carga chillona.

Pero Malka ya no es un bebé. Malka es una niñita que usa su propio cerebro, Shlomith lo sabe. Posee una conexión especial con su hija. La pequeña habla con frases cortas, unas míseras palabras, pero su infantil mirada intrépida ilumina la idea. El lugar de la niña está con su madre: ambas están de acuerdo. Pero ¿cómo decírselo al kibutz y que el kibutz lo crea? Al kibutz, que habla por tantas bocas y cada vez más por la boca de Dovid, que a ella ha comenzado a darle asco y contra la que ya no piensa poner sus propios labios. Pues Dovid se ha vuelto malvado. ¡Malvado! Dovid se ha aliado con Metushelah entero en contra suya.

Shlomith ha escuchado la voz de su corazón, pero Metushelah considera que ha cometido crímenes terribles. Hace una semana peló y separó en gajos una naranja a su hija y recibió por ello una advertencia. Solo está permitido comer en el comedor común, dice Metushelah por la boca de cada uno de sus miembros. Las meriendas privadas son el-fer-men-to-de-la-pri-va-ti-za-ción y además vinculan a los niños con su madre de una manera inapropiada. Dovid está de acuerdo: «No los provoques en vano. Malka y Moti ya tendrán tiempo de comer naranjas de sobra mañana».

A la mañana siguiente, Shlomith se salta su turno de trabajo en la cuadra. Las vacas lanzan mugidos de tormento con las ubres hinchadas, mientras ella se tiende boca arriba en el huerto de naranjas entre las frutas que ha arrancado de los árboles, y llora de rabia.

Todo hijo es hijo de todos, canturrea la gente de Metushelah mientras ara los campos y trabaja duro en los viñedos, con la misma melodía renqueante con la que tararean todos los himnos creados para unificar al kibutz, *cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades.* Pero Shlomith no puede culpar a Dovid. Él le contó ya en Park Slope, cuando estaban tumbados en el colchón, con las barrigas repletas de comida nutritiva, y esperaban el sueño, que los profesionales crían a los niños del kibutz. La tarea de los adultos es vivir su propia vida. Entonces parecía casi una idea romántica: *la tarea de los adultos es vivir su propia vida.* No la vida de aspavientos y cargante de Miriam, su madre, por ejemplo, la repugnante vida de sacrificios, sino *su propia vida*. En aquel cuchitril de Park Slope, Shlomith había cerrado feliz los ojos. Había pensado en las primeras

décadas del siglo XX, en la indescriptible pasión y el éxtasis que poseía a los judíos que habían partido de diferentes rincones del mundo. Habían acudido en especial de Europa del Este, estaban hartos de la vida asfixiante del gueto y de las crueles persecuciones. Llegaron y despejaron la tierra árida, desierta… Casi desierta… Su país…

Dovid se vuelve a tragar la ira, deja que sus manos se relajen y desplieguen. Se gira de nuevo hacia Shlomith, de pie en el porche enfoscado de blanco, y dispone sus palabras con cuidado. «Zmira cuida de Malka con la intensidad adecuada y suficiente para que la niña pueda encontrar de manera natural un lugar propio. Y ese lugar está con su grupo, con los de su misma edad. Y tú lo sabes. Así que, ¿a qué viene otra vez este espectáculo, cariño?».

Dovid le habla como a una idiota. Y cada noche, cuando se llevan a Malka y Moti de su lado, ella llora. Para Dovid, la desaparición de los niños supone un alivio. Para Dovid, los niños son un juguete que otro puede ordenar y guardar una vez ha terminado el juego. Y todo el mundo piensa que está «OK», claro, ¡el kibutz entero juega con los niños! Los niños son los monos de Harry Harlow, eso Shlomith no lo soporta. Todo lo demás pase, también que los cigarrillos haya que pedírselos al comité de tabaco establecido a tal efecto, pero echar a perder a los niños es un asunto serio. Shlomith ha reparado en una serie de detalles preocupantes. Los jóvenes de Metushelah son apáticos. Están reventados después de la escuela, el trabajo en la granja y los deberes, no se les concede ni un segundo de tiempo propio. Siempre se arrastran en grupo y, si por un casual se les hace una pregunta personal, sin mirarse entre ellos empiezan a balbucear de una manera que te hace pensar si se imaginan que los miembros del comité de educación están aplaudiendo a su espalda.

Lo más alarmante es que no imaginan. No imaginan nada de nada. Se ha cercenado su capacidad de imaginación. Cuando hablan, son francos. Toda esa mierda brota directamente de sus corazones. Todos los tópicos, la ausencia de aristas, las verdades premasticadas: ni la más mínima duda. Ni siquiera un segundo de confusión.

Los ojos de Shlomith empiezan a abrirse. No se trata en absoluto de emancipación con sabor socialista, sionista y tolstoyano, como Dovid se lo pintó en Park Slope. Se trata de un programa de construcción de máquinas. Los han reclutado para que Metushelah produzca «nuevos judíos», robots con aspecto de persona, que aguanten el trabajo duro sin molestar a sus cabezas con pensamientos revolucionarios. Que creen con sus propias manitas un nuevo mundo y no sean gilipollas

neuróticos manchados por un excesivo intelectualismo.

Aunque Shlomith aún no lo sabía, no estaba sola con esas ideas. Por esa época, un tal Bruno Bettleheim había visitado Altid, otro kibutz israelí, donde había realizado observaciones participantes sobre la educación de los niños. Las conclusiones las publicaría en 1969 en el libro *The Children of the Dream*, que se convirtió en un superventas y en uno de los libros más sonados del año. «La generación nacida en los kibutz está entregada a una *Sachlichkeit* completamente diferente, a una literalidad y objetividad ceñidas a los hechos donde las emociones no tienen cabida», soltó Bruno B. en el programa *60 Minutes*, que Shlomith no vio, pues estaba viviendo los últimos meses de la luna de miel de su gran cambio de vida en Israel. «Digamos que son más realistas, mecánicos y objetivos que nosotros, menos humanistas, menos involucrados», Bruno B. continuó y añadió: «Una cosa única en ellos es que renuncian de inmediato a una opinión en cuanto sienten (o temen) que la opinión del grupo se inclina hacia otro lado».

Finalmente, Bettelheim encendió la última cerilla: «Una relativa planitud emocional puede ser justo el factor selectivo que determine quién se queda en este entorno relativamente simple, poco exigente». Y como para suavizar la dureza de la afirmación anterior añadió en leve tono de disculpa: «Aunque la segunda generación de *kibbutzniks* no crean ciencia ni arte, no son líderes ni grandes filósofos o innovadores, tal vez sean ellos la sal de la tierra sin la cual ninguna sociedad puede perdurar».

El padre del programa, Don Hewitt, jamás había recibido tantas cartas indignadas al correo de la compañía que producía el programa, una de cada cinco insinuaba una venganza del Mossad.

Aunque revelaciones posteriores sobre la historia personal de Bruno Bettelheim dan motivos para sospechas en varias direcciones —huyó a los Estados Unidos después de ser liberado del campo de concentración de Buchenwald con ayuda de sus contactos, en el Nuevo Mundo se sacó del sombrero una formación e historia laboral en el área de la psicología infantil, se las ingenió para labrarse una carrera sorprendentemente larga como persona que ayuda a los niños con trastornos, fue acusado de violencia y abuso sexual y acabó suicidándose—, las conclusiones que extrajo sobre el movimiento de los kibutz no carecían de fundamento. Por lo menos las experiencias de Shlomith apoyaban las afirmaciones de Bettelheim respecto a las ramificaciones de la ideología del kibutz, la banalidad espiritual, la insensibilidad y la no cuestionada disciplina de grupo. Cierto es

también que una persona que vive en un kibutz y que no inquieta su mente con preguntas críticas es probablemente más feliz que quien sale a conquistar el mundo.

Shlomith, sin embargo, no estaba interesada en una felicidad tibia, distribuida equitativamente. Cuando se topó con su primera MUERTE EN MASA DE LA IMAGINACIÓN nada más mudarse a Israel, todavía no comprendía de qué se trataba. La guerra de los seis días en junio de 1967 despertó en ella preguntas, pero las hundió en los recovecos del olvido. Se entregó de lleno a las emociones de la comunidad, algo tan sencillo como respirar. Solo después desenterró las preguntas. Los números eran escalofriantes: el cuatro por ciento de la población de Israel vivía en kibutz, y más o menos la misma cantidad luchaba en el ejército, pero el 25 por cierto de los muertos en la guerra procedía de los kibutz. Cinco jóvenes de Metushelah murieron, lo que considerando el reducido tamaño del kibutz es una cantidad incomprensible. ¿Qué ocurrió en las batallas? ¿Por qué Noam, Yoel, Gidon, Yoske y Ben-Zion se abrieron camino hasta el frente y se colocaron en la línea de fuego?

Shlomith había abrazado a Ditsa, la llorosa madre de Noam, que acababa de ver desaparecer a su hijo en su tumba amortajado de la cabeza a los pies. Cinco muertos, cinco veces la cantidad de tristeza, y Shlomith no podía sino recordar la frase que Ditsa le había dicho antes de la guerra, cuando ella acababa de llegar, cuando era curiosa y rebosaba de desatado entusiasmo: «¿De verdad crees que pensamos que ellos habrían elegido el kibutz si nosotros no les hubiéramos entrenado para elegirlo?».

Padre Kibutz siempre lo sabe mejor. No merecía la pena que los pequeños kibbutzniks pensaran demasiado. Los pequeños kibbutzniks tenían motivos para relajarse, pues los alimentaban con los códigos del heroísmo y del sentido de deber, y con enormes raciones de funcionalidad enérgica. A veces, en circunstancias extremas, alguien podía correr directamente hacia una bala, pero pensando en el conjunto el sacrificio era insignificante.

¿No es cierto, Ditsa?

¿No es cierto, Noam, Yoel, Gidon, Yoske y Ben-Zion?

Esas son las preguntas que Shlomith desentierra al nacer Malka. Desentierra a Ditsa, raspa y saca a la luz la pregunta retórica que por algún motivo la mujer le presentó durante su primer mes en Metushelah: «¿De verdad crees…?». Shlomith rasca capa a capa y descubre junio de 1967, el funeral de Noam y los cuatro jóvenes de su

edad y todo ese dolor y el bulto en su interior crece. Crece y crece y revienta cuando Malka cumple dos años.

Al principio Shlomith trata de ser prudente. Pregunta pudorosa si podría pasar con sus hijos más tiempo que las dos últimas horas que están despiertos. Pero eso no es posible. El comité central no concede permiso. Al poco, Shlomith ya se cuela sin que nadie lo advierta en la casa de los niños para ver a su hija, por la mañana, a medio día, a horas inapropiadas. Reúne coraje y se desliza en la cercana casa para los niños en edad de jugar donde están Moti y los otros pequeños de su edad y a donde trasladarán a Malka y a su grupo en las próximas semanas. Se asoma a las habitaciones y observa a los pequeños jugando, pero se descuida y la pillan: «el problema» se tratará en la siguiente asamblea general.

Pero Shlomith ha mirado profundamente a los ojos de los niños y ha observado en ellos una pizca de esa luz que aún no se ha apagado en la mirada de Malka. Solo queda una alternativa: Shlomith tiene que salvar a sus hijos. Al menos a Malka.

—¿Quieres que Malka acabe en Neve Ze´elim?

De nuevo cae la tarde y el espectáculo de cada noche ha comenzado en el porche de la casa enlucida de blanco. Zmira grita con la voz ronca, sucumbe a la emotividad teatral originaria de la vida en el gueto, de la que tras cerca de treinta años en Metushelah ya no debería quedarle ni una gota. Pero Shlomith posee la excepcional habilidad de poner de los nervios a la gente. Shlomith es insufrible y por eso es plausible que su hija acabe en Neve Ze´elim, una institución para niños perturbados situada en Ramot HaShavim. Esto es lo que Zmira cree y así lo cree también Dovid, quien, con los últimos vestigios de emoción melodramática, esa que Metushelah aún no ha conseguido escardar, grita:

—¡Malka también es mi hija y ahora yo digo que ya basta!

Shlomith-Shkhina mira con tristeza al muchacho de *Vanity Fair*. «En la práctica me echaron del kibutz. Hice todo lo posible para llevarme a mis hijos conmigo, pero no me los entregaron. Fui a Tel Aviv, que es la ciudad más grande próxima a Metushelah, y traté de poner una denuncia. La policía dijo que carecen de autoridad sobre los comités centrales de los kibutz, y que tendría que contactar con la confederación de kibutz. Allí seguramente defenderían los principios de Metushelah. Trabajé algún tiempo en Tel Aviv de camarera, traté sin éxito de negociar con diferentes entidades. Al final estaba dispuesta incluso a secuestrar a mi hija. Pero cuando fui de visita a

Metushelah, ninguno de mis hijos pareció reconocerme ya. ¡Qué bien les había lavado el cerebro el kibutz! No conozco otra organización tan efectiva… Perdí esta batalla 10-0. Regresé a Nueva York en febrero de 1974. El resto es historia».

El lápiz del muchacho de *Vanity Fair* echaba humo al tiempo que la grabadora giraba. Con las mejillas rojas, el joven anotaba palabras clave, creaba un marco para estructurar la larga entrevista registrada en la cinta. La última frase con la que Shlomith concluyó su historia del kibutz, la escribió tal cual sobre el papel: «Después de esa experiencia, jamás, subrayo: *jamás*, he querido ser normal, ajustarme a una norma».

Carta que Shlomith dejó sobre la mesa del comedor del Kibutz Metushelah al marcharse la madrugada del 13 de febrero de 1974

Shlomith-Shkhina guarda silencio (y se prepara)

«Why We Drool Over Shlomith-Shkhina», preguntaba el *Vanity Fair* en grandes titulares, y la respuesta estaría clara para los que leyeran el artículo. Se babeaba por Shlomith porque ella hacía lo que todos en lo más profundo de su ser querían hacer: convertía su vida en arte. Transformaba los más diminutos detalles en parte de su enorme persona, a veces de dimensiones megalómanas. Nada se desperdiciaba, todos los restos se aprovechaban. Esto sería el sueño más íntimo de cualquiera. ¿Vivir de tal manera que hasta la decisión más nimia y el acto más irreflexivo converjan sin esfuerzo en el flujo de las grandes Decisiones y Actos? Shlomith era con todas y cada una de sus células una Artista, ٢٤/٧. Muchos no eran capaces. Shlomith-Shkhina era la válvula necesaria, el manómetro de aire. Si Shlomith-Shkhina no hubiera existido, habría habido que inventarla.

«¿Y qué viene después?», preguntó el muchacho periodista, que podía ver en sus ojos cómo acabaría esta fascinante entrevista de ٦٠ aniversario. Y obtuvo lo que quería: *Shlomith-Shkhina se lleva la taza de borde dorado a sus labios de carmín, toma el último sorbo del té oolong y sonríe misteriosa detrás de la taza. «Llevo un tiempo planeando una performance y creo que es el momento de llevarla a cabo. La representación no está exenta de riesgos y su preparación no ocurre de un día para otro». Los ojos de Shlomith-Shkhina titilan traviesos. Niega con la cabeza cuando le pregunto si puede describir el proyecto con más detalle. «Todo a su debido tiempo*».

No puedo evitar pensar que seremos testigos de algo histórico, algo épico, lírico y trágico, todo junto y en el mismo paquete. Un paquete llamado Shlomith-Shkhina. Me contento con la sonrisa enigmática de la diosa y le estrecho la mano. Ya tiene prisa para asistir a la inauguración de la exposición de Annie Leibovitz en el Brooklyn Museum.

Me quedo sentado en el sofá de cuero blanco como la nieve de la sala VIP del restaurante, después de que la diosa haya abandonado el edificio. Todas esas historias… Siento como si hubiese vivido un instante bajo su piel, como mujer, como judía y como artista implacable. Siento como si un pedazo de mí se hubiera marchado con ella. Quedo a la espera de la performance que preparará en el futuro próximo, que volverá a revolucionar el concepto de arte performativo, que romperá unos límites que ni siquiera alcanzábamos a imaginar. Gracias por existir, Shlomith-Shkhina.

El chaval de las Converse tenía razón. La última performance de

Shlomith, que se vio en agosto de ٢٠٠٧ en el prestigioso Jewish Museum, despertó una profusa discusión. Los argumentos, no obstante, eran insólitamente simplistas, quedaban lejos del intelectualismo de la década de los ٨٠ y a años luz del deconstructivismo —dar vueltas, inclinar, derribar y volver a derribar. La conversación giró casi en exclusiva alrededor de la moralidad del arte. Los *freelance* aficionados escribieron sobre las «condiciones liminares» de la representación que desencadenaban en la audiencia una variedad de sentimientos: agresión, conmoción, lástima, miedo, ansiedad, rabia, incluso placer malicioso. Se hablaba de la relación entre el arte y la enfermedad, de por dónde discurre el límite de la «imputabilidad», sobre si la «comunidad» habría de intervenir en las acciones suicidas de la artista y de qué manera. Los argumentos se descomponían en sus factores primarios: ¿cuál habría sido aquí esa comunidad con derecho a intervenir, a interrumpir el proceso, a llevar a la artista a un tratamiento en contra de su voluntad? ¿Es que América no era un país libre? ¿Es que un individuo no puede hacerse lo que quiera?

La prensa vendía estupendamente, en especial la amarillista con sus espantosas fotos de *paparazzi*. Alguien había recibido un soplo sobre el proyecto de Shlomith y había seguido a hurtadillas a la artista mientras se preparaba para su performance. Las imágenes se publicaron acompañadas de unos pies de foto sensacionalistas. Una Shlomith-Shkhina delgada como un palillo corriendo por Brooklyn Heights Promenade: «¡A duras penas en pie!». Una Shlomith-Shkhina pálida como la muerte en el café Mogador del East Village: «¡No traga la pasta de berenjena!». Una Shlomith-Shkhina demacrada, azotada por el viento de camino a su casa entre la Quinta y la Sexta avenida: «¡¿Qué lleva en esa bolsa de tela?!». Una Shlomith-Shkhina llorosa, de pie, endeble, en las escaleras de acceso a su casa de piedra rojiza, con los bolsillos volteados, las llaves de casa perdidas: «El tendero del barrio cuenta: ¡solo compró una naranja!».

Pero no tenemos ningún motivo para unirnos a los gritos de los grandes titulares. Al menos no en esta fase, cuando el torbellino insustancial de la palpitante actualidad ha retrocedido hasta el lugar al que pertenece una vez ha cesado de girar el remolino mantenido de manera artificial. (¿Escucháis todavía los ecos del tintineo de la caja registradora?). Cuando la espuma encrespada se ha depositado en el fondo, el cual no apetece ni siquiera rozar con el dedo gordo. (En este punto, algunos más sabios hablan de «decencia»). Entonces, o mejor

dicho, ahora, quienes danzamos en la cuerda floja de la eternidad alzamos nuestra mirada hacia la luz brillante. Sentimos el calor hacia el que nos dirigimos con los ojos cerrados. Percibimos la sima bajo nuestros pies, pero no tememos, pues el vértigo constituye una parte fundamental de esta danza.

Mientras preparaba su performance, Shlomith sentía los movimientos obedientes de la cuerda bajo sus zapatillas de correr. La afirmación «¡A duras penas en pie!» no es en absoluto cierta. ¡Shlomith apenas rozaba la tierra cuando corría por Brooklyn Heights Promenade! A pesar de su delgadez, estaba más segura, más fuerte de lo que jamás había estado en su vida. (Dexamfetamine sulphate ٥ mg × ٣ la ayudaba en cierta manera). La carrera de ١٨ millas dominical de Shlomith habría despertado envidia incluso en un peso medio entrenando para un maratón. La carrera de Shlomith duraba, con sus paradas intermedias, desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde. El propósito de esta dura prueba de diez horas era apurar la llegada al peso objetivo, alcanzar los treinta kilos para la performance, bajar al doce por cierto de índice de masa muscular, es decir «delgadez severa». Shlomith no había comprendido sin embargo qué tenía de «difícil» una delgadez pronunciada, una normalidad pronunciada era mil veces más difícil de conseguir.

Las noches eran duras, repletas de jirones de pensamiento errantes, fugaces, de acúfenos. La cama le giraba a la demacrada artista más rápido que nunca, como una carraca en un palo. Un terrible sonido chirriante hacía eco en su cráneo. Excepto por el ocasional alboroto del radiador, la casa estaba en silencio, solo el familiar ruido de fondo de las calles, como la exhalación de las olas del mar, construía una barrera sonora en la que, en teoría, era seguro estar y dormir. Pero la cama giraba y la carraca crepitaba, los pensamientos rechinaban y traían un sabor a sangre a la boca. El sueño se mantenía alejado. ¿Tal vez era la voz del hambre, el castañeteo dental de advertencia, idiofónico, del hambre?

¿Cómo recorrer dieciocho millas en diez horas sin músculos?

Aunque la vida experimental de Shlomith comienza a aproximarse a su final, tenemos que acompañarla en su última carrera ritual de domingo, tenemos que recorrerla con ella al menos una vez. Shlomith transitó ese viaje sola ocho veces durante el verano de 2007. Es un logro considerable teniendo en cuenta que en la práctica recorría cada milla solo con la fuerza de su voluntad, sin músculos, hecho que

hubiera convertido el viaje en algo notablemente más placentero. Shlomith no estaba sola cuando corría, no hay necesidad de tenerle lástima. La escoltaban sus reflexiones clarificadas por el sulfato de dextroanfetamina, y no contenían ni una pizca del ruido de carraca, de dudas abrumadoras que crujen, de preguntas chirriantes. Por momentos, Shlomith avanzaba en ese estado que es el más inalcanzable de todos, en la pura contemplación; solo existía el movimiento, los pies que apenas rozaban el suelo.

En honor a la verdad, hay que decir que las carreras dominicales implicaban una gran cantidad de dolor. Shlomith vomitaba bilis al pie de los árboles que flanqueaban las calles. Unas cuantas veces sintió un dolor físico casi intolerable, quemazón en el estómago, debilidad y vértigo. Pero así era. Igual que no existe belleza sin sufrimiento, tampoco arte.

Así que acompañamos a Shlomith en su última carrera, no por lástima, ni siquiera como ángeles protectores, sino más bien como guías. No caminamos con ella por su propio bien (conoce su ruta *by heart*), sino por el bien de la posteridad. Y por si a algún otro loco (¿un investigador del arte de la *performance* de Japón? ¿De Irlanda? ¿De Nueva Zelanda?) se le metiera en la cabeza recorrer el mismo trayecto que ella para reconstruir su ruta. ¿Trataría de experimentar algo similar a lo que tal vez Shlomith-Shkhina experimentó el verano de ٢٠٠٧?

Shlomith echó a andar en Park Slope, en la esquina de la calle Quinta con la Sexta avenida. Subió por la Sexta avenida hasta alcanzar su antigua casa en Carroll Street. Esa larga calle atravesaba casi todo Brooklyn, desde la costa hasta Lincoln Terrace Park. A Shlomith no le gustaba especialmente Carroll Street. Despertaba recuerdos desagradables, sentimientos en forma de agujeros y puertas de cómoda; partidas, regresos, fracasos, pugnas. Y por eso había que recorrerla una y otra vez. Shlomith no habría sido Shkhina si no hubiese decidido ir hacia Brooklyn Heights Promenade precisamente a través de Carroll Gardens, a lo largo de la calle que le daba nombre. En ese punto, Shlomith seguía caminando y calentando sus «músculos».

A una persona de voluntad menos firme le habría desalentado la ruta, larga como un año de hambre, sobrecargada de sensaciones adversas, especialmente cuando las endorfinas no servían de nada en esta etapa, pues la neblina hormonal de la naturaleza aún no removía el cerebro. Pero Shlomith estaba hecha, claro, de otra pasta.

De vez en cuando Shlomith hace un esprint, luego continúa caminando, corre y camina por turnos, calienta, se prepara para lo que va a venir. Tiene un aspecto deforme en sus apretadas mallas negras de correr y su camiseta negra ajustada al cuerpo que absorbe el sudor. Atrae miradas alarmadas, horrorizadas bajo los ٢٨ grados de calor, la miran como si fuera un capricho de la naturaleza. Pero ahora no nos importan esas miradas. No somos parientes de los *paparazzi*.

La primera etapa del viaje comienza a vislumbrarse cuando Shlomith pasa por un familiar punto de referencia: F. G. GUIDO FUNERAL HOME INC – *Family Owned Business since* ١٨٨٣. Significa que solo resta un cruce antes de Henry Street, donde Shlomith tiene por fin permiso de girar, cambiar de dirección ٩٠ grados a la derecha. Ahora, sin embargo, ha de salirse un momento de la acera: la John Rankin House, un edificio de ladrillo rojo de tres plantas de imponente estilo neogriego, donde se sitúa la funeraria fundada en Brooklyn por el primer empresario de pompas fúnebres de origen griego, está cercada por un equipo de rodaje. Ocupan la acera enormes dispositivos de iluminación, andamios, equipos de filmación y camiones, en cuyos flancos blancos se han escrito promesas azules: BUDD ENTERPRISES LTD. CONSULTANTS. EQUIPMENT LEASING. THEATRICAL TRUCKING. ٨٨٤٦–٤٢١–٢١٢. Delante de la rimbombante puerta de entrada aguarda una carroza fúnebre negra modelo de ١٨٨٨. Un caballo blanco corpulento ha sido enganchado a la carroza, resopla, sacude la cabeza y piafa con los cascos el asfalto; está claro que desearía ponerse en movimiento ya.

Shlomith rodea al equipo de cine por el otro lado de la calle y acaba en la Henry Street, que corta Carroll Street al estilo cuadrícula y rompe la repulsiva, sinuosa etapa inicial. (Bueno, una cosa más sobre Carroll Street. Hay varios lugares donde la vía se interrumpe, pero luego continua en algún punto y hay que conocer esas intersecciones si quieres mantenerte en la misma calle. Quien planificó los nombres de la ciudad hubiera podido bromear con el tema y haber realizado pequeñas variaciones descaradas: Carol Street, Carrot Street, Carob Street,… no hay nada tan entretenido como perderse en Brooklyn. En su engañoso carácter de pequeña ciudad, en el acogedor *how cozy!,* y en el desaliño, que dan a entender que llegas pronto al lugar donde te diriges, que no hay ningún peligro, aunque en realidad *bien podría* tratarse de una escenografía, la casa de Bill Cosby no se sitúa en Stigwood Avenue, esta calle no existe…).

En la esquina de Henry Street y Carroll Street, Shlomith se premia

por primera vez. Entra en la tiendecita de la esquina CARROLL DELI & GROCERY – OPEN ∨ DAYS, cuya marquesina de franjas azul, blanco, rojo le trae a la memoria el vino tinto barato y una barra de pan (¿quizá el propietario es francófilo?) COLD-CUT • BEER • SODA • FREE DELIVERY • ٣٢٥٧–٥٢٢. Shlomith no compra embutido ni chocolate, ni cupones de lotería, se saca unos dólares del bolsillo de cremallera cosido al dorso de las mallas y compra una botella de zumo de mango Granini. Lo bebe con placer y continua su camino, ahora a lo largo de Henry Street.

Las endorfinas han comenzado a fluir con cautela. El asfalto ya no es un imán negro pegajoso en el cual se hace pesado levantar las piernas. ¡El suelo la rebota hacia arriba, la calle de frondosos tilos la anima, el viento hace susurrar las hojas con un alentador cha cha cha! (En esta fase de esfuerzo, el oído de la corredora debilitada por el hambre se ha vuelto abrumadoramente sensible, pero eso pasa. La sensibilidad es seguida por un sentimiento de bloqueo, como si los canales auditivos se llenaran de agua. No es una sensación agradable, pero por suerte sus reservas de endorfinas aún liberan en la sangre abundantes, y ante todo crecientes, elementos de alegría que la ayudan a soportar el rugido y gracias a los cuales ese rugido puede sonar a música de meditación).

Shlomith aprieta el paso. Tiene prisa por llegar al punto álgido, donde va a girar tras diez minutos de carrera uniforme. Cuando Henry Street se encuentra con la rechoncha Remsen Street, Shlomith gira a la izquierda y escapa hacia el paisaje marino que se vislumbra al extremo de la calle: East River, al que se podría arrojar y, en teoría, nadar hasta el confín de la tierra (Cuba, por ejemplo). Pasa junto a una señal amarilla inclinada de DEAD END que no está dirigida a ella, está dirigida a los que en lugar de piernas tienen neumáticos, en lugar de corazón un motor, en lugar de alma un tubo de escape, carburador y radiador (quién sabe, un conocimiento profundo de la metafísica del automóvil requeriría mayor estudio). Shlomith hace un breve esprint y llega a su destino intermedio: Brooklyn Heights Promenade.

«¡A duras penas en pie!». Qué garrafal mentira. Shlomith avanza flotando detrás de las espaldas de personas sentadas en los bancos, que observan los rascacielos con los ojos fruncidos detrás de sus gafas de sol. Niñas pequeñas corretean y gritan, juegan al corre que te pillo; Shlomith las sortea con agilidad, sin caerse. Las baldosas hexagonales del malecón parecen grises panales de miel cuyos bordes estrujan el adhesivo de construcción más oscuro, plegado por el sol. La fila de

panales la interrumpe una composición de baldosas cuadradas parcialmente quebradas, luego los característicos hexágonos devuelven la cadencia dulce de panal bajo sus pasos.

Esta franja de aroma fresco, sin automóviles, es algo que Shlomith quiere experimentar con cada célula de su ser. Disminuye el ritmo, aunque el júbilo de la endorfina la conmina a trotar más deprisa. Respira hondo y se llena de aire. Pero ya se divisa el fin del paseo. Ha de girar a la derecha, al mundo de los vehículos a motor, el humo y la contaminación.

Las prohibiciones y órdenes son para Shlomith algo más que familiar. Cuando abandona Brooklyn Heights Promenade, una señal verde hierba decorada con hojas de arce indica todas las cosas que no deberían suceder durante el esprint de panales de miel. NO RIDING BICYCLES, ROLLERSKATES, SCOOTERS, SKATEBOARDS. ¿Pero se puede volar…? NO BALLPLAYING OR FRISBEEING. Si ella flota sobre la superficie de la tierra, difícilmente podría representar un peligro para nadie… NO ALCOHOLIC BEVERAGE. ¿Y si estás borracho de amor? ¿O padeces locura progresiva? NO LITTERING. Basura del futuro, pañuelos de papel destinados a quitarse mocos y sudor, Shlomith los ha embutido en el mismo bolsillo de cremallera que los dólares. El bolsillo abulta, un pañuelo usado una vez pero aún servible está hecho un gurruño debajo del fajo de billetes enrollados. Si se examina con más detenimiento, Shlomith carece de glúteos, pero tiene en el trasero una cola de conejito totalmente negra por ese bulto de papel. NO DOGS OFF LEASH. Shlomith corre lejos, hacia delante, cada acelerón consume calorías. Con cada brinco disminuye, es más ligera que ligera, puro aire.

Shlomith se precipita Columbia Heights abajo, al pie de los cuales la espera el WATCHTOWER, un extraño complejo de edificios colosal de color beige, el cuartel general de los testigos de Jehová, que recuerda a un hotel de dos estrellas mallorquín. El complejo se extiende a ambos lados de la calle, y esas dos moles se conectan mediante un diminuto pasadizo elevado de diez ventanas, bajo el cual hay que pasar si se quiere continuar por la calle.

¡Pero qué alegría! Al otro lado del pasaje elevado ya destella la meta de la siguiente etapa de Shlomith, el hermoso, neogótico Brooklyn Bridge. Desde ese punto, las estructuras del puente colgante parecen formar parte del revoltijo arquitectónico de la oficina principal de los Testigos de Jehová, una especie de telaraña improvisada por algún tipo de necesidades decorativas. El puente en sí es hermoso. Es como

una iglesia al aire libre erigida al sagrado optimismo, y quien suba al puente no puede evitar que los pensamientos negativos se disipen. (Los suicidas resueltos son una excepción). Al puente le han dedicado odas, de sus bordes mudos algunos han saltado al mar con espíritu deportivo muchachil, y también con el ánimo oscuro como la tormenta. El arrebato del dibujante ilustrador Otto Eppers es uno de los más conocidos. Con diecisiete años, Otto se encaramó al puente en el año ١٩١٠, se tiró y sobrevivió al choque con el agua sin un rasguño, al contrario que muchos aspirantes menos afortunados. El remolcador Florence sacó a Otto del agua según el plan y lo condujo a tierra, donde la policía esperaba al temerario. Se presentaron cargos contra él por intento de suicido. Aunque más tarde se retiraron, esta cadena de eventos o, más precisamente, su acto final, despierta cuestiones desconcertantes. En primer lugar: ¿qué hecho individual convierte un acto en suicida y puede alguien ajeno definirlo y con qué argumento? Otto simplemente era un temerario. En segundo lugar: ¿cómo castigar por un intento de suicidio? (Con una condena a la horca, como en el s. XIX en Inglaterra. El cuerpo se ultrajaba póstumamente; una práctica que la Iglesia no suspendió hasta el año ١٨٢٣. En Francia, el suicidio era antes de la revolución un delito de lesa majestad. En la Grecia antigua, había que solicitar permiso para suicidarse ante un tribunal. Conocemos un caso en el que los médicos cosieron la herida de un prisionero que se había rajado la garganta, para que se le pudiera ahorcar como es debido). ¿Sobrevivir a un suicidio —si la persona, al contrario que Otto, realmente desea morir— no es un castigo en sí mismo? ¿No se debería más bien… abrazar al aspirante a suicida?

En todo caso, con sus ٥٩٨٩ pies de longitud, el puente de Brooklyn alcanzó a ser durante veinte años (hasta ١٩٠٣, cuando se construyó el puente de Williamsburg sobre el mismo East River) el puente colgante más largo del mundo. Para consuelo del puente, hay que añadir que es y será, ahora y siempre, el primer puente colgante del mundo fabricado con cables metálicos (los primeros, al contrario que los más largos, no están amenazados en los libros de los récords más que por mentiras).

Cuando Shlomith ha pasado corriendo bajo el pasadizo elevado que conecta el complejo de edificios del cuartel general de los Testigos de Jehová (ahora siente una punzada en el costado), alcanza la pequeña Everit Street y luego Old Fulton Street, a lo largo de la cual se encuentran los primeros letreros para la etapa más complicada de la ruta: cómo acceder a la parte peatonal del puente. ¡Ahora atentos,

copiones y wanna-be-Shlomith! Incluso el mejor mapa adquirido en Barnes & Noble no rebelará la ruta, pues la red de calles es en este sitio cualquier cosa menos clara desde el punto de vista del trazado cuadriculado. Para colmo, el grueso gusano naranja llamado Brooklyn–Queens Expressway (que dirige a las malditas caravanas de automóviles hacia el puente) oculta la información cartográfica que un peatón, corredor o ciclista necesitaría ahora de manera más acuciante. Un letrero verde dirige a los ciclistas con su servicial flecha hacia delante; a los que requieren escaleras, sin embargo, a la izquierda, igual que a aquellos cuyo destino es el puente de Manhattan (pero mejor guardar silencio o en este tour guiado aparecerán demasiados puentes).

Así que gira en la dirección de la flecha hacia Front Street. Camina hacia delante, pasa Dock Street, pero no te entusiasmes y sigas hasta Pearl Street, pues entonces estarás debajo del puente y pronto te habrás perdido, aunque con su estilo desvencijado es un lugar imponente como un templo, y aunque allí también se encuentra la señal servicial BROOKLYN BRIDGE (STAIRS), su flecha, por cierto, señala una pared de chapa ondulada. Elige la calle perpendicular llamada York Street y comienza a subir por ella. A la izquierda ves un edificio industrial de ladrillo rojo, entre las plantas tercera y cuarta se lee THOMSON METER CO. WATER METERS en letras un poco obsoletas pintadas de blanco que se extienden a lo largo del edificio entero. Más que ver en ese trozo de la calle no hay. (Si insistes en saberlo, el inventor y fabricante de origen escocés John Thomson patentó un contador de agua para controlar y facturar el consumo de agua en ١٨٨٧. Se dispuso a producir el dispositivo para su venta en masa, claro; un contador redondo que funciona con la misma técnica se puede encontrar hoy día en casi cada edificio). Ahora has llegado a Washington Street y ya estás casi en tu destino. Camina un momento, observa el lado izquierdo de la calle. Allí está finalmente: el puente y el camino que se sumerge debajo del puente o, dicho en otras palabras, el punto donde los peatones acceden al puente.

En ese lugar umbrío debajo del puente hay un pequeño carro de venta y en el carro, una sombrilla azul y amarilla *Heja Sverige!* llamando la atención: ٢ $ ٤ HOT DOGS + COLD WATER OR COLD SODA CAN. Al parecer, los que salen del puente o entran al puente están hambrientos, o al menos hay suficiente gente como para que merezca la pena instalarse en ese escondrijo de gases de escape y vender bebidas embotelladas y enlatadas y embaladas y comida

precocinada empaquetada y envuelta en un papel. (Shlomith jamás compra en ese lugar, pero nada te impide que compres dos perritos en oferta y un líquido refrescante, que vas a necesitar, pues la temperatura del día continúa en ascenso y válgame Dios, en el puente hace calor…). Delante del puesto hay un letrero indicador, embadurnado de pegatinas y etiquetas, BROOKLYN BRIDGE (STAIRS). Por una vez la flecha señala el lugar exacto: allí están por fin las deseadas escaleras.

La alegría de encontrar las escaleras para un principiante tiene que asemejarse al júbilo experimentado por el arqueólogo Carlo Fea cuando comenzó a desenterrar el arco triunfal de Septimius Severus, enterrado en el fango en la esquina noreste del Forum Romanum, a los pies de la colina del Capitolio. Pero no es aconsejable quedarse a soñar, pues Shlomith ya está lejos. Corre a lo largo del bonito puente hacia Manhattan y la dejamos correr. Ella sabe bien dónde tiene que girar después de llegar a la isla, dónde encontrar la ruta más agradable (aunque «agradable» es un concepto muy relativo después de Brooklyn Heights Promenade) hasta su destino final, el Lower East Side, la intersección entre East Houston y Ludlow. Entra en el Katz´s Deli, inmortalizado en el cine, que anuncia su exquisitez en sus flancos de ladrillo rojo, con tipos de letra distintos unos de otros: letras de neón rojas, gruesas, una torre de letras que sobresale del muro cual antena, pósteres y carteles más moderados. *Katz's – that's all! Known as the Best – since ١٨٨٨!*

Shlomith se sienta en su mesa habitual, junto a la pared, bajo la fotografía de Liza Minnelli y hace el pedido habitual. Ahora es sin duda Shkhina, no solo Shlomith, pues por supuesto que el personal del restaurante y los clientes habituales la conocen. ¡Pero si ella es una atracción! Vienen a verla a ella. Las miradas son furtivas, conformes a las buenas maneras, como siempre en las grandes ciudades. Alguna vez alguien (normalmente venido de visita del extranjero, un halcón de galería muy bien enterado de las tendencias del mundo del arte) se acerca a intercambiar un par de palabras. «¿Qué tal va su hambre?», puede preguntar el halcón con el tono profundo de un iniciado.

Despacio, simulando deleitarse, Shlomith-Shkhina disfruta de su medio bocadillo de pastrami. Entre esas rodajas de pan obsceno hay una gruesa capa de finísimas rodajas de pavo, que primero se ha salado, luego parcialmente secado, frotado con hierbas y finalmente ahumado y cocido al vapor; la receta tiene su origen en un tiempo previo a los refrigeradores. Los inmigrantes judíos rumanos trajeron el

manjar a los Estados Unidos a mediados del s. XIX, y el pan sabe estupendo también a los que no conceden mucha importancia a Aquel-Que-Es, a Aquel por cuya gloria los ortodoxos han de comer comida cuya receta se origina en la época previa a la refrigeración.

El gerente del restaurante, Dan, siempre le trae a Shlomith-Shkina otro medio bocadillo en una bolsa de papel junto con la factura. «Shlomith, querida, llévese esto, cómalo esta noche, invita la casa». Shlomith acepta la bolsa de papel y deja una propina generosa, es parte del trato.

Shlomith-Shkhina sale del Katz´s Deli con paso cansado pero feliz hacia la East Houston Street. Se tambalea unas manzanas hacia el oeste, hacia el parque Sarah D. Roosevelt y desciende al inframundo, a la traqueteante línea de metro F, que la devuelve a Park Slope, justo a la séptima avenida, cerca de su casa.

El hambre de cada día y la euforia, el dolor y el embotamiento, la angustia mental hueca y la confianza del funambulista, los esfuerzos sobrenaturales y abnegación irracional, las numerosas noches en vela, la búsqueda infinita de conocimiento, las llamadas de verificación, los blocs de notas llenos con los que habría podido calafatear las ventanas ventiladas del bloque de apartamentos entero, todo esto origina una oración, la fruta de sus labios, *tfila*. La última *performance* de Shlomith-Shkhina, que decenas de estudiosos del arte de la *performance* de todo el mundo han acudido a observar. El auditorio del Jewish Museum está lleno hasta la bandera. Oficialmente caben ٢٣٠ espectadores, ahora hay un cuarto más. Una parte se ha sentado en el suelo.

El dieciséis de agosto, el telón rojo del escenario se levanta. Un murmullo recorre el público. Allí está por fin Shlomith-Shkhina, de pie, con el micrófono en la mano, en ropa interior, rodeada por feos calentadores que soplan aire caliente. Parece algo exhumado de la tumba, está tan delgada que no puede estar viva. Tan protuberante y pálida, con abolladuras por todas partes. Y no obstante allí está, en carne y hueso, moviéndose una pizca. Shlomith-Shkhina se lleva el micrófono a los labios y deja salir un sonido: *My dearest*. La voz proviene de un lugar profundo, es imponente, cavernosa y muy audible. De un cuerpo tan inexistente cabría esperar que salieran simples gemidos débiles entrecortados por jadeos, pero no, la voz de Shlomith-Shkhina es fuerte como el acero. Y así, Shlomith-Shkhina comienza a hablar por última vez sobre la faz de la tierra.

JUDAISMO Y ANOREXIA
PONENCIA PERFORMANCE
JEWISH MUSEUM
16.08.2007

¡Estimado público! Les doy una calurosa bienvenida a mi conferencia «Judaísmo y anorexia». Como pueden ver, el tema me afecta a un nivel muy personal. Estoy de pie frente a ustedes, en medio de lámparas térmicas que irradian calor, casi desnuda. Estoy helada. El pelaje esponjoso de mi piel, el lanugo, está erizado igual que el de un pollito; debido a la iluminación a mi espalda, lo ven como un aura radiante. A *mí* me ven como una silueta, no como una persona, mucho menos como una mujer. Ven un símbolo en lugar de una persona, una metáfora en lugar de una mujer —ven una *señal*.

Sé que estoy demasiado delgada. Sé que soy fea y deforme. Incluso está justificado decir que me muero delante de sus ojos. ¿Estoy jugando con fuego? Seguro. ¿Soy narcisista? Tal vez, hasta cierto punto. ¿Demente? No lo creo. ¿Soy inocente? De ninguna de las maneras. ¿Estoy glorificando una enfermedad llamada anorexia en nombre del arte? ¡Absolutamente no! ¿Animo a las niñas judías, a las mujeres judías a seguir mi ejemplo? ¡No, no y de nuevo no!

Se preguntan desconcertados: «¿Por qué te has hecho esto a ti misma, Shlomith-Shkhina?». Durante los próximos cuarenta y cinco minutos, intentaré proporcionar respuestas a esta pregunta. Como saben, soy judía. Esta frase ya encierra la primera pregunta: ¿Qué significa «ser judía»? ¿Se trata de una religión o de una minoría étnica? Ambas opciones son refutables. En primer lugar, «ateo judío» no es una paradoja conceptual. Yo misma nunca he sido capaz de creer en Dios, y aun así me siento judía en espíritu y sangre. En segundo lugar, es posible, aunque no sencillo, convertirse al judaísmo. Basta

con estudiar con detenimiento las cuestiones fundamentales de la fe. Unirse a un grupo étnico, sin embargo, no es posible. Se nace y se permanece.

Concibo el judaísmo en un sentido cultural amplio. Sostengo que incluso el judío más secular lleva consigo, quizás inconscientemente, por ejemplo los principios de pureza e inmiscibilidad, que forman parte intrínseca de nuestra herencia cultural. En el judaísmo, estos ideales se abordan especialmente por medio de la comida, lo que ocasiona que la cultura judía sea particularmente susceptible a las patologías relacionadas con la alimentación.

Durante el transcurso de mi ponencia, examinaré el judaísmo también a través de dogmas individuales, que revelan su *espíritu*, ese algo que hace único al judaísmo frente a otras visiones del mundo y religiones.

*

El hogar de mi infancia no era particularmente religioso. Sin embargo, ciertos clichés asociados con la cultura judía se hacían evidentes en la vida cotidiana de nuestro hogar. En mi familia regía un *ethos* del éxito y una cultura de glorificación de la riqueza que, por supuesto, impregnan todo el paisaje mental estadounidense. Mi padre pasaba largas horas en la industria de la impresión. Mi madre era un ama de casa ruidosa, sobreprotectora, fanática de la comida y centrada al cien por cien en el bienestar de la familia. Bastante dominante, a veces asfixiante y, según el testimonio de mi hermano, incluso castrante. Vamos, el prototipo de madre judía.

Personalmente sentía que el cariño de mi madre no era del todo honesto. Siempre implicaba una pizca de martirio, una mentalidad de sacrificio que un niño percibe con claridad, aunque no lo comprenda. Al mismo tiempo, la mano que alimenta al niño es de alguna manera rechazante. El dedo está extendido con aire de culpa: *¡come, pequeño, come, devora los*

últimos retazos de la fuerza de tu madre!

Mi padre desconocía por completo los juegos de poder de mi madre. Quizá fingía, quizá se beneficiaba inconscientemente de la situación. Por las noches, al regresar del trabajo, se dirigía a la mesa sin ceremonias y se llenaba los carrillos de comida. A mí me consideraba una caprichosa ingrata porque muy temprano reaccioné a las tensiones en el hogar rechazando la comida.

*

He sido prisionera de la anorexia desde la adolescencia. No culpo a mi madre de mi enfermedad —¡sería algo tan propio de la década de los 70!— ni tampoco a mi padre. Mis hermanos y hermanas están sanos, aunque crecieron conmigo en el mismo entorno y estuvieron expuestos a las mismas señales contradictorias que yo.

En cambio, estoy del todo convencida de que tengo una predisposición genética a la tentación de los cantos de sirena de no comer. Si esta predisposición no hubiera existido, habría canalizado mis sentimientos negativos en otra cosa. Habría podido, por ejemplo, liberarme a través del baile, como hizo mi hermano, que se ha convertido en un exitoso coreógrafo.

Me recuperé de mi enfermedad temporalmente cuando me enamoré. De nuevo una historia muy típica. Me casé, nos mudamos a Israel a un kibutz llamado Metushelah, tuvimos dos hijos. Aquello duró los bíblicos siete años. Luego todo se vino abajo. Regresé sola a Nueva York y el hambre volvió a tentarme con sigilo.

Me las he arreglado con mi anorexia. En lo más profundo de mí supe tras regresar de Israel que algún día tendría que medir fuerzas con esta posesión. Descender a las profundidades de mi enfermedad, escarbar en sus podridas raíces; las ramas principales se encontrarán, eso es lo que sostengo, en el judaísmo.

Ese día es ahora.

Para poder sanar, durante un instante voy a entregarle mi cuerpo a ese monstruo querido, a la tortuosa y placentera obsesión de no comer. Voy a mirarle directamente a los ojos radiantes, helados y luego: adiós.

Acabaré con él ahora, aquí, mientras les hablo.

Una cosa más antes de pasar al tema propiamente dicho. No se preocupen por mi salud. Dentro de algo más de una hora me admitirán en un hospital privado. La ambulancia me espera al otro lado de la puerta. Cuando regrese del tratamiento seré una nueva persona, ya no Shlomith-Shkhina. Seré como cuando nací. Después de esta noche, salúdenme con el nombre de Sheila Ruth Berkowitz.

*

Partiré del hecho indiscutible de que las mujeres judías sufren de anorexia y otros desórdenes alimentarios más que la media de la población. Aunque solo el dos por ciento de la población de los Estados Unidos son judíos[1], nada menos que el 13% de los clientes de las clínicas que tratan los trastornos alimentarios son de origen judío[2].

Los judíos que observan de una manera particularmente estricta las reglas llevan sufriendo trastornos alimentarios desde la década de 1970[3]. En los últimos años, a los judíos ortodoxos les han explotado en las manos los casos de anorexia en las adolescentes. Durante una investigación llevada a cabo en una escuela secundaria judía ortodoxa de Brooklyn, se descubrió que una de cada diecinueve niñas judías padecía algún grado de trastorno alimentario. La cifra es un 50% más alta que en otras niñas estadounidenses de la misma edad[4].

Actualmente se está desarrollando un estudio similar en la comunidad judía de Toronto. Según datos preliminares, el 25% de las niñas de secundaria de la comunidad padece algún trastorno alimentario, frente al 18% del resto de la

población.

En Israel, más de una de cada cuatro mujeres pierde peso. La cifra es la más alta del mundo. Las mujeres judías israelíes, independientemente de su grado de religiosidad, se muestran significativamente menos satisfechas con su cuerpo que las mujeres árabes[5].

Para que no se me acuse de difamación, mencionar que existen también resultados de investigaciones según las cuales los trastornos alimentarios son más comunes entre las judías secularizadas que en las judías religiosas. La Ley Judía enfatiza la modestia y la humildad, lo que en algunos casos puede ser un factor protector en relación con desórdenes alimentarios[6].

Según la concepción judía, el hombre es la imagen de Dios. El término de *shmirat ha-guf* significa cuidado del cuerpo (nutrición adecuada, velar por la condición física y prevención de riesgos). La anorexia, en cambio, siempre representa rebelión, hibridación y exceso. La anorexia constituye un manifiesto alarmante contra las condiciones imperantes. Por lo tanto, se ha de suponer que cuando un judío ortodoxo está atrapado en las fauces de la anorexia, ocurre de modo inocente, como resultado del mayor y más poderoso autoengaño.

Desde esta perspectiva, no es de extrañar que el uso de laxantes y diuréticos, así como de vomitar, todos ellos medios activos y agresivos de control de peso que violan el *principio shmirat ha-guf*, sean más comunes entre los judíos secularizados[7]. Los judíos, por otro lado, también han estado más dispuestos e interesados en buscar ayuda para sus problemas que otros grupos culturales, lo que se ha atribuido no solo a su baja autoestima, sino también al hecho de que ellos (con la excepción de los judíos ortodoxos más conservadores) no rehúyen a los profesionales psiquiátricos[8]. Tal vez estén ustedes familiarizados con el dicho de que la imaginación judía es una paranoia reforzada por la historia. El

autoexamen y la autocrítica, sin mencionar el humor negro, forman parte de nuestra cultura, y todas estas son cualidades excelentes desde el punto de vista del éxito de la terapia.

Las comunidades judías también se han despertado para ayudar a los suyos. Entre otras cosas, el Movimiento de Reforma de Mujeres Judías de América ha elaborado una guía y un paquete de materiales lectivos bajo el nombre de "*Letapeah Tikva* – ¡Alimentemos la esperanza! Trastornos alimentarios en la vida judía de hoy. Observaciones y perspectivas". La Fundación Hadassah, una organización de mujeres sionistas que tiene como objetivo mejorar la posición, la salud y el bienestar de las niñas y mujeres judías en los Estados Unidos e Israel, ha concedido una gran subvención para investigar la prevención de los trastornos alimentarios.

El Rabino Dovid Goldwasser y la psicóloga clínica Ira Sacker fundaron en el año 1999 la organización Helping to End Eating Disorders (HEED) destinada a adolescentes judíos ortodoxos. El Renfew Center ha puesto en marcha un programa en Long Island destinado a gente que sigue una dieta kosher y sufre de trastornos alimentarios.

*

Se pueden buscar causas del comportamiento alimentario patológico en la superficie, en las presiones sobre el aspecto físico. Las mujeres judías perciben a menudo sus rasgos semíticos como feos, si se comparan a sí mismas (y a menudo se comparan) con una mujer estadounidense blanca de clase media.

Las mujeres judías opinan que son de baja estatura y de formas abundantes debido a sus características raciales. La abundancia afecta a glúteos, muslos, caderas, abdomen y senos. Consideran que tienen sobrepeso y músculos flácidos, o una estructura corporal robusta poco femenina. Se sienten

narizotas, peludas, con ojos anormalmente oscuros y cabello oscuro. El cabello es típicamente rizado, como el mío, y el rizo del cabello también se percibe como un elemento anti-atractivo.

Así pues, las mujeres judías son en muchos aspectos lo opuesto a sus hermanas protestantes anglosajonas blancas, altas, atléticas, delgadas, de ojos azules y cabello rubio como características étnicas[9]. Es cierto que el atletismo y la esbeltez están desapareciendo a gran velocidad debido a la cultura del «I´m lovin'it®».

En la baja estatura difícilmente se puede influir, pero sí en las otras características semíticas mencionadas. Las cirugías nasales y el alisado del cabello[10] son muy comunes en la comunidad judía. El tamaño de los senos, los muslos, las nalgas y el abdomen se puede modificar mediante el entrenamiento muscular y la dieta. El tamaño del anillo pélvico no se puede cambiar, pues es un hueso.

Cuando yo no era un esqueleto, sino simplemente estaba terriblemente delgada, más de una vez escuché a mis amigos judíos diciéndome a modo de cumplido: «¡Tienes un precioso cuerpo de gentil!». Aprendí ya en la adolescencia que existe una palabra que significa no judío. Lo más impactante de esto es que no me impactaba. ¿Alguna vez han escuchado las palabras «auto-odio judío»? Se cree que el fenómeno se originó en un momento en que los judíos fueron liberados de los guetos y se les permitió fusionarse con la población mayoritaria[11]. Del interior de una cultura, los judíos se trasladaron a la frontera entre dos culturas, a un lugar desde el que podían mirar en ambas direcciones: hacia adelante y hacia atrás, hacia los sueños, hacia el cambio.

Mis otras características (nariz grande, cabello rizado, 164 centímetros de alta) son, en cambio, típicas semíticas. Me he llevado bien con ellas, a diferencia de con mi cuerpo, que siempre ha tenido una voluntad propia independiente, separada de mi voluntad. Las mujeres afroamericanas se las han

arreglado mejor en este sentido. Todo el mundo conoce el lema BLACK IS BEAUTIFUL. Un factor de fondo de esta autoestima racial puede ser que, a diferencia de los judíos, a las personas negras les resulta notablemente más difícil cambiar sus características étnicas[12]. El nombre también puede cambiarse. Nací Sheila porque mis padres no querían que destacara demasiado entre la multitud. Sheila es un nombre judío bastante típico hoy en día, a pesar de tener su origen en el idioma irlandés. En Irlanda, el nombre procede del latín Cecilia, que a su vez deriva de la palabra latina *caecus*, que significa ciego.

Shlomith, sin la hache final, es un nombre bastante raro con raíces en la Biblia. Su forma básica se introduce en la Primera Crónica, Capítulo Tres, en el versículo diecinueve: *Los hijos de Pedaías: Zorobabel y Simei. Y los hijos de Zorobabel: Mesulam, Hananías, y Selomit su hermana.*

Hebraicé Sheila por Shlomith después de casarme. Quise agregar la hache final; hacía el nombre más completo, se sentía maravillosamente redondo y suave en la boca. El nombre se mantuvo, a pesar de que nos separamos y abandoné el kibutz.

*

Las comunidades religiosas estrictas siempre han tratado de protegerse de las influencias externas. Los judíos jaredíes prohíben a sus miembros ver la televisión, por ejemplo. El aislamiento también alimenta una cultura del silencio. Las enfermedades mentales, como se entiende comúnmente a la anorexia, son uno de los mayores temas de vergüenza entre los judíos ultraortodoxos. Saber que se ha recibido atención psiquiátrica puede convertirse incluso en un impedimento para el matrimonio.

Conozco casos en los que los padres de una niña gravemente desnutrida admitida en el hospital han contado mentiras tontas sobre el estado de su hija en su círculo y en la escuela. Una explicación

popular es la enfermedad básica de la adolescencia, la mononucleosis. Lo gracioso del asunto es que la mononucleosis, conocida en la lengua vernácula como enfermedad del beso, se transmite por contacto o intercambio de saliva o sangre. El tacto, especialmente la aproximación percibida como sensual, potencialmente sexual, está estrictamente regulado en la cultura judía ortodoxa conservadora.

«Pero ¿qué tiene que ver esto contigo, Shlomith-Shkhina? ¡Tú jamás has pertenecido a la comunidad religiosa judía!». Sí, oigo con mucha claridad las preguntas que pasan por sus cabezas, oigo el murmullo en la sala. Las voces amortiguadas llegan a mis oídos en forma de fuertes chirridos, porque la fina capa de grasa que rodea la mucosa de las células nerviosas de mi oído interno, en la práctica ha desaparecido por completo.

Es cierto que mi familia miraba de reojo a los jasídicos de Borough Park. Nos parecían raros, unos frikis que representaban el lado más oscuro del judaísmo. Sin embargo, el Libro Sagrado y el flujo de Explicaciones e Interpretaciones rabínicas que se han desarrollado a su alrededor a lo largo de los siglos constituyen la base común de toda la cultura judía y, en última instancia, de toda la civilización occidental. El Libro Sagrado se usa de diferentes maneras en diferentes comunidades judías, ya sea de forma libre y adaptada o dogmática y estricta, pero de cualquier manera el Libro está ahí, está en nosotros. La Ley Judía es un micelio de ADN intertextual del que no podemos escapar mejor que de nuestros genes ocultos en los cromosomas.

¡Que mi cuerpo sea durante un momento más un laboratorio en el que las metáforas mortales se concretizan, en el que las alegorías contagiosas y los mitos que siembran la destrucción se prueban!

*

La primera conferencia sobre judaísmo y anorexia se organizó en Philadelphia en el año 1998[13]. Yo estuve

allí. Esa conferencia le dio la chispa final a mi proyecto de pérdida de peso, aunque pasaron casi diez años antes de llegar a este punto. En cualquier caso, la conferencia fue extraordinariamente inspiradora. Establecí muchas relaciones colegiales significativas.

Emergieron varias teorías sobre las causas de los trastornos alimentarios. Una de las más importantes se relaciona con la cultura de citas de los judíos ultraortodoxos conservadores (*shiduj*), que difiere mucho de las formas en que se empareja la mayoría de la población. Los jóvenes judíos ortodoxos no pueden conocerse sin intermediarios matrimoniales, casamenteros. Incluso tocar (*neguiá*) al sexo opuesto, al potencial cónyuge, está estrictamente prohibido.

Aquellos que interpretan la ley de una manera más estricta evitan situaciones en las que pudieran tocar a un miembro del sexo opuesto incluso por accidente. En base a este principio eligen el lugar en el autobús, el avión, etc. También saludar dando la mano al sexo opuesto es desde su perspectiva extremamente problemático.

Ya que el mundo exterior (como el mundo de los negocios) censuraría profundamente a quien se negara a estrechar la mano y podría imponer una sanción (como no cerrar el trato), rabinos altamente capacitados han impartido instrucciones para salir de la situación de manera honorable. La mano que estrecha ha de estar «indefensa», hay que evitar el apretón fuerte. Si la otra parte toma la mano con firmeza y vigor, la mano indefensa judía es «observadora inocente» y de este modo, pura.

Algunos casamenteros son profesionales que cobran honorarios. A estos profesionales se les llama *shadchan*. Mantienen una base de datos en la que la primera pregunta se refiere a la talla de la mujer y al peso. Los hombres buscan mujeres muy delgadas para casarse. La delgadez es un rasgo apreciado sobre el que casamenteros y madres de las jóvenes en

edad de matrimonio ejercen presión. No exagero al decir que no se puede tener una cita hasta haber alcanzado la talla 0 o las medidas mágicas 80-60-86.

La delgadez simboliza la inocencia pubescente, la pureza incorrupta que a su vez sella el que la candidata a esposa estará cien por cien bajo el control de su marido. Hay que casarse a una edad muy temprana y no se suelen utilizar anticonceptivos. El propósito principal del sexo es engendrar un hijo. Un gran número de niños, a su vez, es un medio de difundir los valores judíos (los judíos no practican el trabajo misionero).

Esta es una razón obvia de la anorexia de las jóvenes judías ortodoxas. Si sienten que no están listas para las exigencias de la maternidad, la vida sexual y la crianza de una caterva de niños, comienzan a concentrarse en lo que queda bajo su control: su propio cuerpo.

*

Las niñas se convierten en potenciales futuras esposas a la edad de doce años y seis meses, momento considerado como el comienzo de la menstruación. Para judíos jaredíes, tocar a un miembro de tres años del sexo opuesto ya constituye un problema. Debido a que la menstruación es tratada con el mismo horror en una cultura judía estrictamente religiosa que en muchas sociedades tribales antiguas, y debido a que esta actitud de rechazo expone a serios trastornos de la imagen corporal a quienes crecen para ser mujeres en el mundo moderno, les contaré un poco más sobre la menstruación en el contexto judío.

Una joven o mujer que menstrua es *nidá*; la palabra significa «retirada» o «separada». Según algunas interpretaciones rabínicas, *nidá* proviene de la palabra *menadejem*, que por su parte significa «aquellos que te expulsan».

Según el pensamiento judío, existe un flujo sanguíneo normal (*nidá*) y anormal (*zavá*). Como resulta muy difícil saber si el sangrado es normal,

se trata siempre como anormal. Esto significa que la mujer judía ha de esperar siete días antes de sumergirse de forma ritual al octavo día, tras la puesta de sol, en agua purificante (*mikve*) y metamorfosearse así al estado de pureza.

Para asegurarse, los judíos ortodoxos asquenazíes añaden cinco días más a los siete días, por lo que las mujeres deben esperar un total de 12 días antes de la purificación.

El ritual de inmersión entra dentro del más amplio concepto de «pureza familiar» (*taharat hamishpajá*). La inmersión va precedida de una escrupulosa limpieza de las cavidades corporales. También se cortan las uñas y se cepilla el cabello. Así, al sumergirse, la mujer ya no se lava de manera concreta: se purifica espiritualmente.

Según la doctrina judía, la *mikve* es un elemento de fe aún más importante que la sinagoga y la Torá. Los requerimientos de la *mikve* pertenecen a la tercera categoría (*jukim*) de los 613 mandamientos y prohibiciones (*mitzvot*), que consiste en reglas que trascienden la racionalidad humana y desafían la razón, y que se sitúan por lo tanto más allá de toda crítica. Según el punto de vista judío, estas reglas son las más importantes, ya que no poseen función pragmática de ningún tipo. Son solo instrucciones dadas por Dios y han de ser aceptadas tal cual.

La piscina *mikve* en sí ha de ser construida de modo que esté en contacto con el suelo, no puede ser por ejemplo un jacuzzi desmontable. El recinto está dividido en dos partes, una de las cuales contiene al menos doscientos galones de agua de lluvia, que se recolectan y canalizan hacia el aljibe de acuerdo con unas reglas precisas. En caso de emergencia, se puede usar nieve o hielo derretido si no hay agua de lluvia disponible.

Por razones prácticas, la segunda sección tiene agua del grifo. Hay un muro de separación entre los compartimentos con un orificio de al menos dos pulgadas de diámetro. Gracias a la corriente las

aguas se «besan» entre sí y, por lo tanto, la piscina de inmersión puede obtener legalmente el estatus de *mikve*.

La piscina simboliza tanto el útero como la tumba. Es un espacio intermedio donde uno se mueve entre la vida y la muerte. Representa la renuncia a uno mismo y el renacimiento. En el pensamiento judío, la fuente de la pureza (*tahará*) es la vida misma, mientras que la muerte representa la impureza (*tumá*). La menstruación de la mujer es, según esta lógica, la muerte de la vida potencial, y así una mujer menstruante pasa a un estado de impureza simbólica del cual debe escapar mes a mes mediante la ayuda de la *mikve*.

Esta es también una posible explicación adicional de por qué los judíos ultraortodoxos tienen tantos hijos. ¿Quién desearía vivir constantemente impura?

La purificación va precedida de una relación precisa del momento final de la menstruación. De lo contrario sería imposible calcular el tiempo de espera de siete (o doce) días. Una mujer comprueba el final de su período mediante un ritual llamado *hefsek tahará*. La mujer se baña o toma una ducha al atardecer, luego se envuelve un trozo de tela blanca dedicada a este efecto (*bediká*) alrededor del dedo y lo hace girar en la vagina. Si el paño permanece limpio o si algo blanco o amarillo se le pega, el período se considera terminado.

Si la tela se tiñe de rojo o rosa, se considera que la menstruación continúa. Si se adhiere a la tela otro color, por ejemplo, marrón, el asunto requiere de un examen más detallado. En esta situación, la mujer ha de consultar al rabino de su barrio.

Por seguridad, una mujer ortodoxa liberada de su menstruación de manera comprobada inserta un trozo de tela llamado *mokh dahuq* (en la actualidad se suele usar un tampón) y lo mantiene dentro entre 18 minutos y una hora todas las mañanas y noches durante siete días. La tela ha de colocarse con

cuidado en el interior para que la vagina, más seca por el período menstrual, no reaccione a la fricción con efectos no deseados, como causando un sangrado que interfiera con el resultado del examen. Quienes desean comodidad o sufren de pérdidas intermitentes, en esta etapa pueden usar papel higiénico de color y ropa interior de color para que las manchas en la zona íntima no sobresalgan y no haga falta realizar más acciones.

Durante la menstruación, la pareja no debe acercarse (*harjakot*) con intenciones amorosas, por supuesto. Debe evitarse todo lo que pueda despertar el deseo sexual. El contacto entre hermanas está permitido en algunas comunidades.

Quienes celebran las buenas nuevas del judaísmo afirman que la menstruación en realidad estimula las relaciones sexuales de una pareja casada. La pareja parece revivir su luna de miel, alimentada por el anhelo y la separación, mientras que el otro es temporalmente inalcanzable y prohibido. Además, se afirma que las mujeres también se benefician a nivel personal de su tiempo *nidá*. Pueden sumergirse en el examen de sí mismas y ejercer un control total sobre sus propios cuerpos, a diferencia del resto del mes.

Una mujer también se convierte en *nidá* tras perder su virginidad, tras la ruptura del himen (independientemente de que esté sangrando o no). A la noche de bodas le sigue una observación del sangrado mañana y noche similar al final de la menstruación, con la diferencia de que ahora los días a examen son cuatro en lugar de siete (o doce). La boda se planifica de acuerdo con el ciclo menstrual de la novia, ya que la mujer tiene que purificarse en la *mikve* justo antes de la gran fiesta.

Creo que las rutinas y rituales pueden brindar orden y alegría a la vida de una mujer. En cambio, estoy segura de que la actitud de rechazo e incluso de demonización de los judíos ultraortodoxos hacia la menstruación, uno de los eventos más naturales

del mundo, es uno de los elementos que conduce a la irrupción de la anorexia en esta cultura. La situación no la cambia en absoluto el hecho de que algunas tendencias cabalísticas modernas tratan de glorificar esta locura usando el eufemismo de «spa judío» a la hora de referirse al ritual de purificación.

Una anorexia suficientemente avanzada es un eficaz medio de producir amenorrea secundaria, un trastorno endocrinológico de amplio alcance desencadenado por el hipotálamo, la pituitaria y las gónadas, que provoca el cese de la menstruación. No necesito explicar más, una mujer libre del período también está libre del circo menstrual descrito anteriormente.

*

Las fiestas judías se construyen, como es bien sabido, en torno a comidas abundantes. En un hogar judío, el *sabbat* semanal es tan copioso como la celebración anual del Día de Acción de Gracias para los estadounidenses normales y corrientes. La cena tardía del viernes antes del *sabbat* también incluye numerosos platos preparados con esmero. No debería sorprender que el centrarse en la comida demuestre que incrementa los trastornos alimentarios entre los judíos[14].

Los días que preceden al fin de semana de una mujer judía consciente de las tradiciones giran en gran parte en torno a la preparación de la comida. Es bueno recordar que el papel de cocinera de un ama de casa no es el único de los roles de la mujer judía. En las comunidades jaredíes, la mujer también es responsable del sustento familiar, pues el hombre ha de concentrarse en empollar todo el día los dogmas de la fe.

El festival de otoño de Yom Kipur se basa en el ayuno, y en el calendario judío se encuentran otros periodos de veinticinco horas de no comer ni beber. El ayuno concluye con o es precedido de una comida opulenta. Esta clase de cultura de la comida en la

que se alternan la abstinencia y la glotonería desencadena trastornos alimentarios.

Los judíos que observan de manera rigurosa la *halajá*, comen de manera tan regulada que la actitud anoréxica hacia la comida es casi obvia. No se trata solo de la comida ortodoxa tal y como la definen las reglas *kosher*, sino también de los numerosos rituales asociados al acto en sí de comer que aseguran que los pensamientos giran constantemente alrededor de los alimentos. Las bendiciones se recitan antes y después de una comida, las manos se lavan de manera ritual antes de partir el pan.

Numeras reglas *kosher* se basan en la prohibición de mezclar, que a su vez deriva de la creencia de que, según Dios, cada individuo (se trate de una persona, objeto o tipo de comida) ha de tener su propia singularidad reconocible, su propia naturaleza creada.

Hoy día, las regulaciones de alimentos *kosher* parecen tan arbitrarias como la *shatnez*, la regla que regula la vestimenta, que prohíbe el uso de lana de oveja y lino en una misma prenda. La norma derivaría del hecho de que el lino se ha producido en las tierras agrícolas de los estuarios, como el valle del Nilo en Egipto, mientras que la producción de lana está vinculada a la economía nómada que practicaban las tribus hebreas que deambulan por el desierto. A nivel simbólico, combinar lana y lino significa mezclar Egipto y judaísmo.

Los alimentos, frutas y verduras *kosher* son bajos en calorías y, por lo tanto, a menudo constituyen el alimento básico de las anoréxicas. Se pueden tomar sin complicados preparativos. Casi todo lo demás es problemático. De los animales, se permiten los rumiantes, pero solo si sus pezuñas están hendidas. La vaca y la oveja son *kosher*, mientras que el caballo con sus pezuñas corniformes pertenece a los ungulados (perisodáctilo), y tampoco es un rumiante. La liebre rumia, pero tiene zarpas. El cerdo tiene pezuñas hendidas, pero no es un rumiante.

Para que un animal acuático sea *kosher*, debe tener aletas y escamas visibles. Por ejemplo, están prohibidos los moluscos bivalvos, los cangrejos, langostas, anguilas, esturiones y lampreas (*trefá*). Tampoco está permitido comer insectos. La sangre es super hiper *trefá*.

Conozco un trágico caso de anorexia claramente vinculado con las regulaciones *kosher*. La niña, llamémosla Rivka, después de su fiesta *bat mitsvá*, comenzó a temer con auténtico pánico que la sangre de un animal penetrara dentro de su cuerpo. El miedo no remitía, no importa cuánto le aseguraran su madre y su padre que su temor era absurdo. ¡Y por qué habría de remitir si, después de todo, la Ley está llena de doctrinas igual de absurdas!

Rivka limpiaba y limpiaba la casa, limpiaba sobre lo limpiado. No podía comer nada, porque en todo lo que se metía en la boca podía esconderse una gota de sangre. ¡Incluso en una naranja que ella misma había pelado!

Al final Rivka tuvo que ser internada en un hospital. La última vez que supe de ella, le habían colocado una sonda en el estómago, a través de la cual se inyectaba directamente en el estómago mediante una jeringa una sustancia, a la que es un pecado llamar comida. Era un lodo acuoso de color marrón claro, descompuesto por enzimas artificiales en meros nutrientes: glucosa (energía para las células), aminoácidos (componentes básicos para el cuerpo), glicerol (componentes básicos para las células). Cada bolsa estaba empaquetada como si Rivka estuviera de camino al espacio, y cada bolsa era bendecida por un rabino que juraba en nombre de Dios que no había gota de sangre en aquel lodo.

*

Un animal ha de ser sacrificado de la manera correcta (*shejitá*) y la carne debe prepararse con cuidado. La maceración y la salazón aseguran que la sangre ha abandonado la carne. Como un becerro no se

puede cocinar en la leche de su propia madre —¡qué idea tan macabra!—, los productos lácteos y cárnicos no se mezclan y tampoco se disfrutan en la misma comida. A unos les basta con enjuagarse la boca con agua si quieren disfrutar de la carne después de una loncha de queso. Otros se toman un descanso de una hora. Si el propósito es comer queso madurado, el tiempo de espera se extiende considerablemente. Si se desea disfrutar de un queso duro después de un filete, hay que esperar de cuatro a seis horas. Y por supuesto, el queso no ha de contener cuajo de origen animal, por lo que todos los quesos deben adquirirse en una tienda especializada en productos *kosher*.

Para una cocina *kosher* ortodoxa han de adquirirse dos vajillas, dos fregaderos y dos frigoríficos para separar la carne de los productos lácteos. Fregar los platos es un arte en sí mismo. El fuego o el agua hirviendo destruyen los ingredientes filtrados en los poros de un recipiente metálico. Sin embargo, la cerámica es tan porosa que una vajilla de este tipo ha que aguardar vacía durante un año si se quiere servir un suflé de queso en el plato de porcelana después de una empanada de carne. De los materiales, el vidrio es el único inmune a la absorción de las sustancias.

El pan ácimo *matzá* es el más querido para los judíos. En la Pésaj, la cena *séder* de Pascua, los panes leudados están absolutamente prohibidos. El fermento (*jametz*) representa en la cultura judía la ostentación y el corazón no humilde.

Como las salidas a toda prisa no deseadas han formado parte de la vida judía, los miembros de la comunidad han deseado recordar en forma de masa de pan que siempre han de estar preparados para huir de nuevo. La disposición para partir y dejar atrás lo anterior ha posibilitado, dicho sea de paso, el nacimiento del Libro. Cuando se destruyó el templo y se originó la diáspora judía, el conocimiento religioso tuvo que ser portátil. No han de

originarse huecos en el conocimiento, así que la palabra registrada sobre el papel y copiada es notablemente más fiable que un erudito de la fe, a quien siempre es posible matar o silenciar.

Prepararse para la Pésaj incluye erradicar todos los productos de harina del hogar para que no quede ni un rastro de leudante en ningún sitio. Toda la comida tiene que ser absolutamente kosher durante la Pésaj. Incluso el vino se produce en un viñedo especializado solo y exclusivamente en la producción de vino Pésaj. En el espacio reservado a la preparación del vino no se permite que nadie coma nada para evitar que una miga de pan pudiera llegar al vino.

*

La identificación con los cuerpos esqueléticos de las demacradas víctimas del holocausto es una explicación parcial de la prevalencia de la anorexia en las comunidades judías. Todos conocemos bien el mito de Simone Weil, quien empatizó tan intensamente con los prisioneros del campo de concentración que murió de un ataque al corazón provocado por malnutrición severa a la edad de treinta y cuatro años. El ejemplo de Simone Weil, sea cierto o no, ha animado a muchas jóvenes judías a adentrarse en los caminos de la anorexia. Ha actuado como excusa para no comer más elevada y espiritual que las ideologías narcisistas de Internet como la *thinspiration* y la *pro ana*, que coquetean con la muerte.

La conexión con los campos de concentración no es ninguna fantasía, pues la *Shoá* aún se nos aparece, en especial en la cocina judía. Los padres pueden obligar a sus pequeños a comer diciendo, «toma esta cucharadita por tu tío que falleció en Treblinka, toma esta cucharadita por tu abuela que murió de hambre en Sobibór[15]».

La comida significa fundamentalmente la lucha por la supervivencia, lo opuesto a la esclavitud, y este recuerdo se quiere mantener vivo de manera activa.

La comida de la Pésaj, de la que hace un instante hablé, comienza con las palabras: «¡Quienquiera que tenga hambre, que venga y coma, que cada esclavo pruebe la libertad durante esta comida!».

Al mismo tiempo, la cultura judía está repleta de mensajes contradictorios. Una abuela puede decirle a su nieta, delgada como un palo: «¡Qué guapa estás, querida niña, estás tan delgada! ¡Ven, la comida ya está en la mesa!». Las madres que preparan la comida envían también mensajes contradictorios a sus hijas: «¡Come! ¡Come!». Y después: «¡Adelgaza! ¡Adelgaza! [16]».

*

Concluyo mi conferencia en el kibutz, con mi experiencia personal, pero antes de eso unas palabras sobre el punto de partida del movimiento kibutz.

La ideología kibutz surgió como contrapunto a la cultura tradicional judía. La voz hebrea «qibbus», significa agrupación. El primer kibutz fue fundado en 1909 en Degania, el movimiento vivió su edad de oro después de la Segunda Guerra Mundial. En Israel, los migrantes querían un país propio en el que vivir libres de persecuciones. También deseaban romper con la cultura del gueto, cuyo convencionalismo, centralidad de la familia y ritos pertenecientes a las creencias judías sentían como opresivos.

La religión judía exhortaba a los hombres a agradecer a Dios cada día por no haberlos creado mujeres. La mujer, por su parte, tenía que cubrirse la cabeza, el cabello, y cortarse el pelo al casarse. No es una sorpresa que la ideología del kibutz apoyara, por lo menos en teoría, la igualdad de género.

No obstante, a nivel simbólico el chovinismo se infiltraba con perseverancia y alevosía en los fundamentos de la causa. Una premisa del movimiento del kibutz era precisamente un judío nuevo, valeroso, masculino, a quien el exilio no había

afeminado.

El experimento superó las expectativas: el movimiento kibutz fue capaz de crear un tipo de personalidad completamente nuevo durante una sola generación. Una personalidad de la que se había erradicado el sentimentalismo teatral de la vida en el gueto, las profundas corrientes de la emoción que anteriormente estallaban ostentosas y a grandes voces frente a toda la comunidad. Una sensibilidad calculadora «masculina» ocupó el lugar de la emocionalidad «femenina».

Y así partieron las aves migratorias de Centro Europa, *Wandervögel*, de sus guetos a finales de siglo. Echaron a volar desde los *shtetl*, sus pequeños asentamientos poblados por judíos cuyo ambiente les provocaba náuseas. Las ceremonias de la comida del gueto en especial les repugnaban. El lugar del padre, el siguiente a Dios, era la cabecera de la mesa. El lugar de la madre estaba en la penumbra de las ollas y cazuelas. Primero la madre cocía, asaba y guisaba. Luego se comía y finalmente aparecían las preguntas: «¿Qué tal te ha sabido?», «¿Estaba bueno?», «¿De veras has tenido suficiente?». Todo dicho por la madre gueto de un modo que suscitaba el sentimiento de culpa incluso en lo más profundo del vástago más duro de mollera.

En los kibutz, la comida solo poseía un valor instrumental. Comíamos nutrientes, llena-estómagos, nada de «comida» y menos de «manjares». Siempre comíamos juntos en el comedor sin ceremonias. Engullíamos los alimentos que habíamos preparado lo más rápido posible, sin charlas inútiles.

El previo valor simbólico de los alimentos quedó anulado por completo. No era adecuado prepararte comida o comer en tu habitación, pues comer en soledad hubiese podido asociarse con placeres privados incontrolables que, por su parte, representaban un delito contra el espíritu del kibutz. Comer en soledad, del mismo modo que ayunar en soledad, eran ya, como concepto, imposibles.

Al principio esto me parecía lo mejor de un kibutz: podía comer sin nadie vigilando, de forma mecánica, a ciertas horas decididas en común. Mi peso subió al nivel normal ya durante mi primer año en Metushelah. Medio año más tarde ya estaba esperando a mi primer hijo.

Así que tengo dos hijos, el primogénito, Moti, que ahora tiene 37 años, y mi hija Malka, un año más joven. Solo los he visto una vez desde mi marcha. Fue una experiencia dura. Comprendí que no me necesitaban. Que la comunidad era su Madre, y que ellos lo aceptaban sin rechistar.

Tras el nacimiento de Moti me sentía tan confusa sobre los grandes cambios que habían sucedido rápidamente en mi vida que no supe cuestionar los principios de funcionamiento del kibutz. Dejé que las cosas ocurrieran, aunque en lo más profundo de mí sabía que algo iba muy mal. Pero con Malka, mi instinto maternal despertó de pleno.

No se me permitió amamantar a Malka más que seis meses. El comité central de nuestro kibutz así lo había estipulado. Después, la niña tenía que aprender a comer en las tazas propiedad de la comunidad con las que las *metapelet* le daban el puré. Mi pecho era demasiado personal, no pertenecía al kibutz, y por eso a mi hija la querían apartar de él lo más deprisa posible.

Según la declaración del comité central del kibutz, pasado medio año la lactancia ya no sirve a intereses nutricionales. Es puro placer, en otras palabras, es superflua, incluso nociva. De qué placer se trataba, del placer del bebé que mamaba del pecho o del de la madre que amamantaba, eso no lo dijeron. Yo afirmo que ambos son inseparables. Quien mama y quien amamanta son uno, cuando los une la leche dulce, la nutrición más perfecta. ¡Nunca había experimentado antes semejante sensación de plenitud!

De nuevo una prueba de que el placer, especialmente el placer femenino, se considera una

amenaza en la cultura judía. El hecho de que esta actitud negativa hacia el placer esté oculta en los dogmas de la ideología de los kibutz, que son tan contrarios a los preceptos religiosos, es irrelevante. Los dogmas siguen ahí, y se pueden esgrimir para reducir y limitar a una persona, por muy nobles que sean los principios.

Así que los placeres orales y maternales estaban vedados en Metushelah. A un niño no se le permitía ni chuparse el pulgar. Una vez pregunté al respecto en una reunión general. Mi marido, Dovid, me propinó un codazo enfadado. «Estamos en periodo de prueba», susurró, y me pidió que me callara. Pero no guardé silencio. Levanté la mano y pregunté una vez recibido mi turno de palabra: «¿Por qué a los niños no se les permite siquiera chuparse el pulgar?».

Me respondieron con paciencia que chuparse el pulgar aísla emocionalmente al niño de la comunidad a la que ha de pertenecer. Que el pulgar se convierte en un refugio pérfido al que el niño puede escaparse. Que el niño recibe de ese pulgar en su boca más placer y seguridad que de la colectividad. Y que eso no puede ser.

También los kibutz han sido estudiados desde la perspectiva de los desórdenes alimenticios. Según algunas investigaciones, la ideología construida alrededor de la colectividad, especialmente las tendencias socialistas del movimiento, protegen de los desórdenes alimentarios[17]. También se encuentran resultados opuestos según los cuales la vida en el kibutz, por el contrario, predispone a comportamientos patológicos relacionados con la alimentación, ya que aquellas personas criadas en el kibutz viven en un fuego cruzado de mensajes contradictorios: por un lado, está la vida en el kibutz, por otro, el modo de vida occidental, y ambos no se combinan fácilmente[18].

Mi época en el kibutz desde luego reforzó mi identidad como anoréxica. Después de dar a luz a mis hijos me encontraba en una condición muy vulnerable,

aunque por fuera estaba más o menos bien. El no poder ser madre para Malka y Moti más allá del medio año de lactancia me apartó por completo de mi cuerpo. Los había alumbrado, pero de pronto tenía que pretender que jamás habían salido de mí. Que yo era reemplazable, así como así, por una «profesional de la puericultura», cuya una misión al parecer era que el brillo de la curiosidad se apagara en los ojos de los niños. ¡Y ciertamente lo logró!

Regresé una sola vez al kibutz, en febrero de 1974, antes de marcharme para siempre de Israel. Mi inocente intención era secuestrar a los niños y llevármelos. Aunque de mi partida había pasado menos de medio año, ninguno de mis hijos me reconocía. Estaban contentos, como suelen estar los niños inmersos en un juego estructurado con otros niños. Se mostraban amables conmigo, pues en el kibutz todos son amables. Habían logrado arrancarles cada uno de los rasgos que nos hacen individuales. Hubieran podido ser los hijos de cualquiera.

Mi antiguo cónyuge no quiso verme. No obstante, los miembros de la comunidad fueron terriblemente amables conmigo. Sabían que me tendría que marchar con el rabo entre las piernas. Sabían que Malka, la niña máquina de tres años, y su hermano un año mayor, el niño máquina Moti, actuaban de acuerdo con las reglas establecidas. Por eso se permitieron rogarme que me quedara al menos unos días más.

Dispusieron para mí una cama en la casa de invitados, en la misma habitación donde se alojaba a los adolescentes llegados de Europa para trabajar en verano. ¿Cómo se puede herir tanto a una persona?

Me marché de madrugada sin despedirme. Dejé en la mesa del comedor una carta dirigida a un monstruo llamado Metushelah. Es la carta más enfadada y amarga que he escrito en mi vida. Era mi carta *J´accuse* a la colectividad de tiranos que pretendían estar viviendo en auténtica igualdad. Me arrebataron a mis hijos. Lavaron el cerebro a mi marido. En la carta juré venganza. Ahora voy a leerles la

traducción de dicha carta:

¡Monstruo Metushelah!

Todos vosotros tenéis nombres por los que podría llamaros: Ditsa, Zmira, Dovid, Moshe, Chaim, Gal, Dani, Eliahu, Ester, Josh, Yehudit, Libbi, Rachel, Tuvia, etcétera, etcétera, etcétera. Pero para qué molestarme. Formáis parte de una máquina. Sois pequeños trabajadores en un hormiguero. En vosotros no hay nada espontáneo. Monstruo Metushelah: espero que no os ofenda mucho el nombre bajo el cual os he enquistado. Al fin y al cabo, vivimos juntos siete años.

Querido monstruo, tal vez sepas que a veces muestras síntomas de enfermedad debajo de tu superficie plácida. Te doy un ejemplo. El otoño que siguió a la guerra de los seis días, uno de los organismos bajo tu mando, un organismo llamado Lea, se reunió con sus amigos del ejército en Tel Aviv. Se vino abajo en un comercio de ropa. No fue capaz de elegir un plato de comida del menú del restaurante. Regresó de su viaje llorando. Se negó a levantarse de la cama durante tres días, así de abrumadora fue su experiencia de libertad.

Abandonaste las doctrinas del judaísmo, pero las reemplazaste por nuevos dogmas. Al principio imaginé que las reglas claras, detalladas eran necesarias para que un bien mayor se hiciera realidad, para que tú, Metushelah, florecieras y les ofrecieras a tus miembros lo mejor. Para que ninguno de tus órganos empezara a mostrarse caprichoso o a actuar por su cuenta. Durante mucho tiempo me negué a creer que en realidad lo que querías era subyugar y esclavizar. ¡No podía ni imaginarme que en este país discutiría en serio sobre si mi hijo puede chuparse el dedo!

Ningún área de la vida quedaba fuera de las reglas que habías creado y de sus ridículas aplicaciones. Sí, lo entiendo. Sin ellas, no existirías. Morirías, monstruo Metushelah, si actuáramos por voluntad propia, usando nuestros cerebros.

No mates. En mi opinión, esta es una regla

sensata. (Aunque a ti, claro, no se te aplica, tú tienes sed de sangre, enviaste a morir al frente a Noam, Yoel, Gidon, Yoski y Ben-Zion). No poseas nada, está bien, lo repartiremos todo a partes iguales. Pero para ti eso no basta, Metushelah, quieres que compartamos hasta nuestros sentimientos de manera equitativa. Me prohíbes amar a mis hijos porque crees que los amo «demasiado». ¡Según tú los amo mal, aunque, como madre yo sé muy bien cuánto me necesitan!

Metushelah, eres un sádico, un psicópata, un narcisista, un criminal, un asesino. Me apartaste, empleando la mayor violencia psíquica posible, porque te desobedecí. Lograste aprovecharte de todos tus organismos para atacarme: de mi esposo Dovid, con cuya ayuda me había recuperado de mi grave enfermedad. De la niñera Zmira, cuya naturaleza vivaz al principio pensé que me agradaba. De mis amigos Ditsa, Moshe, Chaim, Gal, Dani, etcétera, etcétera. No puedo comprender cómo todos ellos, incluida Ditsa, me dieron la espalda.

Ayer me sonrieron. Así les haces bailar como marionetas: parecen alegres, aunque están llenos de rabia y desesperación.

Me marcho, no volveré. Has ganado, así que quédate con mi marido, haz tuyos a mis hijos. Pero jamás olvidaré. Me has destruido, Metushelah, pero emplearé el resto de mi vida para tomar venganza, para destrozar todo lo que en mi interior recuerde un mínimo a ti. Adiós.

Atentamente,

Shlomith-Shkhina

¿Y qué he hecho después de mis años en el kibutz? He escarbado en la esencia del judaísmo, en los fenómenos marginales que se han desarrollado en torno a la cultura semítica, los he convertido en arte. He expuesto mi cuerpo y mi persona a intervenciones masoquistas, me he convencido de que estas me han empoderado.

Ahora me he consumido hasta el borde de la muerte para alcanzar la esencia, un espacio en el que solo existe una salida: rendición, cura e iluminación. He pensado en este momento incontables veces. Me imaginaba que justo ahora, en los últimos segundos de mi charla, iba a experimentar la catarsis de mi vida. Una iluminación que poder transmitiros, querido público, y que poder llevar el resto de mi vida conmigo del mismo modo que algunos llevan un rosario.

Pero no siento nada.

II

He rozado la herida del mundo,
la herida de las ansias de la vida y del imperativo de la muerte.
Christoph Schlingensief,
Tan hermoso como esto no puede ser el cielo. Diario de un cáncer

Amarillo: el anzuelo del rayo de luz de la compasión

Maimuna, Yalla nako Yalla jox yirmandeem!

Muy despacio, sin moverse, Shlomith aparece junto a las mujeres, al lado de un todoterreno cuyas ruedas derrapan en la arena, los dedos de los pies un tanto en el aire, la pantorrilla a la altura del parachoques trasero; y así la línea vuelve a estar completa. La línea que Polina rompió antes, en la que rehusó situarse porque tenía miedo, porque al final no se atrevía a renunciar a la blancura, familiar, segura, y abrió los ojos y se puso a hablar.

La línea es hermosa como el más hermoso de los cortejos fúnebres, triste como la más triste de las melodías, reconfortante como el abrazo de la madre tierra. La línea es perfecta. Las mujeres no sienten miedo.

Allí, en algún lugar, hace un instante —hace una eternidad, hace un segundo— se miraron, de nuevo, una a otra. Maimuna a Wlbgis, Wlbgis a Polina, Polina a Shlomith, Shlomith a Nina, Nina a Ulrike: una a otra. Se miraron, pero de una manera distinta a otras veces. Ni sugerencias, ni preguntas, ni arqueo de cejas. Ni miradas furtivas, ni evadir responsabilidades. Se aseguraron, como se aseguran los soldados dispuestos para el asalto, de que cada una de ellas estaba plenamente presente, plenamente despierta, que cada una era consciente de la orden de ponerse en marcha que habría de ejecutarse al unísono. Con su mirada dejaron claro a todas, y al mismo tiempo a sí mismas, que nadie se escaquearía del grupo, que nadie se desvanecería en pensamientos propios y quedaría rezagada. Era el momento de despedirse del blanco.

¿De dónde esa repentina seguridad y unanimidad? No sabemos. Hay muchas cosas que no se hallan bajo nuestro control. De nuevo hemos de rendirnos. Y siempre es igual de demoledor. Como si no aprendiéramos nada de las miles y miles de partidas, de que nos dejen en soledad y de las nuevas llegadas. Como si las personas que aparecen aquí individualmente o en grupo, hechas un gurruño o con los miembros rectos, sobresaltadas o en un sueño profundo, y que desaparecen pasado su tiempo, no fueran una parte natural de este maldito proceso.

Las mujeres se tomaron de la mano y formaron un círculo. Si había miedo, la curiosidad era mayor. Si había dudas, la voluntad era más grande. El momento había llegado, lo sabían. El universo con sus estratos temporales, sus dimensiones, sus bolsillos escondidos, sus

pliegues ocultos y frunces encubiertos parecía situarse a su alrededor, aguantar la respiración y esperar.

Entonces, en algún sitio, algo comenzó a dar pesados golpes de timbal, como un gran corazón. Ocurrió que, de pronto, tras colocarse en círculo, las mujeres sintieron que ellas mismas comenzaban a palpitar, sentían el ritmo en su interior; el pulso latía en las palmas de sus manos, en los dedos, apretados, entumecidos, en otras manos y dedos.

Ahora tenían un ritmo, un pulso de subfrecuencia, y eso las apremiaba a partir. Así que cerraron los ojos y dijeron, cada una a su manera, en voz alta o solo moviendo los labios: *Oooon…ei-ron*.

Y nada les impidió ya decirlo hasta el final: *Oooon…ei-ron*.

Y nadie se hizo un ovillo en mitad de la palabra. Y a nadie le entró mieditis. Y nadie quiso otra cosa en mitad de todo. *Oooon…ei-ron*.

Las manos se separaron de las manos durante la última sílaba: *ron*.

Los dedos se enderezaron, se abrieron de golpe hasta los peciolos: *ron*.

No había vuelta atrás.

Cada una de ellas se marchó a su manera, igual que Rosa Imaculada había marchado a su manera: cual hoja de arce que se desprende del árbol, sacudida por el viento, con los ojos cerrados, zigzagueando de costado. Maimuna, que debía de tener prisa, pareció zambullirse de cabeza en una abertura en el hielo. Comenzó muy rápido a decolorarse, a sumergirse, a alejarse de las demás, aún en movimiento; solo sus palidecidas plantas de los pies resultaron visibles durante un instante. Polina arrancó a sacudidas, vibrando en el sitio. Wlbgis se acurrucó como un lepisma y tembló encogida antes de desvanecerse progresivamente. Ulrike se disolvió con las piernas estiradas, girando alrededor de su eje un par de veces. Nina se evaporó como calceta que se deshace. Mermó contorno a contorno, reduciéndose por un lado como un punto que huye, y luego por otro, punto a punto: también ella se había ido.

Por último, el movimiento se contagió a Shlomith. ¿Estaba frenando de alguna manera? ¿Es que dudaba? Durante un instante, un millonésimo fragmento de segundo, alcanzamos a desear que abriera sus ojos o su boca, que se despertara de un sobresalto y se quedara a nuestro lado. En vano.

Shlomith se desplomó hacia delante en el blanco, boca abajo, cuan larga era, y entonces elevó mecánicamente su tronco y se agarrotó en una posición que los yoguis denominarían la cobra. Al contrario que

las otras mujeres, Shlomith comenzó a desintegrarse. Pedazo a pedazo. La pierna izquierda de rodilla para abajo empezó a desaparecer, luego la mano derecha hasta el codo. Un muslo, otro muslo, ambos hombros. El torso y finalmente la cabeza, lo último de todo el pelo.

Si alguien hubiera aparecido más tarde en aquel lugar, habría visto un rectángulo acotado por ropa y zapatos en medio de un enorme vacío, en su interior un gran abrigo de marta y una peluca pelirroja rodeada de un puñado de pequeños objetos. Tal vez se habría puesto a reunir las prendas, habría podido especular qué pieza combinaba con qué. Qué historia habían contenido alguna vez, hasta desaparecer, y si sabría seguir la pista.

Las mujeres están en otro lugar, fuera del blanco. Están en el amarillo, de nuevo al completo, son siete. Maimuna, en el centro de la línea, un trío arqueado a ambos lados: las soldados Wlbgis, Nina y Rosa Inmaculada a la izquierda, las soldados Polina, Ulrike y Shlomith a la derecha. Y Maimuna en el suelo —Maimuna también está en el suelo. Delante de las siete, la boca en la arena, la falda amarilla enroscada bajo las nalgas, las piernas de gacela del color de los granos de café contra la arena ardiente, el cañón del fusil contra su nuca.

Maimuna en el aire. Maimuna en la arena.

De algún sitio emergen ideas, pero no palabras, cual susurros, pero mudas. Conciencias que contienen preguntas que contienen otras conciencias entrelazadas y nuevas preguntas que giran alrededor de una de ellas.

Mai…
… muna…
¿Maimuna?
¿Estás…
asu…
asustada,
Maimuna?
¿Estás…
asustada?
…ellos
hecho…
…¿te han hecho…
algo malo?
¡Maimuna!

Al principio es solo caos, es peor que el caos. El caos sería posible aplastarlo si alguien pudiera gritar CALLAOS YA, todas sacudirían la

cabeza sobresaltadas por el grito, mantendrían sus mentes a raya y estarían calladas. Pero gritar no es posible. Ni siquiera se puede hablar en voz baja. Y, no obstante, las cabezas están repletas de pensamientos. De pensamientos extraños. De asombro, vacío expectante. De disposición a actuar, de voluntad. Y entonces ocurre que entre esa extrañeza se estrella de pronto un deseo raro: *Maimuna, me gustaría bajar al suelo y estirarte el vestido, se te ven las nalgas.* Y entonces ocurre que las mujeres asombradas se asustan y un alarmado ¡QUÉ! se cuela por todas partes.

La imagen se ha detenido. El aullido de las ruedas del todoterreno aún resuena un instante, el repiqueteo de la arena sobre el capó, luego se hace el silencio.

Las mujeres se miran una a otra confundidas. El horrorizado ¡QUÉ! da vueltas en su interior, las acosa, confunde sus pensamientos. Rompe la impresión firme que se ha apoderado de cada una de ellas: todas querrían bajar al suelo para estirarle el vestido a Maimuna.

Es un lío, una cacofonía insoportable, excepto para una de ellas.

La Maimuna en el aire mira a la Maimuna en el suelo. Allí está, la muchacha estúpida que a sugerencia de un tío salió para transportar al otro lado de la frontera una carga peligrosa. Ella es el mayor peligro para sí misma. Si hubiera mantenido la calma. Si hubiera sabido mantener su gran boca cerrada. Pero empezó a maquinar: declaró que estaba embarazada, trató de salvarse con ayuda de una mentira. Pero eso habría hecho también Iman. Iman y tal vez también Liya Kebede, tal vez también Alek Wek —ninguna de ellas se habría rendido sin luchar. Tomó como arma a Mikael, el hombre de piernas largas, que tenía una cámara y en la cámara bonitas fotografías.

Mikael, Marcel y Maimuna fueron obligados a salir del restaurante Amanar. Caminaron a trompicones delante del cañón del rifle, con las manos cruzadas detrás de la nuca. Les empujaron al asiento de atrás, Maimuna cayó encima del montón, con la cara frente a la delantera del pantalón de Mikael, el estómago y los paquetes ceñidos al vientre sobre las rodillas de Marcel. Allí, mientras el vehículo daba bandazos y restallaba el tubo de escape, alcanzó a rumiar la idea. Llevaría en su vientre al hijo de Mikael. Entonces las ruedas del jeep se hundieron en la arena.

Shlomith levanta de pronto un dedo. Tiene una pregunta. ¡Escuchad! Las mujeres, todas menos la Maimuna en el aire, la miran concentradas. *¡Escuchad!* Shlomith tiene una pregunta que todas, sobre todo Maimuna, tienen motivos para escuchar. *¿Por qué no te quitaron*

simplemente los cinturones, Maimuna?

En ese momento está claro: Shlomith se dirige a ellas. Aceptan la pregunta, que así se convierte en un pensamiento común propio, sedante y claro: *¿Por qué no les bastaba con los cinturones, Maimuna?* Esto se preguntan ahora en sus cabezas porque escuchan a Shlomith: *¿Por qué, Maimuna?* Preguntan como un eco *por qué*, hasta que Nina, la pragmática y eficiente Nina, hace un movimiento audaz que alguien tiene que hacer si se quiere avanzar:

—No te pondrás a traficar con *ellos*, ¿no?

Pero la Maimuna del aire no oye. La Maimuna del aire desearía descender junto a la Maimuna tumbada en el suelo. Tomar entre sus dedos la falda del vestido, estirar la tela y colocarla en su sitio, protegiendo los muslos. Decir en su favor: Tomadme, llevadme y vendedme, pero dejadme vivir.

—Esos que están de rodillas…

—Los hombres.

—En la…

…arena…

—A tu lado.

—¿Están…?

Las mujeres comienzan a sentir cómo fluyen los pensamientos, comienzan a separar los propios de los de las demás. Una se concentra, el resto le dejan espacio. Así, una imagen adquiere más peso, tanto peso que lo atraviesa todo y se extiende por todas partes. Las demás aceptan la nueva imagen lo mejor que pueden. Comienzan a presentir que son capaces de intercambiar pensamientos. Comienzan a entender, mediante prueba y error, que la idea más brillante es la idea más pesada, que la idea más brillante penetra con más sencillez, y sobre ella se puede construir una extensión. Comienzan a darse cuenta de que, si desean que sus voces se oigan, tienen que esforzarse, han de dejar atrás el murmullo seguro, adormecedor. Tienen que participar. Pensar. Cada una de ellas tiene que pensar.

—¿Cómo podemos ayudarte, Maimuna?

—¿Qué deberíamos hacer?

La imagen se mantiene un instante más porque la Maimuna en el aire así lo quiere. La Maimuna en el aire desearía abofetear a la Maimuna sobre la arena en la mejilla, observar la trayectoria de la mano punitiva, experimentar el escarmiento: ¡tú, estúpida cría! Querría agacharse, posar sus labios en la mejilla de la Maimuna tumbada en la tierra: ay, querida, infeliz, ay, Dios mío. Porque es ella,

ella misma, Maimuna Mimi Mbegue, tirada sobre la arena cuan larga es, con las plantas de los pies desplegadas al sol.

La Maimuna en el aire da un paso hacia delante. Las mujeres se mueven y cierran la cadena a su espalda. Polina y Wlbgis se estiran una hacia la otra, también las demás se aproximan, estrechan el semicírculo.

El tipo del rifle está de pie detrás de la Maimuna tumbada en el suelo, con los dedos preparados para apretar el disparador. ¿Se le podría aplastar con la fuerza del grupo? El resto de los hombres se mantienen a cierta distancia con las manos levantadas. ¿Se les podría desarmar a todos? ¿Podrían ellas cambiar el curso de los acontecimientos? Una de las cabezas está a punto de girarse, uno de los hombres está a punto de comprobar si se forma una nube de arena. ¿Hay alguien persiguiéndolos ya? ¿Soldados? ¿Y dónde se ha metido el vehículo nuevo?

La Maimuna en el aire trata de empujar con la mano a Marcel, que se ha caído de rodillas del susto igual que Mikael, detrás de la Maimuna en la arena, más cerca de las mujeres flotantes. Por supuesto no sucede nada. Los mundos no se encuentran, excepto durante una millonésima parte de un segundo, durante la cual Maimuna ya ha dado sus últimos pasos para preparar su propio viaje eterno. No puede ayudar a nadie más. Ni cambiar el curso del tiempo.

Pero Maimuna prolonga la transición. Para morir necesita la ayuda de las mujeres.

—¿Maimuna?

—¿También tú lo sientes?

—¿Viene del suelo?

—Algo tiembla bajo nosotras.

—¿Es tu corazón palpitando de miedo?

El sonido de la cóclea, el pulso semejante a un timbal, el latido que se siente en los dedos de la mano, de los pies, en la coronilla, en la espina dorsal… Mikael y Marcel se acurrucan sobre la arena, resignados, desarmados. En sus viajes jamás han portado consigo una pistola. Creían que se las arreglarían con las palabras. Ahora creen que los van a ejecutar. Trataron de negociar antes de que Maimuna abriera la boca —da igual. Deprisa y corriendo alcanzaron a tirar al suelo todos los céfas de sus bolsillos antes de que Maimuna contara la mentira para salvar la piel —insignificante. Los billetes arrugados no les interesan a los criminales. Marcel y Mikael son aquí la mejor moneda de cambio.

Y Maimuna.

Sacada de contrabando de África.

Una virgen —esa importante información provenía del mismo monsieur Moussa.

¿Y ahora qué?

¡Estoy embarazada!

Maimuna soltó la mentira en cuanto les ordenaron salir del todoterreno atascado en la arena. El primer disparo de rabia lo efectuaron al aire. Después, la culata del rifle de asalto la arrojó al suelo. Unas manos se metieron dentro del vestido, arrancaron del talle los cinturones de piel de cabra uno a uno. Luego manos enfadadas giraron veloces el arma y le hundieron el cañón del fusil en el pelo, apretándolo fuerte contra su cráneo.

Si Maimuna había imaginado que despertaría compasión afirmando que en su vientre llevaba al hijo de Mikael, estaba equivocada. Si se había imaginado que se volvería inservible a los ojos de los hombres debido al embarazo, había acertado de pleno. Pero otra vez estaba equivocada si se imaginaba que carecer de valor significaría en su caso la libertad, que la soltarían y dejarían caminar por el desierto, que le permitirían regresar siguiendo las huellas de las ruedas del todoterreno hasta Tombuctú. Ella no es Bonaventure, a quien permitieron escapar a través de la cocina de Amanar. Ella no es Sambala, que pudo salir por su propio pie por la puerta principal y desaparecer. Ella era Maimuna Mimi Mbegue, aventurera obstinada, que había causado una terrible decepción, que había arruinado su futuro abriéndose de piernas delante de un europeo en el momento equivocado, sin permiso, por un simple deseo de placer.

Ahora la Maimuna en el aire está preparada. Asiente a las mujeres y cierra los ojos. Abre los brazos, los extiende hacia atrás, expande los dedos bien abiertos. Infla el pecho, arquea la espalda como un cisne batiendo las alas. Con la cabeza erguida, navega a latidos delante de la Maimuna tendida en el suelo.

De una manera más modesta no puede hacer este viaje.

Wlbgis, Polina, Nina, Ulrike, Rosa y Shlomith la acompañan. Se colocan detrás de Maimuna, levantan las manos protectoras sobre su cabeza. La luz amarilla se espesa, comienza a ocultar capa a capa la imagen violenta. El pulso es más intenso que nunca. Brama en los oídos como un océano, hace vibrar las manos, bombea un poder aurático desde la yema de los dedos a la cabeza de Maimuna.

—¿Ahora, Maimuna?

—¿Qué ocurre?

—¡Sé valiente!

—Maimuna, Maimuna…

—¡Te queremos!

Pero ahora unas manos se estremecen, caen pesadas. Una de las mujeres se retira, da un leve traspiés a más distancia de las demás. Nina ve algo demasiado familiar a través de la nube amarilla que se torna más densa, algo que no forma parte de esa imagen. En el suelo, cerca de la Maimuna tumbaba boca abajo, se acurruca Marcel, Marcel en persona: Marcel Pignard. El hermano pequeño de Jean-Philippe, que estaba planeando otro viaje a África cuando lo vieron por última vez. La postura es extraña —el Marcel que conoce Nina jamás colapsa. El Marcel que conoce Nina mira directamente a los ojos, mantiene la cabeza orgullosamente erguida y la espalda recta. Al Marcel que conoce Nina no se le amenaza ni se le obliga. Igual que tampoco a su hermano, el hombre que se creyó con derecho a pasar la noche en un hotel con una mujer desconocida mientras Nina, el pequeño Antoine y la pequeña Antoinette estaban en peligro.

Pero Maimuna ya ha emprendido viaje. En la densa, brillante luz amarilla de la compasión, a la sombra de las manos protectoras de Wlbgis, Polina, Ulrike, Rosa y Shlomith, ella se yergue y se lanza. Se arroja hacia sí misma, hacia la Maimuna del suelo.

—¡Adiós, Maimuna!

—¡Adiós!

—¡Hasta siempre!

Un segundo.

Un disparo.

La imagen desaparece.

Maimuna, Yalla nako Yalla jox yirmandeem!

SÁBADO, 14 DE ENERO 2012

Liberado finlandés secuestrado en Mali

Se cree que el movimiento islámico Ansar Dina estaría detrás de la retención

Sami Sillanpää

Helsingin Sanomat

Los dos meses y medio de tormento del arquitecto finlandés concluyeron ayer viernes en el norte de Mali. **Mikael Holmlund**, de 42 años, y su colega francés **Marcel Pignard**, de 38, fueron puestos en libertad a las ocho de la mañana, hora de Finlandia, cerca de la frontera con Mauritania. Las fuerzas especiales del ejército de Mali recibieron a los rehenes.

Según la embajadora de Finlandia en Nigeria, **Riitta Korpivaara**, ambos hombres se encuentran bien, dadas las circunstancias, y en estos momentos se recuperan en un hospital francés.

El 18 de octubre, **Holmlund** y Pignard se embarcaron en un viaje por África Occidental para recopilar material. Su propósito era documentar el patrimonio arquitectónico de la región y realizar una exposición conjunta tanto en Finlandia como en Francia. La exposición finlandesa había sido inicialmente acordada con el Museo Helinä Rautavaara.

Los amigos iniciaron su viaje en Benín y viajaron a Burkina Faso y luego a Mali. Desde allí tenían la intención de volar a Casablanca, Marruecos.

El viaje de los arquitectos terminó el 28 de octubre en Tombuctú, cerca del desierto del Sáhara. Unos hombres armados irrumpieron en un restaurante llamado Amanar, donde Holmlund y Pignard estaban comiendo, y los obligaron a entrar en un automóvil que los esperaba fuera. También fue conducida al automóvil una joven local que se encontraba en compañía de los arquitectos.

El automóvil de los captores, un Jeep Wrangler de dos puertas, fue encontrado en el desierto a cinco kilómetros del restaurante. Junto al vehículo se halló el cadáver de la mujer secuestrada.

«Es probable que la mujer actuara de señuelo, ya fuera de manera consciente o inconsciente**»**, dice **Marko Turunen**, Director de Comunicación del Ministerio de Relaciones Exteriores, quien ha estado en contacto con Holmlund por teléfono. «Al parecer la mujer era de Senegal. Según Holmlund, actuaba como mensajera. No sabemos qué ocurrió, pero algo salió muy mal**»**.

En el momento del secuestro, los hombres iban acompañados de un intérprete y un conductor. Ninguno resultó herido, aunque, según testigos oculares, en Amanar se produjeron varios disparos.

Según un oficial de seguridad de Mali entrevistado por el colaborador del **HS** en Mali, **Yamoussa Diabaté**, los dos hombres fueron retenidos por el movimiento islamista tuareg Ansar Dine. En opinión de dicho oficial que permanece en el anonimato, el gobierno de Mali compró la libertad de los rehenes.

En los últimos años, a los terroristas de África occidental que cometen secuestros se les han pagado 90 millones de dólares, unos 70 millones de euros, en rescates. Además de las cantidades procedentes de los rescates, el tráfico de drogas y de personas son las principales fuentes de ingresos de los islamistas. «No importa cómo, pero el hecho es que la yihad se financia en gran parte con dinero occidental», resume el oficial de seguridad.

Según el periódico maliense *L›Essor*, los separatistas tuareg armados por **Muamar el Gadafi** han actuado en colaboración con el Movimiento de Unidad y Guerra Sagrada de África Occidental (MUJAO). Esta cooperación ha aumentado significativamente el riesgo de secuestro de extranjeros en la región de Mali.

Tanto Francia como Finlandia niegan rotundamente su participación en un posible desembolso del rescate. «Finlandia no paga rescates. Tenemos acuerdos internacionales que prohíben la financiación del terrorismo», enfatiza el ministro de exteriores, **Erkki Tuomioja**. Su homólogo francés, **Laurent Fabius,** también asegura que el gobierno de su país no ha negociado con

criminales.

La cadena de acontecimientos sigue siendo reservada. «Dado que el gobierno y el ejército de Mali han desempeñado un papel crucial en la liberación de los secuestrados, recibiremos los detalles operativos próximamente», promete Tuomioja. En lo que se refiere al secuestro de Holmlund, la investigación del caso será transferida del Ministerio de Exteriores a la Policía Criminal Central.

Un secuestro resulta muy estresante para la psique, especialmente si el rehén es testigo de un asesinato. Mediante tratamiento y rehabilitación, el trauma se puede superar, afirma la psicóloga de crisis **Merja Matinmäki**. «A menudo, el hecho de regresar a casa y junto a las personas cercanas es lo que brinda una sensación de seguridad que permite reaccionar y revisar los sentimientos provocados por el encarcelamiento».

No obstante, adaptarse a la vida normal puede resultar difícil. «Quien ha regresado a la sociedad finlandesa puede experimentar una sensación de alienación».

Turquesa: cuando nada es lo que una vez parecía

Au revoir, Nina!

El tren del metro está recubierto de un vinilo publicitario transparente turquesa: H&M y Versace, colección de otoño. El vinilo de color turquesa tiene motas de leopardo rosas, con remaches y cuero, seda e impresiones llamativas, tacones altos, joyas grandes. Hasta el instante en que Nina se golpee la cabeza con un costado del tren saliendo a toda velocidad del túnel, quedan diez segundos.

Nina baja a zancadas las escaleras mecánicas, tan deprisa como es capaz con su enorme barriga. En la superficie hay tráfico matutino, en el túnel el tiempo es otro, inexorable, pero aun así se avanza demasiado despacio. Las escaleras mecánicas se mueven a una velocidad de 0,5 metros por segundo, un metro cada dos, un metro y medio en tres y Nina tiene que alcanzar el siguiente tren, que traquetea por la línea roja hacia el hospital de Saint-Joseph.

Nina comienza a rebuscar el móvil en el bolsillo del abrigo para llamar a la médico de familia: Stéphanie tiene que ayudar, Stéphanie tiene que asegurar que llegará al hospital a tiempo. Stéphanie tiene que decir que todo podría…

El móvil se le resbala de la mano. Nina le da una patada con la punta del zapato, lo envía a la plataforma del metro; el aparato sale volando y colisiona dos veces con los peldaños mecánicos. Nina pisa el andén, pero no se agacha para recoger el teléfono del suelo, sino que continúa corriendo. El metro traquetea en el túnel. Nina corre como si fuera a saltar directamente a las profundidades del metro, a penetrar en el vagón atravesando la pared. Alguien grita *Faites attention!*, pero Nina no se detiene, un segundo, dos, tres, salta, tropieza, se precipita, se golpea la cabeza con el metro turquesa que emerge del túnel y se desploma hacia un lado empujada por la fuerza del choque.

En el andén empiezan los gritos. Numerosas manos sacan los móviles y llaman a emergencias al mismo tiempo. Solo se toma una foto. El hombre más cercano a Nina se arrodilla junto a ella, impotente, le comprueba el pulso, y aún más impotente coloca su bufanda debajo de la cabeza de Nina. Señora, ¿puede oírme? La señora no puede oír. Señora, ¿PUEDE OÍRME? No, la señora sigue sin poder oír. La señora se ha sumergido en un profundo estado de inconsciencia. El corazón late, tiene pulso, respira. ¿Y los bebés en su barriga?

Está claro que Nina tiene prisa. Si no por sí misma, por los gemelos.

En la superficie hay tráfico. La ambulancia sortea las hileras de automóviles, atraviesa los cruces con el semáforo en rojo, pero el viaje dura mucho. Cuando suben a Nina por fin a la ambulancia, la situación ha cambiado. Su respiración se ha ralentizado. Los técnicos de emergencias le colocan el soporte del cuello y la máscara laríngea: comienza la ventilación. Cuando la respiración está asegurada, un sanitario le abre los párpados, y apunta una luz. No hay reacción en las pupilas.

—¿Así ocurrió?

—¿Y los bebés?

—¡El metro no los golpeó a ellos!

—Nina, ya estás en manos de profesionales, ¡podrán hacer algo!

—¿Y no te podemos ayudar *nosotras* de alguna manera?

—¿Qué te gustaría que hiciéramos?

La ambulancia ha salido hacia el hospital con las sirenas aullando. Shlomith, Polina, Wlbgis, Ulrike y Rosa Imaculada se han agrupado alrededor de Nina. Están apretujadas. Rosa y Polina están de pie en el mismo lugar que los dos técnicos de emergencias que tratan de reavivar a la Nina tumbada en la camilla. La mitad izquierda del cuerpo de Rosa está dentro de la mitad derecha de uno de los paramédicos, y la barriga descubierta de Polina se ha hundido en la espalda de la técnico inclinada sobre Nina.

—No los estorbaremos, ¿verdad?

—No se enteran de nada.

—No existimos para ellos.

—Bueno, ¿es ahora cuando ocurre?

Ocurre ahora. Ocurre de una manera distinta a la que estas cosas ocurren a veces. Más tarde, la doctora se lo explica con detalle a los familiares llorosos de Nina. Por qué no ha sido posible salvarla, aunque no se trata de una «muerte instantánea». Cierto, si el golpe le hubiese roto las conexiones entre el cráneo y la espina cervical y causado un desgarro en la médula espinal, nada habría podido hacerse ni siquiera en teoría. O si el golpe hubiese dañado el tallo cerebral, a consecuencia de lo cual la respiración se habría paralizado y el corazón detenido, ahora no habría lugar para las especulaciones. La doctora es paciente. No se pone nerviosa, aunque Jean-Philippe insinúa un error médico, muestra imágenes y explica. La vida de Nina acaba por problemas graves en la zona del tronco cerebral, pero, como suele ocurrir en la vida, debido a una serie de desafortunadas coincidencias. El empellón del metro y el impacto contra el suelo del

andén, juntos originan una hemorragia subaracnoide intracraneal. La sangre comienza a filtrarse a la superficie del cerebro, luego al cuarto ventrículo del cerebro a través del acueducto del mesencéfalo —en el cerebro de verdad hay un área que se llama acueducto— mediante minúsculas aberturas situadas en la pared de la cavidad. Desde el cuarto ventrículo, la sangre se abre camino a los otros tres ventrículos, lo que hace que la circulación del líquido cefalorraquídeo, el licor producido por los ventrículos, comience a alterarse. El líquido cefalorraquídeo queda atrapado en los ventrículos debido al exceso de sangre, el acueducto del mesencéfalo se obstruye y la presión intracraneal comienza a aumentar. El tejido cerebral de Nina comienza a hincharse. Se proyecta gradualmente hacia la abertura de la carpa del cerebro; sí, el cerebro también tiene una carpa. Parte del tejido sale a presión a través de la abertura, lo que a su vez daña el tronco del encéfalo.

De ninguna de las maneras Nina llegó a sentir dolor, esto es cien por cien seguro.

Para que los familiares comprendan bien la imposibilidad de la situación, la doctora también les refiere el siguiente hecho: si en el andén del metro hubiera estado casualmente un neurocirujano y su equipo dispuestos para operar, habría cortado la mitad del cráneo de Nina y lo habría metido en un congelador. Así la presión intracraneal de Nina se habría igualado, el tejido cerebral no habría empezado a hundirse, el tronco encefálico no se habría comprimido, y las posibilidades de supervivencia de Nina habrían sido de más del diez por ciento.

Pero incluso entonces, nada habría sido seguro.

Como jamás lo es en la vida.

—Mirar la reanimación duele…

—¿Cuándo se van a dar cuenta?

—Ahora todavía lo intentan.

—¿Qué otra cosa podrían hacer?

Nina está de pie detrás de la Nina tumbada en la camilla. Posa sus manos blancas sobre su cabello blanco, hace ligeros gestos de caricias. Trata de pensar en sus bebés, primero muertos, luego vivos, pero solo puede aferrarse a una imagen de pesadilla. Dos criaturas arrugadas dentro de una caja de cerillas, sobre una cama de algodón: Mademoiselle Roja y Monsieur Transparente. Uno con los ojos del tamaño de una cabeza de alfiler negra como el caviar, la otra con abundante pelo arremolinado.

Nina cierra mentalmente la caja de cerillas, deja allí a los seres incompletos para que otros se preocupen por ellos y retorna sus pensamientos a Maimuna. A la hermosa, flexible Maimuna, que hace un instante se zambulló en su propia muerte. Y Nina no lo vio. Miraba fijamente al hermano de su marido, que estaba allí, a gatas en la arena del Sáhara. Un abrir y cerrar de ojos —y Maimuna ya se había ido. Y el arma, disparado. Y ahora le toca a ella, está en la ambulancia con su doble moribunda, sola consigo misma, acompañada por sus cinco hermanas del más allá, que charlan de tonterías al borde de su muerte.

—Nina, ¿te das cuentas? ¡Esa técnico ha empezado a acariciarte la barriga!

De pronto la sirena de la ambulancia cesa de chillar. El equipo actúa con prisa. Una de los técnicos, una joven de nariz pecosa, sujeta la máscara laríngea de Nina y parece desconsolada. Con la otra mano comienza a acariciarle a Nina el vientre.

—Bueno. Supongo que mi momento ha llegado.

—Eso es lo que parece.

—¿Y que tendría que hacer?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué tendría que hacer ahora?

—Hacer lo mismo que Maimuna, ¿no?

—¿Qué hizo Maimuna?

A veces las cosas salen mal. Del todo. A veces el instante más transcendental de la vida, el *pregnant moment*, como lo expresaría Shlomith, se va al garete. De pronto ninguna de las mujeres concebía cómo proseguir. Con Maimuna los acontecimientos se habían desarrollado de manera tan resuelta e intrépida, que se equivocaron al imaginárselo: así es como va. Cada una en su turno así —¡qué fácil! Extiendes los brazos y te dejas caer sobre ti misma, y viene el fin, tan ligero como una pluma, hermoso, casi sin darte cuenta. Su tarea parecía de una simpleza ridícula. Ellas estaban allí, como apoyo psicológico de Maimuna. Nadie le dedicó ni siquiera medio pensamiento a la posibilidad de que llegaría su turno. Ahora se trataba de Maimuna. Así que tenían que concentrarse en Maimuna. Además, cómo se sabía… ¿Y si no les llegaba el turno?

Allí habían estado, desplegadas alrededor de Maimuna, de verdad habían creído que la estaban ayudando. A alguien se le ocurrió: vamos a levantar las manos protectoramente sobre la cabeza de Maimuna. A todas les había parecido una buena idea. La confusión se disipó, se convirtió en energía, y alzaron las manos y se sintieron de nuevo

necesarias.

Ahora todo era distinto. Nina había entrado en pánico. Nina, conocida por su sentido práctico, su acertada evaluación de la situación y su rica imaginación, estaba detrás de la cabeza de su doble mundano tumbado en la camilla, y las miraba aterrorizada.

Nadie recordaba el significado del ritmo.

Nadie sentía el pulso.

Todo era de pronto de un silencio escalofriante. El personal de la ambulancia parecía haberse petrificado.

—¿Nina…?

—Ay, pequeña Ninjuška…

—¿Y si, por ejemplo, intentas dejarte caer encima?

—¿Encima de qué?

—Pues encima. De ti misma.

—¡Cómo!

—Igual que Maimuna…

—Maimuna extendió los brazos y de algún modo…

—¿Se arrojó?

—Justo, se arrojó.

—¿Tendría que impulsarme con las piernas y saltar?

—Bueno, inténtalo a ver.

—¿O simplemente me dejo caer?

—Haz lo que te parezca mejor.

Nina tenía un aspecto deplorable. Hundió indecisa los dedos en el cabello que se derramaba por el borde de la camilla. Se observó a sí misma, casi un cadáver, reunió valor como para lanzarse a un agujero en el agua helada o para saltar en paracaídas desde un avión. Entonces se impulsó, flácida.

Era una representación espantosa.

Cientos de pensamientos pululaban por el aire en una densa nube de terror.

No,

Ayuda,

cómo

…así…

¡Por qué *esos* de ahí no

…pueden ayudar…

¡No!

Un enemigo común siempre ayuda. Cuando a Ulrike se le pasó por la cabeza desviar la atención hacia el personal de la ambulancia, los

pensamientos de las mujeres comenzaron a ordenarse a su alrededor por sí solos. La conmoción tomó forma, dirección; las acusaciones, su cauce, en el cual era fácil depositar el malestar. Por un momento.

—Lo único que *esos* esperan es que la ambulancia llegue al hospital…

—Donde algún médico declarará a Nina muerta…

—Aunque justo ahora se necesitaría *su* ayuda…

—¡Parad! No saben qué hacer mejor que nosotras…

—Nadie lo sabe.

—Yo al menos no.

—Nina, pequeña Ninjuška…

—Si te tomamos de las manos y tiramos…

—¿O te levantamos por las piernas?

—¡O me empujáis todas por la espalda!

—Venga, no te enfades.

—¡Esto no es culpa nuestra!

—Nina, si fuera tú, cerraría los ojos y me dejaría ir.

—¿Te dejarías ir…?

—No pienses demasiado. Solo déjate ir.

—Así que tú lo sabes. Mira por dónde. Bueno, ¿quieres venir aquí? ¿Ocupar mi lugar?

—Para, Nina.

—¡Venga, ven y salta en mi lugar! ¡Ya que sabes cómo!

—Wlbgis y Nina, dejadlo ya las dos.

—A este paso, Nina va a perder su momento…

—Nina, pequeña Ninjuška, ¿y si te cantamos?

—Polina, no prometas demasiado. ¿Tienes en mente alguna canción apropiada para esta situación?

—Que todas sepamos cantar.

—¿Es necesario que cantemos todas?

—Yo al menos no quiero cantar.

Entonces Rosa Imaculada apretó con fuerza los párpados. Escarbó en su memoria primero una melodía y la voz baja, ligeramente áspera, que era la suya. La canción estaba rayada y daba saltos, acudía a la mente de Rosa como sacada con una aguja de hierro de un disco de goma laca de la década de los 1940. Esta nana le cantaba su abuela cuando ella era pequeña, huérfana de padre, huérfana de madre, esta nana se la cantaba Rosa a su hijo pequeño mientras se recuperaba en la cama con su nuevo corazón.

Y así comenzó a sonar la voz de Rosa. Resonaba en la ambulancia y

aun así en algún otro lugar, sonaba en el movimiento, pero no en el vehículo que se acercaba al hospital, sonaba con un ritmo que comenzó a mecer a Nina, a Wlbgis, a Shlomith, a Ulrike, a Polina y a Rosa Imaculada. El latido se agarró a la melodía frágil e introdujo sus propias síncopas, pero no estropeaba la canción, no arruinaba el sonido que una vez hace mucho tiempo había consolado a la pequeña Rosa, luego al pequeño Davi y que ahora consolaría a Nina, la pequeña Ninjuška. A Nina, que debía reunir todo su valor y atreverse a partir.

Nigue, nigue, ninhas
tão bonitinhas
Macamba viola di pari e ganguinhas
Ê ê ê ê, imbê, tumbelá!
Musangolá quina quinê…

Nina apretó con fuerza los párpados y separó por fin las manos de su pelo. La familiar cadencia, el pulso como el latido de un corazón multiplicado mil veces, comenzó a acunarlas cada vez más rápido. Se entregaron y nadie mencionó lo de levantar las manos. El terror había desaparecido del rostro de Nina. Ella sabía, de la misma manera natural que Maimuna lo había sabido, qué era lo que tenía que hacer.

Se agachó y, con los ojos aún cerrados, besó sus propios labios.

—¡Adiós, Nina!

—Te seguimos.

—Siento que voy a ser la siguiente…

—¿Por qué cantaste?

—Es lo que siento.

—Tienes una voz muy personal, Rosa.

—Gracias.

—Combina estupendamente con esta situación.

—Gracias. Pero no creo que desaparezcamos del todo.

—¡Ojalá tuvieras razón!

—¡Así que nada de adiós, sino hasta la vista, Nina!

Au revoir, Nina!

Una mujer de Marsella que fue declarada con muerte cerebral hace un mes, **Nina Pignard**, ha dado a luz a gemelos hace dos días. La paciente embarazada, de 35 años, fue mantenida artificialmente con vida durante más de un mes para que los fetos se desarrollaran lo suficiente como para sobrevivir fuera del útero.

El 27 de octubre, día del accidente, Pignard se dirigía al hospital Saint Joseph. Estaba realizando transbordo del tranvía al metro en la estación de Noailles, cuando por un motivo desconocido tropezó y se golpeó la cabeza con el flanco de un tren de metro que se aproximaba a la estación.

Según testigos oculares, la mujer iba corriendo, aunque el metro aún no había alcanzado el andén. «Llamó la atención debido a su estado», comenta el jefe de la policía de movilidad de Marsella, **Christophe Benoît**, refiriéndose el embarazo gemelar de Pignard. «El metro entra en la estación a una velocidad de cuarenta kilómetros por hora. Si uno pone la cabeza delante, está claro que va a ocurrir algo malo».

Los bebés, una niña y un niño, nacieron a las ٢٥ semanas mediante cesárea. Cada uno de ellos pesaba menos de ٩٠٠ gramos. Ahora se encuentran en el hospital Saint Joseph recibiendo cuidados intensivos. Según **Charlotte Vermette**, médico especializada en partos prematuros, sus posibilidades de sobrevivir indemnes son buenas.

La familia Pignard ha sido golpeada recientemente por otra tragedia, cuando el cuñado de la mujer en muerte cerebral fue secuestrado en Mali. «El secuestro se produjo el día después de la muerte de Nina», cuenta la suegra **Michelle Pignard.** La familia ha recibido ayuda profesional para superar las crisis.

El destino del secuestrado está abierto, pero el Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia está realizando considerables esfuerzos para resolver la situación. El padre del secuestrado, **Julien Pignard**, CEO del Grupo Sodexo, es uno de los hombres más ricos de Francia, con un patrimonio que asciende a los ٥٣٠٠ millones de euros.

Según informaciones reci-bidas por *Le Monde*, el secuestro no guarda relación alguna con la fortuna familiar de los Pignard. «Mi hijo estaba en el lugar incorrecto en el momento incorrecto, igual que Nina», afirma Michelle Pignard.

En estos momentos, la familia de Nina Pignard se centra en el bienestar de los bebés.

«Solíamos frotarle a Nina el estómago y hablar a los bebés. Eso despertaba unas emociones muy contradictorias. Éramos extremamente conscientes de que el nacimiento de los bebés significaría el fin de su vida», cuenta el marido, **Jean-Philippe Pignard.**

«Pero la vida tiene que continuar. Vamos a organizar el funeral y a preparar el hogar para los bebés y esperaremos la liberación de mi hermano. ¿Qué otra cosa podemos hacer?»

■Natalie Bracqué

Vaarwel, Wlbgis!

—¡Vaya sorpresa!

—¡Sí!

—Así que nuestra hoguera es de aquí…

—¿*Vuestra*…?

—Tu pelo, Wlbgis.

Wlbgis está tumbada en la cama del hospital con la peluca puesta. El pelo artificial está torcido, la crencha, inclinada; el flequillo pende de cualquier manera. La boca de Wlbgis está entreabierta. De ella surge el aliento entre espasmos, brotan pequeños jadeos, toses involuntarias, gemidos. Wlbgis no aparenta agonía, pero su aspecto sí es gris, pálido y ceroso. De un rojo aún más encendido son las fibras de pelo que se derraman por la almohada.

—¿Por qué llevas puesta la peluca?

—¡En esa situación!

—Lo quise así. Sin pelo me sentía como una patata.

Las enfermeras habían tratado de quitarle la peluca mientras dormía. Querían cepillarla y meterla en el armario junto al resto de sus cosas. El pelo siempre alborotaba, estorbaba la cánula, molestaba a la hora del baño. Pero cada vez que las enfermeras lo rozaban, Wlbgis se desvelaba del letargo de la morfina. Les lanzaba una mirada helada y ellas apartaban las manos de inmediato, retrocedían un paso y dejaban el pelo en paz, pues esa mirada terrible no era de este mundo, venía *del más allá*, a donde aquella infeliz parecía haber decidido llevarse también su peluca. Pues que se la lleve. Ya no querían tocar el pelo, trataban de actuar como si no existiera, pero era imposible, el pelo resplandecía en su campo de visión hicieran lo que hicieran. Si trataban de mirar a Wlbgis a la cara, solo había pelo naranja, pelo pelo pelo, un apéndice fulgurante demoniaco alrededor de toda aquella palidez y aquel gris.

—Mi peluca, por cierto, procede de la mejor tienda de pelucas de Zwolle, a donde van también los actores profesionales de la localidad.

…*los jasidíes de Borough Park las tienen mucho más elegantes*…

—¿Qué?

—Disculpa, Wlbgis. Tu pelo es estupendo, pero es un hecho que los jasidíes tienen las mejores pelucas del mundo.

—¿Quiénes?

—Los jasidíes. Judíos conservadores. Sus mujeres han de ocultar el

pelo cuando llegan a la edad de matrimonio. Pero son listas, y lo esconden bajo pelucas fabulosas.

—¿Pero eso no es… un poco falso?

—Depende de cómo se mire. A mí me parece una solución creativa. ¿Habéis oído hablar de los *eruv*? Los *eruv* son vallados simbólicos, rituales, con los que los judíos jasidíes, por ejemplo, acotan la zona donde viven. Los hay en Nueva York, los hay en Jerusalén. Los judíos pueden moverse durante el *sabbat* en la zona circundada por el cable *eruv* y transportar las cosas que necesitan de un lugar a otro.

—¿Por dónde va el cable?

—¿Por la tierra?

—No, va por el aire. El sistema *eruv* recuerda levemente a los postes de la electricidad. Alguien ajeno no se percataría de los hilos si no sabe mirar.

—¿Se trata de una solución a un problema si el problema, digamos, ha sido causado por uno mismo?

—Que va, no ha sido causado por uno mismo. Las reglas del *sabbat* son dictados de la Ley. Pero se permite la *interpretación*, claro.

—¡En eso los judíos sois unos maestros!

—Esquivar, rodear, un pequeño regate bienintencionado… en el marco de la Ley.

—¿Y en la zona delimitada por el cable se puede hacer lo que se quiera?

—Por supuesto que no. No se puede abrir un paraguas, por ejemplo. Esa acción recuerda demasiado a levantar una tienda. Es, en cierto modo, construir.

—Si llueve, mientras caminas por la calle puedes ponerte un periódico encima de la cabeza ¿no?

—Sí.

¡Ridículo!

¡Qué locos!

—Hay también otras limitaciones. Por ejemplo, no se puede practicar un deporte que requiera hacer agujeros o surcos en la tierra. El golf por lo menos está prohibido.

—¡Y deslizarse colina abajo en un trineo!

—Hacer deporte en *sabbat* solo se puede por el placer de moverse, no, por ejemplo, para mejorar tu salud.

—Pero no el trineo…

—Dinos, Shlomith, ¿quién comprueba si los motivos de quien practica deporte son los correctos?

—La Ley es la Ley, y está en el interior de la gente que cree en la Ley, del mismo modo que en tu interior está por ejemplo el corazón.

—¿Tú vivías dentro de una valla así?

—No, no de ese tipo. Mi familia no era muy religiosa.

—¿Y te parece lógica esa manera de actuar?

—O esas pelucas. ¿Por qué tu pelo no vale si lo tienes? ¡Es un pecado burlarse de ese tipo de cosas! ¡Imaginad lo que sentimos las que perdemos el pelo debido a una enfermedad!

Ahí está otra vez: la peluca. El cabello mágico llameante de Wlbgis gracias al cual ha podido ser durante un rato algo más que enferma y calva, otra cosa distinta a la antigua Wlbgis, el saco de boxeo. ¿Qué le parecía la idea de que mujeres sanas ocultaran su bonito pelo natural bajo una peluca debido a una tonta tradición? Tenía que sentirse menos mal de lo que se siente alguien que ha perdido una pierna respecto a la amputación cosmética, o alguien con labio leporino sobre la separación de la lengua, pero injusto sí que parecía, equivocado y lacrimoso, como el cáncer en general.

—Señoras. Ahora estamos en el tiempo de Wlbgis.

En la dirección de Polina se generó de pronto una idea de excepcional peso, cada vez más densa, que aplastó el resto de efervescencia mental. El vacío no se mantuvo mucho rato vacío, pues del silencio brotó deprisa una observación, una aguda exclamación indignada, sobre cuyo origen ninguna podía estar del todo segura. Nadie alcanzó a notar de qué dirección venía, simplemente se abalanzaba desde algún sitio y al momento les pareció propia:

—¿Acaso os habéis dado cuenta de que Wlbgis es capaz de comunicarse con nosotras?

Cierto: Wlbgis, deteriorada por el cáncer, sin la facultad de hablar, llevaba un tiempo participando en el intercambio de ideas, ¡igual que las demás! Con total claridad, sin entrecortarse, Wlbgis había formulado en el desierto, por ejemplo, las siguientes preguntas: *¿Estás asustada? ¿Viene del suelo? ¿Ahora, Maimuna?* En la ambulancia, Wlbgis se había puesto a discutir con Nina*: si fuera tú, cerraría los ojos y me dejaría ir.* Si fuera tú… Si Wlbgis hubiera sido Nina, jamás habría corrido hacia el metro. Si Wlbgis hubiera sido Nina, habría protegido su vida hasta el final, pues qué problema había tenido Nina, una mujer joven sana: bebés en el vientre, dinero a tutiplén y un marido en casa. Pero Wlbgis es Wlbgis, y ahora participa por primera vez en términos de igualdad en la conversación. Las mujeres podrían preguntarle cualquier cosa y ella podría responder. Podría hablar y ellas podrían escuchar.

…Wlbgis parece una sosa…

—¡¡Ulrike!!

—¡¡Perdón!!

—¡Qué vergüenza, Ulrike!

—¡No era mi intención ofenderte! El cáncer y el hospital…

—Ya, ya. ¿Qué importa la vida aburrida de un adefesio canceroso?

—¡Wlbgis, no quería decir eso! Discúlpame.

Eso, el que finalmente Wlbgis les «hablaba» y no se habían dado cuenta, valía por lo menos una horrorizada ola de culpabilidad. Y la culpa no solo era de Ulrike. Wlbgis no le había interesado a nadie.

—Wlbgis, a todas nosotras nos parece algo muy natural, el que participes. ¿O qué pensáis?

—¡Sí!

—¡Mucho más natural que el que nos lleven de aquí a allá!

—Que si al desierto del Sáhara, que si a una ambulancia…

—Que circula a toda velocidad por las calles de Marsella con las sirenas aullando…

—¡Imaginad si hubiera que contarle esto a una persona ajena!

—¿Por qué no iba a poderse? Déjame que lo intente: *Viajamos por todo el mundo, visitamos los sitios donde hemos muerto y continuamos viaje*…

—Y una siempre se queda en el camino…

—¡Cierto! Una recibió un balazo en la cabeza, y quedaron seis.

—A una la empujó un metro gris y quedaron cinco.

—Pero qué dices, el metro era turquesa.

—A uno lo picó una abeja…

—Otro se asfixió…

—A un tercero lo atacó un oso…

—Un cuarto se tostó…

—¿Qué demonios os traéis entre manos, Shlomith y Polina?

—Luego ese extraño…

—Sí, cómo era…

—Uno se tragó un arenque…

—¡Rojo!

—No, amarillo.

—Rojo.

—Amarillo.

—Rojo.

—¡Amarillo! En ruso esa parte del verso se ha traducido como ”желтый”. De ninguna de las maneras ”красный”. Estoy segura.

—¡¿Pero de qué estáis hablando?!

—De *Diez negritos*.

—¿Quiénes son?

—Todas nosotras somos ante la muerte los negritos…

—Bueno. Volvamos al asunto.

El asunto, del que la conversación constantemente se desviaba hacia temas insustanciales, seguía tendida en la cama del hospital y respiraba cada vez más entrecortadamente. Era obvio que Wlbgis no viviría mucho más. Aunque el parloteo ligero, el cotorreo y la cháchara parecían arrastrar consigo con cada vez mayor determinación a una parte de las mujeres, como si estas no fueran capaces de mantener sus pensamientos bajo control, alguna de ellas comprendió, por suerte, que no podían continuar así. Que ahora se requería autodisciplina: había que acompañar a Wlbgis como es debido al otro lado del límite.

—Wlbgis, dinos, ¿tenemos tiempo?

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero al momento en el que te tienes que lanzar…

—O hacer otra cosa antes de la partida definitiva.

—Sí, tiempo. Lo único que tengo es tiempo… Me marcho *destrozada por una prolongada enfermedad*, ¿no es aburrido? Cuidado no os vayáis a quedar dormidas…

—No te enfades, Wlbgis.

—Nos hemos comportado mal. Perdona.

—Wlbgis, tú sabes mejor que nadie si tenemos que darnos prisa. Si queda tiempo, podías contarnos algo.

—¡Cuéntanos, por ejemplo, qué clase de vida tuviste!

—¿Y qué te parecemos?

—¿Has estado a gusto con nosotras?

—¿Entendías algo de lo que hablábamos entonces, cuando estábamos allí en el lugar de dónde venimos?

—¿Hablabas inglés?

En el momento de la muerte habría mejores cosas que hacer que examinar a quien parte sobre sus conocimientos de una lengua extranjera. Allí flotaban las mujeres, alrededor de una Wlbgis pálida, cenicienta, apenas ya consciente. ¿Había tenido tiempo de aprender inglés en vida? Bueno, Wlbgis sabía una palabra o dos, igual que Rosa y Maimuna. Pero, al contrario que las otras, ella no había sido capaz de expresar verbalmente nada de nada y las mujeres se daban cuenta de pronto, en el último momento, de que era más valiosa que el resto. No por sí misma, naturalmente, sino como espejo, pues nunca hay suficientes espejos. Ni siquiera en esas circunstancias. *¿Has estado a gusto con nosotras? Los g*ranitos de narcisismo se aferran con fuerza a

la persona. *¿Qué te parecemos?* La muerte inminente no ennoblece a nadie, no, aunque cada una de ellas se estaba lanzando una tras otra al vacío.

Wlbgis controló estupendamente bien sus nervios. Aunque jamás había practicado la meditación, logró de repente vaciar su mente. Se concentró, se concentró, reunió fuerzas. Prolongó valerosamente el silencio.

El colosal edificio de aquel hospital que recordaba a una armónica gigante se extendía a lo largo del Groot Weezeland. Si las mujeres se hubieran balanceado hasta la ventana y las venecianas cerradas hubieran estado entreabiertas, mientras aguardaban la respuesta de Wlbgis, habrían podido admirar la espléndida vista que se extendía desde su octava planta, el Zwarte water, uno de los numerosos ríos de Zwolle, que en ese punto de la ciudad había sido moldeado en forma de estrella. La forma del río tenía su origen en un tiempo en el cual dicho río no era solo un caudal, sino un foso construido para proteger la ciudad amurallada, que por su parte respetaba las líneas puras de la versión holandesa de un sistema de defensa en bastión desarrollado inicialmente en Italia.

Pero la veneciana estaba cerrada para que el sol de la mañana no molestara con su luz oblicua a Wlbgis, tumbada en la cama. Solo algún que otro rayo se abría paso en la habitación oscura y penetraba por las minúsculas grietas, e iluminaba una lámpara de lava que recordaba a una lanzadera espacial, Melinda se la había traído a su abuela para aliviarla: «Es chulo mirarla, ayuda a dormir». En la cápsula de cristal de la lámpara de lava, en el líquido turquesa con base de aceite, emergían gotas de cera azul eléctrico de distintos tamaños que siempre adquirían una nueva forma, a Wlbgis le gustaba observar sus movimientos de magma antes de sumergirse en el sueño.

Ulrike echó un vistazo hacia la ventana. ¿En qué clase de lugar estaban? ¿Se veía la ciudad? Seguro que aquello era una ciudad, la habitación era una habitación de gran hospital. ¿Y cómo era el paisaje? ¿Había hojas en los árboles, había nieve en la tierra, había luz y era de día? Pero la cortina no se podía descorrer. No podían hacer nada terrenal, recoger un bolígrafo caído en el suelo, acariciar el rostro frágil enmarcado por la peluca. Solo la Wlbgis flotante podía tocar a la Wlbgis tumbada, y solo en el instante último y final, quizás.

La inquietud comenzó a acrecentarse. Polina, Shlomith, Ulrike y Rosa Imaculada aguardaban oscilando, ondeando cada una en un lugar distinto, la respuesta de Wlbgis. La pregunta incómoda *¿hablas*

inglés? resonaba en la estancia como el chasquido de un murciélago predador, como un pulso sónico crepitante estilo ping pong en constante aumento. Eso no tenían que habérselo preguntado nunca. Ahora la pregunta las perseguía, aunque intentaban pensar en otra cosa. Su crujido lo cubría todo, excepto cuando por un lateral se alzaba otra pregunta, tal vez aún más agónica, y que sin embargo habían conjurado ellas mismas, naturalmente, no habían sabido contenerse: *¿Y qué te parecemos?*

—En realidad quien más me gustaba era Nina. No os ofendáis, pero así es, y vosotras mismas habéis preguntado. Me habría gustado tener una hija como ella. Nina era normal, en un sentido agradable, sensata, mientras que el resto de vosotras… especialmente tú, Shlomith, y también tú, Polina. Vosotras dos sois tan engreídas. Vuestra manera de hablar, y lo que es hablar habláis mucho, me dice que os consideráis mejores que las demás. Os creéis con derechos especiales. Tu delgadez, Shlomith, para ser sincera, me da náuseas. No puedo aprobar que te hayas puesto en esa condición a propósito. Tú, Polina, adoras demasiado el sonido de tu propia voz. Disculpa, pero nadie aguanta escucharte. Cuando tenía voz, solo hablaba cuando era necesario. A mí me parece un buen punto de partida. No hay que cansar a la gente en vano. No es educado. Y las demás. Ulrike: tengo que admitir que me irritas. Eres una impertinente. ¡No, déjame seguir! Sé perfectamente que lamentas el pensamiento ese tuyo que se te escapó. Te perdono. No lo pienses más. El caso es que tienes razón: no soy interesante. Lo intenté una vez. Me arreglé como el resto de las mujeres hacen día tras día, busqué compañía masculina y todo eso. ¿Y qué salió de aquello? Solo problemas. Soy aburrida y corriente, un poco fea, pero qué más da. En el mundo hay una persona a quien yo quería y que me quería a mí. ¿Os basta con esto para el tema «Wlbgis»? Bueno, pues sigamos la ronda. Rosa, tú armabas mucho escándalo, pero te entiendo. Tienes temperamento latinoamericano, qué le vas a hacer. Y además, en realidad eres más inteligente que las demás, tú nos enseñaste esa palabra. ¿Es la manera de decir «ábrete sésamo» en tu país? En fin, gracias a ti salimos de aquel horror. ¡Así que gracias, Rosa! Y finalmente Maimuna. Una muchacha linda. Podía haberse convertido en una virtuosa gimnasta. El cuerpo estaba en forma. Sobre ella no tengo nada malo que decir. Una pena que muriera de esa manera.

Wlbgis había hablado.

En ese preciso momento, al terminar Wlbgis, se abre la puerta de la

habitación. Entran dos enfermeras, una de más de treinta, otra casi una adolescente. Solo Wlbgis, la Wlbgis en el aire, comprende lo que dicen.

«Este caso de aquí, la señora van Deijck, no va a durar mucho más», dice la más mayor. «Vamos a ponerle cinco miligramos más de morfina».

«No sé Xaliimo, pero me da que se va a morir hoy en mi turno. ¿Te quedas conmigo? Sería mi primera muerta».

«Si se muere antes de mi cambio de turno, sí, estaré aquí».

«Seguro que tú ya llevas un montón de muertos».

«Sí».

«¿Y?».

«¿Y qué?».

«¿Qué se siente?».

«No se siente nada. Excepto si es un niño o una persona joven. Una vez lo era. Tenía tres años, un atropello, un camión marcha atrás. Se murió en mis manos, literalmente, durante la reanimación. Ser testigo del dolor de la familia fue horrible. Todos lloramos».

«¿Quién es el pariente cercano de esta?».

«Una mujer así, como pálida, viene de vez en cuando, siempre con una niña pequeña. Ha pedido que la llamemos cuando todo acabe».

«¿También por la noche?».

«Por la mañana es suficiente, es lo que ha dicho».

«Seguro que para esta de aquí es bueno que todo acabe pronto».

«Sí. Es un caso fácil, el dolor está bajo control. Básicamente se ha pasado durmiendo los últimos cinco días. Una vez tuve a un anciano, el cáncer se le había extendido al estómago. Gritaba y gritaba, aunque le metíamos medicamentos hasta dejarlo inconsciente. Solo gemía 'ayudadme, ayudadme'. Su mujer no lo soportaba y salía corriendo de la habitación. Al final, nos pasamos más tiempo tranquilizando a la mujer que con los últimos momentos del marido».

«Ojalá no me tocaran niños, todavía no, o gente en condiciones espantosas. Me parece que todavía no estoy lista. En la escuela hemos practicado estas situaciones, claro. Y una vez vino un actor a darnos un curso y justo a mí me tocó un caso horroroso. Un chico joven se había suicidado y yo tenía que contárselo a los padres. Lo viví a tope. Hasta soñé con ello, aunque por suerte me mantuve seria delante de la gente».

«La muñeca de RCP, Anne, ¿sabes a quién pertenece su cara?».

«No. ¿Es que el modelo es alguna persona viva?».

«No viva, sino muerta. La desconocida del Sena, ¿la conoces? Una joven de dieciséis años a la que encontraron a finales del s. XIX ahogada en el Sena, cerca del muelle del Louvre. El cuerpo estaba en buenas condiciones y sus labios mostraban una sonrisa semejante a la de la Mona Lisa. Según la leyenda, la muchacha era tan hermosa que el patólogo de la morgue de París fabricó una máscara mortuoria de su rostro. Las copias se extendieron por toda la escena artística de París. Se convirtió en un elemento decorativo, la máscara esa».

«¡Increíble, de una muerta! ¿Cómo se puede hacer una copia de algo así?».

«Bueno, de la expresión y del pelo. No es algo muy diferente de una fotografía».

«Y la cara de Resusci Anne se ha hecho según esa máscara mortuoria? ¿Me tomas el pelo?».

«¡Para nada! En su día mi profe nos contó esta historia al principio de un curso de reanimación. Y la idea no se me ha ido de la cabeza. Que una pone los labios sobre los de una chica ahogada. Al parecer son los labios más besados de la historia».

«Ya. Gracias por contármelo».

«De nada. Aunque ya no vas a tener que besar más a Anne. Ya has hecho tus prácticas. A partir de ahora solo casos reales. A algunos les tomarás cariño, a algunos no los soportarás. La semana pasada se nos fue un caso de cáncer de pulmón. Era bastante feo, tosía sangre y tal. Pero tengo que reconocer que por dentro me alegré. Aquel tipo estaba todo el tiempo furioso y me gritaba negra».

«¿Y esta, la van Deijck?».

«¿Qué pasa con ella?».

«¿Cómo es?».

«Bien. Fácil. Amable, normal. Una cosa me sorprende un poco. Según sus papeles, tiene un hijo, pero jamás lo he visto por aquí. La hija del hijo viene con su madre, pero el hijo no. Bastante raro, ¿no crees? ¿Qué habrá pasado entre ellos?».

«¿Le preguntaste?».

«Esta no habla. No le interesaba la prótesis».

«A lo mejor la van Deijck ha sido una madre espantosa. A lo mejor ha tratado mal a su hijo. O simplemente era una pesada. En mi curso había un chico que cortó la relación con su padre en cuanto cumplió los dieciocho. Dijo que por qué iba a preocuparse por aquella mierda cuando aquella mierda no se había preocupado por él. Las cosas que su padre había hecho eran muy terribles. No me sorprende si a veces

no queda otra que romper con alguien por completo».

La Wlbgis en el aire sabe que ha llegado su hora. No hay ritmo, ni pulso, ni canción. Solo rabia, rabia solitaria, una señal de la partida clara como el cristal.

La enfermera senior revisa el funcionamiento de la cánula fijada en el dorso de la mano de la Wlbgis tumbada en la cama, se gira para marcharse. La más joven la sigue. En ese momento, un pegote de cera azul eléctrico se separa de la cápsula líquida al fondo de la lámpara de lava y comienza a elevarse. La Wlbgis en el aire espera a que el pegote suba hasta el centro de la cápsula —no hay ritmo, ni pulso, ni canción, ni lujos para ella. Nadie ayuda, y ella no pide ayuda. Espera que el grumo esté en el punto correcto, como una burbuja de aire en la ventanita del nivelador, es una señal, una señal para ella.

Y así se marcha, sola, de la manera que ha elegido. Así que se sienta al borde de la cama, así que se inclina sobre sí misma, como sobre un colchón, como si fuera a dormir. La Wlbgis de la cama, abajo, casca. La Wlbgis en el aire hace una mueca, aparta de un manotazo el agujero de su garganta, como si se rajara el cuello con una guillotina.

La Wlbgis del aire desaparece.

Y, conmocionadas, ninguna alcanza a decir siquiera adiós.

Ejercicio de muerte número 3
(Cómo cerrar un *exitus* en un ataúd)

Cuando una persona se convierte en un *exitus*, enseguida se la trata de una manera distinta a hace un instante, durante su vida. Un moribundo está a merced de la gente, esté consciente antes de convertirse en *exitus*, o en estado de inconsciencia, como se creía que estaba Wlbgis. La experimentada enfermera Xaliimo había visto de todo. Una de sus antiguas colegas, Maritje, le hizo en una ocasión un bigote a una paciente en coma usando el pelo de esta, que le llegaba a la altura de los hombros, solo porque le había parecido gracioso. Luego estaba una tal Tessa, que solía comentar las zonas íntimas de los pacientes inconscientes después del lavado, por suerte, al menos tras abandonar la habitación. A Xaliimo aquello le disgustaba. «Hay que inventar alguna broma, o esto no hay quien lo aguante», había espetado Tessa, ofendida, cuando Xaliimo le había pedido que parara. Xaliimo se había pasado la noche dándole vueltas: ¿cómo un glande enrojecido por balanitis o una vulva moteada de liquen plano podía resultarle divertido a alguien?

Con el tiempo, Xaliimo se endureció y cesó de percibir ciertas cosas.

Realizaba bien su trabajo, la gente la apreciaba, pero no siempre tenía fuerzas para hacerse la considerada al tratar a un paciente a medio camino del otro lado. También Xaliimo aprendió a reconocer la tentación de hacer algo inapropiado. Meter un dedo en la boca del paciente y chascarle el moflete, o a la manera de Maritje, hacerle con el pelo un bigote a una persona dormida. Solo porque era posible. A las jóvenes que habían empezado en la sección nadie les puso al corriente del lado oscuro del trabajo de cuidados, de la vergüenza que desencadenaban los impulsos impredecibles que despierta el desamparo del prójimo. Si no aplastabas esa vergüenza, empezaba a escocer, si te rendías a ella, te envenenaba la mente; si la observabas, te sentías más desconsolada, y si la negabas, la vida del paciente podía estar en peligro antes de tiempo.

Xaliimo no se rindió. No le hacía a nadie un capirote en la cabeza con el paquete de un pañal ni metía el dedo en ningún sitio sin una razón médica. Llevaba a cabo su trabajo mejor que antes y añadía calidez a su voz al hablarle a un enfermo. Dejó de darles la lata a sus colegas inmorales, pero en su interior los despreciaba profundamente, sus conversaciones insolentes y gestos insoportables que habrían ofendido al paciente si este hubiera estado consciente. «Me han educado en el respeto hacia los demás», se repetía Xaliimo a sí misma una y otra vez, y eso era suficiente, creía ella. Sabía que los moribundos tenían un valor propio indiscutible, aunque a veces resultaba tan frustrante seguir su prolongada agonía que costaba mantener bajo control los pensamientos maliciosos. ¿Por qué no habían planeado un final honorable a tiempo?

No obstante, algo ocurría cuando un moribundo se convertía en muerto. La persona que hacía solo un momento había recibido un trato si no rudo por lo menos sí rutinario, se transformaba por arte de magia en algo casi sagrado, en merecedora de un respeto solemne. A veces, extraño, sí, también en un riesgo de infección. Algunos miembros del personal de enfermería se ponían el equipo de protección: delantal, máscara, guantes y batas largas, que por lo general se utilizaba en el tratamiento de pacientes especiales, como si la muerte pudiera contagiarse, y solo entonces tocaban el cuerpo que hacía un instante habían girado con las manos desnudas, sin miedo. Giraban el ahora abrumadoramente pesado cadáver lo suficiente para retirar las sábanas, almohadas y mantas de debajo. Colocaban una sábana nueva de usar y tirar adquirida para dicho fin, una sábana recubierta de polipropileno para levantar cadáveres, bajo el fallecido y

ponían un pañal limpio. Despojaban al difunto de la ropa y las joyas, si es que tenía joyas, le colocaban en la boca la dentadura, si la había, para darle forma. Pues el rostro de un muerto colapsa. Incluso una nariz magnífica se convierte en el pico de un pajarillo. Los ojos comienzan a hundirse, las mejillas desaparecen, emergen hoyuelos, hondonadas, el deslustre de un muñeco de cera. El personal continuaba su trabajo contra reloj. Retiraban los catéteres y las cánulas, los tubos traqueales y sondas de alimentación si los había, cambiaban las vendas de posibles heridas. Lavaban el cadáver si era necesario y vestían al fallecido con una camisa blanca de un solo uso abierta por detrás. Cerraban la barbilla con una gasa (la mandíbula y la nuca se agarrotaban con la temperatura de la habitación en 2-4 horas), colocaban unos emplastes húmedos sobre los ojos, para que se mantuvieran bien cerrados —nunca algodón, que se quedaba entre el párpado inferior y superior y formaba allí pelusillas dañinas que luego al personal de pompas fúnebres le tocaba quitar con pinzas, (un trabajo extra, pero si el ataúd estaba abierto en el entierro, no se podía dejar algodón entre los párpados, se veía feo). Las manos de los cristianos se cruzaban sobre el pecho, los brazos de los musulmanes se extendían a ambos lados del tronco, las manos de los demás se colocaban sobre el pecho, pero se dejaban libres (los dedos de pies y manos eran los siguientes en agarrotarse). Las piernas del fallecido se ataban por los tobillos con una gasa para que se mantuvieran en su sitio, sin abrirse, luego había que asegurarse mediante un vistazo general de que el *exitus* estaba recto y bien colocado (las articulaciones de codo, rodilla y cadera eran las últimas en agarrotarse). Cuando en la gasa alrededor de las piernas se había fijado con un imperdible una etiqueta de identificación —la etiqueta no se ataba al dedo del pie del fallecido, como en las películas— en la que aparecerían el nombre del difunto, el número de identidad, el día del fallecimiento, así como el nombre del hospital y el departamento, el *exitus* estaba preparado para cubrirlo de manera temporal con una sábana blanca (el *rigor mortis* se completaba en 6-8 horas). Finalmente, una flor sobre la sábana: en primavera, una scilla siberiana (*scilla siberica*) o un azafrán silvestre (*crocus vernus*) del patio del hospital; en invierno, un lirio de agua (*zantedeschia aethiopica*) de la cantina.

Ahora la familia podía entrar.

Wlbgis había estado tumbada inmóvil en la cama, pero, a pesar de la cantidad de morfina más bien elevada, se despertó por sorpresa en sus últimos instantes. Abrió los ojos y la boca como si albergara la

intención de decir algo, pero solo hablaban los ojos, gritaban, jadeaban muy abiertos en busca del oxígeno que la boca ya no podía recibir en su interior. El corazón latió un momento más. La respiración sibilante se transformó en estertor, en pánico, los ojos chillaban muy abiertos, destellaban una consciencia terrible de presenciar. Ineke estaba casualmente mirando. Se giró al oír el repentino crujido de Wlbgis, al oír que la respiración sibilante se cortaba y comenzaba de nuevo, vacilante, como anticipando la tos. Ineke se apresuró a la cama e instintivamente tomó a Wlbgis de la mano. Xaliimo se colocó en el otro lado de la cama, pero Wlbgis miraba fijamente a Ineke, a nadie más que a Ineke.

Esos ojos, Ineke los recordaría el resto de su vida, los ojos de su primer *exitus*.

Cuando Melinda y la madre de Melinda llegaron, Wlbgis tenía un aspecto devoto casi extasiado. Los brazos cruzados sobre la sábana, el lirio entre las manos, los ojos cerrados, la boca cerrada; Ineke y Xaliimo la habían preparado como se ha de preparar a los muertos.

Melinda fue la primera en asomarse por la puerta, con cautela. «La abuela está tumbada, no se mueve ni respira», le había explicado su madre en el autobús. «Es solo el caparazón de la abuela, su espíritu está ya en otro sitio». Pero a Melinda le acobardaba entrar en la habitación. Habría preferido merodear en la puerta, asomarse entre los dedos, decir adiós con la mano a una pequeña distancia. Pero no era posible. Había que despedirse en condiciones, había que encarar la muerte. Así dijo mamá. La muerte forma parte de la vida, la muerte es una cosa totalmente natural. Las flores mueren, las moscas mueren, las mascotas mueren, Bebbo se murió. «Al queso le salió moho, ¿recuerdas, Melinda? El moho hizo que el queso no se pudiera comer. Pero el moho es necesario, descompone las cosas: los seres vivos no pueden existir eternamente». —¿Pol qué no, mamá? —Bueno, imagina que ocurriría si todas las criaturas que han vivido miles y cientos de miles de años antes, personas y animales y plantas, siguieran existiendo. Incluso los enormes dinosaurios. ¿Dónde cabríamos? ¡No cabríamos! —¡A los dinosaulios podíamos envialos en un cohete a la luna! ¡Y en la luna podemos hacel casas que lleguen hasta el sol! —No creo que la cosa salga bien. En la luna no hay oxígeno. El sol quema. —¿La abuela tiene ahola moho? —No, Melinda, no tiene moho. Las células del cáncer ganaron la batalla y las células sanas perdieron a pesar del tratamiento. ¿Recuerdas el dibujo que te pintó el médico? ¿Un dibujo de células sanas y de células enfermas y de cómo

luchaban? —Pelo tú hablabas del queso. —Era una metáfora. Vamos a decirlo así: las bacterias descomponedoras comienzan su trabajo después de la muerte. Cuando una célula muere, libera químicos que comienzan a destruir el cuerpo. —¡La abuela ha sido destluida! —No, cariño. Las bacterias y químicos no comienzan a trabajar hasta que la abuela está en la tumba. Poco a poco. Con el tiempo. Es lo normal. —¿Qué es un químico? —Es una clase de… de sustancia… —¿Y de dónde viene? —Ya se encuentra en nosotros, en todos nosotros. Una persona está llena de toda clase de cosas como enzimas y bacterias. —¿Qué es una enzima? —Bueno, pues es una… cosa. Sin enzimas no existiría la vida. Las enzimas aceleran las reacciones químicas de las células, pero no hace falta que tú… —¿Qué es una leacción? —Melinda. Melinda, cariño. Tú piensa esto, por ejemplo: las bacterias y las enzimas son cositas invisibles, el ojo no las ve porque son tan pequeñas… —¿Más pequeñas que los puntos de una maliquita? —Mucho más pequeñas. Pero realizan una labor muy importante. Descomponen cosas y así limpian, mantienen el orden igual que las personas que barren o conducen el camión de la basura. La descomposición forma parte del ciclo de la naturaleza. —¿Y yo también? —Tú no te vas a descomponer, tontita mía. Los vivos no se descomponen. Y lo que se descompone es sustituido por algo nuevo mientras exista la vida. Las células nacen y las células mueren. Tú misma desprendes piel muerta. —¡Yo no! —Cariño, todos desprendemos. ¿Recuerdas el anuncio ese de champú? ¿Ese en el que un hombre se sacude caspa del hombro antes de una cita? Pues la caspa también son células de piel muertas. Y no es nada serio. —Yo no tengo caspa. ¡No tengo! —No, no. No tienes, no. Solo trataba de explicar la descomposición. Los muertos se descomponen gradualmente. Cuando nos morimos, las bacterias y lo demás nos convierten otra vez en tierra. Y en la tierra crece vida nueva, por ejemplo, girasoles preciosos, los que crecen en la tumba de Bebbo. Melinda, cariño, la muerte es algo natural. Ya hemos hablado de eso muchas veces.

Melinda no quería entrar en la habitación.

¿Y si la abuela estaba repleta de bacterias? ¿Y si la abuela empezaba a descomponerse mientras miraban? ¿Y si al final mamá había entendido algo mal? Y otra cosa. Sobre la que mamá no sabía nada. El espíritu. El espíritu de la abuela. *Es solo el caparazón de la abuela.* ¿Pero dónde está el espíritu? Eso mamá no lo sabía. Pero sí que lo sabía. El espíritu de la abuela estaba ahora arriba en el techo. Y quizá

podía querer bajar. Podía atacar por el agujero abierto en el cuello de la abuela. El cuerpo de la abuela empezaría a temblar y a burbujear, y brotaría una baba verde por la boca. Los ojos se abrirían de golpe, pero solo se vería lo blanco.

Y si el espíritu de la abuela no había conseguido ir al mundo de los espíritus…

Melinda agarró a su madre de la mano y cerró los ojos cuando entraron juntas en la habitación. Un paso, otro, un tercero. Un cuarto. Cuando una persona se aproxima por primera vez a un muerto, siente vértigo. Siente una necesidad apremiante de darse la vuelta y marcharse, el deseo incontrolable de avanzar y acercarse. Como si sus órganos internos tomaran la decisión de su parte, pero todo el tiempo estuvieran cambiando de opinión. Como si el cadáver fuera un imán, como si en el estómago de quien se aproxima hubieran vaciado acero. Algo allí tira, revuelve y aprieta. Toda la energía hay que acumularla en la mirada, en aguantar mirar el cadáver. Aguantar la inmovilidad irracional, atreverse a estar allí, acercarse, atreverse a mirar y a estar.

La pierna de Melinda chocó con el borde de la cama. Mamá gemía, no gritaba de terror. Melinda abrió con cautela un ojo. Ahí estaba tumbada la abuela, la cara inexpresiva. La niña echó un vistazo rápido a su alrededor. Las cortinas no oscilaban, en el techo no se veía nada, por ejemplo, ojos. Los espíritus tenían ojos ovalados que destacaban en medio de una bola de niebla cual algodón de azúcar. Los ojos de los espíritus estaban muy abiertos y eran terribles. Melinda los había visto en un cómic. Y supo que los espíritus arrojados fuera de los cuerpos se sentían terriblemente mal.

«Qué le va a oculil a la abuela», preguntó Melinda conteniendo el llanto, y su madre no entendió por qué, por qué una niña en general tan sensible trataba de mantener el rostro serio de esa manera, los labios apretados con fuerza, lo que es ella no trataba de refrenarse, al contrario, permitía que las lágrimas brotaran sin cesar. «Lo siguiente es ir a una funeraria», dijo la madre con la voz gruesa de la emoción a su hija, que tragaba saliva, «vamos a elegirle a la abuela un ataúd y nos encargaremos de las cosas prácticas». —¿No nos llevamos a la abuela? —No, cariño, claro que no. La abuela se va a quedar aquí en el hospital un rato más. —¿En esa cama? —Creo que la cama se la darán a otra persona, a alguien vivo que ahora necesita la cama más que la abuela. —¿Entonces dónde van a ponel a la abuela? —La van a llevar a la morgue del hospital. —¿Qué es una molgue? —Es un lugar donde ponen a los muertos durante un ratito. —¿Ah, una tumba? —La

tumba se cava en la tierra. Una morgue es un poco como un frigorífico. —¿Pol qué ponen a la abuela en un fligolífico? —¿Recuerdas, Melinda, cuando hace un momento hablamos de las bacterias descomponedoras…? —¿Esas que son más pequeñas que los lunales de una maliquita? —Esas. No queremos que empiecen a trabajar todavía, ¿verdad? Por eso a la abuela la llevan a la morgue. Allí las bacterias se congelan. Hibernan. Como los osos. —¿Y empiezan a moverse cuando la abuela está en la tumba? —¡Exacto! Ahora vamos a recoger las cosas de la abuela y nos las llevamos. Desenchufa tú esa lámpara de lava de la pared. —No. —Venga, vamos. —No quiero. —¿La vas a dejar aquí? —Sí. —Pero si es una lámpara estupenda. Desenchúfala, vamos. —No la quiero. —¡Melinda, para! ¡Desenchufa esa lámpara ahora mismo! ¿Me oyes?

A su madre, que no entendía nada sobre los espíritus, era inútil explicarle que no podían llevarse la lámpara de ninguna de las maneras. Las bolitas de cera azul eléctrico que flotaban hacia arriba habían sido una vez tranquilizadoras, el reflejo azulado de la lámpara había sido la única luz que vigilaba el sueño de Melinda propenso a las pesadillas, pero ahora todo era irrevocablemente distinto. Si en las bolas azules aparecieran de pronto un par de ojos ovalados que observaran fijamente desde el otro lado del cristal, parpadearan, suplicaran: ayuda, ayuda, ayuda…

Por la tarde, unas horas después de que Melinda y la madre de Melinda hubieran hecho gestiones en la funeraria de la calle Katerdijk, un hombre llamado Christoffel Dijkstra condujo el furgón mortuorio al patio de atrás del hospital. Empujó el ataúd de roble sobre unas ruedas hasta la morgue del sótano y con la ayuda del celador encontró rápidamente el compartimento correcto. *¿Cuánto pesa?* Estas preguntas, los empleados de las funerarias las formulaban siempre en presente. El muerto se transformaba en sujeto pretérito solo después del entierro. La pregunta había pillado por sorpresa a la madre de Melinda, no tenía la menor idea del peso de Wlbgis. Una mujer de tamaño medio consumida por el cáncer, más baja que ella. ¿Bastaría con eso? *¿Y cómo desea que se la vista?* Por lo general, los familiares querían que al fallecido se le vistiera con ropa que imaginaban les encantaba, un traje de novia, el vestido favorito, una bata oriental, una camisa hawaiana. Hasta un mono de esquí había dispuesto Christoffel Dijkstra sobre el cadáver después de encajonarlo en el ataúd. Dispuesto, sí, pues al cadáver no se le vestía de verdad. No como se viste a los vivos. Al difunto se le vestía después de ser

instalado en el féretro. La prenda se cortaba y los puntos de corte se ocultaban bajo el cuerpo, como si la ropa continuara por la espalda. Era pura fachada, y para quién, ¡si nadie pasaba siquiera a ver el cadáver! Pero Christoffel no le daba más vueltas. Al difunto le correspondía llevar ropa, dispuesta por encima, como las muñequitas de papel. Si alguien había sido alguna vez feliz en su vestido negro de encaje, se recortaba, se le plantaba encima y ya estaba. Vestir de manera que los brazos en rigor mortis se embutieran en las mangas, que la cabeza se retorciera por el agujero del cuello, que la ropa estuviera por arriba y por abajo y por todas partes, eso sería demasiado difícil, un enredo innecesario. Los difuntos goteaban. Los difuntos solían estar llenos de líquidos que crepitaban por todos los posibles agujeros corporales. Christoffel se proveía siempre de una bolsa de pañuelos de papel a la hora de encajonar. Limpiaba la suciedad del rostro y del cuello, peinaba el cabello, retiraba las gasas alrededor de la barbilla y los trozos de papel de los ojos. Wlbgis era un *exitus* más. No más desarreglado de lo normal, en realidad más sencillo que la media, pues la mujer que había realizado el pedido les había llevado una camisa de algodón que a la funeraria le sería sencillo disponer por encima.

Wlbgis estaba lista. La piel se había lavado, limpiado, se había peinado bien la peluca roja, las manos estaban cruzadas sobre el pecho. Wlbgis bajo un manto blanco. La camisa blanca por encima. Wlbgis serena, el espíritu ya en otro lugar.

Christoffel Dijkstra atornilló la tapa del féretro.

Vaarwel, Wlbgis!

✝

Querida

Wlbgis Van Deijck

Nació en Zwolle, el 3 de abril de 1953 y murió en Zwolle, el 18 de febrero de 2012

TE ECHARÁN DE MENOS

Nicholas VAN DEIJCK hijo

Melinda VAN HET HOFF nieta

Trijntje VAN HET HOFF madre de su nieta

Sylvain (+) y Lisette (+) VANDERSMISSEN y familia

Theo y Leonia (+) BESERARE y familia

Joannes y Celina VAN AUTRYVEN y familia

August y Marga VAN DER WESTHUIZEN y familia

tíos, tías y primos

Familia VERBEECK

Familia VANDEPUT

Familia DE VRIES

Familia VAN DER LINDEN

compañeros de trabajo

Funeral el 26 de febrero de 2021 a partir de las 13h

R.K. Kerkhof, Zwolle (Bisshop Willebrandlaan 62)

No traer flores.

No traer coronas.

LOS POSIBLES RECUERDOS

EN EL FONDO ABIERTO A NOMBRE DE MELINDA NL19INGB0005252007

Bermellón, púrpura, magenta: el corazón que rechazó los eucaliptos

Adeus, Rosa Imaculada!

Apenas había tenido tiempo Wlbgis de inclinarse de espaldas sobre la cama del hospital, sobre sí misma y al mismo tiempo desaparecer, cuando el consternado cuarteto, Polina, Rosa, Ulrike y Shlomith, se dio cuenta de que volvía a encontrarse en un lugar nuevo. Las paredes blancas del hospital se alejaron y difuminaron y durante un insignificante momento todo fue oscuridad. Gradualmente, en el campo de visión de cada una de ellas comenzó a derramarse un rojo, primero un rojo impreciso, luego el rojo se enfocó y se convirtió en una imagen clara.

La habitación era sencilla. Habría sido austera si las paredes no hubieran estado pintadas de un púrpura voluptuoso. El suelo de madera oscura y las cortinas blancas translúcidas corridas delante de la ventana de tres cuerpos compensaban el color pecaminoso de la pared. La habitación carecía de otros muebles aparte de una opulenta cama de palisandro en cuya cabecera alta, arqueada como una bóveda, se habían grabado guirnaldas trepadoras y colibríes que introducían su pico en flores. En la cama se sentaba alicaído un hombre de gran tamaño —y Rosa Imaculada, con una expresión de furia en el rostro.

—Esto es lo que estaba esperando.

—Ahora cuéntanos, Rosa.

—¿Qué te ocurrió?

—¿Qué mal te está haciendo ese hombre?

Rosa se examinaba a sí misma. Allí estaba sentada sobre el cobertor blanco, delante del hombre, con un polo de piqué magenta demasiado ajustado. Cuatro de los cinco botones estaban abiertos y, no obstante, la prenda parecía un corsé; sus pechos, melones cantalupos, y bajo ellos, a la izquierda, latía la estrella principal de su destino: el corazón. ¿Qué le ocurrió?

El tiempo transcurrido en el vacío blanco se encogía, avenaba como el agua que baja por el desagüe de la bañera, como un sueño pesadillesco. ¡Por fin podría contarlo! Ahora estaban en su propio reino —¿o era el reino de Estêvão Santoro? Al menos, ella no había muerto en casa. Eso significaba también, Rosa lo comprendió de pronto, que jamás volvería a ver a su hijito. Y que el niño no la vería morir.

Una ola de desolación y alivio brillante como un trueno golpeó a Rosa Imaculada en las rodillas, en una posición extraña, casi tortuosa, un poco por encima del nivel del suelo. Desde ahí, acurrucada, empezó a hablar a tientas. Arrugó la imagen de Davi que había invadido su mente, cual bola de papel, y comenzó a extender sobre ella con determinación pensamientos claros, bien articulados.

—Estamos en el casco antiguo de Salvador, en Pelourinho. Ese hombre es Estêvão Santoro. Es el padre del donante de mi corazón. El hijo cuyo corazón llevo en mi pecho se llama Murilo. El señor Santoro ha visitado muchas veces mi casa. Con tanta frecuencia que los vecinos empezaron a extrañarse y a hacer preguntas. Le dije: «No puede regresar jamás». Entonces me pidió que fuera yo a verlo. Enviaba un automóvil blanco a buscarme. En esta habitación de hotel es donde reside. Su familia vive a casi tres mil kilómetros, en Manaus. No comprendo cuánto tiempo tiene la intención de continuar esto…

—Seguramente no mucho, ¡te vas a morir!

—¿Te asesina él?

—¿Te saca el corazón de su hijo del pecho…

—¡Parad! No quiero verlo…

—…y lo mete en un tarro de cristal lleno de alcohol, y se marcha…?

—Rosa, cuenta. ¿Qué estáis haciendo?

Aunque las barreras de comunicación han desaparecido, aunque los pensamientos se entienden, fluyen y se reparten casi sin esfuerzo, casi como visiones, a Rosa le resulta enormemente difícil responder a la última pregunta, que viene de Ulrike. Sí, qué hacían, además de estar sentados uno delante de otro en la habitación del hotel, vestidos, sin la intención de entrar en más intimidad en el sentido tradicional de la expresión.

—El señor Santoro quiere conocer mejor a su hijo con mi ayuda, a través de mí. Nunca llegó a entenderlo bien cuando Murilo vivía. Discutían mucho. Se fue sin hacer las paces. Algo así es difícil de superar, seguro que lo comprendéis.

—¿Afirmas que eres una especie de médium, Rosa?

—No se trata de eso. Murilo no me habla. Simplemente lo sé. Es algo de verdad físico…

—¿Y en este momento, este caballero y tú estáis en medio de una sesión?

—Sí. Apuesto a que el señor Santoro me acaba de hacer una pregunta. Y yo respondo. Mirad mi expresión. Estoy bastante furiosa, ¿cierto?

Algo está ocurriendo en la habitación del hotel, pero, como en el caso de Maimuna, el instante se ha detenido: Estêvão Santoro ha cerrado la boca y Rosa ha abierto la suya: es como si el tiempo esperara el permiso de la Rosa que flota de rodillas para continuar.

Pero la Rosa flotante estaba insatisfecha. Presentía las abundantes preguntas, el rechazo a su espalda, sentía los susurros, las dudas, y la herían.

…no habrá…

de veras

…bobadas! …¿en serio?…

cosas de locos

…autosugestión

Pero entonces una voz se levantó para defenderla. Polina. ¡Un don de Dios!

—¿Por qué no habría de ser posible?

Polina era una buena persona. Polina acallaba a Shlomith y a Ulrike. ¡Polina creía en ella!

—La piel recuerda los roces, el cuerpo recuerda experiencias. ¿Por qué no podría el corazón recordar sentimientos?

—Por Dios, Polina, ¡los sentimientos no están en el corazón!

—¿Entonces dónde están?

—¡Pues en el cerebro, so tonta!

—Ahora estás equivocada, Shlomith. Los sentimientos están por todas partes.

—Para ya. O mejor ni empieces.

—Te sobresaltas y tu corazón comienza a latir a cien por hora…

—Sin cerebro no existe nada. ¡Tu boca no piensa, aunque exprese pensamientos!

—La memoria celular es algo prodigioso y la investigación al respecto está empezando…

—Autosugestión.

—¿Qué?

—Autosugestión. Rosa se ha sugestionado convenciéndose de que sabe cosas sobre el donante del órgano.

Pobre Rosa. Huelga decir que morirse era más angustioso de lo que jamás nadie había sido capaz de imaginar. Si había existido dolor físico en el momento de la partida, por suerte las mujeres no lo recordaban. Pero revivir el dolor podría haber sido un mal menor que la constante duda y la discordia.

—¡Shlomith! ¿De verdad quieres que ocurra como con Wlbgis?

Rosa Inmaculada se había puesto de pie de un salto. Giró su rostro hacia el trío que aguardaba detrás, miró agradecida a Polina y airada a Ulrike y luego más furiosa a Shlomith. Los ojos de Rosa centellaban. Sus pensamientos eran brillantes y agudos, duros como diamantes.

—¡Shlomith! ¿Quieres arruinarme mis últimos momentos?

No, eso Shlomith no lo quería. Se asustó. También Ulrike, que al menos había sabido mantenerse en segundo plano cuando comenzó la discusión entre Polina y Shlomith, lamentaba profundamente su pensamiento, una vez más: *cosas de locos*. Pero así no iban las cosas. Allí, frente a una pregunta directa, ambas entendieron que su tarea era ayudar, no juzgar ni poner en entredicho. Para su mordaz intercambio de ideas simplemente ya no había tiempo. Aunque su fe fuera puesta a prueba, tenían que dejar de desafiar. Habían de tragarse lo que cada una de ellas tenía que decir. ¿Tenían otra opción?

—Perdona, Rosa.

—Perdona.

—¿Cómo podemos ayudarte?

Rosa se calmó. La situación estaba de nuevo bajo control. Ella albergaba solo un deseo, una necesidad: quería contarles lo que le había ocurrido. Quería conseguir que alguien, una persona al menos, al menos ella misma, entendiera qué cosa incomprensible le había sucedido.

—Tengo una idea.

Rosa cerró los ojos y reunió su energía. Luego comenzó a pronunciar en su mente con claridad, despacio y con énfasis, la idea que estaba desarrollando. Prestad atención ahora, pensó, lo que sugiero no es fácil de llevar a cabo. No necesariamente va a salir bien, pero quiero probar. Esta es mi última voluntad.

—¡Ahora atención! Antes de marchar, con independencia de a dónde vaya y cómo, quiero regresar a una de nuestras sesiones. A un encuentro de Murilo y Estêvão Santoro que se produce a través de mí. Creo que soy capaz de devolverlo a la memoria tal y como ocurrió. En este cuarto, dentro de estas paredes púrpura, ocurrió. Quiero que vosotras, Polina, Shlomith y Ulrike, me acompañéis. No tiene por qué funcionar, pero vamos a intentarlo al menos. Esta es mi última voluntad. Ahora cerrad los ojos.

El trío guardó silencio un momento: ni un pensamiento en el pensamiento. Entonces:

—Rosa, ¿qué hacemos?

Vino como de un único cerebro. Una pregunta confusa, del todo

indefensa: ¿qué hacemos ahora que hemos cerrado los ojos?

Rosa Imaculada desconocía la respuesta. Pero había tenido una intuición y eso la había alentado a seguir, a expresar su deseo. A veces su intuición se había dirigido a ella con la voz más tarde callada de Luiz Inácio Lula da Silva, y ahora la animaba a seguir: se encontrará la solución, claro que sí, si no de otra manera, pues cantando. Cantando, Rosa, cantando, igual que hiciste con Ninjuška.

Entonces vino el chillido extático de Polina y llenó hasta el último rincón.

—Shlomith, Ulrike, ¿lo veis?

—¿El qué?

—¡NO abráis los ojos!

—¿Qué tendríamos que ver!

—¡Yo veo LUZ!

Polina estaba segura de que la luz era una buena señal. Era la señal clásica. La luz al final del túnel. En esta ocasión no tenía la intención de resistirse. No tenía la intención de frenar, como había hecho la primera vez, en la amarilla, cuando fueron arrancadas de la blanca, cuando las transportaron hacia el desierto, hacia el mundo de Maimuna, desde donde ella las había forzado a regresar al punto de salida por una razón que ya ni podía entender. Una cobarde no era. Y no obstante había abierto los ojos y la boca, lo había saboteado todo. Había prolongado la consumación del destino, no solo el de Maimuna, sino el de cada una de ellas. ¡Ahora no opondría resistencia!

—Polina, ¡sal de ahí ahora mismo!

—¿Qué?

—Estás en el lugar equivocado. ¡Sal!

—¿Habéis abierto los ojos?

—¡No! ¿No oyes a Rosa cantar?

—Si Rosa no está cantando.

Pero Rosa estaba cantando. Rosa tarareaba en sus pensamientos la ya familiar nana y con su melodía transportaba a Shlomith y a Ulrike hacia su propia historia. *Nigue, nigue, ninhas, tão bonitinhas*… Rosa canturreaba y pensaba con intensidad en una PAJARITA, en la PAJARITA bermellón que el señor Santoro lucía en cada uno de sus encuentros. Se concentró únicamente en la PAJARITA, ató su mente al nudo de manera inseparable, con toda la fuerza de la canción. *Ê ê ê ê, imbê, tumbelá!*

—Polina, ¡aleja esa luz DE INMEDIATO de tu mente!

—¿Dónde estáis?

—¡Estamos en el rojo!

—¿En el rojo?

—¡Polina! ¡Polina!

—¡Escucha qué bien canta Rosa!

—¡Tienes que salir de ahí o acabarás condenada!

Polina estuvo a punto de abrir los ojos, asustada, pero un instinto le ordenó que los apretara con más fuerza. Polina obedeció a su instinto. Apretó, apretó y de pronto la luz retrocedió. De alguna manera empezó a ver rojo: primero naranja, luego carmesí y finalmente su mezcla, bermellón. En cuanto el rojo bermellón se hubo derramado, empezó a tomar forma: el color se contrajo en un nudo magnífico del que salió un ala, primero una, luego otra. Cuando la PAJARITA estuvo lista, Polina escuchó por fin la voz familiar: *Nigue, nigue, ninhas, tão bonitinhas, macamba viola di pari e ganguinhas*… ¡La canción de Rosa la había encontrado!

ESTÊVÃO SANTORO: Rosa, siento lo que ocurrió la última vez.

ROSA IMACULADA: No pasa nada. *(Aunque sí pasó: la abuela tuvo que venir y apartar la mano del señor Santoro, que, cual calambre, se aferraba a la piel bajo el pecho izquierdo de Rosa, tanto que las huellas de sus uñas se distinguieron en la piel durante tres días. Después, el señor Santoro no fue bienvenido a su casa, por mucho que aplacó a la abuela con un fajo de dinero mayor de lo habitual).*

ESTÊVÃO SANTORO: Lo digo en serio, lo siento mucho. Pero lo que me contaste me conmocionó. *(El señor Santoro se pone más recto, se lleva la mano al pecho con un gesto dramático y grita las palabras que Rosa había pronunciado)*. '¡Padre, te odio, te odio, te odio, te odio!'.

ROSA IMACULADA: Señor Santoro, lo siento. Ese grito salió de mi interior. No pude evitarlo.

ESTÊVÃO SANTORO: Así que Murilo jamás me perdonó…

ROSA IMACULADA: ¿Qué es lo que no le perdonó?

ESTÊVÃO SANTORO: Lo sabes, si Murilo de verdad influye a través de ti.

ROSA IMACULADA (*indignada*): ¿Es que duda?

ESTÊVÃO SANTORO: No, qué va. (*Más suave*) Solo quiero saber cuánto influye Murilo a través de ti. Cuánto ha quedado en el corazón. Es importante para mí.

ROSA IMACULADA: Claro. (*Un poco angustiada*). ¿Tendría que tomar otra vez el polvo?

ESTÊVÃO SANTORO: Esta vez traigo este líquido. (*Se saca del bolsillo un pequeño frasco de cristal y comienza a girar la tapa de hojalata; en el*

fondo del tarro hay una espesa mezcla oscura). El consejo me lo dio otro vendedor.

ROSA IMACULADA (*más angustiada*): No sé si atreverme a tomarlo. El polvo aquel me dejó malestar. (*Pausa. Luego en voz muy baja*). ¿Qué contine ese frasco?

ESTÊVÃO SANTORO: La vieja ekedi me juró que esta mezcla es efectiva. No causa efectos secundarios.

ROSA IMACULADA (*más alto*): Pero ¿qué es? ¡No lo voy a tomar si no lo sé!

ESTÊVÃO SANTORO (*se pone nervioso*): ¡Pues claro que no me lo dijo! Pero lo estuvo preparando durante un buen rato. Y comprendió enseguida cuando le conté para qué era.

ROSA IMACULADA (*decidida*): Señor Santoro, no me atrevo a meterme eso en la boca. Debo tener cuidado.

Estêvão Santoro aprieta el tarro de cristal en su enorme mano y el brazo le tiembla como si quisiera arrojar aquello contra la pared. Está furioso. Está…

—¡Rosa, no lo bebas!

—¡¡¡Chist!!! ¡Polina, no te metas en asuntos que no te conciernen!

… decepcionado, no porque pagara una considerable suma por el brebaje del frasco, que probablemente es una mezcla de alcohol destilado en casa, pata de pollo en polvo o cresta de gallo y un manojo de hierbas secretas narcóticas, sino porque realmente desea saber de inmediato, sin perder un instante, si el corazón trasplantado iba acompañado de secretos. ¿Era posible? ¿O se lo había inventado la mujer para sacarle dinero…?

ROSA IMACULADA (*alarmada*): ¡Señor Santoro! Tiene que entenderlo.

ESTÊVÃO SANTORO (*se pone derecho, habla con subrayada calma*): Esta sustancia es segura. Ayuda a revelar la verdad. (*Gira del todo la tapa, da un pequeño sorbo, tuerce el semblante*). Así. No he muerto. ¿Y si ahora continuamos la investigación?

ROSA IMACULADA (*indecisa*): Bueno, supongo que…

—¡Rosa!

—¡¡¡Chist!!!

Rosa acepta el frasco en la mano y lo vacía de un trago. Con gran esfuerzo consigue contener el vómito en su interior. Después de suficientes náuseas y arcadas, después de haberse limpiado la boca con un pañuelo de bolsillo de color rojo-óxido, que Estêvão Santoro le extendió amablemente, se endereza, levanta su mirada brusca.

ROSA IMACULADA: Ahora estará usted satisfecho.

ESTÊVÃO SANTORO (*sosegado*): Gracias, Rosa. No sabes cuánto significa esto para mí. Compensaré tu sacrificio generosamente. Si hoy llegamos hasta el final, haré las maletas y regresaré a casa.

ROSA IMACULADA (*formal, un tanto mecánica*): ¿Avanzamos como antes? ¿Empieza usted con preguntas?

ESTÊVÃO SANTORO: Sugiero empezar describiendo cierta situación. Algo ocurrió entre Murilo y yo un poco antes del accidente. Tú entras en la conversación en cuanto sientas que sabes de qué hablo.

ROSA IMACULADA: Vale.

ESTÊVÃO SANTORO: Cierra los ojos.

Rosa cierra los ojos. También el señor Santoro cierra los suyos. Ambos se toman de la mano.

ESTÊVÃO SANTORO (*hace una breve pausa para reunir sus pensamientos y comienza*): Estoy sentado en la terraza de mi casa. Cae la tarde, he tomado unos cuantos tragos, durante el día he cerrado un buen negocio. Sobre el Río Negro se va a construir un gran puente. La línea de pilotes que emerge del agua se ve lejos a la izquierda. Coloco mi silla de mimbre de manera que veo la obra sobre el agua, sitúo la silla justo al lado de la barandilla de la terraza. Suelo observar el puente en construcción con prismáticos: los pilotes parecen torres de control de vuelo o plataformas petrolíferas, igual da, pero observarlos me tranquiliza. Ocurre algo, ya sabes, ¡y sienta de maravilla! (*En la voz una pizca de regodeo*). La inauguración del puente será el próximo año. Habrá fuegos artificiales, habrá champaña. He contribuido con una pequeña suma a sufragar el puente (*breve pausa*), de alguna manera el puente me parece mío. Estoy tan satisfecho que saco del armario del dormitorio la caja de puros…

De pronto Rosa aprieta con fuerza la mano del señor Santoro.

ROSA IMACULADA (*grita*): ¡Un estallido!

—¡Socorro!

—¿Qué dem…?

Estêvão Santoro se sobresalta y abre instintivamente los ojos. Los cierra, sin embargo, de inmediato, medio a la fuerza; ahora la conexión no debe cortarse, viene algo, es obvio que ¡Rosa está encontrando algo!

ESTÊVÃO SANTORO (*incapaz de ocultar su entusiasmo*): ¡Sí! (*Bajando la voz*). ¿De dónde viene el estallido?

ROSA IMACULADA (*con cautela*): ¿La puerta de abajo…?

Estêvão Santoro traga saliva, se aclara la garganta. Suelta su mano de la de Rosa, se seca el sudor en los pantalones y vuelve a buscar la mano de Rosa entre las suyas.

ESTÊVÃO SANTORO: El tubo de escape. El tubo de escape de la moto.

Rosa no se confunde. La puerta o el tubo de escape, da lo mismo. Aprieta de nuevo las manos escurridizas por el sudor del señor Santoro. Siente cómo Murilo entra por la puerta. Sus pasos son sonoros, los talones golpean el suelo; también el muchacho ha estado bebiendo algo más que agua. Rosa siente vértigo. La cama en la que está sentada comienza a mecerse. Murilo pone un pie en las escaleras de caracol del salón que conducen a la planta de arriba y se apoya en la barandilla. Murilo abre la boca…

ROSA IMACULADA: Rosas… Rosas, muchas rosas…

ESTÊVÃO SANTORO: ¿Dónde?

ROSA IMACULADA: En el alféizar de la ventana. En el vestíbulo. Las cortinas son rojas, rojo púrpura. En el alféizar, tres jarrones distintos, hay una cantidad enorme de rosas blancas.

ESTÊVÃO SANTORO (*desconcertado*): A mi mujer le encantan las flores… Se las compro casi cada día… Y las cortinas de verdad son rojas…

—¡Qué dije! ¡Qué dije!

ROSA IMACULADA (*somnolienta*): Murilo abre la boca y grita: '¿Hay alguien en casa?' Busca a su madre, supone que la encontrará en la cocina… Pero ella no está en la cocina. Murilo sale a la terraza… y lo ve a usted, sentado en una silla de mimbre con el rostro hacia el sol del atardecer…

ESTÊVÃO SANTORO (*aprieta las manos de Rosa*): Me levanto de la silla, saludo a Murilo. 'Hola, hijo. ¿De dónde vienes?'.

ROSA IMACULADA (*pronuncia con cierta imprecisión*): 'He estado ocupándome de algunos asuntos'.

ESTÊVÃO SANTORO (*de pronto irritado*): '¿De qué asuntos, si puedo preguntar?'.

Esta réplica inicia la muerte de Rosa. El odio, que no es su propio odio, que es el odio de Murilo hacia su padre, acumulado y madurado, se desborda en ella después de la pregunta enfadada de Estêvão Santoro. La agitación del odio es tan intensa que también la sienten Polina, Shlomith y Ulrike, aunque observan la situación desde otro tiempo, otra realidad, por medio de la frágil energía mental que irradia la Rosa Imaculada que flota en el aire, concentrada en la PAJARITA. Sin embargo, esa ira trasplantada no anida en ellas. Rosa sacude las manos apartándolas de las del señor Santoro.

ROSA IMACULADA (*grita*): '¡Padre, yo tengo mi propia vida! Además,

que necesito un coche. No puedo llevar todas mis cosas en la moto. Y ya me da vergüenza pedirle a los demás que me acerquen. Y tú lo sabes. Me humillas a propósito delante de mis amigos'.

ESTÊVÃO SANTORO (*controlando a duras penas su rabia*): '¡Otra vez con lo mismo! Cada maldita vez que te veo, la misma cantinela con el coche. ¡Como si no recordaras que tenemos un trato! Tendrás un coche el día que…'.

ROSA IMACULADA: 'Padre, ¿por qué me haces chantaje? ¡Todos tienen coche!'.

ESTÊVÃO SANTORO: 'TENDRÁS UN COCHE EL DÍA QUE TE MATRICULES EN LA UNIVERSIDAD!'.

ROSA IMACULADA (*se echa hacia atrás en la cama*): '¡No lo haré jamás! (*Agita la mano*). ¡Quédate con tus estúpidos eucaliptos! ¿Es que no lo vas a entender nunca? ¡Voy a tomar mis propias decisiones!'.

ESTÊVÃO SANTORO (*el rostro rojo*): '¡No con mi dinero! Si te has creído que voy a costearte la vida para que tú puedas (*poniendo voz empalagosa*) andar holgazaneando en casa de tus putitas (*finaliza el tono empalagoso, continúa gritando*), ¡ESTÁS EQUIVOCADO! ¡Estás muy, pero que muy equivocado!'.

ROSA IMACULADA (*de pronto extrañamente calmada, más bien gélida*): 'Guárdate tu dinero, padre. No lo quiero. Ya estoy harto de discutir. De todos modos, te vas a morir de un infarto dentro de cinco años si no empiezas a tomarte las cosas más relajadamente. Te pasará como le pasó a Maximiliano, como le pasó a Manoel y como le pasó a Fernão. ¿De verdad te imaginas que voy a ponerme el siguiente en la cola como un niño buenecito? ¿Pero tú en qué mundo vives…?'.

El buen talante de Estêvão Santoro ha desaparecido. Su padre y su abuelo y su bisabuelo, a los que su hijo desechaba así sin más, son sus mayores héroes. Con trabajo duro, sin esquivar riesgos y sin contar las horas extra, ellos crearon a lo largo de décadas el patrimonio de los Santoro, del que ese bribón desagradecido ahora disfruta - ¡y de qué manera! Antes era distinto. Existía respeto por las generaciones pasadas, existía una voluntad fuerte como el hierro. Y, ante todo, había objetivos. La historia de su familia estaba directamente sacada del manual del espíritu emprendedor. Maximiliano trajo al mercado cantidades inmensas de caucho que tras la vulcanización se convirtieron en juntas para usar entre partes móviles como pistones y cilindros. Cuando la producción de caucho huyó a Asia, su hijo Manoel trajo plantaciones de eucalipto y empezó a producir carbón. Su nieto Fernão expandió las plantaciones de árboles, probó en la producción de celulosa, se pilló las manos y regresó al

carbón. Y ahora el bisnieto, él mismo, el mecenas del puente de Manaus y padrino de la hija del alcalde, sigue emprendiendo. También él intenta siempre algo nuevo. También él aprende sin cesar y sigue con detenimiento lo que sucede en el mundo. Sabe cuándo atacar. Justo ahora está más al tanto de los tiempos que nunca. Su rebaño de ingenieros ha comenzado a refinar un carbón metalúrgico a base de eucaliptos con el que se resolvería la crisis climática. Su carbón va a ser un éxito en los países que participan del comercio de emisiones de carbono. Él, no, ¡ellos!, ellos, ¡todos los Santoro!, serán recordados en la historia como quienes solucionaron los serios problemas de la sociedad. Pequeñas, pero sumamente importantes partes de goma de las máquinas de vapor, pulpa de trapos económica y ahora el futuro de todo el planeta… El muchacho debería estar emocionado y rebosante de ambición. Han colocado a sus pies un millón de dólares y ¿qué hace? ¡No le interesa! ¡Quiere pasarse la vida haciéndole gracias a las mujeres! ¡A expensas de su padre, de su abuelo, su bisabuelo y su tatarabuelo!

Estêvão Santoro se incorpora de un brinco de la silla de mimbre. El chaval se está burlando de él. El chaval le pone el dedo en la llaga, en la salud, como si él mismo no estuviera preocupado. Toma medicinas, lo que su hijo sabe bien. Limita la ingesta de grasa y también su mujer vigila la situación. ¿Qué otra cosa podría hacer? Estêvão Santoro da un paso. ¿Tendría también él que empezar a hacer el vago o qué? Da un bofetón a su hijo con la mano abierta. ¿Tendría también él que abandonar los valores familiares e imaginar que el dinero crece en los árboles o qué? Agarra a su hijo de la pechera y lo lanza contra la pared. Un ruido sordo. La cabeza del joven choca con la base metálica de una lámpara de la terraza.

—¡No! ¡Para!

—¡Socorro!

—¡No!

—¡Rosa!

—¡¡¡¡Rosa!!!

Rosa Imaculada está repantingada sobre la cama, la cabeza contra el cabecero de madera de palisandro. La PAJARITA bermellón del señor Santoro se ha desatado y está tirada junto al pañuelo rojo óxido sobre la colcha blanca, encima del tarro de cristal, volcado. El señor Santoro grita. Puja hacia Rosa, le toma el pulso, luego grita aún más fuerte. Shlomith, Ulrike y Polina han abierto los ojos; Rosa, la Rosa en el aire, canta. Los últimos versos brotan con una voz envuelta en tristeza, despacio, raspando, como un antiguo disco de gramófono: *Musangolá*

quina quinê…

—¡Adiós, amiga!

—¡Perdona por haber dudado, Rosa!

—Adiós, hasta siempre.

Adeus, Rosa Imaculada!

Azul como el azul: una lección de amor

Auf Wiedersehen, Ulrike

Había una vez una pequeña y dulce niña de 159 centímetros, Ulrike de Salzburgo, a quien todo el mundo amaba. Todos menos el malvado Adelwolf, quien solo ansiaba una cosa en el mundo, el anillo mágico que Ulrike de Salzburgo casualmente poseía. A principios de verano, antes de que la niña emprendiera un peligroso viaje a los bosques mágicos de las tierras de Alemania para buscar el tesoro del amor, su anciana abuela había tomado las manos blancas como la leche de la pequeña entre las suyas arrugadas. «Hija mía, hija mía», dijo la anciana, «te entrego este anillo como regalo por tu entrada en la edad adulta. Te guiará por las situaciones difíciles de la vida cambiando de color. Cuida bien del anillo. Otro semejante no existe. Si lo extravías, estarás perdida».

Ulrike de Salzburgo emprendió viaje. Vagó por las montañas sin escatimar esfuerzos, caminó hasta que le salieron ampollas en los pies y comprobaba con asiduidad los mensajes del anillo ensartado en su dedo anular. Cuando las piedrecillas de la sortija ardían negras, sabía que estaba *ängstlich*, angustiada. El amarillo señalaba un estado de ánimo tenso, *gespannt*; el rojo, inquietud, *unruhig*. El verde claro indicaba que no estaba muy estresada, *nicht stressiert*, el verde oscuro revelaba una leve relajación, *ein wenig relax*, y el azul oscuro aseguraba que la joven estaba enormemente relajada, *sehr relax*. Todos estos colores los veía Ulrike de Salzburgo en su anillo mientras recorría las montañas, se sobresaltaba con los chasquidos de las ramas, admiraba las mariposas u observaba las nubecillas. Solo un color, el azul claro que proclamaba la dicha profunda, *sehr glücklich,* no lo había visto. Pero aprendió su primera lección: aprendió a confiar en sus sentimientos.

A medio camino, Ulrike conoció a una muchacha joven, Anke-Marie de Berchtesgarden, quien la invitó a su pequeño refugio construido con ramillas de abeto. Anke-Marie tenía la edad de Ulrike, pero era mucho, mucho más experimentada. «Ulrike de Salzburgo, vienes del gran mundo, pero ahora tienes que aprender las costumbres de los bosques. Te enseñaré el fuego y luego comeremos juntas la liebre que cacé esta mañana».

—¿Una liebre?

—¿Pero qué clase de sitio es este?

—Parece familiar y al mismo tiempo muy extraño.

—¡Pero si estamos… en un cuento!

—Yo había comenzado a bajar por la ladera de la montaña…

—¿Es este tu inconsciente, Ulrike?

—Me había llevado cinco mini botellas del Nido del Águila… *Spezialitäten aus den Bergen*… me las bebí por el camino… ¡Pero de esto no sé nada!

Anke-Marie de Berchtesgarden condujo a Ulrike hasta un bosquecillo de abedules y le mostró cómo recolectar el hongo yesca del tronco de los abedules. Cuando ambas habían reunido suficientes hongos, regresaron al cobertizo. Anke-Marie comenzó a escarbar con un cuchillo el curtido corazón de los hongos, a extraerlo de debajo de la dura corteza y de la capa de poros. Luego sumergió los corazones en agua hirviendo aderezada con ceniza de abedul, y de vez en cuando removía la mezcla con un cucharón. Cuando los hongos habían cocido lo suficiente, la joven los sacó al sol para que se secaran. «Pero no ha de secar mucho y endurecerse demasiado o habrá que humedecerlo de nuevo. Ha de estar húmedo, un poco mojado o no obedecerá».

Anke-Marie comenzó a aporrear el hongo húmedo. Golpeaba y sudaba tanto que las grandes gotas de sudor le resbalaban sobre los ojos y picaban, y ya no veía nada. Entonces Ulrike dijo: «Deja que siga yo, así puedes descansar un rato».

Por turnos, en el momento más cálido del día, golpeaban el hongo y se bañaban en sudor. Asestaron tantos golpes que el hongo se rindió, cesó de formar bultos y se volvió un disco plano, liso. Después de eso, Anke-Marie tomó a Ulrike de la mano y le enseñó cómo nace la chispa, con qué fuerza y qué esquina del pedernal golpea el eslabón. Ulrike golpeó la piedra. Golpeó muchas veces y comenzaba a perder la paciencia, pues se estaba quedando sin fuerzas.

Entonces Anke-Marie vino por detrás, muy cerca, la tomó del brazo y juntas golpearon el pedernal. Chocaron una, dos, tres veces y salió una chispa que el hongo guardó. Anke-Marie colocó el hongo ardiente en un nido de pájaro abandonado que había encontrado en el bosque, y los troncos secos de la hoguera se inflamaron en llamas vivas.

Así Ulrike de Salzburgo aprendió el fuego.

Una vez que habían comido con buen apetito la liebre asada en la fogata y, satisfechas, se habían recostado en la cama formada por ramas de abeto, Ulrike había aprendido su segunda lección: había aprendido a confiar en otra persona.

De madrugada, cuando los primeros rayos de sol cosquilleaban la punta de la nariz de las durmientes, Ulrike se despertó en brazos de

Anke-Marie y se sintió maravillosamente feliz. Levantó triunfante la mano derecha delante de su rostro y susurró: «¡Mira, azul claro!».

El anillo ensartado en el dedo anular centelleaba azul, pero Anke-Marie no parecía feliz. «Ulrike de Salzburgo, ciertamente el color es azul, pero no azul claro. Estás relajada y eso significa que una persona es en verdad dichosa, pero la felicidad profunda que también se llama amor, aún no la has experimentado».

Ulrike entornó los ojos hacia Anke-Marie y replicó con una voz levemente llorosa: «Pues a mí me parece que se acerca más al azul claro que al oscuro». Pero Anke-Marie de Berchtesgaden era inflexible. «Querida Ulrike, sé lo que estás pensando», susurró a su nueva amiga. «Querrías quedarte aquí en el cobertizo conmigo, porque nos llevamos bien. Pero has de proseguir viaje si quieres continuar buscando el tesoro del amor, de otro modo acabarás odiándome con el paso de los años. Regresa si no hallas lo que estás buscando. Te esperaré aquí».

Las jóvenes lloraron y se besaron. La piedra del anillo se había vuelto negra como el carbón cuando Ulrike de Salzburgo agitaba el brazo en señal de despedida y se dio la vuelta para continuar viaje. Con su mente repleta de preguntas, ascendió por el sendero del bosque hasta alcanzar la cumbre de la montaña. Allí se erigía una gran casa hecha de hormigón en cuya puerta se había atornillado una magnífica aldaba de latón con la forma de una cabeza de león.

Toc-toc-toc, Ulrike tocó a la puerta con la aldaba. El anillo llameaba a veces amarillo, a veces rojo. Y al cabo de unos segundos, se abrió la puerta. Al otro lado apareció un hombre de aspecto temible y cargado de espaldas que dijo: «Buenos días, Ulrike de Salzburgo. Pasa, por favor».

Ulrike se quedó embobada, pero entró en la habitación en penumbra porque no sabía hacer otra cosa. Había que obedecer a las personas de más edad, eso le había enseñado su abuela, y Adelwolf era claramente más mayor. Las orejas del hombre eran grandes y peludas, las manos, enormes; y un oscuro pelaje las cubría por completo. La boca era inmensa como un transatlántico y los ojos miraban bajo el flequillo muy abiertos, como los platos de un gigante. La pupila derecha se movía vívida mientras que la izquierda se había vidriado.

«Puedo ofrecerte guiso de venado, y seguro que estás hambrienta, ya que has recorrido tan largo camino. ¿No habríamos de compartir mesa?», sugirió Adelwolf. Ulrike aceptó, pues su hambre era inmensa.

Mientras comían, Ulrike se dio cuenta de que el ojo derecho de Adelwolf miraba de reojo a cada rato el dedo anular en el que lucía el

anillo. La piedra del anillo estaba ahora roja y Adelwolf preguntó: «Ulrike de Salzburgo, ¿por qué estás inquieta?».

Ulrike se turbó y no fue capaz de articular palabra. El rojo del anillo se hacía más y más profundo. Entonces Adelwolf dijo: «Deja que pruebe el anillo. Me cabe en el dedo meñique. ¡Vamos a ver de qué humor estoy *yo* en este momento!».

Ulrike se asustó y el anillo se volvió negro. ¿Cómo podía conocer Adelwolf el secreto del anillo? ¿Y qué iba a hacer ella ahora? La abuela le había hecho jurar que cuidaría bien del anillo, pero también le había aconsejado que obedeciera a los mayores. ¿Y si Adelwolf no le devolvía la sortija? ¡Entonces ella estaría perdida!

Por suerte el anillo tomó la decisión por ella: rehusaba separarse de su dedo. Ulrike lo giró varias veces, pero el anillo no se movía más allá de la articulación.

Entonces Adelwolf se impacientó. Agarró del brazo a la joven, que forcejeaba para soltarse, y la arrastró hasta el grifo de agua. Frotó el anillo con jabón y lo mantuvo bajo el agua fría, pero el anillo no se movía.

Adelwolf cambió de táctica. Tomó a la sollozante Ulrike en sus brazos, se sentó en un taburete de madera y le habló con voz tierna al tiempo que la mecía: «Perdóname, Ulrike. He perdido la compostura porque habría deseado tantísimo probar el anillo mágico… Yo mismo tengo mi propio poder secreto. Soy capaz de cambiar el estado de ánimo de otra persona, pero solo si lleva tu anillo en el dedo».

Después de esto, Adelwolf le hizo a Ulrike una extraña propuesta. «¿Y si empezamos a vivir juntos? Con ayuda de tu anillo y mis poderes mágicos, poco a poco lograríamos someter a todas las personas del mundo. Lograríamos que quisieran lo que nosotros queremos que quieran. ¡El mundo entero estaría bajo nuestro poder!». Adelwolf acariciaba la espalda de Ulrike húmeda de sudor y le besaba el lóbulo de la oreja. «Esta noche, piensa con calma en mi proposición, Ulrike. Hablaremos más por la mañana. Te prepararé tostadas, mermelada y huevos revueltos para desayunar».

De pronto, Adelwolf mordió el lóbulo de la oreja de Ulrike con tal fuerza que esta aulló de dolor. «Te he dispuesto una cama a mi lado», gruñó Adelwolf. «Las almohadas y edredones son de plumas auténticas. ¡Te prometo que tu sueño va a ser más dulce que nunca!».

El anillo de Ulrike lucía de un amarillo cegador cuando la joven se acostó al lado de Adelwolf. El anillo resplandecía tan amarillo que ninguno de los dos pudo conciliar el sueño, aunque la cama era más

blanda que ninguna otra del mundo. Era como si el sol se hubiese posado entre ambos, un disco solar abrasador, ardiente, cuya luz cruel les hería a ambos por igual.

«Adelwolf», susurró Ulrike cuando la suave manta ya estaba empapada de sudor y las almohadas caladas bajo la humedad de su pelo. «¿Tendría que salir y dormir fuera? Tal vez así se calme el anillo y nosotros podríamos finalmente conciliar el sueño».

Hasta el día de hoy, nadie sabe qué le ocurrió entonces a Adelwolf. ¿Le había mentido desde un principio a Ulrike de Salzburgo cuando sugirió que trabajaran juntos? ¿O cambió de repente de opinión, cansado por la luz amarilla que destellaba el anillo? Tal vez le asustaba la posibilidad de que la muchacha huyera si la dejaba dormir sola fuera.

Adelwolf se puso de rodillas en la cama y dejó escapar un rugido profundo y grave de su garganta. Con sus grandes zarpas peludas agarró a Ulrike por el cuello y comenzó a apretar. Al mismo tiempo, apartó con sus rodillas las piernas de la chica y penetró allí donde no se le había perdido nada. El anillo lo había sabido desde el principio: solo rojo, amarillo, negro… rojo, negro…

—¿De quién es esa mano?

—¿Dónde estamos *ahora*?

—Ulrike, ¿dónde estás *tú*?

—¡No veo nada!

Las manos están. Y la joven bajo las manos. Shlomith, Polina y Ulrike flotan en una posición en la cual es imposible determinar el lugar, la dirección, ni siquiera la posición; solo se ve una mano, tan próxima que apenas se reconoce como mano; cuatro gruesos dedos que aprietan y retuercen, en uno un anillo de oro, también grueso, gastado y deslustrado.

—No, Hanno, no.

—Esa no es la mano de un muchacho joven.

—Esa mano hace mal.

—Esa mano estrangula el cuello.

—No es difícil de adivinar.

—No.

Ocurre justo así. Las manos cometen un acto brutal porque la joven simplemente estaba allí, en el camino del bosque, un poco borracha, un poco perdida.

Pero no solo las manos.

Mal hacen también las piernas, las rodillas, que mantienen

extendidas las piernas abiertas de la muchacha para que sea más fácil entrar, para que dentro sea más fácil aplastar el miembro que por una vez está duro, pues por una vez debajo hay algo vivo y hermoso, tan tremendamente hermoso que duele.

La muchacha no escondía nada. Caminaba por la carretera del bosque en sujetador amarillo, la camiseta negra enrollada en forma de turbante alrededor del pelo. Ni siquiera se sobresaltó cuando él condujo hasta allí en su gran vehículo, abrió la ventana del lado de la chica y gritó: «¿Tienes calor?».

Era como si la muchacha hubiese desplegado sus pechos aún más, disfrutando del calor y de la atención, como si le hubiese gritado coqueteando: «¡Pues sí, tengo calor!».

Él probó suerte. Le guiñó el ojo, dijo: «Aquí en la cabina hay aire acondicionado. ¿Te llevo?». Estaba completamente seguro de que la muchacha se echaría para atrás. Pero ella dijo: «¡Vale! ¿Puedo dormir un rato? Ahí detrás tienes una cama, ¿no? Estoy cansada».

La chica trepó ligera a la cabina. «Tú has subido antes a un camión ¿no?», preguntó el hombre para disipar su propia turbación. «Sí», dijo la chica y se sentó en el asiento contiguo. Sus pequeños pechos alzados por el sujetador centelleaban de sudor.

De pronto la muchacha se inclinó con fuerza hacia delante. El ombligo desapareció entre los pliegues de su vientre desnudo y los hombros casi rozaban el ventilador. Se abrió el turbante y los rizos sueltos de su cabellera larga, oscura, húmeda cayeron en cascada por la espalda. La muchacha sacudió la cabeza delante del ventilador como si usara un secador. «¿Adónde llevas esa madera?», musitó. «¿Por qué se está talando este bosque?».

Era suficiente. La muchacha estaba allí, todo estaba listo, la espalda era bonita y blanca. El sujetador de encaje formaba un lascivo arco amarillo en su angosta espalda.

«¡¿Eh, qué COÑO haces?!».

El hombre apartó rápidamente la mano. La muchacha estaba caliente, ¡caliente! El cuerpo se puso recto de un salto, el vientre abrió los pliegues, el pelo largo siguió el movimiento arqueado. Entonces la muchacha se puso la arrugada camiseta y empezó a gatear hacia la parte de atrás de la cabina. «Déjame dormir un momento», susurró y se metió bajo la manta. En su camión.

La muchacha loca de verdad iba a echarse una siesta en su camión.

La muchacha loca se hacía un ovillo-que-te-jodan, cual gamba. En su camión.

—¡Ahora lo veo!

—Yo también.

—¿Dónde estamos?

—En el techo de una cabina.

—Y ese de ahí…

—Se me está trajinando con los pantalones bajados.

—¡Ulrike! ¿Es que esto no te estremece en absoluto?

—¿El qué?

—Que te están violando… ¡y matando!

—No siento nada.

—¿Ahora?

—Ahora no. Ni entonces. Puse la cabeza en la almohada, el tipo vino detrás y empezó a arrancarme los pantalones.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Y eso es todo?

—Y eso es todo.

—¡Pero el hombre te está estrangulando!

—Recuerdo que me revolví. Traté de salir de debajo, pero el tipo se puso de rodillas sobre mis muslos.

—Veo tus piernas detrás de la espalda del hombre.

—Seguro que dolió.

—¡Pues claro que dolió!

—¿Quizá perdiste rápidamente el conocimiento?

—¿Quizá no lo recuerdas?

—Quizá estabas traumatizada. Amnesia traumática. Un agujero en la memoria.

El rostro de Ulrike no se ve detrás del hombre. Allí, debajo del hombre, Ulrike abre la boca, grita sin voz. La cabeza no se puede mover. Una cabeza de un rojo encendido. El hombre no soporta mirar. Empieza a correrse. Tira de la almohada bajo la cabeza de Ulrike. La pone encima de la cara de la chica y aprieta con todas sus fuerzas. La parte inferior del cuerpo trabaja aún más rápido, los miembros de Ulrike se sacuden flácidos bajo el peso de las rodillas. El hombre aguanta. El orgasmo comienza a zumbar en la parte inferior de su cuerpo, a reunir fuerzas, a hacer su entrada. Sacudidas, empujones, pausas. Empujones. Empujones.

Ulrike ha dejado de moverse.

—Ahora tengo que irme.

—Eso parece.

—Qué horrible que haya ocurrido de esta manera.

—¿Al resto les va mejor?

—Bueno, un final es un final.

—Así que no fue Ulrich Ojo de cristal.

—¿Quién?

—Bah, déjalo. Lo contaré si nos encontramos algún día, Shlomith y Polina.

La Ulrike que flota en el techo de la cabina como un globo de helio se hunde sobre el hombre que ha finalizado sus sacudidas, que está tumbado sobre ella y llora a lágrima viva. Ulrike se desliza a través del hombre hasta su yo que se aleja, hasta su último aliento, con fluidez, cual agua a través de una gasa.

—¡Adiós, Ulrike!

—¡Adiós, adiós, linda Ulrike!

Auf Wiedersehen, Ulrike!

Salzburger Nachrichten

Elke Pfeifenberger / Sábado ٢١:٠٣ - ٢٦.١٠.٢٠١٣ / Actualizado hace ٤ horas / Comentarios (٤)

Cadena perpetua para el asesino sexual de Kehlstein

El viernes, Raimund Rüdiger Feierabend, de ٥٨ años, conductor de un camión maderero, fue sentenciado por el Tribunal de Justicia de Passau a cadena perpetua. Feierabend violó y asesinó el ١٥ de agosto a **Ulrike Kuhbauer**, natural de Salzburgo, en Obersalzberg, a los pies del Kehlstein, en la cabina de su camión. Tras cometer el crimen, el hombre escondió el cuerpo en un antiguo almacén cercano.

Kuhbauer, de ١٧ años, volvía de su trabajo en el restaurante del Nido del Águila la tarde del jueves ١٥ de agosto, cuando fue víctima de una brutal agresión. Kuhbauer emprendió el descenso hacia Berchtesgaden a eso de las seis, pero nunca llegó a la estación de autobuses. La policía centró la búsqueda de la joven en la ruta de senderismo. El cuerpo fue encontrado una semana después de su desaparición en un granero abandonado.

El asesinato sexual, que ha atraído la atención internacional, no ha mermado la industria turística de Obersalzberg. «Han venido por aquí algunos de esos llamados turistas de los asesinatos», dice **Wenzel Feiersinger**, gerente del restaurante del Nido del Águila. «Charlan sobre el tema, algunos incluso piden más información al personal».

El restaurante cierra sus puertas a finales de octubre y reabre a principios de mayo. «Todos esperamos que la situación se calme cuando comience la temporada el próximo verano. Kuhbauer era una empleada muy querida. No podríamos continuar hablando de esta tragedia con completos extraños».

Comentarios (٤)

Senta ٢١:٢٦ ٢٦.١٠.٢٠١٣

Mucho ánimo a los familiares en estos momentos de dolor. ¡Por suerte el asesino ha recibido una sentencia severa!

Responder

Scheiße_Geist ٢١:٤٥ ٢٦.١٠.٢٠١٣

Una idea de negocio gratis para el señor Feiersinger: una camiseta de Ulrike. Una muñeca Ulrike que canta a la tirolesa. Licor Ulrike. Imán Ulrike.

Responder

BellaRossa ٢١:٥٢ ٢٦.١٠.٢٠١٣

¡Límites, por favor! Ese ha sido un comentario ofensivo.

Responder

Wahrheit & Feuer ٢٢:٢٧ ٢٦.١٠.٢٠١٣

No lo sabe, pero este es solo el principio. LA MUERTE ES LA VENGANZA DE DIOS!!! Ese lugar pecaminoso no hubiera debido abrirse jamás. La batalla del gran día llegará pronto. Leed la Biblia. Jesús dice: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él”. (Juan ٣:٣٦)

Responder

До свидания, Полина!

Ahora están a solas, Shlomith y Polina. Polina y Shlomith. Una y una. Cara a cara. Pensamiento a pensamiento. Frente a ambas un pensamiento profundo: la próxima muerte será también la muerte para quien se quede.

Esa idea se ha perfilado idéntica en la mente de ambas, fuerte y dura como una piedra. ¿Shlomith o Polina? ¿Quién la tuvo? Tal vez no haya diferencia. Solo hay Shlomith. Y Polina. De frente, cara a cara, de acuerdo. Una armonía que perfora una certeza común, pesada como el plomo en su desolación: la próxima muerte.

No más pensamientos cruzados, desavenidos, preguntas, intervenciones, nuevos comienzos. No más descrédito, que sin cesar ha estado presente en algún lugar, en una conciencia bajo la conciencia, una corrosión callada pero que carcome: ¿Ha sido todo esto una ilusión, *mi ilusión;* las voces, las propias; los pensamientos, salidos de mi mente?

Shlomith y Polina se miran la una a la otra. Cuerpos translúcidos como medusas que flotan a cámara lenta en el aire. La redondez ameba de Polina. La huesuda fragilidad de líneas de Shlomith. Y entonces: la mirada. Luego los ojos.

—Polina.

—Qué, Shlomith.

—Así han sido las cosas.

—Una se marcha, otra se queda.

—Sola.

—Sola.

No basta que ambas lo sepan. Hay que repasarlo juntas, porque aún es posible. Hay que tirar del pensamiento como de una barca a golpes de remo alternativos: uno y uno es igual que la muerte, incluida la muerte de quien se queda.

—Shlomith.

—Qué, Polina.

—Es mi turno.

—Lo sé.

—Pero ¿dónde estoy?

—Sí. ¿Dónde estás?

El espacio está vacío. Arriba se extiende el cielo nocturno teñido de amarillo grisáceo por las luces de Moscú, abajo se despliega un manto

de nieve blanco recién caído. Shlomith y Polina no despegan la mirada una de la otra, pero aguardan, escuchan.

Entonces, en algún sitio se abre una puerta. Un crujido, un portazo: un grupo de gente sale atropelladamente de la oscuridad al patio. El sonido crea una puerta y alrededor de la puerta una pared, la pared hace un edificio y el espacio cobra forma: están en el patio de atrás de la dirección general de artes escénicas, Zlom. Las figuras también comienzan a delinearse. Tres hombres, cuatro mujeres. Tres de las mujeres caminan del brazo, un hombre y una mujer de la mano, dos hombres cantan. Se aproximan.

—¿Los conoces?

—Ese es Jura… Y Maruska y Serjoža. Irina y Zina y Ženja. Y Oleg.

—Así que los conoces.

—Por desgracia.

—La melodía es familiar…

—Jura y Oleg entonan una canción llamada *Katjuša*. Habla de la Segunda Guerra Mundial. De una muchacha que añora a su amado, que está en el frente.

—¡Esta canción también la conozco yo! La cantábamos en el kibutz en hebreo. Manzanos y peras estaban en flor…

—Con esas palabras comienza. Es una canción sentimental y nacionalista. A todos les encanta.

—¿A ti también?

—A mí también.

Pero Polina no sale por la puerta que sus compañeros de trabajo y Serjoža, el marido siempre a la estela de Maruska, acaban de cruzar un poco tambaleantes, un poco ebrios. Polina no viene. Viene el silencio. La gente que ríe desaparece en los taxis, a seguir la fiesta, a sus hogares. Tal vez a camas extrañas. Tal vez a la suya propia.

—Polina… ¿has pensado alguna vez por qué?

—¿Tú y yo?

—No, nosotras siete. ¿Por qué justo nosotras?

—No sé, pero de algo estoy segura: que no somos las únicas. Sería muy arrogante imaginar que solo a nosotras siete nos ha sido reservado este destino particular.

—Pero ¿dónde están los demás? ¿Dónde los hombres, dónde los niños? ¿Por qué después de Ulrike no encontramos a nadie más?

—Quizá nuestro grupo estaba completo.

—¿Completo desde qué perspectiva?

—Cómo voy a saberlo. Tal vez no haya ningún motivo de por qué

nosotras. Simplemente nos arrojaron juntas. Por casualidad.

—¿Quién nos arrojó?

—Nadie. Hablaba metafóricamente.

—¿No crees en Dios?

—Ya no.

En algún lugar debajo, allí donde suelen esconderse las explosiones mentales más imprecisas de todas, comienza poco a poco, pensamiento a pensamiento, a crecer un espacio: un vacío en el que puede asomarse cierta imagen familiar, pero olvidada a propósito.

—Qué pena que mi madre no me esté viendo.

—¿De todas las personas del mundo desearías que justo tu madre te estuviera viendo?

—Está muerta. Pero sí. Me gustaría ver ahora su expresión.

—Me puedo imaginar bien la expresión de mi madre. La misma estupefacción incrédula que entonces, cuando se murió.

—Mi madre murió inexpresiva. En su cama.

—¿Una muerte bonita?

—En realidad no. En los momentos finales estaba llena de odio.

—Yo, sin embargo, desearía que Maruska y Serjoža me hubieran visto hace un momento. Les habría dado qué pensar.

—¿Se te quedó algo atragantado?

—¡Mucho! Serjoža se cree que lo sabe todo. Y Maruska es una idiota.

Como de común acuerdo, Shlomith y Polina apartan la mirada la una de la otra y echan un vistazo a su alrededor. ¿Habría algún movimiento en la periferia de su campo de visión? ¿Regresarían Serjoža y Maruska a buscar a Polina? ¿La llamarían Irina, Zina y Ženja por su nombre? ¿Gritarían Jura y Oleg desde algún lugar: «¡Perdona, Polina!?».

Pero el patio rodeado por montones de nieve sigue vacío.

—Polina, no parece que vayas a salir.

—Eso es lo que parece. No comprendo por qué estamos aquí si, después de todo, yo no estoy.

—Tal vez estés. ¿Y si no nos hemos fijado?

—¿Dónde habría de estar?

—¿Recuerdas cuando describías tus últimos recuerdos? Hablaste de calor.

—Entonces está claro: ¡estamos en el lugar incorrecto!

—Pero llegaste a la blancura con un abrigo de marta cibelina puesto.

—Y con solo una bota.

—Polina, tenemos que salir a buscarte.

Ambas cierran los ojos como hicieron cuando seguían a Rosa Imaculada para que nada visible las perturbara. El único lugar que se le ocurre ahora a Polina, el lugar en el que podría estar, es el Zlom, la sala de atrás del Zlom, donde los empleados pasan a veces la noche.

Polina empieza a guiarlas con determinación hacia la puerta de atrás pintada de ojo. En su mente ve el familiar cerrojo oxidado que no funciona si no se propina una patada en condiciones a la puerta. En su mente oye el familiar chirrido, nadie engrasa jamás los goznes. Y están ya al otro lado de la puerta. El andrajoso sofá rinconero agujereado por los cigarrillos. La gran alfombra de felpa gastada sobre cuyos estampados orientales se han derramado con el paso de los años no pocas cosas. En el suelo hay botellas vacías, ceniceros rebosantes. Y su bolso de mano decorado con pieles.

Ella ha estado en el cuarto.

Y entonces viene, primero una frase, la familiar voz ronroneante y una acusación como un rayo: «Polina, bebes demasiado rápido». De la nada, en mitad de todo, justo cuando estaba a punto de relajarse, a punto de olvidar sus miedos. «Polina, bebes demasiado». Justo cuando había reunido el valor para hablar de un tema más serio que lleva un tiempo molestándola. «¿No es cierto, Serjoža?». Las narinas simétricas se estremecen. «Bebes como un hombre ruso, Polina».

Ella no bebía el champaña a lengüetadas como un gato igual que Irina, ella no olvidaba eternamente su vaso en la mesa como Ženja, que quería lanzar pullas y mofarse de la gente y por eso no tenía tiempo para beber. Ella no se servía vaso tras vaso de vino y gaseosa de limón como Zina, o sorbía con delicadeza su copa cuando se acordaba, como Maruska, que en lugar de beber siempre andaba llenando los vasos vacíos. Hasta que de pronto revienta y dice: «Disculpa si la pregunta te parece indiscreta, Polina, pero Serjoža y yo lo hemos estado pensado. ¿Supongo que podemos decirlo en alto?». Serjoža asiente moviendo las grandes orejas prominentes de su cabeza de médico. «He comentado el tema también con Irina y Oleg. Todos nosotros estamos un poco preocupados por ti, Polina».

Entonces Zina levanta el dedo. «¡Maruska, venga ya!». Su rostro está rojo de fastidio. «Esta es mi fiesta de despedida!». Mira enfadada a Maruska y, por algún motivo, comienza a tartamudear, por primera vez en mucho tiempo. «¿Po-po-po podemos co-co-co continuar co-con esto… en ot-t-t tro momento?».

Pero Polina no tiene la intención de continuar con este tema. Se levanta tambaleante y con gran pompa se pone el abrigo de marta cibelina que está posado en el respaldo del sofá. Da unas zancadas hacia la salida y zarandea el cerrojo, lo zarandea y propina una patada a la puerta y casi se cae al abrirse la puerta al patio. La puerta cruje y chirría al cerrarse.

El patio es grande, el portón está lejos. Al camino también se llega a través de las dunas de nieve. Polina decide tomar un atajo. Toma carrerilla y entra de una zancada en el manto nevado. La nieve cede mucho, eso no se lo espera. Se ha hundido hasta las rodillas, continúa avanzando a gatas… La bota izquierda se queda atrapada en la nieve, se le ha salido… Polina no se da cuenta… Polina avanza…

—Oh, no, Polina. Estás ahí. En la nieve.

—¡¿Cómo llegamos hasta allí?! ¡Tengo que lograrlo a tiempo!

—Piensa en el calor del que hablabas. Piensa en el calor que se apoderó de ti. Piensa en la luz divina brillante. Trata de devolverlas a tu mente.

—Solo veo nieve y oscuridad…

—¡Has abierto los ojos, boba! Ciérralos. Ahora mismo.

La Polina en el aire cierra los ojos y al poco ambas empiezan a escuchar un crujido, cuando los bajos del pesado abrigo de piel raspan la nieve. Sudorosa dentro del abrigo, Polina se empuja hacia delante, sobre el montón, achicando la nieve con las manos, aplastando la capa nevada con las rodillas. Crujido, jadeo, jadeo, crujido, hasta que al final, después de un rato fatigoso e interminable, está en la cúspide del cúmulo de nieve. Se incorpora tambaleante y levanta el brazo derecho en señal de victoria.

Entonces desaparece. Cae dentro de la duna de nieve, como si se sumergiera en el agua.

—Ay, Dios.

—¡Cómo es eso posible!

Dentro, en el interior, hay un castillo de nieve abandonado. Un espacio hueco en el que Polina se desliza a través de la oquedad del techo, con las piernas rectas, firmes como un cuchillo en su funda. Arrastra consigo más nieve, lo que tapona huecos y bordes y cubre las cavidades provocadas por la caída. Polina está atrapada. Cuando trata de moverse, el cuerpo solo se atornilla aún más en el manto de nieve.

Por un instante, por un breve instante, la situación le hace gracia. Entonces se da cuenta de que no es capaz de reír.

Abre la boca y trata de gritar. La voz, claro, no va a ningún sitio.

Rodeada de nieve despejada, dura, estratificada, trescientos kilos por metro cuadrado; ningún sonido puede atravesarla. La vocecilla de Polina se extingue sin remedio en el muro de nieve que roza su cara.

Polina trata de moverse una vez más, tira de sus manos atascadas. No se desplazan ni un centímetro. Los dedos de los pies dentro de la bota se menean cuando los mueve, pero el pie sin zapato ya está entumecido del frío. La rodilla no se levanta. No puede girar la cabeza. Comienza a cansarse. Su respiración es cada vez más débil, el aire que expira ya es helado. La nieve que la respiración cálida ha derretido delante de los labios comienza a helarse.

La Polina del aire se apresura. Su cuerpo de gelatina se contrae y expande con cada impulso, trata de inflarse de energía explosiva. ¡Tiene que llegar al lugar donde está! Allí donde aún respirará unos segundos más… Polina se lanza veloz hacia delante, hacia la duna, pero rebota como una pelota blanda.

—¡Polina, para!

—¡Shlomith! ¡Ayúdame! ¡No puedo entrar en la nieve!

—¡Cálmate! ¡Lo único que haces es perder el tiempo!

—¡¿Qué puedo hacer?!

—Te lo diré por tercera y última vez: piensa en el calor. Piensa en la luz amarilla luminosa.

—¡Y eso de qué sirve! Esa era la muerte de Maimuna en el desierto, ¡yo estoy muriendo en la nieve fría!

—Polina Yurievna Solovjeva: ¡deja de dudar! Créeme, cree tus propios recuerdos. Moriste en la experiencia del amor divino. ¡Tú misma lo dijiste! ¿Cómo era en ruso?

—¿Amor divino?

—Exacto.

—*Божественная Любовь.*

—Bueno. Piensa en eso. Piensa en esto: estás en la nieve fría, pero sientes calor y ves la luz. Estás perdiendo la conciencia, ya no notas las extremidades de tu cuerpo. No hay dedos, ni brazos, ni pies, ni pantorrillas, ni muslos. Nada a lo que agarrarse. Empujar. Patear. Solo el tronco palpitante…

—*BOOžestvennaja LjuBOF… BOOžestvennaja LjuBOF…*

—Sientes un hormigueo que no se localiza en un lugar específico… ¡Polina, lo he notado! Siento el latido: ¡el latido de tu corazón? ¿Lo sientes tú?

—¡Shlomith, no lo siento! ¡Aún no lo siento!

—Inténtalo de nuevo: ¡di *BOOžestvennaja LjuBOF!* ¡Dilo muchas

veces! ¡Dilo! ¡Dilo ya!

—BOOžestvennaja LjuBOF… BOOžestvennaja LjuBOF… BOOžestvennaja LjuBOF…

—Polina, escucha. El hormigueo está por todas partes. No en los miembros, ni siquiera en la piel. Piel, cabeza, extremidades, dedo índice, dedos meñique de los pies… ya no existen. Eres una con el universo. Ves una luz brillante, aunque tus ojos estén cerrados. La luz te llama. Es una promesa de calor, que es como un edredón… no más dureza… jamás… no más magulladuras…

—No más dureza… no más magulladuras…

—No sientes miedo. Todos tus miedos se han derretido en el calor. Estás llena de confianza. Ya no necesitas luchar, Polina. Solo hay amor. ¡Puedes abandonarte!

Los pensamientos persuasivos, definidos, incluso imperativos de Shlomith comenzaron a dar resultado. Frente a ellas había de pronto una blancura, un blancor puro. Como una pantalla llena de luz sobre la que en cualquier momento el proyector va a lanzar una imagen. Sentían que avanzaban. Atravesaban la blancura. Pasaban junto a pequeñas basuras, colillas, ramas desprendidas de los árboles, pasaban junto a una pequeña pala enterrada en la nieve, roja, una con la que tal vez que se dio el último toque a la bóveda de la cueva. Pálpitos débiles, apenas audibles las guiaban: tu-tum, tu-tum, tu-tum. El corazón en las entrañas de la cueva. Cuánto más las acercaba el latido, más intensa tremolaba la blancura, hasta que llegaron: como dentro de la membrana de un tambor de piel de cabra. Al otro lado de la membrana las esperaba Polina, cuyas fuerzas estaban llegando a su fin, Polina, que ya no podía obtener oxígeno, pues el primer hielo glacial se había formado ante su boca.

—¡Veo los labios!

—¡Yo también veo los labios!

—¡Los labios a través de los cristales de hielo!

—¡Veo una cara! ¡Una nariz!

—¡Eres tú!

Entonces el corazón de Polina cesó de latir. Completo silencio. No más vibración de la membrana del tambor.

—No soy capaz de avanzar.

—¡Trata de abrirte paso a través del primer hielo!

—No puedo.

A veces lo imposible permanece imposible. La fuerza de voluntad de Polina no era más débil que la de las demás, simplemente llegó

demasiado tarde, y el retraso tuvo sus consecuencias. La capa de hielo transparentaba los labios que comenzaban a ensombrecerse, el rostro empezaba a perder su forma, la nariz y los ojos desaparecían paso a paso.

—Shlomith.

—¿Qué?

—No te lo vas a creer.

—¿El qué?

—Veo el blanco.

—¡Bueno, el blanco también lo veo yo!

—No. Veo un blanco distinto, ese blanco donde estuvimos antes.

—No lo dices en serio.

—Pues sí.

—¿Cómo sabes que es *ese* blanco, y no este?

—Adivina.

—¿No late?

—No late, pero ¿late el blanco dónde estás?

—No, ya yo.

—Pues adivina. ¿Cómo sé que estoy otra vez allí?

—¿Te parece distinto?

—No siento nada.

—¡Venga, dilo ya! ¡Yo no lo sé!

—Aquí hay algo.

—¿Hay alguien allí?

—Sí.

—Yo no veo nada.

—Me lo imaginaba.

Delante, en la distancia, Polina veía un fardo que era sin lugar a duda humano: una criatura pequeña de cabello oscuro. Al entornar los ojos, creyó advertir que el fardo era una niña, y que la niña llevaba un vestido rojo con esferas blancas. La niña había empezado a tirar de Polina hacia ella. Más cerca, tirón a tirón, pues necesitaba ayuda. La pequeña no sobreviviría sin ella.

—Polina, ¿qué sucede ahora?

Pero el grito de Shlomith no alcanzaba hasta allí, donde ya estaba Polina, lejos de la capa de nieve, lejos de Shlomith. Cuanto más se distanciaba Polina, más rápido empezaba a transformarse su gelatinoso cuerpo de medusa, que regresaba a su forma anterior, comenzaba a perfilarse y a llenarse. Como si alguien hubiera decidido derramar color dentro de los contornos endebles, la piel blanco crema

y un poco atópica de Polina, y un rojo vívido en los labios. Los detalles desplomados ascendieron y obtuvieron sus tonos familiares propios: las areolas, su beige rosado; el cabello ensortijado, su marrón caoba. Las varices se hincharon en las piernas y empezaron a azulear. En la gran barriga aparecieron protuberancias grasas, y el ombligo rectilíneo aplanado por las protuberancias se escurrió de vuelta a su sitio como tajado con un cuchillo.

Cuanto más se aproximaba Polina a la niña, más oníricos se volvían los recuerdos previos de ellas siete. Shlomith, Maimuna, Wlbgis, Ulrike, Rosa Imaculada y Nina con los bebés en su vientre dejaron de existir. Los lugares a los que Polina había viajado acompañando a sus hermanas del más allá, los espacios semiterrenales, se borraron y desaparecieron.

Shlomith vio a su amiga alejarse gradualmente y nada se podía hacer. La Polina de la capa de nieve estaba bien muerta, la Polina medusa tambaleante había llegado tarde a su muerte y por eso debía regresar.

Solo quedaron el manto blanco, el cadáver y Shlomith, que proseguía su viaje sola, que susurró al vacío, más quizá para sí misma que para la otra:

—Adiós, Polina.

До свидания, *Полина*! *Мы еще встретимся*!

La Dirección General de Artes Escénicas de Moscú, ZLOM, busca

RESPONSABLE DE CONTABILIDAD

para empleo a tiempo completo en la dirección de los asuntos financieros de la compañía.

Para más información sobre esta posición, diríjase al director de finanzas de Zlom, STEPAN KUZNETSOV. Contactos por teléfono 8.495.723-05-95 (días laborables antes de las 13h)

ENVÍA UNA SOLICITUD POR ESCRITO ANTES DEL 15.5.2005 A:

DIRECCIÓN CENTRAL DE ARTES ESCÉNICAS DE MOSCÚ, ZLOM

MARKSISTSKI PEREULOK 9, 101000 MOSCÚ

Negro: la salida

Shlomith, farewell!

Lo sentí en cuanto cesaron los aplausos, aunque no comprendí de inmediato de qué se trataba. Eras tú, el hambre. Querías rescindir nuestro acuerdo.

Hacía un momento aún me sentía parte de algo más grande que yo. Entonces concluyó mi presentación. Comencé a llorar, lo que fue una sorpresa para todos, incluida yo misma. Al cabo de un rato sentí que lloraba por todas las penas del mundo, las mías y las vuestras. Entonces acabó. La cortina transparente se cerró y me quedé sola.

Me mantuviste con vida durante mucho tiempo. Te lo agradezco, claro. Sin la vida no hay nada y nada de verdad significa nada. Esto puede resultar complicado de entender, pero así es: sin ti, hambre, hace mucho tiempo que habría dejado de existir. Me ayudaste a seguir.

Si aún pudiera sentir tristeza, estaría triste por ti. Te me entregaste, luchaste a mi lado, pero en cuanto la tarea estuvo completa, me dispuse a abandonarte. *Solo hay una salida: rendición, cura, iluminación.* Es lo que afirmé hace un instante.

Mi ayudante, Katie McKeen, ha venido discretamente y me ha deslizado por la cabeza un caftán negro amplio para que no me resfríe. Jamás dejo de admirar su consideración, que se mezcla con un sentido práctico enérgico, inmediato y brioso, pero aun así con tacto. Katie puede vestir a una persona desnuda sin más, delante de todos, sin llamar la atención sobre sí misma o su acción. No obstante, no me trata como un maniquí en un escaparate. Trae ante mí el caftán como un solemne mantel, agita la prenda cual tienda de campaña para abrirla y me la pasa por la cabeza. Busca mis brazos temblorosos por la boca de las mangas y me mira a los ojos. Asiento: Gracias, Katie. Resbala mis pies en unas zapatillas finas mullidas, me da una palmadita de ánimo en el hombro y se retira a esperar tras la protección del telón.

Me he consumido hasta el borde de la muerte para alcanzar la esencia.

Durante los últimos cuarenta y cinco minutos he pronunciado frases en las que la mitad de mí cree de forma sincera. Y eso no es poca cosa en mi opinión. Algunos se pasan la vida hablando de lo que les viene a la cabeza. Yo, sin embargo, he tenido la posibilidad de confrontar mis actos y pensamientos. Por eso puedo soportar que la mitad de mí proteste, grite: ¡para, idiota! ¡Baja del escenario!

¿Te ha caído esto por sorpresa? ¿Por qué te resulta tan difícil comprender que todo, *absolutamente todo*, es objeto de duda mientras haya vida, y aun así una persona puede ir cien por cien en serio, estar cien por cien enamorada, ser cien por cien fiel?

Podemos cancelar el trato, lo acepto. Pero permíteme un momento más. Quiero despedirme en calma.

Ahora diría: Te quiero, Katie McKeen. Si pudiera, lo diría así. Mi fiel ayudante, mi sirvienta. No he recibido de nadie un calor semejante durante los años finales de mi vida.

También diría: Os he querido, Moti y Malka. Eso no va a cambiar jamás.

Diría: Madre, te quise también. Casi a todas las madres se las puede amar, y tú no fuiste ni de lejos la más difícil.

Digo también:

¡Adiós, Maimuna!

¡Adiós, Nina!

Wlbgis, tú te marchaste con ira, ¡adiós!

Rosa, Rosa la precursora, ¡adiós!

¡Adiós, Ulrike!

¡Que te vaya bien, Polina!

Éramos un grupo bastante terrible, ¿cierto? ¡Éramos más feroces que las legiones de la muerte! Si pudiera sentir algo, estoy segura de que sentiría nostalgia. Nostalgia pura, ennoblecedora, en la que no se mezclarían tonos sombríos, renuncia involuntaria.

Bueno, ya estoy lista. Gracias por tu paciencia. Venga, vamos, no te entretengas. Si aún puedo desear algo, que esto no dure mucho…

—Ah, ¿eso ha sido?

Una simple llamada en la boca del estómago: una no se atreve a llamarlo dolor siquiera…

Estoy sentada en una banqueta de madera. Sobre un cojín rojo. Me miro a los ojos. Veo que ya miro a través de todo, veo que ya no veo nada. Visto desde la distancia, durante unos segundos parece que me dispongo a recibir abrazos y a firmar autógrafos.

Oigo susurros. La gente se ha puesto en fila. Katie McKeen se percata de algo y da un paso.

Solo hay una salida…

Mis ojos se han abierto de golpe. Mi boca se ha desplegado. Me estremezco, luego me desplomo. No alcanzo a caerme de la banqueta porque las manos de Katie me atrapan. Katie y el hombre con aspecto de maratoniano que ha aparecido a su lado me posan en el suelo. El

hombre comienza a reanimarme, Katie habla por radio y reparte instrucciones.

El ruido y el traqueteo arrancan en la sala de inmediato. Se pone en marcha el maldito circo que hemos practicado muchas veces por si acaso. Desde un principio esto ha sido obvio para todos, también para mí: mi organismo no va a aguantar necesariamente hasta el final.

Katie McKeen es un amor, y rápida a pesar del pánico.

Todas las personas son rápidas, como si las guiaran.

Si pudiera, diría: Calma. Estoy muerta.

Shlomith, farewell!

La artista de performance **SHEILA RUTH BEROWITZ**, más conocida por el nombre artístico de Shlomith-Shkhina, ha fallecido por anorexia el 16 de agosto a los 61 años. El carácter único de este caso se debe a que murió delante del público del auditorio Scheuer del Jewish Museum, nada más concluir una conferencia-*performance* que trataba de las conexiones entre la anorexia y el judaísmo. Berkowitz pesaba en el momento de morir 28 kilos.

Se confirmó que la causa técnica de la muerte habría sido un paro cardíaco. Aunque Berkowitz fue transportada al hospital con rapidez, no se la pudo salvar debido al mal estado en el que se encontraban sus órganos internos. Los resultados preliminares de la autopsia revelan que el corazón de Berkowitz pesaba la mitad de lo que debería haber pesado.

Sheila Berkowitz nació en Nueva York en ١٩٤٦. Pasó su infancia y juventud en Brooklyn. Antes de su carrera como artista, ya tocaba la batería en una banda inspirada en el movimiento fluxus llamada Entropy.

En ١٩٦٧, Berkowitz se casó con DOVID NIEWIAROWSKI, judío de origen polaco. Se mudaron a Israel a un kibutz llamado Metushelah y tuvieron dos hijos.

Siete años después, en ١٩٧٤, Berkowitz se divorció de su marido, regresó a Nueva York y comenzó su carrera como artista de *performance*.

Como seudónimo artístico, Berkowitz tomó el nombre compuesto de Shlomith-Shkhina. «Shlomith» deriva de «Shalom», palabra hebrea para 'paz', que también se refiere a la perfección, al bienestar y la prosperidad. «Shkhina» por su parte, representa en el judaísmo el lado femenino de Dios, la presencia de Dios.

Según la historiadora especializada en arte judío, EVE KRONENBERG, en el nombre de la artista cristaliza la idea de que ni siquiera Dios está libre de sufrimiento. En el Talmud se dice que el espíritu de Shkhina sufre junto a sus elegidos:

Siempre que los israelíes iban al exilio, Shkhina los acompañaba. Huyeron a Egipto y Shkhina los acompañó. Huyeron a Babilonia y Shkhina los acompañó. Y cuando finalmente fueron liberados, Shkhina se salvó con ellos.

«El nombre Shlomith-Shkhina contiene contradicciones internas y asimismo contradice el contenido del arte de Berkowitz», señala Kronenberg. «Esto es intencional, por supuesto. Las obras de Berkowitz estaban impulsadas por una ambivalencia no resuelta».

Berkowitz se exponía voluntariamente a miradas maliciosas y críticas que a menudo eran excepcionalmente agresivas. Los círculos religiosos consideraban blasfemas sus actuaciones, mientras que en el campo del arte se la acusó de buscar la atención de una manera barata a base de tabúes.

«Con esa receta no es difícil conseguir visibilidad», se mofó en ٢٠٠٤ un crítico de arte anónimo de Nueva York, cuando las miembros fundadoras del New York Feminist Art Institute, MIRIAM SCHAPIRO y CAROL STRONGHILOS, comisariaron una retrospectiva del ٣٠ aniversario artístico de Berkowitz en el Brooklyn Museum.

Ya en su temprana obra *Food Meditation* del año ١٩٧٦ eran visibles los futuros temas centrales de su arte: la cultura judía, en este caso las reglas kosher de la comida, así como un acercamiento muy personal y físico.

En la mayoría de sus *performances*, Berkowitz aparecía desnuda o con poca ropa. No evitaba el dolor, ni de naturaleza emocional ni física.

En la obra que la consagró *I Shall Fear no Evil for Thou Art with Me,* del año ١٩٧٩, estaban presentes los elementos anteriormente mencionados. La tarea del público era insultar a la artista desnuda leyéndole argumentos antisemitas que previamente tenían que extraer con los ojos cerrados de una cesta de mimbre.

«Aún conservo el texto que saqué a tientas de la cesta», recuerda el artista de *performance* francés ORLAN (n. ١٩٤٧), que asistió a la representación. «Era un extracto de la carta de Hitler a Gemlich de ١٩١٩. También me tocó la tarea de colocar el broche de Judensau debajo de la clavícula izquierda de Shlomith. Estoy acostumbrado al dolor como elemento artístico, pero jamás había experimentado el tipo de vergüenza que esa obra me provocó en aquel entonces».

El mayor revuelo antes de la fatídica conferencia de Berkowitz lo causó la obra ٦١٤*th Commandment,* en ١٩٨٣, que se basa en el experimento mental del filósofo judío canadiense EMIL FACKENHEIM (٢٠٠٣-١٩١٦). La Torá tiene ٦١٣ mandamientos y prohibiciones, pero Fackenheim desarrolló el mandamiento ٦١٤ en un intento de hallar una explicación teológica para el Holocausto. Según el nuevo mandamiento, «un verdadero judío ya no debe darle a Hitler ni una sola victoria póstuma».

Para Fackenheim, cumplir el ٦١٤º mandamiento significaba preservar la identidad judía: matrimonios entre judíos y distanciamiento de otras culturas. En su actuación, Berkowitz puso patas arriba esta disposición. Leía en voz alta textos de pensadores judíos en los que se explicaba el Holocausto como el cumplimiento de la voluntad de Dios.

«Esto, en todo caso, es una victoria para la mentalidad antisemita», dijo Berkowitz en una entrevista al *Times* en octubre de ١٩٨٣. «Todos los intentos de encontrar una explicación teológica para el genocidio se ven abocados a un callejón sin salida. Dios estaba ausente entonces, Dios está ausente ahora. Dios no existe. Es solo un flujo de explicaciones cada vez más farragosas que no le sirven a nadie».

En décadas recientes, las artistas feministas se han concentrado básicamente en analizar y sacar a la luz sus propios espacios internos. El deseo femenino y la sexualidad, los roles de género, la imagen del cuerpo y la corporeidad han sido ampliamente estudiados.

«Una cierta doble exposición irónica y la maquinaria teórica posmoderna han estado presentes en la mayoría de las *performances* de una manera desgarradora», afirma la investigadora del arte *performance* NADIA KREIGHBAUM. Como ejemplo cita la *performance* clásica de ANNIE SPRINKLE *Post Porn Modernism* (١٩٨٩), en la que, entre otras cosas, Sprinkle orina en el escenario y se inserta un espéculo en la vagina.

Las obras de Berkowitz, por el contrario, carecen de aspectos irónicos o eróticos, argumenta Kreighbaum. «A pesar de su fuerte corporeidad, son obras muy literarias, después de todo, se basan en el Libro y en las interpretaciones del Libro. Además, deconstruyen no solo la palabra, sino también la

carne. Lo que trágicamente se hizo realidad en su última actuación».

La última actuación de Shlomith-Shkhina y su final estremecedor sitúan su entera producción bajo una nueva luz. ¿Terminó en su caso el arte ennobleciendo la enfermedad y no al revés?

La artista de *performance* MARINA ABRAMOVIC (n. ١٩٤٦) considera la representación final de Berkowitz exclusivamente como una apología a la anorexia. «Se puede usar el arte para santificar cualquier cosa. Hay que ser honesta. En mi opinión, Berkowitz no reflexionó bien sobre esta performance».

Las cuestiones no terminan ahí. ¿Se convirtió Berkowitz en mártir con su muerte? Si es así, ¿es un mártir de la fe judía, de la cultura occidental o del arte? No cabe duda de que la *performance* que condujo a Berkowitz a la muerte, que literalmente encarnaba una idea artística, se convertirá en uno de los clásicos macabros de su género. ¿Qué efecto ejercerá en aquellos artistas que buscan su inspiración en el sufrimiento y la destrucción?

Quizás sea demasiado pronto para responder a estas preguntas. Pero no por mucho tiempo. La Sean Kelly Gallery, que se especializa en arte conceptual y *performance*, organizará el ١٥ de septiembre un simposio bajo el título «Arte destructivo en una sociedad destructiva». El evento está abierto al público.

Agradecimientos

He recibido la ayuda indispensable de muchas personas a la hora de escribir *Oneiron*. Teemu Manninen compuso la hipotética oda de Polina (pág. 245). Rami Saari tradujo la carta de Shlomith al hebreo (pág. 313). Riikka Tuori y él no escatimaron esfuerzos para ayudarme con cuestiones relativas a la cultura judía y al lenguaje hebreo. Joel y Ekaterina Geronik me acogieron en Moscú y me orientaron para comprender mejor no solo la ciudad, sino la mentalidad rusa. Para cuestiones sobre la lengua rusa, he molestado en no pocas ocasiones a Tintti Klapuri. Las dos semanas que pasé en el hogar de Monique Truong y Damijan Sacchio en Brooklyn dieron forma a la Nueva York de Shlomith. Además de Monique y Damijan, Alison Smith compartió detalles sobre la cultura jasídica de Borough Park que alimentaron mi imaginación. Monique revisó las frases en inglés y refinó algunas de ellas. De Jouni Kaipia he aprendido todo lo que sé sobre la arquitectura de África Occidental. En Villa Karo, Grand-Popo, pasé dos inolvidables meses a finales del 2009 y principios del 2010. La Funeraria Autio me proporcionó información relativa a los entierros. Anna Ripatti subsanó un ridículo malentendido. Lieven Ameel corrigió mi inexistente neerlandés. Kari-Pekka Pöykkö me ayudó con la lengua wolof. Satu Taskinen me habló de la montaña que guarda los secretos. Judith Schalansky me ordenó con cariño pero con firmeza en un momento crítico: «Ahora olvida todo lo demás y escribe». Monica Vasku Machado le proporcionó a Rosa Imaculada una voz auténtica en la performance *El corazón de Rosa Imaculada (*٢٠١٣*)*, que combina el movimiento de la lengua, el texto y los sonidos del corazón; ¡gracias por el baile, Auri Ahola & Valtteri Raekallio y al resto del grupo Runovaara! He consultado a Timo Suonsyrjä sobre algunas cuestiones médicas. Reijo Aulanko ilustró el funcionamiento de las fricativas. El manuscrito lo han leído y comentado Markku Eskelinen, Kristiina Sarasti, Sinikka Vuola y mi madre, que me han apoyado de muchas formas a lo largo de este largo proceso. ¡A Sinikka un agradecimiento especial por sus observaciones lingüísticas precisas!

Le debo la mayor de las gratitudes a mi compañero de vida, Martti-Tapio Kuuskonen. Él ha leído y comentado el manuscrito en todas sus etapas. Hemos mantenido discusiones interminables sobre *Oneiron*, sobre las leyes de este lugar en el más allá. Todos los viajes los hemos realizado juntos.

De cualquier posible error o malentendido, intencionado o

involuntario, solo soy responsable yo.

La labor de escritura ha recibido apoyo económico de la Fundación Kone, de las Fundaciones para las regiones de Uusimaa y Kainuu en la Fundación Cultural de Finlandia, del Centro para la Promoción del Arte, de la Fundación de Literatura WSOY y de la Fundación del Libro Otava.

Referencias

El epígrafe de la primera parte está sacado de la obra de Tolstoi *La muerte de Ivan Ilich*, traducida por Juan López-Morillas, Alianza Editorial, 2006, página 55 (*Smert Ivana Iljitša*, 1886).

El epígrafe de la segunda parte es de la obra *So schön wie hier kanns im Himmel gar nicht sein*, de Christoph Schlingensief. Traducción original basada en la traducción finlandesa *Kauniimpaa kuin taivaassa*, de Eeva Bergroth, página 90. Kansallisteatterin kirja / Kirja kerrallaan ja Suomen Kansallisteatteri 2011.

Las citas de las páginas 56 y 57, correspondientes a las págs. 51–52 en la novela original, son de la obra *Bardo Thodol. El libro tibetano de los muertos* de Karma Lingpan. Prólogo y traducción de Agustín López y María Tabuyo. Editorial José J. de Olañeta, 2006. Págs. ١٨ ,١٣,١٤.

Las citas de la página ١١١, correspondiente a la pág. ١٠٠ en la novela original, son de la novela de David Nicholls *Siempre el mismo día*, traducida por Jofre Homedes Beutnagel. Editorial Maeva, ٢٠١١, págs. ٤٢٦ ,٤٢٥ (*One Day*, ٢٠٠٩).

En la página ٢٤١, correspondiente a la pág. ٢٠٠ en la novela original, hay extractos de la obra *El huerto de los cerezos*, de Anton Chéjov, traducida por Juan López-Morillas. Alianza Editorial, ٢٠٠١, págs. ,١٤٩ ٢٢٢ ,٢١٠ ,١٦٣ ,١٥٤. (Višnevyi sad, ١٩٠٤).

Las citas de las páginas ٢٣٨ y ٢٣٩ correspondientes a las págs. ٢١٢ y ٢٢٦ en la novela original, son de la obra *De Nova Hierosolyma et Ejus Doctrina Coelesti* de Emanuel Swedenborg (١٧٥٨). *Prefacio de E.A. Sutton.* Traducción original basada en la traducción finlandesa *Uusi Jerusalemi ja sen taivaallinen oppi;* ٢٥٠-*vuotisjulkaisu* ١٩٣٨- ١٦٨٨, de P. A. Koskenhovi. Swedenborg Society ١٩٣٩, págs. IX–X & ٨٨–٨٧ ,١٠.

Las citas de las páginas ٢٤٤ y ٢٤٧, correspondientes a las págs. ٢١٧ y ٢٢٠ en la novela original, son del texto “Clavis Hieroglyphica. Hieroglyfinen avain representaatioiden ja korrespondenssien kautta luonnon ja hengen salaisuuksiin” incluido en la obra *Claves Hieroglyphica. Hieroglyfinen avain ja muita filosofisia tekstejä*, de Emanuel Swedenborg. Traducción original basada en la traducción finlandesa de Jyrki Siukonen. Gaudeamus 2000, págs. 154, 155.

La cita de la página 275, correspondiente a la pág. 247 en la novela original, es de la obra de Ignaz Maybaumin *The Face of God after Auschwitz*. Polak & Van Gennep Ltd. Publishers 1965, pág. 84. Traducción original basada en la traducción finlandesa de la autora.

Las citas de las páginas 308, 310, correspondientes a las págs. 275 y

277 en la novela original, son de la obra de Bruno Bettelheim *The Children of the Dream* (1969). Traducción original basada en la traducción finlandesa *Kibbutsien lapset. Kollektiivisen kasvatuksen kokeilu*, de Leena Lehto. Otava 1980, págs. 311, 312, 323, 356–357 & 245. Alguna de las citas se ha modificado ligeramente en el texto original finlandés.

Esther Altmann: "Eating Disorders in the Jewish Community". (www.myjewishlearning.com/article/eating-disorders-inthe-jewish-community).

Dan Cohn-Sherbok: *Issues in Contemporary Judaism*. Macmillan 1991.

Daniel Gavron: *The Kibbutz. Awakening from Utopia*. Rowman & Littlefield Publishers, Inc. 2000.

Stefanie Teri Greenberg: *An investigation of body image dissatisfaction among Jewish American females: an application of the tripartite influence model*. PhD (Doctor of Philosophy) thesis, University of Iowa 2009. (ir.uiowa.edu/etd/368)

Benzion C. Kaganoff: *A Dictionary of Jewish Names and Their History*. Jason Aronson 1996 (1977).

Edward Kessler: *Mihin uskovat juutalaiset*. Trad. Laura y Olga Jänisniemi. Otava 2009. (*What Do Jews Believe?* 2006).

Jean-Luc Nancy: Filosofin sydän. "*Corpus*" traducción de Susanna Lindberg , & "Tunkeilija", traducción de Kaisa Sivenius. Gaudeamus 2010. ("*Corpus*", 1992 & "*L'Intrus*", 2000).

Michael Orbach: "*Orthodox and Anorexic*". Tablet – *A New Read on Jewish Life*, August 23, 2012. (tabletmag.com/jewishlife-and-religion/109958/orthodox-and-anorexic).

Roni Caryn Rabin: "*Rabbis Sound an Alarm Over Eating Disorders*". The New York Times, April 11, 2011. (www.nytimes.com/2011/04/12/health/12orthodox.html).

Jyrki Siukonen: *Johdanto Emanuel Swedenborgin tekstien käännösvalikoimaan Clavis Hieroglyphica. Hieroglyfinen avain ja muita filosofisia tekstejä*. Traducción Jyrki Siukonen. Gaudeamus 2000, s. 7–113.

Rivkah Slonim: *"The Mikvah"*. The Jewish Woman Org. From Rivkah Slonim's introduction to *Total Immersion: A Mikvah Anthology*. Jason Aronson 1996. (www.chabad.org/theJewishWoman/article_cdo/aid/1541/jewish/The-Mikvah.htm).

---

1. Singer, D., & Grossman, L. (Eds.) 2005: *American Jewish Year Book* 2005. New York: American Jewish Committee.
2. Baruchin, A. 1998: *Why Jewish girls starve themselves*. Lilith, 23, 5 (Mayo 31).
3. Baruchin, A. 1998: *What Can Orthodox Girls Control*. Lilith, 23, 8 (Septiembre 30).
4. Investigación inédita de Ira Sacker del año 1996.
5. Safir, M. P., Flaisher-Kellner, S., & Rosenmann, A. 2005: *When gender differences surpass cultural differences in personal satisfaction with body shape in Israeli college students*. Sex Roles, 52, 369–378.
6. Gluck, M. E. 2000: *Body image and eating disturbances: Orthodox vs. secular Jewish women*

(Doctoral dissertation, Yeshiva University, 1999). Dissertation Abstracts International, 61, 1–73. Gluck, M. E., & Geliebter, A. 2002: *Racial/Ethnic differences in body image and eating behaviors*. Eating Behaviors, 3, 143–151.

7. Gluck, M. E., & Geliebter, A. 2002: *Racial/Ethnic differences in body image and eating behaviors*. Eating Behaviors, 3, 143–151.

8. Klein, J. W. 1976: *Ethnotherapy with Jews*. International Journal of Mental Health, 5, 26–38. Langman, P. F. 1997: *White Culture, Jewish Culture, and the origins of Psychotherapy*. Psychotherapy: Theory, Research, Practice, Training, 34, 207–218. Yeung, P. P. & Greenwald, S. 1992: *Jewish Americans and Mental Health: Results of the Nimh Epidemiologic Catchment Area Study*. Social Psychiatry and Psychiatric Epidemiology, 27, 292–297.

9. Klein, J. W. 1977: *Jewish Identity and Self-esteem* (Doctoral dissertation, The Wright Institute). Dissertation Abstracts International, 138, 906–907. Schneider, S. W. 1984: *Jewish and Female: Choices and changes in our lives today.* New York: Simon and Shuster. P. 244.

10. Gold, N. 1997: *Canadian Jewish women and their experiences of antisemitism and sexism*. R. J. Siegel & E. Cole (Eds.), Celebrating the lives of Jewish women: Patterns in a feminist sampler. New York: The Harrington Park Press. Pp. 279–289. Schneider, S. W. 1984: *Jewish and Female: Choices and changes in our lives today.* New York: Simon And Shuster.

11. Langman, P. F. 1995: *Including Jews in multiculturalism*. Journal of Multicultural Counseling and Development, 23, 222–236.

12. El blanqueamiento de la piel es posible, como se sabe por el tristemente famoso caso de Michael Jackson. En general, sin embargo, el resultado final del blanqueamiento es significativamente menos sensacionalista que el de Jackson. El blanqueamiento de la piel conlleva numerosos problemas, más allá de cuestiones éticas y de principios. Las sustancias blanqueadoras, al menos si son un tanto efectivas, rara vez pasan las pruebas de seguridad. En los países en vías de desarrollo, para el blanqueamiento de la piel se emplean sustancias extremadamente tóxicas como el mercurio y el propionato de clobetasol. La beta arbutina es uno de los productos naturales más eficaces, pero se sospecha que también tiene propiedades cancerígenas, especialmente si se usa con frecuencia, en grandes cantidades y en una zona amplia de la piel. El ácido koji también es una sustancia popular, especialmente en japón, pero causa reacciones de hipersensibilidad en muchos usuarios y puede ser carcinógeno. La cinnamomum subavenium, una hierba china, previene la producción de melanina, pero no existe evidencia científica de su eficacia o seguridad. En un estudio controlado se logró hacer desaparecer las rayas de un pez cebra.

13. ”Comida, imagen corporal y judaismo” La conferencia fue organizada por Kolot – Centro de Estudios de Género y de la mujer judía dependiente del Colegio Rabínico Reconstruccionista, y por el Renfrew Center de Philadelphia, que se especializa en el tratamiento de desórdenes alimenticios.

14. Rowland, C. V. 1970: *Anorexia Nervosa. A survey of the literature and review of 30 cases*. International Psychiatry Clinics, 7, 37–137.

15. Schneider, S. W. 1984: *Jewish and Female: Choices and changes in our lives today.* New York: Simon and Shuster.

16. Ibid.

17. Latzer, Y., & Tzischinsky, O. 2003: *Weight concern, dieting and eating behaviors. A survey of Israeli high school girls*. International Journal of Adolescent Medicine and Health, 15, 295–305.

18. Apter, A., Shah, M. A., Iancu, I., Abramovitch, H., Weitzman, A., & Tyano, S. 1994: *Cultural effects on eating attitudes in Israeli subpopulations and hospitalized anorectics*. Genetic, social, and general psychology monographs, 120, 83–99.

מתושלח המפלצת!

לכל אחד מכם יש שם שבו הייתי יכולה לקרוא לו: דיצה, זמירה, דויד, משה, חיים, גל, דני, אליהו, אסתר, ג'וש, יהודית, ליבי, רחל, טוביה וכולי וכולי. אבל בשביל מה לטרוח. אתם חלק מהמגנון. פועלים קטנים בקן נמלים. אין בכם שום דבר משלכם. מפלצת ששמה מתושלח: הלוואי שהכינוי שהדבקתי לכם לא יעכיר את מצב רוחכם. אחרי ככלות הכול, חיינו יחד שבע שנים.

מפלצת שכמוך, אולי גם אתה עצמך יודע שמתחת לחזותך השלווה, אתה רוחש וגועש. אתן לך דוגמה. בסתיו שאחרי מלחמת ששת הימים, אחת הבריות המתפקדת בתור נתינה שלך, לאה שמה, פגשה בתל אביב חברות מתקופת הצבא. באיזושהי חנות בגדים נתבלעה עליה דעתה. נבצר ממנה לבחור מנה בתפריט המסעדה שאליה הלכו. היא חזרה לקיבוץ בוכייה מביקורה בעיר ובמשך שלושה ימים סירבה לקום ממיטתה, עד כדי כך קורעת לב היתה התנסותה בחופש.

נטשת את עיקרי היהדות ואת עקרונותיה, אבל אימצת לך במקומם דוגמות חדשות. תחילה דמיינתי שהכללים הברורים והמפורטים נחוצים כדי להגשים את החזון במיטבו, כדי שאתה, מתושלח, תשגשג ותעניק לחברים בך את המיטב. כדי שאף אחד מן היחידים בך לא יקפוץ בראש ולא יעז להתמסר לגחמותיו.

במשך זמן רב לא הייתי מוכנה להאמין, שהלכה למעשה לא רצית אלא להכניע ולשעבד. לא יכולתי אף להעלות על דעתי שאצטרך לנהל בארץ הזאת שיחה רצינית על זכותם של ילדיי למצוץ אגודל!

שום תחום בחיים לא נשאר מחוץ לכללים שיצרת וליישומם המגוחך בידיך. אני בהחלט מבינה את זה. בלי תקנות כאלה לא היה לך בכלל קיום. אתה הרי תמות, מתושלח המפלצת, אם נפעל כרצוננו, אם נשתמש במוחותינו.

לא תרצת. זה נראה לי כלל הגיוני (אף על פי שככל הנראה הוא אינו מחייב אותך: אתה הרי צמא דם ובמו ידיך שילחת את נועם, יואל, גדעון, יוסק'ה ובן-ציון אל חזית המוות). אל יהי דבר בבעלותך הפרטית - בסדר גמור, נתחלק בכול שווה בשווה. אך לא די לך בכך, מתושלח, אתה רוצה שנתחלק גם ברגשות שווה בשווה. אתה אוסר עלי לאהוב את ילדיי, כי לפי דעתך אני אוהבת אותם "יותר מדי". להערכתך אני אוהבת אותם בדרך שגויה, אם כי מובן מאליו שבתור אמא שלהם, אני יודעת כמה הם זקוקים לי!

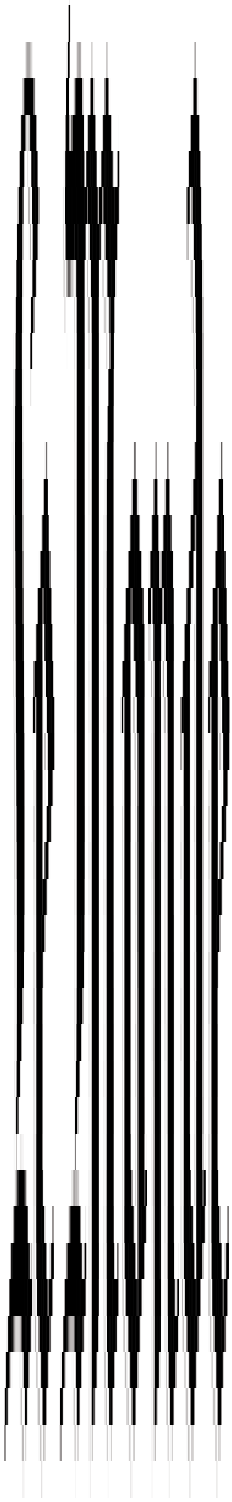
מתושלח, אתה סדיסט, פסיכופט, נרקיסיסט, פושע, רוצח. נפנפת אותי החוצה תוך כדי שימוש באלימות נפשית ראשונה במעלה, מפני שלא שמעתי בקולך. רתמת את כל נתיניך לתקיפה כדי שיתנפלו עלי: את בעלי דויד שבעזרתו נרפאתי ממחלתי הקשה; את המטפלת זמירה שתחילה חשבתי כי היא לטעמי בזכות אופיה הנמרץ; את חברתי דיצה, את משה, גל, דני וכולי וכולי. אין לי מושג איך ייתכן שכולם, אפילו דיצה, הפנו לי עורף.

לא מזמן עדיין חייכו אלי. כך אתה מרקיד אותם כאילו הם מריונטות: הם נראים מאושרים, אף שהם מלאי שנאה וייאוש.

אני עוזבת ולא אחזור. ניצחת, החזק לך בבעלי, קח את הילדים שלי. אבל לעולם לא אשכח אותם. הרסת אותי, מתושלח, אך אשתמש בכל הזמן שנשאר לי לחיות כדי לנקום בך ולהרוס את כל מה שמזכיר לי אותך ולו כזית. שלום.

באהבה,

3.12.2011



Madre con muerte cerebral da a luz a gemelos

LA MISTERIOSA RELACIÓN ENTRE ROSA CORAZÓN Y

EL BARÓN DEL EUCALIPTO CONMOCIONA A TODO BRASIL

SUEÑOS EXTRAÑOS ATORMENTAN A LA ABUELA

No hay nuevos datos sobre la muerte de la mujer conocida como **Rosa Corazón**. *Las autoridades guardan silencio sobre los detalles de los hechos. Sin embargo, corren fuertes rumores sobre la relación de Rosa con el multimillonario* **Estêvão Santoro**.

Madre soltera, pobre, residente en Salvador de Bahía, Rosa se sometió a un trasplante de corazón hace seis meses. El donante de órganos reveló ser el hijo del empresario Santoro, que había fallecido en un accidente de motocicleta. «Una pasión enfermiza», afirma una amiga de Rosa que la conoció bien. «El padre de Rosa se marchó cuando ella era una niña. Estaba claro que buscaba una figura paterna. Las relaciones de Rosa con los hombres siempre fueron un desastre».

Super Notícia ha entrevistado también a la abuela de Rosa. La anciana mantiene su visión firme de los acontecimientos: «Magia negra». Tras la muerte de su nieta, la señora ha tenido el mismo sueño angustioso todas las noches, en el que separa uno a uno los dedos de Estêvão Santoro, que se aprietan alrededor del cuello de Rosa. «Siempre me despierto cuando los dedos del sinhó Santoro salen volando. Es una señal. El sinhó Santoro no sentía las fuerzas del mal que rugían en su interior».

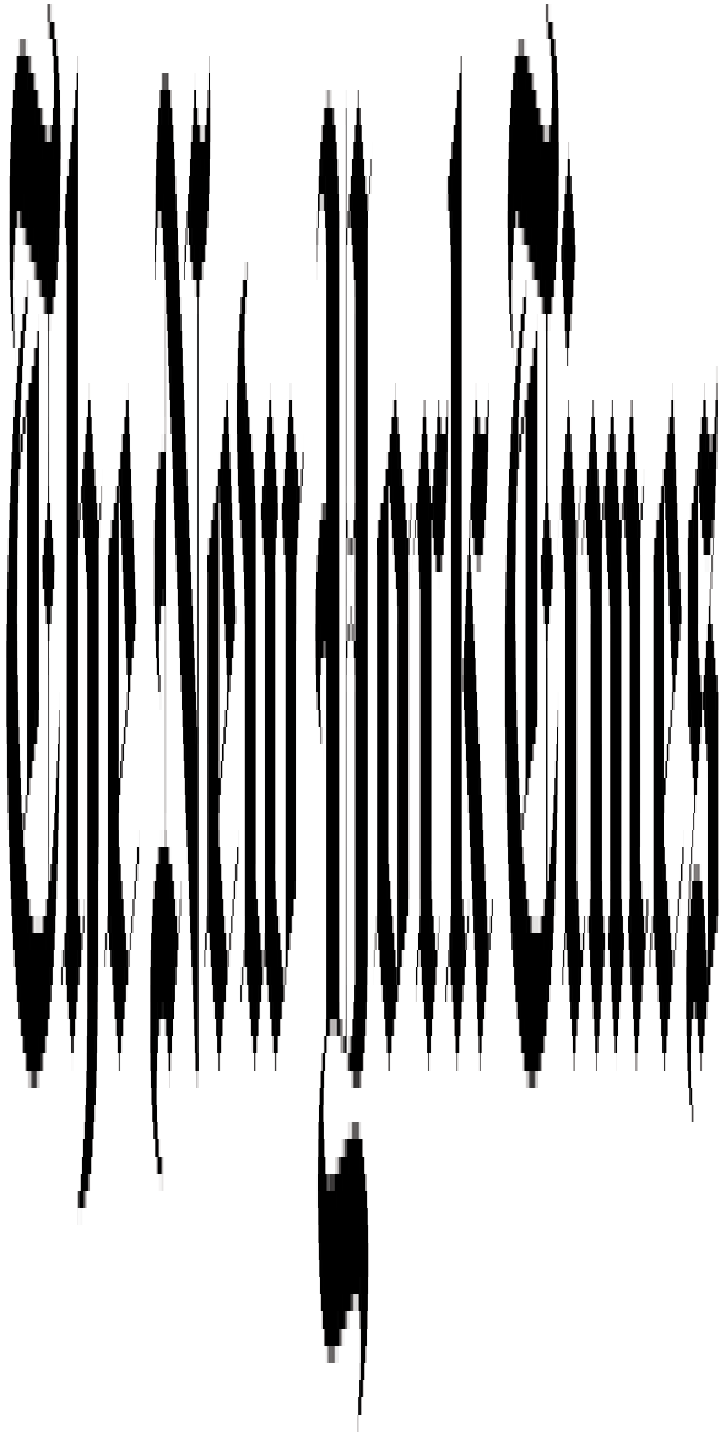
Rosa Corazón fue hallada muerta hace una semana en la habitación de un hotel a nombre del empresario Santoro desde hacía dos meses. La familia de Santoro pensaba que el empresario se encontraba en Europa de viaje de negocios. El hotel está situado en Pelourinho, en el centro histórico de Salvador.

«Tras la muerte de Rosa, la abuela ha tenido el mismo sueño angustioso todas las noches».

El propio Santoro fue hallado al día siguiente de la muerte de Rosa, con graves contusiones al pie del acantilado de Pelou-rinho, en la calle Ladeira da Montanha, cerca del ascensor Lacerda. Falleció de camino al hospital.

Publicado 19/07/2011

EPIFÁNIA RIBEIRO

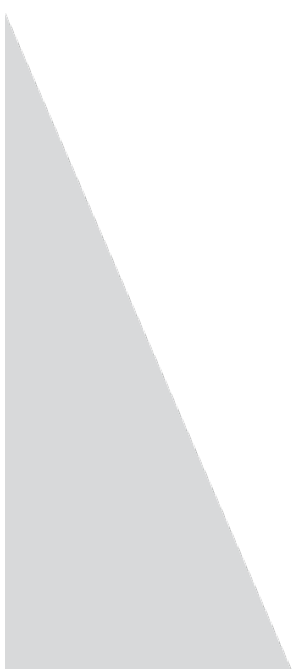


El hambre vence al arte

La controvertida artista de performance Shlomith-Shkhina ha dejado tras de sí un legado de contradicciones.

SUZANNE LEBLANC

Nueva York, Agosto, 22, 2007



I

11 *Danse macabre*

19 Shlomith se prepara para compartir su información (por sexta vez)

30 Fuego de campamento

62 Pequeñas historias en forma de bollo de canela

82 Comienza cierto viaje

88 Ulrike juega a la muerte

115 Una breve lección sobre respirar

119 ¡Corazón, oh, corazón!

126 La historia del corazón

140 Estêvão Santoro viene a casa

155 Oneiron: la primera víctima

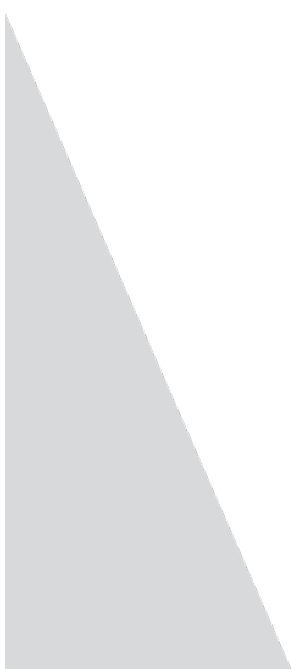
170 Diez razones por las que Nina habría sido una madre excelente

187 Entonces se hizo un hogar

217 La ventana de licor de Polina

260 La vida experimental de Shlomith

Índice



II
380 Amarillo: el anzuelo del rayo de luz de la compasión
394 Turquesa: cuando nada es lo que una vez parecía
407 Azul eléctrico: si se pudiera morir de odio
434 Bermellón, púrpura, magenta: el corazón que rechazó los eucaliptos
452 Azul como el azul: una lección de amor
466 Blanco: una nueva visión del amor divino
480 Negro: la salida
487 Agradecimientos
489 Referencias
491 Otras fuentes importantes

Laura Lindstedt

Laura Lindstedt (Kajaani, 1976) irrum- pió en la escena literaria finlandesa en 2007 con su novela Scissors, que le valió una nominación para el Premio Finlandia, el honor literario más prestigioso del país. La segunda novela de Lindstedt, Oneiron, cuya escritura le llevó ocho años, conservó el éxito de la crítica especializada y le valió finalmente el Premio Finlandia 2015. Su última novela, My friend Natalia, continúa cosechando éxitos dentro y fuera de su país. Vive en Helsinki.

Luisa Gutierrez Ruiz

Luisa (Cantabria, 1972) es una traductora literaria española que trabaja del finés al español. Obtuvo su Maestría en Periodismo en la Universidad Complutense (1990-1995) y una Licenciatura en Filología Germánica y Literatura Finlandesa de la Universidad de Helsinki (2002-2008). También ha asistido a cursos de idioma holandés en las universidades de Utrecht y Lovaina. Desde 2011, trabaja para el Instituto Cultural de Finlandia como Jefa de Comunicaciones. En los últimos siete años, Luisa Gutiérrez ha traducido más de cuarenta libros finlandeses para editoriales españolas y latinoamericanas entre ellos *True* (Riikka Pulkkinen), *Kepler 62* (Timo Parvela) o *Tainaron* (Leena Krohn) y casi diez obras de teatro, por ejemplo, *Purga* de Sofi Oksanen. Su antología de obras teatrales finlandesas para niños y jóvenes fue galardonada con el premio María Martínez Sierra (2011) a la mejor traducción.

27 ***El edificio de piedra*** ASLI ERDOGAN

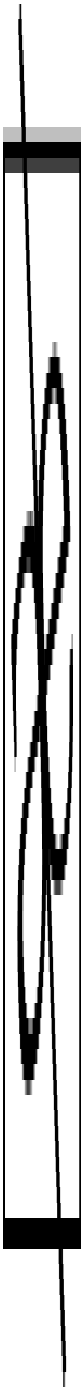
28 ***El Mesías de Darfur*** ABDELAZIZ BÁRAKA SAKIN

29 ***Si la adelfa sobrevive al invierno*** STEFAN POPA

30 ***Herencia*** MIGUEL BONNEFOY

31 ***Metropol*** EUGEN RUGE

32 ***Laurus*** EVGUENI VODOLAZKIN

33 ***Hijos de Hansen*** OGNJEN SPAHIC

34 ***Alada y riente*** JESÚS BENGOECHEA